CARLOS MARX

Biografía Completa

por

Henrich Gemkow

Heinrich Gemkow

Carlos Marx, Biografía completa

Traducción de Floreal Mazía

Editorial: Cartago, Buenos Aires, 1975

Procedencia del texto: http://bolchetvo.blogspot.com/

Maquetación actual:

Demófilo, 2010

Biblioteca
OMEGALFA
ΩA

INTRODUCCIÓN 6

CAPÍTULO I. 1818-1843 9
El hogar paterno y la escuela 9
Estudiante en Bonn 16
La conquista de un joven poco común 18
El enfrentamiento con la "filosofía contemporánea". 19
Director de un periódico a los 24 años 32

CAPITULO II. 1843-1848 52
En París, corazón de la revolución 52
Amigo y camarada 71
En el camino al partido 79
La fundación de la Liga Comunista 93
El certificado de nacimiento del comunismo científico.. 106

CAPÍTULO III. 1848-1849 115
Estalla la revolución 115
El programa de acción nacional 121
Director en jefe del Neue Rheinische Zeitung 131
En la lucha frente a la contrarrevolución en avance 147
En la lucha por un partido obrero nacional 162
El último número rojo 172

CAPÍTULO IV. 1849-1864 174
Balance de la revolución 174
Vida de refugiado 196
Papa Marx estudia 200
Familia y amigos 212
Nuevas batallas en el horizonte 220

CAPÍTULO V. 1864 -1871 236
Se coloca una nueva piedra fundamental 236
Secretario para Alemania 250

Madura la obra fundamental 264
El Capital 269
Delegado del movimiento obrero internacional 280
Abriendo la marcha en el Partido Obrero Socialdem. 294
La Internacional Enjuiciada 300

CAPÍTULO VI. 1871-1883 311
Del lado de quienes "toman el cielo por asalto" 311
Vencedor sobre los enemigos de la Internacional 323
Hogar y familia 338
El "viejo" en Londres 346
Los últimos años 366
POSFACIO 375
OBRAS CITADAS 376

CARLOS MARX

Biografía Completa

Henrich Gemkow

Biblioteca
OMEGALFA
ΩA

INTRODUCCIÓN

CARLOS Marx es indivisible. Ello rige tanto para la unidad de la teoría que desarrolló junto con Federico Engels, el socialismo científico, como para la importancia de Marx y su obra en cada rincón de nuestro planeta y en la vida de la humanidad. Es cierto que Marx fue un hijo del pueblo alemán, y sus herederos en tierra alemana se enorgullecen de ello. Pero desde el momento en que nació, el marxismo fue —y sigue siendo— universal e internacional, y ello en más de un sentido.

Es universal porque en la creación de su teoría Marx y Engels se basaron en los últimos descubrimientos de la ciencia internacional, en especial la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y las enseñanzas francesas sobre la lucha de clases, el socialismo y el comunismo; y porque elaboraron en forma crítica las ideas más avanzadas que regían en todos esos terrenos. Es universal porque Marx y Engels estudiaron durante toda su vida, y generalizaron, las experiencias de la clase obrera internacional, la experiencia de los obreros de cada uno de los países, y lo hicieron con el máximo cuidado. Es universal porque fue el primero en reconocer que el movimiento revolucionario de los trabajadores de los países desarrollados y el movimiento de liberación nacional de las colonias tienen intereses comunes y un enemigo común: la burguesía. Por último, y sobre todo, es universal porque en su descubrimiento de que la clase obrera tiene la misión histórica mundial de derribar al capitalismo y construir un orden socialista, Marx y Engels dejaron al desnudo leyes de desarrollo válidas para todas las naciones, para todos los países, para todos los pueblos.

El descubrimiento de Marx y Engels, de que la clase obrera "es la que abre las picadas de la nueva sociedad", condujo de manera muy natural al grito de combate "¡Trabajadores del mundo, uníos!" Los intereses y los objetivos comunes de la clase obrera exigen inevitablemente la acción común y la solidaridad internacional. Por eso todos los que reconocen la misión histórica mundial de la clase obrera son también internacionalistas proletarios y luchan de manera consciente por la unidad y la colaboración de los trabajadores de todos los países, así como de sus partidos comunistas y obreros. Tal es el resumen de las lecciones aprendidas en 125 años de luchas de clases. Tal es uno de los "secretos" del éxito mundial de las ideas de Marx, Engels y Lenin. Tal es, asimismo, la base de la inconmovible unidad que hoy cohesiona la lucha contra la explotación y la opresión imperialista, y la solidaridad fraternal de los trabajadores y hombres progresistas de todos los países para con la Unión Soviética y el sistema mundial del socialismo. El progreso triunfal del marxismo-leninismo en nuestro siglo confirma al mismo tiempo el hecho de que el internacionalismo proletario soportó con éxito la prueba de la historia y sigue haciéndolo todos los días.

La actividad de Marx fue tan universal e internacional como sus enseñanzas. Ya sea como creador del primer partido internacional del proletariado, o como dirigente de la Primera Internacional, o como teórico de la clase obrera internacional, o como respetado veterano en el nacimiento del partido alemán, el francés y otros partidos obreros nacionales, o en el tumulto de la revolución alemana, o como emigrado en París, Bruselas o Londres, su vida estuvo unida en todo momento, por miles de hilos, a la lucha mundial contra la explotación, la opresión y la guerra, y siempre fue el dirigente digno de confianza del movimiento obrero internacional. Él y su compañero de lucha, Federico Engels, establecieron la tesis, de validez permanente, de que la clase obrera necesita el internacionalismo proletario tal como el ser humano necesita el aire para respirar, y que la fuerza de cada uno de los movimientos y partidos obreros nacionales se basa asimismo en la inconmovible unidad y fraternal solidaridad del movimiento obrero internacional. Marx demostró con su propia persona la verdad vital de que el interna-

cionalismo proletario y el verdadero patriotismo socialista no son antagónicos, sino que constituyen dos caras de la misma moneda, que la lucha por el socialismo incluye la lucha por la paz, y que todos los combatientes por la paz imbuidos del espíritu del humanismo encontrarán sus mejores aliados en los comunistas.

Ojalá esta biografía contribuya a consolidar ese concepto, válido para todos los países y continentes, para todos los hombres de conciencia para todos los que se preocupan por el futuro del género humano.

Heinrich Gemkow

CAPÍTULO I.

1818-1843

El hogar paterno y la escuela - Estudiante en Bonn - La conquista de un joven poco común – El enfrentamiento con la "filosofía contemporánea" - Director de un periódico a los 24 años

El hogar paterno y la escuela

Carlos Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris, sobre el Mosela. En esa época la ciudad de su nacimiento tenía 12.000 habitantes. Era el centro administrativo del distrito de Mosela, pobre en industria, ciudad, ante todo, de funcionarios del gobierno, comerciantes y artesanos. Fundada en tiempos de los romanos, Tréveris había sido durante siglos la sede de un arzobispo, que también era el Elector. Cuando visitó la ciudad a finales del siglo XVIII, Goethe escribió que "por dentro está comprimida, presionada por los muros de iglesias, capillas, conventos, colegios, los edificios de los caballeros y los frailes; por fuera está rodeada, más, sitiada por abadías, instituciones de caridad, monasterios cartujos".[1] Pero la revolución burguesa francesa también había dejado sus influencias sobre Tréveris. Tan profundas eran, que hasta la Prusia reaccionaria, a la cual el Congreso de los Príncipes de Viena de 1815 le entregó Renania, y también Tréveris, no pudo ya borrarlas.

En la década de1790-1800, el ejército revolucionario francés desalojó a todos los señores feudales principescos y eclesiásticos de la

[1] Johann Wolfgang von Goethe: *Campaña en Francia*. En Goethe, *Poetische Werke*, edición de Berlín, vol. 15, Berlín, 1962, pág. 177.

región del Rin. Abolió la servidumbre, eliminó todas las cargas feudales y anunció la igualdad de todos —por cierto que sólo de todos los hombres— ante la ley. Desde entonces las ciudades y comunidades del país gozaban de derechos de administración autónoma más o menos amplios. En lugar de la obligación de ingresar en un gremio, regía la libertad en los oficios. En términos formales, existía inclusive la libertad educacional y de prensa. Con la adopción del código civil francés, se introdujo el juicio por jurado y los procedimientos judiciales públicos. Estas nuevas relaciones burguesas provocaron un ascenso de la industria y el comercio. Así, en Renania se desarrollaron las primeras fábricas de Alemania, y con ellas dos nuevas clases: la burguesía industrial y el moderno proletariado industrial.

Para los Junkers (aristocracia de los caballeros) prusianos, que dominaban el gobierno de Berlín y al rey, las conquistas civiles de los renanos eran como un espina clavada en la carne. Temían —y con razón— que las libertades civiles de la población del Rin pudiesen llegar a ser una lección concreta para los otros distritos de Prusia. Ello habría hecho peligrar el régimen de clase de los Junkers prusianos, y debilitado, por lo tanto, la posición que ocupaba Prusia, junto con Austria, en el Bund alemán organizado en 1815, una asociación poco definida de 34 principados y reinos, y cuatro Ciudades Libres.

Pero el rey prusiano tenía las manos atadas frente a las nuevas relaciones sociales y económicas que el capitalismo llevó al primer plano en la provincia del Rin. Mientras reforzaba el dominio del knut, la censura y el espíritu de subyugación en las zonas situadas al este del Elba y en la Alemania central, al comienzo se vio obligado a seguir una política en apariencia liberal con su provincia occidental recién adquirida. El gobierno de Berlín envió a Renania a funcionarios administrativos y judiciales tan educados y expertos como pudo encontrar. En apariencia como resultado de esa política, Ludwig von Westphalen, más tarde amigo paterno y suegro de Carlos Marx, también fue trasladado a Tréveris, en 1816, como consejero del gobierno prusiano.

Con sus medidas supuestamente liberales, el gobierno de Berlín abrigaba la esperanza de conquistar simpatías entre los ciudadanos del Rin y el Mosela. Pero muy pronto volvió a su ciega política reaccionaria de prusianización y trató a los renanos como habitantes de una provincia conquistada.

Carlos Marx nació en ese período de la más negra reacción. Pero creció en la provincia económica y políticamente más progresista de Prusia, y en medio de una familia imbuida del espíritu de la ilustración y la humanidad burgueses.

Su padre, Heinrich Marx, después de una juventud de dificultades y privaciones, se abrió paso hasta lograr el título de abogado. Había pasado de la fe judía a la protestante. Como Justizrat (título honorario de los abogados) y jefe electo de la organización de abogados de Tréveris, gozaba de gran prestigio entre sus conciudadanos. Educado, amigo de la literatura y la filosofía clásicas, estimaba en especial a Lessing, y a representantes de la Ilustración francesa como Voltaire y Rousseau, como los primeros combatientes intelectuales por el humanismo burgués. Sus concepciones filosóficas progresistas se combinaban con opiniones moderadas respecto de la libertad en el terreno político. Así, por ejemplo, era partidario de una Constitución liberal y una representación parlamentaria en Prusia, pero esperaba su concreción de manos del rey prusiano. Por cierto que las ideas políticas revolucionarias le eran ajenas. Al mismo tiempo era un "elemento sospechoso" para el gobierno prusiano, porque había mostrado su respeto por la bandera francesa y entonado la *Marsellesa* en "una reunión de un club literario", en enero de 1834.

La familia Marx no conoció apremios económicos. Heinrich Marx pudo garantizar a su amada esposa Henrietta y a sus hijos una existencia cómoda. Ello no siempre resultó fácil, ya que Henrietta dio a luz cuatro hijos y cinco hijas entre 1815 y 1826. Carlos fue el tercer hijo. El segundo fue Sophie, dos años mayor. El primer hijo de la familia, Moritz David, murió en 1819. De tal modo, Carlos era el hijo mayor. Sus padres lo querían profundamente, en particular Heinrich.

Aunque la familia creció con rapidez, Carlos siguió siendo su hijo favorito, a pesar de todas sus afectuosas preocupaciones por todos los ocho. Su madre lo llamaba Glückskind, hijo de la fortuna, bajo cuyas manos todo salía bien. Su padre hablaba de los maravillosos dones naturales de su hijo, y acariciaba el deseo de que Carlos siguiese sus huellas, llegara a ser lo que él anheló ser en su juventud: un gran jurista y erudito en leyes, un defensor, ampliamente respetado, de la razón y la humanidad.

A principios de 1820 la familia Marx se mudó de la casa número 664 de la Brückengasse (ahora Brückengasse número 10), en que nació Carlos a la casa número 1070 de la Simeonstrasse (ahora Simeonstrasse número 8). Entre sus hermanos y hermanas, Carlos tuvo una infancia alegre y despreocupada. Vivaz y divertido, correteaba con ellos en el jardín, o los conducía como a sus caballos, a todo galope, por el cercano Markusberg. Si bien le gustaba hacer bromas a sus hermanas, o aunque a veces las hacía blanco de su espíritu fogoso, también sabía cómo conquistar y apaciguar sus corazones fascinándolas con extraordinarios relatos.

En 1830, Heinrich Marx envió a su hijo Carlos, de 12 años, al Gimnasio Federico Guillermo de Tréveris (escuela de primeras letras). Era el año de la revolución de Julio en Francia. Para Carlos Marx fue el comienzo de una nueva etapa en la vida.

En 1815 el Gimnasio de Tréveris se encontraba bajo la jurisdicción del ministerio de Cultura prusiano, pero el gobierno de Berlín no consiguió cambiar el espíritu de la escuela para convertirlo en el de los Junkers del este del Elba. Ello lo debía la escuela, ante todo a su director, de orientación liberal, Johann Hugo Wyttenbach, quien sabía cómo cultivar la Ilustración y el Humanismo en su instituto. Por lo demás, las normas técnicas de la escuela eran elevadas, y muchos de sus maestros respetados hombres de ciencia.

Los condiscípulos del joven Carlos eran hijos de familias burguesas y de funcionarios; pero no pocos eran también hijos de artesanos y campesinos que querían llegar a ser sacerdotes o funcionarios gubernamentales. Carlos era en parte querido por sus compañeros de escuela, y en parte temido: "querido —como narraba más tarde

su hija Eleanor, sobre la base de relatos hechos por sus padres y parientes—, porque siempre estaba pronto a dedicarse a bromas juveniles, y temido porque escribía punzantes versos satíricos y ridiculizaba a sus enemigos".[2] Según parece, sólo tenía relaciones más estrechas con Edgar von Westphalen, un tanto más joven, quien concurría también al Gimnasio y que fue su amigo hasta la muerte.

Esta amistad juvenil con Edgar von Westphalen no fue accidental, ya que la familia del consejero del gobierno, Ludwig von Westphalen, y la de Heinrich Marx, se conocían desde hacía tiempo. Ludwig von Westphalen —en total contradicción con la mayoría de sus colegas de su misma posición: social y profesión— era un hombre muy educado, imbuido de ideas liberales. Sus antecesores paternos provenían de la clase media alemana, pero su padre se había elevado hasta la aristocracia gracias a sus destacados servicios militares. A pesar de su orgullo de hombre del común, aceptó el ascenso para poder casarse con la mujer de su elección, la hija de una aristocrática familia escocesa.

El hogar de la familia von Westphalen se encontraba en Roemerstrasse (ahora Paulinstrasse), a pocos minutos de distancia de la casa de los Marx.

Los hijos de ambas familias se habían hecho amigos a edad temprana. Sophie, la hermana de Carlos, conquistó, la confianza y la amistad de Jenny von Westphalen, dos años mayor, y entre Carlos y Jenny también se desarrolló un profundo apego. Los muchachos y las chicas se reunían a menudo para divertirse y jugar. Pero el escolar Carlos no se sentía atraído sólo hacia Edgar y Jenny; experimentaba una atracción no menor hacia el padre de éstos. Ludwig von Westphalen había llegado a querer al precoz hijo de su vecino, y a su vez Carlos lo respetaba como a un segundo padre. El consejero del gobierno adoraba *La Ilíada* y *La odisea* de Homero. Conocía de memoria pasajes enteros de Shakespeare, tanto en inglés

[2] Wilhelm Liebknecht: Carlos Marx en la memoria. Esbozo biográfico y recuerdos. En *Mohr und General.* Erinnerungen an Marx und Engels. IML, Berlín, 1964, págs. 13-14.

como en alemán, y tenía un apego especial por el romanticismo. Por sobre todo, sabía cómo infundir en otros su entusiasmo por la literatura humanista (incluidos los jóvenes entre esos otros). Nada podía ser más natural para Carlos, con su sed de conocimientos, que recibir el estímulo de su amigo de más edad, que su escuela, y aun, en ciertos sentidos, su hogar paterno, no podían ofrecerle. Pero no sólo en literatura abrió el padre de Jenny nuevos mundos ante el joven Carlos. El consejero del gobierno también se interesaba por los problemas sociales, y Carlos, como niño cuyo trayecto a la escuela pasaba por la zona del mercado, habitada por campesinos pobres, y quien en sus vagabundeos veía el hambre en el barrio pobre de la ciudad, escuchaba con atención cuando su mentor deploraba la situación en que debían vivir muchos conciudadanos de Tréveris. Décadas después Marx recordaría que en la casa de los Westphalen fue donde primero conoció las ideas de Saint-Simon, el socialista utópico francés.

Pero por interesantes que fuesen sus conversaciones con su padre sobre el mundo humanista de las ideas de un Voltaire, un Lessing o un Goethe, y por emocionantes que resultaran las incursiones con von Westphalen por el mundo del romanticismo, la escuela era ahora la principal preocupación del joven Carlos. Allí era necesario dar pruebas de uno mismo. De estudiante, Marx poseía el talento de entender las cosas con facilidad, y llegó al último grado sin dificultades y con buenas calificaciones. Se graduó en septiembre de 1837, cuando apenas contaba 17 años. En sus observaciones sobre sus exámenes finales, la Real Comisión Examinadora decía:

"Tiene dotes, y muestra una muy elogiable contracción al trabajo en idiomas antiguos, en alemán e historia, una elogiable capacidad para las matemáticas, y una muy escasa aplicación para el francés". La comisión le otorgaba el título de graduación "en la esperanza de que satisfaga las favorables expectativas que sus dotes justifican".[3]

[3] Reifezeugnis von Marx (Informe de fin de curso), Tréveris, 24 de setiembre de 1835. MEGA, vol. 1, págs. 183-184.

Entre sus trabajos escritos, el ensayo de alemán era el más destacado. El tema era: "Pensamiento de un joven en la elección de una profesión". El joven Marx condenaba la elección de una profesión basada sólo en el egoísmo o en consideraciones materiales. "La historia —escribía— designa como sus más grandes hombres a quienes, al trabajar por el interés general, al mismo tiempo se elevaron; la experiencia muestra que los más afortunados son quienes dan la felicidad a mayor número de personas." [4] Servir a la humanidad y humanizar el mundo: así entendía el deber y la dicha en la vida el joven de 17 años.

Esos eran los pensamientos que su maestro Wyttenbach discutía a menudo con sus estudiantes. Pero el Marx en maduración reconoció asimismo que la elección de una profesión no dependía sólo de los esfuerzos del individuo: "No siempre podemos llegar a la ubicación a que nos creemos llamados; nuestras relaciones con la sociedad ya han comenzado, hasta cierto punto, antes que nos encontremos en condiciones de determinarlas".[5] Este pensamiento revela que el graduado del Gimnasio ya empezaba a adquirir conciencia de la importancia de las relaciones sociales para los seres humanos. Así, pues, terminaba el ensayo con las siguientes palabras: "Si elegimos una obra en la cual podemos realizar el máximo para la humanidad, carga alguna podrá doblegarnos, porque sólo es un sacrificio en bien de todos; y entonces no gozaremos de alegrías pobres, limitadas, egoístas, porque nuestra dicha pertenece a millones, nuestras obras perduran, actúan eternamente, y nuestras cenizas son regadas por las quemantes lágrimas de nobles seres humanos".[6]

[4] Carlos Marx: *Pensamientos de un joven en la elección de una profesión*. En MEW, Suplemento I, pág. 594.

[5] Carlos Marx: Pensamientos de un joven en la elección de una profesión. En MEW, Suplemento I, pág. 592.

[6] Carlos Marx: *Pensamientos de un joven en la elección de una profesión.* En MEW, Suplemento I, pág. 594.

Estudiante en Bonn

Carlos Marx salió de Tréveris a mediados de octubre de 1835 y viajó por barco Mosela abajo, y por el Rín hasta Bonn. Allí, de acuerdo con los deseos de su padre, estudiaría derecho.

La vida en Bonn —la ciudad era apenas un poco mayor que Tréveris— estaba dominada por completo por la universidad y sus 700 estudiantes, más o menos. La universidad convertía a Bonn en el centro intelectual de la provincia del Rin prusiano, pero sobre la vida intelectual de Bonn se cernían las mismas sombras oscuras que sobre el resto de Alemania.

A comienzos de la década de 1830-1840, la revolución parisiense de Julio permitió que el pueblo alemán respirase con libertad, y le hizo abrigar esperanzas acerca del final de la dominación feudal. Pero muy pronto hubo que enterrar esos sueños. Por cierto que en el reino de Sajonia, en el Gran Ducado de Hesse, en el Ducado de Brunswick y en otros lugares se produjeron levantamientos armados, con participación de los aprendices de artesanos y de elementos pequeño burgueses, así como de campesinos y estudiantes. En muchos mítines de masas, y en especial en el del 27 de mayo en Schloss Hambach, en el Palatinado, la ciudadanía progresista también exigió "una patria alemana libre". Pero el movimiento se encontraba fragmentado y carecía de una vigorosa dirección central. La respuesta de los príncipes feudales y el gobierno de Alemania, en cambio, fue unida y enérgica. La reacción volvió a perseguir a todos los que aspiraban al progreso y la libertad. Millares de probos ciudadanos fueron encarcelados o expulsados de la provincia. La censura se acentuó en forma drástica, se prohibieron todas las asambleas populares, y el uso de la insignia negra, roja y dorada se convirtió en un delito punible. Se hizo responsables a los Estados alemanes por la entrega de todos los refugiados políticos. Se redujo la cantidad de periódicos, y se prohibieron todas las asociaciones políticas. Los estudiantes progresistas —los Burschenschafter (miembros de una asociación estudiantil)— que se lanzaban a la refriega en favor de la reforma y la unidad nacionales de Alemania, fueron perseguidos, maltratados y encarcelados.

Cuando Marx llegó a Bonn, las persecuciones y el espionaje policiales continuaban sin tregua. Las Burschenschaften estudiantiles fueron remplazada por asociaciones políticamente inofensivas, las denominadas Landsmannschaften (asociaciones de comprovincianos), organizadas según el lugar de origen de los estudiantes. Marx se incorporó a su Landsleute. En el semestre siguiente lo eligieron para integrar el ejecutivo del Landsmannschaft de Tréveris, el Treviraner.

Se dedicó a sus estudios con energía. Quería seguir nueve cursos, casi todos vinculados con problemas legales, pero también con la historia de la literatura, el arte y la cultura. Ello hizo que su padre le escribiese: "Nueve cursos catedráticos me parecen demasiados, y no me gustaría que emprendieses más de lo que el espíritu y la carne pueden soportar. Pero si no encuentras dificultades, tanto mejor. El campo del conocimiento es infinito, y el tiempo es breve".[7]

Marx no tropezó con dificultades. Pero pronto advirtió que la mayor parte de las cátedras no lo satisfacían. Redujo el número de aquellas a las cuales concurría, y comenzó a estudiar por su cuenta, en consonancia con un plan personal que más tarde, en Berlín, se convirtió en su método básico de estudio.

Por las cartas de su padre resulta claro que el joven estudiante no era un simple hombre de carrera. La vida en Bonn resultaba lo bastante colorida y romántica para atraerlo. En ocasiones las actividades de los estudiantes eran "líquidas", y siempre alegres. Los hijos del Mosela no eran abstemios, y entre ellos se contaba Marx. Así, en junio de 1836 las autoridades universitarias lo castigaron con un día de detención por perturbación nocturna de la tranquilidad, y por embriaguez. Pero el castigo no fue severo, ya que se le permitió recibir visitas de sus condiscípulos. A su vez, eso creó motivos para una detención posterior.

Pero la vida de los estudiantes no se limitaba sólo a la bebida y a la pasión por el canto. Y no todos los estudiantes burgueses retroce-

[7] Heinrich Marx a Marx, 18 de noviembre de 1835. En MEW, Suplemento I, pág. 616.

día ante las tramoyas de la policía y la arrogancia de sus compañeros aristocráticos. En ocasiones estallaba su orgullo cívico, y respondían con los puños, o con espadas, a las vulgaridades y burlas de los hijos de los Junkers.

El joven Marx se contaba entre quienes reaccionaban de esa manera. No sólo se unió a una asociación de jóvenes poetas, detrás de cuyos intereses literarios, no cabe duda, también se ocultaban objetivos políticos; además, en agosto de 1836 libró un duelo, en apariencia con un vástago de la casta nobiliaria.

El padre recibió esta noticia con gran preocupación, y antes del final del primer año informó a la Universidad de Bonn que Carlos continuaría sus estudios en Berlín.

La conquista de un joven poco común

Aunque en 1835 el estudiante en cierne esperaba con ávida curiosidad la vida nueva e independiente en Bonn, no lejos de su ciudad natal, el período anterior a su partida a Berlín fue distinto. En esa ocasión le resultó difícil despedirse de Tréveris, pues ahora debía dejar atrás, durante un lapso más prolongado, a algunos cuyo cariño total había conquistado.

De la amistad y comprensión entre Carlos Marx y Jenny von Westphalen había nacido un profundo amor recíproco. Jenny no sólo poseía una extraordinaria belleza, sino también un espíritu y carácter poco comunes. En las últimas semanas del verano de 1836, que el joven Carlos, de 18 años, pasó en casa de sus padres, la cortejó y ella se convirtió en su novia, en secreto.

Eso carecía de precedentes en las convenciones entonces dominantes. La joven y aristocrática Jenny, la "reina de los bailes", reconocida como la muchacha más hermosa de Tréveris, celebrada y muy requerida, segura de un brillante matrimonio, entregaba su mano al hijo de un abogado, en desafío de todas las costumbres de la sociedad feudal y burguesa, sin el conocimiento de sus padres y sin la menor noción de lo que traería el futuro al lado de él. A pesar de su

dicha, Carlos y Jenny tenían conciencia de la naturaleza insólita de su compromiso. Pero por el momento Carlos no podía pensar siquiera en pedir al consejero del gobierno la mano de Jenny von Westphalen. Sólo el padre de Carlos conocía el secreto. Confiaron en él para que preparase el terreno, ante los padres de Jenny, para una exitosa solución posterior del asunto.

Heinrich Marx se dedicó a la tarea cuando quedó convencido de la profundidad y sinceridad del amor de los jóvenes, y de la fuerza de carácter de Jenny. Pero cuando la aceptación de los padres de ésta eliminó los últimos temores de ambos, los amantes tuvieron que soportar todavía siete largos años de separación, de fiel espera. Ello resultaba bastante difícil; pero además, el hermanastro de Jenny, Ferdinand von Westphalen, un engreído individuo de carrera quien a larga logró trepar hasta el ministerio del Interior de Prusia, a menudo convertía en un infierno la vida de la joven.

El enfrentamiento con la "filosofía contemporánea"

Carlos Marx partió hacia Berlín en octubre de 1836. Viajó durante cinco días en un coche-correo. Todavía no existían comunicaciones ferroviarias, pero el viaje ya era más sencillo que unos pocos años antes. Ya casi no había puestos de control aduanero que otrora robaban tiempo y descanso a los viajeros, y les aligeraban el bolsillo. La unión aduanera alemana, establecida en 1834 bajo la dirección prusiana, había eliminado las barreras aduaneras entre muchos Estados alemanes. Aún existían muchas aduanas como recuerdos de una fragmentación todavía no superada por Alemania. Sin un sistema unificado de carreteras, sin un territorio económico unificado, la industria no podía desarrollarse y difundirse libremente en Alemania. Pero la burguesía quería construir nuevas fábricas, obtener materias primas y obreros, vender sus mercancías para elevar sus ganancias, sin tropezar con los obstáculos de fronteras dentro de Alemania. Por lo tanto combatió contra la situación de división de Alemania y contra las prerrogativas feudales. Necesitaba un mercado nacional unificado; buscó la unidad de Alemania en beneficio

de sus intereses de clase.

Marx llegó a Berlín con la firme decisión de estudiar con dedicación. Allí reinaba un ambiente en todo sentido distinto. En tanto que Bonn era una ciudad pequeña, Berlín era una metrópolis con más de 300.000 habitantes. En Bonn había 700 estudiantes, pero en Berlín la cantidad era tres veces mayor. En Bonn la universidad determinaba el aspecto y la vida de la ciudad; en Berlín los decidían la Corte real y los militares prusianos. En Bonn, casi ningún estudiante se excluía de las francachelas cotidianas; en Berlín era posible mantenerse discretamente distante de las actividades y estudiar en forma intensiva. "En verdad, otras universidades son tabernas en comparación con la casa de trabajo que es esto",[8] tal era la opinión del filósofo Ludwig Feuerbach respecto de la Universidad de Berlín. Además, en Berlín no había Landsmannschaften, ni vinculaciones estudiantiles por el estilo; el rey no las permitía.

La capital prusiana, por lo demás, también era distinta de la ciudad del Rin en términos de economía. Aunque en Berlín el trabajo manual y la producción en pequeña escala seguían siendo la regla, comenzaba a aparecer la industria capitalista, en su mayor parte fuera de las puertas de la ciudad.

En pocas décadas trasformó el carácter de la ciudad, de residencial real y metrópolis de los Junkers, y lo modificó de raíz. Junto con la nueva riqueza capitalista apareció muy pronto una nueva y aterradora pobreza; al lado de la nueva burguesía industrial, la nueva clase de los proletarios, que en Francia e Inglaterra ya había pasado al primer plano en forma independiente, y que también se organizaría en Alemania antes que pasara mucho tiempo.

Pero en ese momento todavía gobernaba la reacción feudal. Por lo tanto se hacía necesario, como primer paso, liberar a Alemania de sus cadenas feudales.

Las imprescindibles trasformaciones burguesas se produjeron en

[8] Ludwig Feuerbach a P. J. Anselm von Feuerbach, 6 de julio de 1824. En Ludwig Feuerbach, Briefwechsel, editada por el doctor Werner Schuffenhauer, Leipzig, 1963, pág. 25.

Alemania en circunstancias muy complicadas. En contraste con Inglaterra y Francia, que hacía tiempo eran Estados unificados y centralizados, y que por consiguiente también poseían un mercado nacional, la producción capitalista en Alemania sólo podía avanzar a un ritmo extraordinariamente lento. Ello se debía ante todo a la división territorial, a consecuencia de lo cual la burguesía alemana, en su concepción política, el denominado liberalismo, aparecía desunida e incoherente en su actividad política. Pero aunque la burguesía alemana no fue lo bastante madura y fuerte, hasta la década del 30, para derrotar y destruir al feudalismo en el plano político, en el plano ideológico preparó el terreno para la revolución burguesa. Ello se logró por medio de la literatura clásica alemana, y ante todo gracias a la filosofía clásica de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Los representantes de esa literatura y filosofía apuntaban el arma de la crítica, en particular en el terreno de la religión, hacia los mismos enemigos contra quienes luchaba la burguesía en el campo político: la fanática clase feudal.

Como es natural, esa "revolución filosófica" chocó contra la más enérgica resistencia de los voceros del feudalismo. También era natural que las ideas y obras de los más destacados representantes de la filosofía clásica alemana —Emmanuel Kant, Johan Gottlieb Fichte, Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Ludwig Feuerbach—, no sólo reflejasen las contradicciones entre la sociedad capitalista en ascenso y el anticuado orden feudal, sino también las incoherencias políticas de la joven burguesía alemana. Al mismo tiempo, abrían el camino de la trasformación burguesa de Alemania.

Cuando el joven Marx llegó a Berlín, Kant y Fichte habían muerto hacía tiempo, y Hegel tampoco vivía ya. Pero sus ideas, y sobre todo el hegelianismo, predominaban entre los intelectuales alemanes. El centro de los conflictos intelectuales era la Universidad de Berlín, donde Hegel enseñó entre 1818 y 1831, y donde entonces, a mediados de la década de 1830-1840, muchos de sus alumnos ocupaban cátedras profesorales.

Carlos Marx ingresó en la Facultad de Derecho el 22 de octubre de 1836. Se informó sobre las materias y se alojó en una habitación

cercana a la universidad, en el 61 de Mittelstrasse. Como era de rigor, pero sintiéndose incómodo, visitó a varios de los amigos de su padre. Luego se lanzó a sus estudios con toda su energía. Se inscribió en tres cátedras: legislación criminal, historia del derecho romano y antropología. Desde el comienzo mismo se concentró en recorrer y evaluar de manera independiente la bibliografía técnica y sus fuentes primeras. Este método de trabajo le resultó tan útil, que al año siguiente pudo prescindir de casi todas las cátedras.

Muy pronto sus estudios técnicos de derecho dejaron paso, cada vez más, a una preocupación por la filosofía. "Tenía que estudiar jurisprudencia, pero ante todo sentía ansias por dedicarme a la filosofía",[9] escribió más tarde en punto de ese período. En rigor, el estudiante empezó a buscar entonces, con apasionamiento, una Weltanschauung, una visión del mundo que pudiese darle una base para su labor científica y para sus concepciones políticas.

Pero al principio, como escribió a su padre, tropezó con el gran obstáculo de la tormenta que en su alma habían desatado el suspenso y la ansiedad de "la embriagadora ansia del amor",[10] que le impedía dedicarse a sus estudios por entero. Lejos del valle del Mosela y de su "maravillosa Jenny", confesaba a su padre, "lo abrumaba una verdadera inquietud".[11] No lo turbaban los celos; no abrigaba dudas acerca del amor de Jenny. Pero el pensamiento de que debería permanecer separado de ella muchos años era como un peso sobre su corazón.

Y así fue que Marx, a los 18 años, hizo lo que hacen muchos jóvenes enamorados: escribió poemas en los cuales trataba de expresar sus sentimientos y estados de ánimo. Muestran que entonces estaba henchido de las canciones populares alemanas y que conocía la poesía de Enrique Heine y de Adalbert von Chamisso. La mayoría

[9] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. En MEW, Suplemento I, pág. 4.

[10] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. En MEW, Suplemento I, pág. 4.

[11] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. En MEW, Suplemento I, pág.12.

de sus poemas se referían a Jenny y a su nostalgia por ella: pero no pocos estaban destinados a informarle acerca de sus aspiraciones intelectuales y a su necesidad de acción, como en los siguientes versos:

> Seamos, pues, siempre osados,
> Sin una tregua, sin un descanso,
> No nos embote la duda
> Ni abandonemos la lucha.
>
> ¿Cavilar y hacer un pacto,
> y el yugo aceptar?
> No, nunca. Pues ver, exigir y actuar:
> Este es siempre el camino.[12]

Marx llegó muy pronto a la conclusión de que el mérito literario de sus experimentos poéticos era limitado, que ante todo eran para él un proceso de conocimiento de sí mismo. En poesía, escribía a su padre, "uno tiene el deseo de levantar un monumento a la vida ya vivida, para que vuelva a conquistar en el sentimiento el lugar que perdió en la acción".[13] Pero no acostumbraba a perderse en sentimientos y sueños. Estaba henchido del ansia de actuar; lo atraían los hechos. "Sentía, ante todo, el ansia de encarar la filosofía."[14]

Fiel a su promesa a su padre, Marx estudió jurisprudencia, y a finales del primer semestre ya había dejado atrás una montaña de bibliografía técnica; más, en verdad, de lo que exigía el programa. Pero su dominio de los hechos y los textos separados no lo satisfacía. Sin filosofía, confesaba a su padre, no era posible llegar a nin-

[12] Aus dem literarischen Nachlass con Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle. Editado por Franz Mehring. Gesammelte Schriften van Karl Marx und Friedrich Engels, 1841 bis 1850. Vol. 1, Stuttgart, 1902.

[13] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 3.

[14] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 4.

guna parte. ¿Pero qué filosofía?

Debido a su educación y crianza, en ese momento era un idealista, influido en especial por Kant y Fichte, y por las ideas de la Ilustración francesa, de Voltaire y Rousseau. Por consiguiente, sobre la base de sus concepciones, recorrió con el pensamiento todos los campos del derecho y los reunió, con gran esfuerzo, en un sistema de filosofía del derecho, sólo para volver a derribar la estructura porque no soportaba la prueba de su mentalidad crítica. Ello sucedió una y otra vez, de manera que en repetidas ocasiones volvió a luchar con todos los problemas importantes de la filosofía. En cada oportunidad empezaba otra vez desde el comienzo. En cada uno de los casos verificaba el camino que había recorrido, y los resultados, con implacable autocrítica. Reconocía con creciente claridad la estrechez y la naturaleza anticientífica del idealismo subjetivo, para el cual el mundo no existía en términos objetivos sino como una proyección de la conciencia del individuo. Pronto empezó a darse cuenta, como escribía a su padre, que: "Por el contrario, en la expresión concreta del mundo vivo de las ideas, como lo son el derecho, el Estado, la naturaleza, el conjunto de la filosofía, es preciso sorprender el objeto estudiado en su evolución; no hay que introducir divisiones arbitrarias; la lógica de la cosa misma tiene que desarrollarse con sus contradicciones internas que la impulsan hacia adelante, y encontrar en sí su unidad".[15]

Estos ya eran procesos de pensamiento hegelianos. "Del idealismo, que, dicho sea de paso, comparé y nutrí con el pensamiento de Kant y Fichte, pasé a buscar la Idea en la realidad misma. En tanto que los dioses habían vivido antes sobre la tierra, ahora se convertían en su centro."[16]

Tal fue la posición que adoptó en la única carta a su padre que sobrevive de ese año, fechada en noviembre de 1837.

---

[15] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 5.

[16] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 8.

Aunque al principio se oponía a la filosofía hegeliana, se convirtió en discípulo de Hegel. A los 19 años, el joven estudiante ya había descubierto la esencia de la filosofía del maestro: "Me apegué cada vez más estrechamente a la filosofía mundial contemporánea",[17] informaba a su padre, y describía su conversión al hegelianismo como un punto de viraje en su vida. ¡Sorprendente decisión!, pues en verdad esa conversión sería el punto de partida para el desarrollo del comunismo científico.

La preocupación de Marx por la filosofía hegeliana ya había sido alentada por sus profesores de la Universidad de Berlín. Pero su apasionado estudio de los problemas de la política y de una concepción del mundo fue lo primero que lo condujo a Hegel. El hegelianismo se encontró con Marx a mitad de camino en su esfuerzo por hacer coincidir sus propios puntos de vista filosóficos con la realidad, la historia y la vida contemporánea de la humanidad.

En la historia del pensamiento humano, ningún otro había intentado, como Hegel, en forma tan minuciosa y profunda, demostrar una relación interna y un desarrollo inevitable en la historia. Es cierto que Hegel actuaba como un idealista y veía la base de todos los acontecimientos en el desarrollo de las ideas, o, como él la llamaba, de la "Idea Absoluta". En contraste, consideraba que el mundo material no era otra cosa que una forma del reflejo de esa Idea. Pero era un idealista objetivo; su premisa era la existencia de un origen espiritual "objetivo" del mundo, independiente de la conciencia del hombre. Según su noción, el espíritu, la Idea, movía y empujaba la historia hacia adelante, en un proceso interminable, de lo inferior a lo superior, de a poco y en saltos repentinos, de etapa en etapa. Las etapas intermedias de la idea, históricamente anticuada, y su funcionamiento en la historia humana, perdían su derecho a la existencia y desaparecían; entonces las remplazaba una realidad nueva, viable, confirmada como razonable por la Idea, y por lo tanto necesaria. Ese proceso de constante desarrollo y trasformación, llamado dialéctica, encontraba al cabo su expresión y final, según Hegel, en

[17] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 10.

la etapa en que la Idea se fusiona con la conciencia, y por lo tanto, también con el sistema en el cual la Idea se vuelve consciente de sí, lo cual significaba, por supuesto, con Hegel y con el período en que éste vivía.

Esta tarea filosófica que lo abarcaba todo, para buscar y demostrar, con la ayuda de la dialéctica, las líneas de desarrollo en todas las zonas de la historia humana, y en especial del pensamiento humano, poseía una fascinadora atracción, y no cabe duda de que fue un gran logro histórico. Pero la filosofía hegeliana también era rica en contradicciones. Ante todo adolecía de la contradicción entre el método dialéctico, empleado por Hegel de modo consciente, que no reconocía pausa ni verdad absoluta, y el final arbitrariamente anunciado en el desarrollo de la Idea, que Hegel preveía en su sistema y con el cual justificaba, además, al Estado prusiano.

En su concepción, la filosofía de Hegel no sólo era idealista, sino también conservadora; y ello a pesar de que su método dialéctico era revolucionario.

Sobre la base de sus contradicciones, las enseñanzas de Hegel daban a los partidarios de distintos puntos de vista políticos y filosóficos la oportunidad de tomarlas como sus puntos de apoyo. Quien ponía el acento principal en la legitimación del Estado prusiano, por Hegel, como "la realización de la Idea Absoluta", podía mantenerse como conservador, y ser reaccionario en sus objetivos políticos. Por otro lado, quien veía en la dialéctica hegeliana lo principal, podía —más, debía— ocupar un lugar en oposición a la ideología feudal, la religión y la realidad política contemporánea.

Y así fue en la práctica. A finales de la década del 30 surgieron a la luz los antagonismos entre quienes se consideraban discípulos de Hegel. Estallaron vehementes controversias entre los así llamados Viejos hegelianos, el ala dogmática, reaccionaria, y los Jóvenes Hegelianos, los pensadores revolucionarios de entre los discípulos de Hegel, y los herederos de su dialéctica.

En ese momento Marx se dedicó a ahondar en el mundo del pensamiento de Hegel. Es indudable que el joven estudiante que pri-

mero en privado, y luego en público, se alineó con los Jóvenes Hegelianos, pudo liberarse del idealismo subjetivo, precisamente con la ayuda del método dialéctico de Hegel. No fue un camino fácil para Marx. Sus esforzados estudios —a menudo seguía sentado ante sus libros, a la luz de una vela, hasta el alba— minaron su salud. Un médico le aconsejó que pasara el verano en el campo, si era posible. En la primavera de 1837 Marx se trasladó a Stralow, en las afueras de Berlín, y pasó allí todo el verano, según parece en el 4 de Alt-Stralau (ahora número 18), y no en sus habitaciones de estudiante del 50 de Alte Jacobstrasse, a las que se mudó desde Mittelstrasse.

Los meses del verano de 1837, con caminatas diarias a Berlín y vuelta, y paseos por las orillas del Spree, hicieron que Marx se recuperase. "No preveía que dejaría de ser un debilucho pálido y encontraría solidez y robustez física",[18] escribía a su padre. Pero aun en Stralow continuó estudiando con intensidad, desarrollando el método de trabajo que seguiría durante todo su vida. Escribía prolongados extractos de cada uno de los libros que leía, los anotaba con sus pensamientos y observaciones críticas con el fin de aclararse el contenido. De ese modo se adueñó de los conocimientos de sus tiempos, a fondo pero de manera crítica.

La bibliografía que recorrió era extraordinariamente rica y multilateral. Incluía la historia de la jurisprudencia romana y del derecho penal, obras latinas originales y derecho canónico, la historia de la filosofía y la filosofía del derecho, y, por supuesto, también literatura de creación.

Cuando Marx se adueñó de la filosofía hegeliana, y en particular de su dialéctica, el mismo proceso ya se había llevado a cabo en un grupo de personas de mentalidad parecida, muchos de los cuales desempeñaron muy pronto un importante papel en el movimiento de los Jóvenes Hegelianos.

"Gracias a frecuentes reuniones con amigos en Stralow, me puse en

[18] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 8.

contacto con un Doktorklub, en el que se contaban algunos catedráticos de la universidad y mi más íntimo amigo en Berlín, el doctor Rutenberg —informaba a su padre en noviembre de 1837—. Allí se revelaron, en nuestros debates, varios puntos de vista en pugna."[19]

Ese Doktorklub no era una reunión, para tomar el té, de académicos de la iglesia y el gobierno, sino un lugar de cita de jóvenes de mentalidad aguda y polémica, que habían inscrito en sus banderas la Crítica de la Religión, ¡pecado fatal y sin precedentes! Allí se concibieron, discutieron y criticaron importantes obras militantes del período.

El círculo proporcionaba armas intelectuales a los periódicos y revistas progresistas. Muchos encontraron en él estímulos para su trabajo: el doctor Bruno Bauer, catedrático de teología, para sus disertaciones catedráticas; Karl Friedrich Köppen, maestro, para sus investigaciones históricas; el doctor Adolf Rutenberg, maestro, para su labor periodística... y los demás para sus batallas cotidianas y sus estudios científicos. Allí, en apasionados debates, desarrollaban sus puntos de vista teóricos, filosóficos, políticos e ideológicos.

Carlos Marx, el estudiante, fue absorbido por ese club de los Jóvenes Hegelianos de Berlín. Pronto se contó entre los miembros que ejercían la más fuerte influencia intelectual, a despecho de su juventud (la mayoría de los integrantes del club eran más de diez años mayores, y se habían graduado hacía tiempo). Una estrecha amistad lo unió a Bruno Bauer y Adolf Rutenberg. El primero, quien desde el comienzo ejerció una fuerte influencia sobre el estudiante, nueve años menor que él, vio muy pronto en él a un colega de igual rango, a quien podía consultar sobre cualquier problema de la época, aun en lo referente a asuntos personales. Friedrich Köppen también experimentó una profunda simpatía por su brillante como pañero intelectual.

Los miembros del Doktorklub se reunían en el café Stehely, en la-

[19] Marx a Heinrich Marx, 10 de noviembre de 1837. MEW, Suplemento I, pág. 10.

Gendarmenmarkt (hoy Platz der Akademie), o en alojamientos privados. Marx perteneció al club hasta el final de su carrera universitaria, en 1841. Allí, gracias a la dialéctica hegeliana, se le reveló la comprensión de la historia como un proceso de constantes cambios, de desarrollo de lo inferior a lo superior.

Por más que el joven estudiante pudiese aprender y aprendiera de sus amigos mayores, su pensamiento se internó muy pronto por otros caminos. En tanto que sus amigos usaban la dialéctica hegeliana, ante alguno subestimaba la importancia de la crítica de la religión. Varios años más tarde escribía, en elogio del Doktorklub: "La crítica de la religión es el requisito previo de todas las críticas..."[20] "La crítica de la religión es, pues, el germen de la crítica de este Valle de Lágrimas, del cual la religión es la aureola."[21]

La profunda impresión que produjo Marx en ese círculo se indica con ingenio en unos versos satíricos, que se publicaron después de su partida de Berlín. Sus autores eran el joven Federico Engels, guardia de artillería en 1841-1842, a quien Marx aún no conocía personalmente, y Edgar Bauer, hermano de Bruno Bauer. En memoria del camarada vehemente e intrépido, el poema decía:

> ¿Quién es el que raudo llega, cual sobre ruedas?
> Un sujeto de Tréveris, un monstruo pelinegro.
> No camina, avanza a saltos, se precipita,
> Brama de ira, como un poseso grita,
> Levanta los brazos, encolerizado,
> Cual para poner el cielo aquí en la tierra.
> Los puños cierra, y después los blande,
> Perseguido, parece, por el diablo mismo.[22]

La amistad con Bruno Bauer y Rutenberg hizo que Marx participa-

[20] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción. En MEW, Vol. I, pág. 378.

[21] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción. En MEW, Vol. I, pág. 379.

[22] Federico Engels: Die frech bedräute, jedoch wunderbar befreite Bibel. Oder: Triunph des Glaubens. En MEW, Suplemento II pág. 301.

se de manera más activa en la vida cultural de Berlín. Iba al teatro a menudo. La interpretación de Mefistófeles en el Fausto de Goethe, por el conocido actor Karl Seydelmann, le provocó una impresión especial. Visitaba con regularidad a la escritora democrática Bettina von Arnim, cuya casa de Unter den Linden era entonces un centro de la vida intelectual de Berlín.

En esa época —se había mudado a una habitación del 17 de la Mohrenstrasse— maduró en él la decisión de prepararse, no para una carrera legal, sino para una académica, de preferencia como profesor de filosofía. A la larga su padre cedió, con el corazón agobiado, a sus ardientes deseos; lo hizo por cariño hacia su hijo, aunque no le resultaba posible quitarse de encima el temor de que a Carlos le preocupase muy poco proteger sus medios de vida. Esta aprensión le inquietaba tanto más, cuanto que sentía debilitarse sus propias fuerzas.

Heinrich Marx murió el 10 de mayo de 1838, a los 61 años de edad apenas, luego de una prolongada enfermedad. Carlos Marx había abrigado cálidos sentimientos hacia su padre, a quien siempre pudo confiar sus problemas e inquietudes. Hasta el final de su vida llevó consigo una foto de él.

La muerte de éste empeoró la situación financiera de Carlos. Su madre, en quien recayó entonces el cuidado de los siete hijos —el menor, Eduard, había muerto de tuberculosis en 1837—, no podía entender por qué el mayor se dedicaba a la tan poco provechosa filosofía. Por lo tanto Carlos hizo un esfuerzo para terminar sus estudios lo antes posible. Pero su implacable autocrítica, que seguiría siendo característica de toda su actividad científica posterior, le impidió terminarlos en forma prematura.

A comienzos de 1839 —había sido exceptuado del servicio militar por "debilidad del pecho" y, en apariencia, por una dolencia de los ojos—, Marx inició su labor para su disertación doctoral. En ese momento vivía en el 45a de Luisenstrasse (ahora Luisenstrasse 60). Es la única de las siete casas de Berlín en que se alojó en sus tiempos de estudiante y que aún se conserva en la actualidad. La casa ostenta ahora una placa recordatoria.

Como tema de su disertación, Marx eligió "Las diferencias entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro". En ella examinaba con gran minuciosidad las enseñanzas de los filósofos griegos Demócrito y Epicuro, que representaban una concepción materialista del mundo. Defendía en especial el ateísmo de Epicuro, el gran iluminista de la antigüedad y franco oponente de la creencia en un dios. La identificación de Marx con el ateísmo era, de modo indirecto, una declaración de guerra contra el "cristiano" Estado prusiano y el sistema feudal.

Al mismo tiempo, Marx inició en su trabajo una evaluación crítica de la filosofía hegeliana contemporánea, proyecto que más tarde desarrolló en su ensayo "Crítica de la filosofía hegeliana del derecho". Si bien en su disertación todavía expresaba el punto de vista hegeliano, y por lo tanto idealista, no era, sin embargo, un partidario ciego de Hegel. A pesar de su elevada opinión respecto del método dialéctico idealista de Hegel, la filosofía hegeliana no era para él la etapa final del desarrollo filosófico, sino un punto de partida, una base para su evolución posterior. Le atraían las ideas de Hegel que impulsaban la ciencia hacia adelante. Desechaba las que no servían para ese objetivo.

En la introducción a su disertación se identificaba, con orgullo, con Prometeo, que para él era un símbolo: el mártir de la libertad, el enemigo de los dioses y el amigo de la humanidad. En el espíritu de Prometeo, quería ir hacia el pueblo, para demoler con él los bastiones del atraso, de la opresión y la estupidez. Pero a los defensores de lo antiguo, a los anticuados y reaccionarios, los comparaba con Hermes, el mensajero de los dioses, el lacayo del Olimpo, el cielo de los griegos. En tanto que la mayoría de los demás Jóvenes Hegelianos defendían ideas liberales y se identificaban con la burguesía y con la propiedad burguesa, Marx ya había llegado a una concepción democrática, gracias a sus estudios filosóficos y a sus primeras experiencias políticas. Aspiraba a combatir, no por los intereses de clase de la burguesía, sino por los del pueblo todo.

Terminó su disertación en la primavera de 1841. Consideró por debajo de su dignidad defenderla en la Universidad de Berlín, porque

entretanto los ideólogos profesionales de la reacción se habían enseñoreado en ella. Por consiguiente presentó su tesis en la Universidad de Jena. El examinador expresó grandes elogios del trabajo, que mostraba, dijo, "tanto intelecto y penetración como conocimientos".[23] El 15 de abril de 1841 Marx recibió su doctorado, sin nuevos exámenes.

Cuando regresó a Tréveris desde Berlín, a mediados de abril, lo acompañaron los mejores deseos de sus camaradas de armas del Doktorklub. Esperaban de él grandes cosas, y lo respaldaron en su intención de conseguir un puesto de catedrático en Bonn. Uno de los Jóvenes Hegelianos, el publicista Moses Hess, escribía con entusiasmo a un amigo, en el verano de 1841: "Puedes prepararte para conocer al más grande, quizás al único verdadero filósofo viviente, quien pronto, dondequiera que aparezca (en letra impresa o en el estrado de la cátedra), atraerá hacia sí las miradas de Alemania. El doctor Marx —tal es el apellido de mi ídolo— es todavía muy joven (cuando mucho tendrá unos 24 años), pero asestará el golpe definitivo a la religión y la política de la Edad Media. En él se reúnen el ingenio más agudo con la más profunda seriedad filosófica. Piensa en Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel unidos en una sola persona (digo unidos, no embrollados), y tendrás al doctor Marx".[24]

La historia ha dado su total aprobación al autor de estas líneas. Sólo en un punto se equivocaba: nada surgió en relación con una cátedra en Bonn.

Director de un periódico a los 24 años

Apenas había vuelto a Tréveris el joven doctor en filosofía, cuando corrió, con todo el orgullo de un enamorado, a la Romerstrasse, a

[23] Escrito de presentación al decano de la Facultad de Filosofía de Jena, prof. C. F. Bachmann. 13 de abril de 1841, en MEGA, vol. I, pág. 254.

[24] Moses Hess a Beithold Auerbach, 2 de setiembre de 1841, en MEGA, vol. I, pág. 261.

casa de los Westphalen, que "cobijaba a su más preciado tesoro",[25] como 20 años más tarde, en su madurez, escribiría Marx a su esposa. No llegó con las manos vacías a la casa de su novia. Había dedicado su disertación al padre de ésta; ahora la llevaba en persona a su "querido y paterno amigo".[26]

Después de los largos años de separación, Jenny von Westphalen y Marx querían unirse por fin. Pero una tesis doctoral por sí sola no era un medio de vida, y las posibilidades de una carrera segura habían empeorado de manera drástica en el período reciente.

En 1840 Federico Guillermo IV ascendió al trono de Prusia. En ese momento la burguesía prusiana recapituló sus exigencias. Para garantizar sus intereses capitalistas, deseaba obtener una participación decisiva en el poder político, en particular en la administración del Estado y en la redacción de las leyes. Cuando el rey rechazó tales demandas, el sector económico dirigente de los industriales —los banqueros y los comerciantes, con los renanos a la cabeza— se pasó a la oposición liberal y se puso al frente del movimiento popular. A consecuencia de ello se produjo un cambio decisivo en las luchas entre la burguesía y la clase feudal. Se desarrolló una nueva oleada de oposición antifeudal. Cuanto más se veía impulsada a la acción la masa del pueblo, y más fortalecía las aspiraciones de la burguesía, en los años que siguieron, más se ahondaba la crisis en que se hundía el sistema del feudalismo en Alemania. La culminación fue la revolución de 1848-1849.

Pero en el umbral de esas décadas tormentosas las fuerzas feudales —y en particular el gobierno prusiano— confiaban en su poder y se dedicaban a hacer todo lo posible para aplastar a la creciente oposición liberal y democrática. Lo mismo que en política, la reacción feudal asestaba implacables golpes en el terreno de la ideología. Los periódicos progresistas fueron prohibidos, y la censura se acentuó en general. El gobierno también comenzó a acosar a los

[25] Marx a Jenny Marx, 15 de diciembre de 1863, en MEW, vol. 30, pág. 643.

[26] Carlos Marx: Diferencias entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro. Widmong. En MEW, Suplemento I, pág. 263.

Jóvenes Hegelianos, los más coherentes de los cuales se oponían en forma abierta al Estado prusiano, desde las universidades y las oficinas editoriales.

En tales circunstancias Marx vio que tambaleaban sus planes primitivos en especial la idea de un puesto de catedrático en la Universidad de Bonn. Por lo tanto, Carlos y Jenny se vieron obligados a volver a esperarse el uno al otro.

En julio de 1841 Marx viajó a Bonn para visitar a Bruno Bauer, quien trabajaba allí como profesor de la universidad. Marx abrigaba aún la esperanza de que desde la plataforma de la cátedra pudiera lanzarse a la controversia contra los oscurantistas. Pero pronto tuvo que ver cómo su amigo, por instigación del gobierno de Berlín y de los profesores obedientes a él, era expulsado de la universidad. Marx abandonó todo pensamiento de entrar en ésta. En Prusia ya no quedaba ni la ficción de las libertades académicas.

De tal manera, a consecuencia de las luchas entre el creciente movimiento antifeudal y el Estado prusiano reaccionario, se vio empujado cada vez más hacia el que se había convertido en el más importante campo de batalla entre la reacción y el progreso: el de publicista político. Al comienzo trabajó con Bruno Bauer en varias críticas contra la religión, leyó y condensó para ello toda una serie de obras de arte y religión. Pero sus experiencias le enseñaban cada vez más que la crítica del Estado prusiano en el terreno de la filosofía ya no era suficiente. El deber de los filósofos era participar de manera directa e inmediata en la lucha política. Cuando se presentó la oportunidad de hacerlo, la aprovechó con energía y decisión.

A principios de 1842 el rey prusiano había emitido una reglamentación sobre la censura, que parecía atenuar el amordazamiento de la prensa. Mientras surgía un ardiente júbilo entre algunos supuestos liberales, y en particular entre los filisteos, por ese acto de "piedad" monárquica, Marx analizó el verdadero contenido del decreto del gobierno en el artículo "Observaciones sobre la nueva reglamentación prusiana de la censura". Con implacable lógica y tajante sarcasmo, mostraba que la aparente moderación de la censura

estaba destinada en realidad a agudizar lo que ya era muy arbitraria forma de represión, y revelaba la orden del rey como una repugnante deformidad nacida del temor, la estupidez, la arrogancia y la hipocresía. Llegaba a la conclusión de que la censura reaccionaria debía ser anulada por entero, no atenuada o cambiada. "La única cura auténtica para la censura sería su abolición",[27] escribía.

Con ese artículo Marx pasaba directamente a la lucha política. Por primera vez, adoptaba una posición pública contra la reacción.

Ese primer artículo ya lo destacaba con claridad como a un demócrata revolucionario preocupado por cambiar de raíz el medio reaccionario, y no sólo por reformarlo. De ese modo se alejaba cada vez más de la mayoría de los otros Jóvenes Hegelianos, quienes tendían a elevar la crítica filosófica al rango de objetivo en sí misma, en lugar de combinarla con la lucha política.

En su deseo de atacar políticamente al Estado prusiano como principal enemigo del progreso en Alemania, Marx encontró experimentados compañeros de armas. Bruno Bauer, cuyo individualismo le impedía efectuar el paso del liberalismo a la democracia, e ir hacia el pueblo, no fue uno de ellos; más bien lo fue Arnold Ruge, uno de los Jóvenes Hegelianos. Ruge, otrora, Burschenschafter, había pasado seis años en una cárcel prusiana, luego de lo cual publicó los *Hallische Jahrbücher*, los *Anales de Halle*, como órgano de los Jóvenes Hegelianos. Como se negó a doblegarse ante el censor prusiano, se vio obligado a trasladarse a Dresden en 1841. Allí volvió a publicar su periódico con un nuevo título, *Deutsche Jahrbücher* (Anales alemanes), y atacó al Estado pru- siano con más energía crítica que antes. El ejemplo de Ruge ayudó a Marx a pasar a la acción política directa, y entonces le envió su primer esfuerzo literario.

El artículo de Marx contra la censura sería víctima de la censura misma. Pero si bien Ruge no pudo publicarlo en Alemania, lo incluyó en una colección de ensayos editados en Suiza, en 1843. El

[27] Carlos Marx: Observaciones sobre la nueva reglamentación prusiana de la censura. En MEW, vol. I, pág. 25.

libro fue prohibido en Prusia en cuanto se publicó. Nada podía mostrar con mayor claridad cuán perfectamente había dado en el blanco el análisis de Marx sobre la censura prusiana.

El artículo estaba firmado, no con el nombre de Marx, sino con el seudónimo "De un renano". Su objetivo consistía en subrayar el antagonismo que entonces existía acerca de problemas fundamentales, entre los liberales burgueses y el movimiento democrático de Renania, por un lado, y los viejos Junkers prusianos por el otro. La firma "De un renano" era un desafío en nombre de los demócratas, contra la reacción del este del Elba.

En 1842 Marx escribió otros trabajos para los Deutsche Jahrbücher de Ruge. Pero la mayoría quedaron inconclusos. Por lo general vivía en Tréveris, pero también pasaba algún tiempo en Colonia y Bonn. Su energía para el trabajo y su necesidad de acción no conocían límites, y se expresaban, no sólo en numerosos planes literarios, que ocupaban gran parte de su tiempo, sino también en su necesidad de compañía congenial y de diversiones.

"M (arx) ha vuelto aquí —informaba Bruno Bauer a su hermano Edgar en abril de 1842—. El otro día viajé con él al campo, para gozar otra vez del magnífico paisaje. El viaje fue delicioso. Como siempre, estábamos de buen humor. En Godesberg alquilamos un par de borricos y galopamos como locos por las montañas y a través de la ciudad. La gente de la sociedad de Bonn nos miraba con más asombro que nunca. Nosotros estábamos alborozados, los asnos rebuznaban." [28]

Más importantes, para su futuro desarrollo, que sus estudios de filosofía y de historia del arte durante esos meses, fueron los dos factores siguientes: llegó a conocer las concepciones filosóficas de Ludwig Feuerbach, y al mismo tiempo se internó aun más en el movimiento político de los renanos.

Entre los libros que Marx estudió durante sus visitas a Bonn se

[28] Bruno Bauer a Edgar Bauer, abril de 1842. En Briefwechsel zwischen Bruno Bauer und Edgar Bauer wahrend der Jahre 1839-1842 aus Bonn und Berlín, Charlottenburgo, 1844, pág. 192.

contaba uno que leyó con ardiente interés: una obra recién publicada de Ludwig Feuerbach, filósofo alemán del sur, *La esencia del cristianismo*. ¿Qué fascinó tanto a Marx en esa obra? Aparecía en ella un filósofo que no sólo apuntaba una filosofía critica contra la ideología religiosa de la clase feudal, y no sólo desarrollaba en forma crítica ciertos aspectos de la filosofía hegeliana; todas las religiones, lo mismo que la totalidad del idealismo hegeliano, era arrojado por la borda como incompatible con la verdadera esencia del mundo y con la dignidad del hombre.

Para remplazarlos se postulaba el materialismo filosófico. Ni el mundo, ni el hombre, declaraba Feuerbach, necesitan un dios o la "Idea Absoluta". Son "necesarios en y por sí mismos",[29] y son "sensoriales y materiales".[30] El hombre sólo existe gracias a la naturaleza, y es un producto del desarrollo de ésta. La naturaleza, el ser: eso es lo primario, y existe con independencia del hombre y de su conciencia. Nada hay fuera de la naturaleza y del hombre, ni siquiera un dios. La religión es un producto de los seres humanos. No fue dios quien creó al hombre, sino que el hombre creó a dios a su imagen y semejanza.

Estas concepciones de Feuerbach quebraron el hechizo del idealismo hegeliano. Las ideas materialistas, ateas y humanistas de Feuerbach ejercieron un efecto literalmente enorme sobre los intelectuales progresistas de Alemania. "Era preciso experimentar en persona la influencia liberadora de este libro para poder imaginarla —escribió Federico Engels más tarde, mirando hacia atrás—. El entusiasmo fue general. De pronto todos nos volvimos Feuerbachianer." [31] Pero la penetración crítica de Marx comenzó a percibir también las debilidades de las enseñanzas de Feuerbach, en especial su debilidad consistente en ver al hombre sólo como un ser biológico, pero no como un ente social. Ello le impedía aplicar el materialismo a la sociedad humana y a su historia. Pero esta com-

[29] Ludwig Feuerbach, La esencia del cristianismo, Berlín, 1956, pago 95.

[30] Ludwig Feuerbach, La esencia del cristianismo, Berlín, 1956, pago 151.

[31] Federico Engels, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. En SW, pág. 602-603.

prensión fue madurando poco a poco en el propio Marx. Por el momento, la batalla política cotidiana le imponía tales exigencias, que su ajuste de cuentas con la filosofía de Feuerbach ocupaba un segundo plano.

La creciente burguesía de la provincia prusiana del Rin había fundado el *Rheinische Zeitung für Politik, Handel und Gewerbe* (Periódico renano de política, industria y comercio), en Colonia, a principios de 1842. Con la ayuda del periódico, la burguesía apuntaba a defender los intereses económicos y políticos de la industria y el comercio renanos. El gobierno de Prusia no confiaba en ese órgano liberal, pero lo había tolerado por consideraciones tácticas, con la idea de que se convirtiese en contrapeso de Kölnische Zeitung, católico extremo, que se orientaba hacia Roma en lugar de dejarse guiar por Berlín.

Como algunos miembros de la gran burguesía renana coqueteaban o, inclusive simpatizaban con los Jóvenes Hegelianos, se pidió a sus principales representantes que se unieran al lanzamiento de su periódico y se incorporasen a su dirección. Así fue que también Marx, desde el otoño de 1841 en adelante, ayudó a promover la fundación del periódico con sus consejos y colaboración, y en la primavera de 1842 sugirió su viejo amigo Rutenberg, a los editores, como director en jefe. Junto con Rutenberg, muchos otros Jóvenes Hegelianos se convirtieron en colaboradores permanentes de la publicación, de modo que los intereses puramente económicos de la gran burguesía del Rin pasaron cada vez más a un plano secundario, y el centro del escenario lo ocuparon los problemas políticos. El periódico adoptó esa orientación gracias a Marx, y en poco tiempo se convirtió en el órgano dirigente de la oposición burguesa en Alemania.

En abril de 1842 —más tarde que los demás Jóvenes Hegelianos, pero también con más intensidad—, Marx comenzó a escribir artículos para *Rheinische Zeitung*. Como parte de un ambicioso plan, quería someter a un análisis crítico, en varios artículos, los debates desarrollados durante el verano de 1841 en el Landtag (Parlamento) de la provincia del Rin. Se trataba de una iniciativa audaz, ya

que podía demostrar de manera convincente a los lectores, usando como ejemplo las sesiones del Parlamento de la más avanzada provincia prusiana, cuán aterradoramente remoto estaba el desarrollo de Alemania respecto de una sociedad burguesa moderna.

La primera serie de Marx se refería a los debates del Landtag sobre la libertad de prensa. Se publicó en mayo de 1842. En ella Marx examinaba en detalle los motivos que tenían los grupos representados en el Landtag —los aristócratas, los propietarios urbanos y rurales— para rechazar la introducción de una ley de prensa en lugar de la censura, y para negarse a abrir las sesiones al público. Llegaba a la importante conclusión de que las diferencias de opiniones entre los representantes del Landtag, en relación con las exigencias democrático-burguesas, nacían de sus distintos intereses sociales; pero por otro lado, por encima de esas diferencias tenían un interés común, como terratenientes, en lo referente a perpetuar el orden existente, con los menores cambios posibles. Marx dejaba establecido con claridad que los diputados parlamentarios que representaban los verdaderos intereses del pueblo en tan escasa medida como el gobierno, habían perdido su derecho a sus bancas.

Defendía con vehemencia la libertad de prensa como una de las exigencias centrales del movimiento liberal y democrático. Pero contra aquellos que con su mentalidad de tenderos querían degradar a la prensa a la condición de negocio, declaraba: "Es cierto que el escritor debe ganarse la vida para poder existir y escribir, pero no debería existir y escribir para ganarse la vida... La primera libertad de la prensa consiste... en estar libre del comercio. El escritor que degrada la prensa a la categoría de medio material merece, como castigo de esa esclavitud interna, la esclavitud exterior, la censura; o mejor aún, toda su existencia es ya un castigo".[32]

Esta primera serie de artículos causó en seguida agitación en los círculos burgueses progresistas. Con ellos se presentó Marx como representante del ala izquierda del movimiento de oposición. Ami-

[32] Carlos Marx: Sesiones, de la 6ª Dieta renana. Primer artículo. Debates sobre libertad de prensa y publicación de las sesiones de los Estados. En MEW, vol. I, pág. 70-71.

gos y rivales esperaron con vivo interés sus siguientes colaboraciones literarias. Pero muchos de los artículos posteriores cayeron víctimas del lápiz rojo del censor.

Desde la primavera de 1842 en adelante, Marx ejerció una influencia más fuerte aun sobre los directores del periódico, por medio de sus artículos, cartas y consejos verbales. Su objetivo consistía en unir en forma cada vez más estrecha la filosofía a la realidad política. Se burlaba de la crítica abstracta, seudoextremista. "La verdadera teoría debe desarrollarse y aclararse en las circunstancias concretas y sobre la base de la situación existente",[33] escribía en agosto al editor del periódico. Eran, éstas, importantes ideas en el camino de la unión de la teoría con la práctica.

A mediados de octubre los accionistas del periódico nombraron director a Marx. En el acto éste se trasladó a Colonia, que era una de las ciudades alemanas más grandes, con sus 70.000 habitantes, y un centro de la vida económica de Renania. Marx se lanzó con vigor a la obra... y a la batalla contra el censor. Desde el primer momento estableció el rumbo de su grupito de directores, con sus conocimientos, su perspectiva política y su energía, y en rigor se convirtió en el espíritu motriz del periódico. De tal modo, a los 24 años de edad apenas, se encontraba a la cabeza del principal órgano de la burguesía progresista alemana. Entonces comenzó una nueva etapa en su vida personal y en el desarrollo de la publicación.

Sus primeras actividades indican ya con cuánta seriedad encaraba su responsabilidad. *Allgemeine Zeitung* de Augsburgo, órgano de la gran burguesía liberal, había atacado a Rheinische Zeitung como publicación de los comunistas prusianos, a causa de ciertas declaraciones de ese último respecto de problemas sociales. Marx respondió a la maliciosa denuncia con un agudo artículo en el cual justificaba el derecho a la existencia de las ideas comunistas, y declaraba que, sin embargo, su aplicación práctica en esos momentos era utópica. Al mismo tiempo confesaba con honradez que su co-

[33] Marx a Dagobert Oppenheim, alrededor del 25 de agosto de 1842. En MEW, vol. 27, pág. 409.

nocimiento del socialismo y el comunismo franceses —a pesar de su frecuentación de varias obras de algunos socialistas franceses— era todavía incompleto. Ello no obstante, un problema de tal importancia no debía criticarse con una fraseología hueca, "sino sólo después de un largo y profundo estudio".[34]

También extrajo las necesarias conclusiones. Reunió otras obras de conocidos teóricos socialistas y las estudió. Los más importantes de dichos socialistas eran los franceses Charles Fourier y Claude-Henri de Saint-Simon, acerca de quienes había oído hablar a von Westphalen cuando todavía era un escolar, y también el inglés Robert Owen.

En sus obras los pensadores socialistas criticaban en forma implacable los abusos y deformidades de la sociedad capitalista, y trazaban audaces planes para un futuro orden humano armonioso, libre de la explotación y la opresión. Pero por grandes que fuesen sus simpatías para con la pobreza y la desdicha de los obreros hasta entonces, por lucha fidelidad que pusieran en la descripción del ansia de los trabajadores por una sociedad liberada de la explotación, sus teorías carecían de una base científica objetiva. Apelaban a la piedad y comprensión de gobernantes y propietarios, y no reconocían la fuerza que poseía el proletariado mismo. Sus enseñanzas, entonces, se encontraban impregnadas de un profundo humanismo, pero seguían siendo fantasías, sueños acerca de una sociedad humana ideal.

Marx no se conformó con la lectura de publicaciones socialistas. Buscó un intercambio de opiniones y participó en una discusión sobre el socialismo, patrocinada por un grupo de intelectuales de Colonia. En esa ronda de discusiones conoció al doctor Karl Ludwig d'Ester, quien unos años más tarde se convertiría en su compañero en la Liga Comunista.

Marx seguía siendo un demócrata revolucionario. Todavía lo dominaba la concepción, en el sentido hegeliano, de que la solución

[34] Carlos Marx: El comunismo y el Allgemeine Zeitung en Augsburgo. En MEW, vol. I, pág. 108.

de los problemas sociales dependía de la trasformación del Estado, cuya meta debía ser la organización razonable de la sociedad. Pero esta concepción comenzó a quedar atrás a medida que, paso a paso, llegó a formarse la convicción de que el Estado no poseía el carácter razonable, ni el papel decisivo en el desarrollo histórico, que Hegel le había atribuido. Por otro lado, Marx se vio llevado a estos pensamientos y a nuevas concepciones debido a su preocupación por los problemas económicos y sociales, así como por sus experiencias cotidianas frente al Estado prusiano y a su burocracia.

Escribió sobre un problema social, por primera vez, en el otoño de 1842, cuando continuó su análisis de las sesiones del Landtag con una serie de artículos sobre "Los debates sobre la ley relativa al robo de leña". El Landtag había discutido un proyecto de ley orientado contra el robo de leña, así como contra las violaciones relacionadas con la caza y el pastoreo. Estas violaciones iban en aumento a consecuencia de la creciente pobreza de los campesinos. El Landtag, asamblea de terratenientes, y por lo tanto, también de dueños de bosques, declaró que tales violaciones eran pasibles de la pena de cárcel.

En sus artículos, Marx desempeñó el papel de abogado de los pobres. Denunció con indignación las brutales medidas de los terratenientes contra "las masas de pobres que carecen de derechos políticos o sociales".[35] Se identificó de todo corazón con las clases empobrecidas, cuya existencia "hasta ahora ha sido no más que una costumbre de la sociedad, y que todavía no encontraron un lugar adecuado en la organización consciente del Estado".[36] Sus críticas se basaban aún en motivos legales y morales, pero en ellas, cada vez con más frecuencia, aparecían ya nuevos tonos. Mostraban que en sus investigaciones, Marx percibía cada vez en mayor medida la presencia de intereses de clase en la sociedad burguesa, y también la importancia del proletariado en dicha sociedad. Su análisis de los

[35] Carlos Marx: Tercer artículo. Debates sobre la ley acerca del robo de leña. El MEW, vol. I, pág. 115.

[36] Carlos Marx: Tercer artículo. Debates sobre la ley acerca del robo de leña. El MEW, vol. I, pág. 119.

debates sobre la "ley de robo de leña" le proporcionó un ejemplo de "lo que se puede esperar de una elevada asamblea de intereses especiales, si se le confía con seriedad la tarea de legislar".[37]

Él mismo confirmó más tarde que esas nuevas concepciones influyeron con energía en su desarrollo científico. En una mirada hacia atrás, escribía en 1859: "En 1842-1843, como director del *Rheinische Zeitung*, me encontré por primera vez en la inquietante obligación de tener que opinar sobre los denominados intereses materiales. Las sesiones del Landtag del Rin sobre el robo de leña… me ofrecieron la primera oportunidad de ocuparme de problemas económicos".[38]

A principios de 1843 los asuntos sociales comenzaron a preocuparle cuando, en una serie de artículos, investigó la situación de los campesinos del distrito del Mosela. Los campesinos de la región, dueños de pequeños viñedos, pasaban por terribles apremios. Cuando *Rheinische Zeitung* recogió sus quejas, el presidente prusiano replicó con arrogantes "correcciones" y acusó de calumnia al periódico. Marx reaccionó con vigor. Después de un mayor estudio de todos los materiales, que también llevó a cabo en el mismo lugar, en el valle del Mosela, demostró, hasta el último detalle, que el gobierno nada había hecho de importancia para ayudar a los campesinos del distrito. Acusó a la burocracia prusiana de arruinar, sin pruritos de conciencia, a los campesinos. En lugar de buscar maneras de mejorar la situación, juntamente con la prensa libre, la burocracia había reprimido con brutal violencia las legítimas quejas de los campesinos empobrecidos y la crítica de la prensa... clara imagen "del espíritu político de los gobernantes, y de su sistema".[39]

Gracias a tales trabajos periodísticos, Marx se familiarizó con muchos nuevos problemas de la vida contemporánea. Su honda inves-

[37] Carlos Marx: Tercer artículo. Debates sobre la ley acerca del robo de leña. El MEW, vol. I, pág. 146.

[38] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la economía política. En MEW, vol. 13, págs. 7-8.

[39] Carlos Marx: Defensa del corresponsal del Mosela. En MEW, vol. 1, pág. 195.

tigación de los asuntos económicos le ayudó en especial a adquirir una mejor comprensión de las relaciones económicas y sociales en la vida de la sociedad, y en especial del Estado.

En sus artículos sobre los campesinos del Mosela llegó a destacadas conclusiones: "En la investigación de la situación del Estado se siente muy fácilmente la tentación de prescindir de la naturaleza objetiva de la situación, y de explicarlo todo sobre la base de la voluntad de las personas involucradas. Pero existen situaciones que determinan las acciones de las personas, así como de algunos funcionarios, y que son tan independientes de ellos como la respiración".[40] Esto, sin embargo, significaba —por mucho que se conservara la terminología hegeliana— que ya no podía verse la situación legal del Estado como basada en la "Idea Absoluta, o en la razonabilidad, sino en circunstancias sociales concretas. Es característico de la naturaleza humanista de las ideas y acciones de Marx que su apasionada defensa de los intereses de las masas populares le permitiese avanzar, paso a paso, más allá de la concepción de Hegel, trabada por limitaciones idealista s acerca del Estado, y de la concepción de Feuerbach sobre el hombre, limitada por nociones metafísicas.

Su trabajo como director en jefe también fue para Marx de extraordinaria importancia en otro sentido. En las controversias diarias, y sobre la base de sus experiencias personales, desarrolló un amplio conocimiento y un profundo odio respecto del Estado Junker prusiano, su burocracia y la arrogancia y brutalidad de ésta. Chocó contra el alma del prusianismo en distintas formas, de las cuales la represión de toda opinión libre no era la última.

Bajo la guía de Marx, *Rheinische Zeitung* avanzó con rapidez.En octubre de 1842 tenía 885 suscriptores, cuatro semanas después ya contaba con 1.800; ocho semanas más tarde, eran 3.400. Gracias a la firmeza de los principios democráticos del director en jefe, el periódico conquistó muy pronto a entusiastas lectores... y no sólo

[40] Carlos Marx: Defensa del corresponsal del Mosela. En MEW, vol. 1, pág. 177.

en Renania.

La vida obligaba a Marx a adoptar posiciones todos los días. Lo hacía poniéndose de parte del progreso social, de las legítimas demandas de libertad de prensa de la burguesía, de una Constitución, de la participación en la administración del Estado, y en especial de su economía. Pero en no menor medida se mostraba partidario de los trabajadores desamparados, de sus derechos democráticos y de sus reivindicaciones de mejoramiento de su situación social. De tal manera Marx se convirtió en un coherente demócrata revolucionario, se preparó para dar el primer paso de alejamiento de las posiciones democrático-burguesas, hacia el comunismo.

Su mano orientadora se percibía no sólo en los artículos e informes políticos. También utilizaba los folletines para llevar a cabo hábiles ataques contra todo lo que se interpusiera en el camino de las aspiraciones democráticas, o que sirviese a la opresión social. Promovió en especial la obra de Georg Herwegh, con quien había trabado amistad en el otoño de 1842. El poema de Herwegh "El partido" ya se había publicado en la primera de 1842, en *Rheinische Zeitung*. Entonces, con Marx como director en jefe, siguieron otros poemas. *Rheinische Zeitung* fue el primero en publicar, en septiembre de 1842, las palabras de Herwegh que se hicieron famosas en Alemania:

> *¡Dejen lugar, caballeros,*
> *para las alas palpitantes de un alma libre*![41]

La posición democrática del periódico, y su creciente influencia, alarmaron a la reacción. Como su director, Marx tenía que combatir todos los días contra el censor prusiano en Colonia. El nivel intelectual de este caballero quedó al desnudo cuando testó de las columnas de *Rheinische Zeitung* una noticia referente a la Divina comedia del Dante, con el argumento de que no era posible mezclar la comedia con las cosas divinas. Pero Marx sabía cómo engañar a ese "protector del orden público", de limitada inteligencia.

[41] Rheinische Zeitung, Colonia, 20 de setiembre de 1842.

El gobierno se vio muy pronto obligado a poner otro censor, y luego a un tercero... ambos de Berlín. Además del censor, durante un tiempo el periódico debía ser entregado diariamente, antes de su publicación, al presidente del gobierno, para su aprobación. Pero estas trapacerías no consiguieron aplastar la orientación democrática de la publicación, cada vez más clara y decisivamente democrática.

Marx se mostró superior en esa agotadora guerra en pequeño contra la burocracia prusiana. Federico Engels, quien como joven comerciante respaldaba el periódico con artículos enviados desde Manchester, describió más tarde esas escaramuzas cotidianas:

"Rheinische Zeitung casi siempre conseguía hacer pasar los artículos que tenían importancia; primero se proveía al censor de pienso insignificante que pudiese prohibir, hasta que se rendía o se veía obligado a rendirse ante la amenaza de que entonces el periódico no aparecería al día siguiente".[42]

Una década después, Marx seguía riendo de una de las jugarretas que le había hecho al censor:

"Las pruebas debían ser llevadas al censor por la noche, ya que el periódico salía por la mañana. El lápiz rojo obligaba a menudo a trabajar más, y con mayor intensidad, durante la noche, en la imprenta.

"Una noche, el censor, con su esposa y sus hijas casaderas, fueron invitados por el presidente a un gran baile. Antes de salir, aún le quedaba por terminar su labor de censura. Pero precisamente esa noche las pruebas no llegaron a tiempo. El censor esperó y esperó; no podía descuidar sus obligaciones oficiales, y sin embargo debía presentarse en el baile del presidente, aparte de las oportunidades que éste ofrecía a sus hijas en edad de casarse. Eran casi las diez; el censor ya estaba muy nervioso, y envió al baile a su esposa e hijas, en tanto que mandaba a un criado a la imprenta para pedir las pruebas. El criado regresó e informó: la imprenta se encontraba cerrada.

[42] Federico Engels: Carlos Marx. En SW, pág. 369.

El desesperado censor viajó entonces a la casa de Marx, un tanto alejada. Ya eran cerca de las once.

"Después de mucho tocar el timbre, Marx asomó la cabeza por una ventana del tercer piso.

"—¡Las pruebas! —gritó el censor. "—No las hay —respondió Marx.

"—¡Pero...!

"—¡Mañana no sacamos el periódico! "Y con ello Marx cerró la ventana."[43]

Un mes después que Marx fue nombrado director en jefe, el gobierno exigió que el periódico modificase su orientación y adoptara un tono más moderado, pues de lo contrario se exponía a su clausura. Marx se esforzó por explotar todas las argucias legales, pero declaró con firmeza que sólo estaba dispuesto a moderar la "forma... en la medida en que el contenido lo permitiese".[44]

Pero no sólo era necesario defender al periódico contra el prusianismo reaccionario. El peligro también amenazaba desde las propias filas, desde el núcleo de los Jóvenes Hegelianos de Berlín, al cual había vuelto Bruno Bauer. Querían convertir a *Rheinische Zeitung* en vocero de su política, que se reducía cada vez más a una fraseología pseudorrevolucionaria. Pero Marx, quien entretanto había superado con mucho a sus antiguos compañeros de armas, rechazó con decisión ese plan.

Exigió a los Jóvenes Hegelianos, quienes ahora se proclamaban “libres" en voz alta, que se dedicaran "menos a las argumentaciones vagas, a las frases pomposas, a la complacencia consigo mis-

[43] Wilhelm Blos: "Carlos Marx en Leipzig". En Mohr und General, págs. 351-352.

[44] Marx an den Oberpräsidenten von Schaper, 17 de noviembre de 1842. En Joseph Hansen: Rheinisehe Briefe und Akten zur Geschichte der politisehen Bewegung, 1830-1850. Publikationder Gesellschaft für Rheinische Geschichtskunde, Essen, 1919, pág. 377.

mos, y mostrasen más precisión, un tratamiento más profundo de las circunstancias concretas y mayores conocimientos en sus artículos".[45] En manera alguna se sentía dispuesto a sacrificar las oportunidades, ya limitadas, de actividades publicisticas progresistas, en favor de un estéril extremismo izquierdista. Como a los elementos "libres" no les preocupaba en absoluto una lucha revolucionaria auténtica, la ruptura con ellos resultaba inevitable.

A despecho de la censura cada vez más pronunciada del periódico, y de las admoniciones de los dueños, Marx siguió poniendo en la picota la política antidemocrática del Estado prusiano y de sus aliados. A mediados de enero de 1843 se convirtió una vez más en vocero de los sufridos campesinos del Mosela, y criticó con energía la inhumana política del Estado prusiano contra esos, los más pobres de entre los pobres. Sus artículos cayeron contra los funcionarios gubernamentales como el azote de un látigo. El desenmascaramiento del Estado prusiano como el enemigo reconocido de las masas campesinas: eso golpeaba en el centro nervioso de la dominación de clase feudal de los Junkers. El 21 de enero el gobierno decidió prohibir la publicación de *Rheinische Zeitung* a contar del 21 de marzo de 1843.

La actitud de los dueños llevó a Marx a renunciar antes aún. El 18 de marzo apareció la siguiente noticia en el periódico:

"El abajo firmante declara que, debido a la actual situación de censura, en la fecha se ha retirado de la dirección de *Rheinische Zeitung*. Colonia, 17 de marzo de 1843. Doctor Marx".[46]

Y así terminaba una importante etapa en la formación política y en la concepción del mundo de Marx.

Su trabajo al frente de *Rheinische Zeitung*, aunque durante un período tan breve, lo enriqueció a consecuencia de dos importantes experiencias. Comenzó por reconocer cuán gran papel desempeñan

[45] Marx a Arnold Ruge, 30 de noviembre de 1842. En MEW, vol. 27, pág. 412.

[46] Carlos Marx: Tercer artículo. Debates sobre la ley acerca del robo de leña. El MEW, vol. I, pág. 115.

los intereses materiales en la sociedad humana, y vio que en la lucha por los intereses de las masas desposeídas, el idealismo y la democracia burguesa eran inadecuados como armas filosóficas y políticas. Ello lo condujo a un examen fundamental de los problemas económicos y sociales. Al mismo tiempo, la brutalidad del Estado prusiano, la podredumbre moral y el odio al pueblo se le revelaron gracias a sus experiencias personales. Ello lo confirmó en la convicción de que la democracia y la libertad no encontrarían su hogar natal en Alemania mientras dominasen en ésta los Junkers y los militaristas.

Además, aprendió por primera vez que la vacilante burguesía —temerosa de la "masa política y socialmente desposeída"— retrocedía ante una lucha sin conciliaciones contra el régimen feudal reaccionario. "Es malo —escribió a Ruge— trabajar en tareas serviles, aunque sea por la libertad, y luchar con alfilerazos en lugar de hacerlo con la espada. Estoy cansado de nuestra hipocresía, estupidez, de la brutal autoridad y de nuestra medrosidad, de nuestras perogrulladas, genuflexiones y discusiones por sutilezas."[47] Con la mirada puesta en el futuro, agregaba: "No puedo volver a empezar en Alemania. Aquí uno se rebaja".[48]

Sentía entonces necesidad de vivir en algún lugar en el cual pudiese exponer con libertad y franqueza sus ideas políticas y filosóficas. Eso era imposible en Alemania, porque la reacción feudal expulsaba del país a los mejores hijos de la nación. Las esperanzas de Marx se orientaron hacia París, donde planeaba publicar un periódico junto con Ruge.

Pero primero, a mediados de mayo de 1843 viajó a Dresden, donde analizó con Ruge sus planes literarios conjuntos, y luego siguió hasta Kreuznach.

Allí se había trasladado Jenny con su madre, después de la muerte de su padre en marzo de 1842. Allí recibió varias veces a Carlos en breves visitas.

[47] Marx a Arnold Ruge, 25 de enero de 1843. En MEW, vol. 27, pág. 415.

[48] Marx a Arnold Ruge, 25 de enero de 1843. En MEW, vol. 27, pág. 415.

Aparte de eso, sólo pudo acompañarlo con sus pensamientos y sus cartas.

"Cuán espléndida, cuán triunfante se yergue tu imagen ante mí —le escribía ella en una de sus cartas—. Cuánto ansia mi corazón tu presencia permanente, cuánto tiembla por ti, en alegría y deleite, con cuánta angustia te sigue a dondequiera que vas. Te acompaño, te precedo o te sigo. Si sólo pudiera nivelar y allanar y preparar el camino para ti, y eliminar todos los obstáculos que se interponen en tu camino..." [49]

Por fin, después de siete largos años en que Jenny debió soportar penosos choques con sus aristocráticos parientes, llegó a su término el periodo de separación. Carlos y Jenny ya podían unirse. La boda se realizó el 19 de junio de 1843. Marx escribía con ardor que "amaba profundamente, de la cabeza a los pies".[50] Jenny lo sería todo para Carlos: la amada esposa, la solícita madre de sus hijos, la secretaria y corresponsal de confianza, la prudente consejera, la siempre segura compañera, un brillante ejemplo de todas las mujeres que desde el comienzo del movimiento de la clase obrera permanecieron con lealtad al lado de sus esposos, en la lucha revolucionaria, valientes y optimistas, abnegadas y firmes, convencidas de la victoria final del socialismo.

Después de la boda, Carlos y Jenny partieron en un breve viaje de luna de miel. Ello los llevó, por sobre el Ebernburg, hasta el Rheinpfalz, y pasando por Baden-Baden, de vuelta a Kreuznach. Los primeros meses de su matrimonio los pasaron en el hogar de la madre de Jenny. Allí se presentó un día un investigador del servicio civil, en nombre del gobierno prusiano, con una proposición para Marx: ¡que ingresase al servicio del Estado! Marx rechazó con desprecio ese intento de soborno.

En Kreuznach se dedicó a los diversos preparativos para la fundación del periódico planeado. Le preocupaba, ante todo, la evalua-

[49] Jenny von Westphalen a Marx, marzo de 1843. En Familie Marx in Briefen, editado por Manfred Müller, Berlín, 1966, pág. 41.

[50] Marx a Arnold Ruge, 13 de marzo de 1843. En MEW, vol. 27, pág. 414.

ción teórica de todas sus experiencias. Las intuiciones que había obtenido en la lucha política, durante su trabajo en *Rheinische Zeitung*, lo obligaron a reconocer como falsas o unilaterales algunas de sus concepciones anteriores, y a remplazarlas por otras nuevas. Pero ello no podía hacerse sin un ajuste de cuentas con las ideas filosóficas de Hegel, y en especial con las referentes al Estado y a la filosofía del derecho. Con tal fin, Marx efectuó amplios estudios históricos, y leyó las obras de Maquiavelo, Rousseau, Montesquieu, Ranke y otros, que habían investigado el Estado europeo moderno y sus formas de gobierno.

Feuerbach había pasado por alto la necesidad de esta tarea, y por lo tanto, en el terreno socio-histórico, permaneció estancado en el idealismo. Pero Marx siguió adelante con su análisis, precisamente en ese punto, y llegó a la inconmovible conclusión, mientras todavía se encontraba en Kreuznach, de que la historia no la determinaban las ideas, ni el "espíritu universal" hegeliano, sino que las relaciones económicas y sociales desempeñan un papel decisivo en la vida de la sociedad. Unos meses después, en París, publicó su nuevo punto de vista.

CAPITULO II.

1843-1848

En París, corazón de la revolución - Amigo y camarada - En el camino al partido - La fundación de la Liga Comunista - El certificado de nacimiento del comunismo científico

En París, corazón de la revolución

Carlos y Jenny Marx llegarán a París, desde Kreuznach, a finales de octubre de 1843. Allí comenzó entonces para los dos la vida de privaciones y sacrificios de los emigrantes políticos, que por amor a su pueblo y en nombre de la libertad, la democracia y la dignidad nacional, aceptaban el exilio y la pobreza antes que consentir la decadencia de la patria.

En un barrio de la orilla izquierda del Sena, en la Rue Vaneau 38, Carlos y Jenny se mudaron a un modesto departamento. Arnol Ruge, quien había llegado a París a principios de agosto, vivía en el mismo edificio. Otro emigrante alemán, el comunista Hermann Maurer, también habitaba allí. Hacía tiempo que trabajaba entre los obreros de París, y ayudó a Marx a establecer contacto con ellos.

Marx llegó bien equipado a París. "Un tesoro de conocimiento",[51] lo llamaba Köppen, su amigo berlinés. Ahora estaba impaciente por poner en práctica los planes literarios que había convenido con Ruge. El nuevo periódico se publicaría bajo el nombre de *Anales*

[51] Köppen a Marx, 3 de junio de 1841. En MEGA, vol. 1, pág. 257.

franco-alemanes. Debía unir a los publicistas más progresistas de Alemania y Francia."¡Guerra contra la situación en Alemania!",[52] era el lema. El plan consistía en llevar adelante la lucha contra la reacción dominante en Alemania, que Marx había iniciado un año antes en *Rheinische Zeitung*. La vida le había enseñado, sin embargo, que la crítica contra el poderío feudal antinacional sólo podía conmover a otros y dar resultados si se convertía en "parte de la crítica de la política, del compromiso político, y por lo tanto de la verdadera lucha".[53] Sólo entonces podía influir de verdad sobre el destino de la nación alemana. ¿Y cuál era ese destino, según él joven Marx? "El destino es la revolución que se yergue ante nosotros."[54]

Con Ruge enfermo, la carga del trabajo editorial en el periódico recayó sobre los hombros de Marx. Aparte de ello, éste tenía que preparar o terminar los artículos con los cuales pensaba colaborar. Por lo demás, no se concretaron las esperadas contribuciones de colegas franceses imbuidos de la misma mentalidad. Agregado a todo eso, Marx descubrió muy pronto que la policía registraba su correspondencia con regularidad.

Pero estas dificultades y problemas no eran nuevos para el ex director de *Rheinische Zeitung*. No hicieron más que redoblar sus energías. ¡Y cuánto más fácil resultaba trabajar allí, con su amada esposa a su lado! Podía confiarle todos sus pensamientos, verificar la exactitud y persuasividad de sus ideas en discusiones con ella. Y cuánto más fácil era respirar allí, en París, en que se podía atacar al enemigo con la "visera levantada".

París fue una gran experiencia para Marx. Allí, en Francia, penetró en un nuevo mundo, el mundo en el cual regía el capitalismo. En términos económicos, el feudalismo había sido superado con fir-

[52] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción. En MEW, vol. 1, pág. 380.

[53] Carlos Marx: Escritos sobre los Anales franco-alemanes. En MEW, vol. 1, pág. 345.

[54] Carlos Marx: Escritos sobre los Anales franco-alemanes. En MEW, vol. 1, pág. 338.

meza desde la última parte del siglo XVIII. Sufrió una decisiva derrota política durante la Revolución burguesa de 1789-1794, que modificó de raíz el equilibrio del poder, no sólo en Francia, sino que además influyó sobre toda Europa. Su victoria —completada durante la revolución de julio de 1830— anunciaba la declinación del feudalismo en todo el continente europeo.

La burguesía francesa —como antes la inglesa— había triunfado, y desarrollado con rapidez su poder económico. También allí las bases para el ascenso del capitalismo eran la revolución industrial, el tránsito a las máquinas, a la producción industrial. Esa trasformación económica, ya completada en Inglaterra en 1830, llegó a su punto más alto en Francia en la primera mitad del siglo XIX, en tanto que en Alemania sólo se puso en marcha en la década del 30. De tal modo, en ese entonces Francia se encontraba toda una época histórica por delante de Alemania y de todos los demás Estados europeos, con excepción de Inglaterra.

Francia fue la madre patria de la revolución política desde 1789 en adelante. Dondequiera que viviesen, los revolucionarios volvían hacia ella su atención y sus esperanzas. Ello hacía de París el punto de reunión de los demócratas de muchas naciones.

Pero las nuevas contradicciones vinculadas con la revolución industrial y la sociedad burguesa también se revelaron en Francia... y por lo tanto, asimismo en París, corazón de Francia. El irreconciliable antagonismo entre la burguesía y el proletariado se había convertido ya en el aspecto fundamental del movimiento social en Francia, en tanto que en Alemania aún se le superponía la batalla del "tercer Estado", la clase burguesa, contra el poder feudal. La explotación capitalista del proletariado francés era implacable; las necesidades sociales reinantes entre los trabajadores, y la falta total de derechos, resultaban inimaginables. Los obreros, sus esposas e hijos debían trabajar 15 horas diarias, y más, por un mísero jornal, encerrados en talleres estrechos, oscuros, asfixiantes. Miles de familias de trabajadores vivían en mohosos sótanos húmedos, agotados en la lucha cotidiana contra la suciedad, el frío, la humedad, el hambre y la enfermedad.

Tal era la realidad que se ocultaba detrás del ideal de "Libertad, igualdad, fraternidad" por el cual el pueblo luchó en las barricadas de la revolución burguesa. Sólo quedaba en pie una libertad en esa sociedad: la de los propietarios a multiplicar sin frenos sus riquezas y explotar sin conciencia a las clases trabajadoras.

Pero el cuadro que Marx vio del proletario, esa nueva clase engendrada por la industrialización capitalista, no era sólo de sumisión. Las masas obreras no se resignaban a un futuro oscuro. Ansiaban y buscaban un camino para vencer su ilimitada penuria, para liberarse del yugo de la opresión. Los primeros levantamientos proletarios del centro textil de Francia, Lyon, en 1831 y 1834, fueron ahogados en sangre. Pero Marx pudo ver por sí mismo que los obreros franceses comenzaban a reunir fuerzas y, con un empecinamiento que despertaba admiración, se dedicaban una vez más a buscar la senda de la libertad.

Se unían en organizaciones que por necesidad debían trabajar en secreto. La experiencia les había enseñado que el proletariado sólo puede confiar en su propia fuerza, y no recurrir a la piedad de la clase gobernante. Por consiguiente esas organizaciones exigían que los obreros lucharan por el poder político con métodos revolucionarios. Pero creían que podrían alcanzar su meta, el comunismo, con acciones golpistas de una vanguardia reducida, en lugar de conquistar para sus objetivos a las masas de los trabajadores. Estas ideas, desarrolladas y expuestas por el audaz revolucionario Louis-Auguste Blanqui, expresaban un "comunismo obrero". Representaban una importantísima etapa superior en el desarrollo del pensamiento socialista, en comparación con las teorías de un Fourier, un Saint- Simon o un Owen.

Marx estaba resuelto a informarse más a fondo acerca del nuevo mundo del capitalismo moderno, con todos sus progresos y sus contradicciones, con su pobreza y su esperanzado germen de un futuro mejor. Aunque la nueva época capitalista burguesa se había establecido con firmeza, al principio, sólo en Inglaterra y Francia, no cabía duda de que su penetración en Europa figuraba en la agenda. El joven Marx estudió esos procesos de la historia mun-

dial, los investigó con el método dialéctico tomado de Hegel y con ello puso a prueba, en la práctica, las ideas de Hegel y Feuerbach, y ante todo, sus propias concepciones filosóficas.

"Lanzarse a verdaderas luchas",[55] tal era la meta que Marx fijó a los *Anales franco-alemanes*. Él mismo hizo eso, con el objetivo de mostrar a la humanidad oprimida "por qué luchaba en realidad".[56]

El primer número de los *Anales franco-alemanes* se publicó como una doble entrega en 1844. Había dos artículos salidos de la pluma de Marx:

"Sobre el problema judío" e "Introducción a una crítica de la filosofía hegeliana del derecho".

En dichos artículos Marx completaba su crítica de la filosofía hegeliana mediante el recurso de poner a prueba sus tesis sobre la base del desarrollo de la historia y la situación contemporánea de la sociedad capitalista-burguesa moderna. Como escribió más tarde en el famoso prefacio a su *Crítica de la economía política*, su investigación condujo al reconocimiento "de que las relaciones jurídicas, como las formas estatales, no pueden ser entendidas por sí mismas, ni por el llamado desarrollo general del espíritu, sino que tienen sus raíces en las condiciones materiales de vida, cuya totalidad... Hegel reunió bajo el nombre de 'sociedad burguesa', pero la anatomía de la sociedad burguesa puede encontrarse en la economía política".[57]

Con este descubrimiento, Marx dejaba atrás el idealismo de Hegel. Entonces adoptó en público su posición de materialista. Pero su intelecto crítico no se conformaba con recuperar intacto el materialismo de Feuerbach. Por más que le fascinaran las ideas nada conciliadoras del filósofo, ya habían reconocido antes que Feuerbach

[55] Carlos Marx: Escritos sobre los Anales franco-alemanes. En MEW, vol. 1, pág. 345.

[56] Carlos Marx: Escritos sobre los Anales franco-alemanes. En MEW, vol. 1, pág. 345.

[57] Carlos Marx: Crítica de la economía política. En MEW, vol. 13, pág. 8

aplicaba el materialismo "demasiado a la naturaleza y demasiado poco a la política",[58] es decir, a la sociedad. Entonces Marx se dedicó a corregir eso y mostró en sus artículos, ya concebidos en Kreuznach, que "las condiciones de vida materiales" y las luchas de clases antagónicas impulsan hacia adelante el desarrollo histórico. Para colaborar en ese movimiento de avance de la sociedad humana, la filosofía progresista debía dedicarse a tareas especiales en la Alemania económica y socialmente atrasada. Pero la crítica filosófica sólo podía resultar eficaz si la crítica "en el cielo" se convertía en una crítica "en la tierra", y la de la teología se convertía en una crítica de la política; en otras palabras, si la crítica se vinculaba a las necesidades de las masas, reflejaba sus intereses y era asimilada por ellas. Con irrefutable lógica, y con un lenguaje enérgico, poco común, Marx agregaba:

"Las armas de la crítica no pueden remplazar a la crítica de las armas. La fuerza material tiene que ser derribada por la fuerza material. La teoría sólo puede convertirse en una fuerza material cuando es asimilada por las masas. La teoría es capaz de adueñarse de las masas en cuanto se demuestra *ad hominem* —por intermedio de las personas—, y se demuestra *ad hominem* —por intermedio de los pueblos— en cuanto se vuelve radical. Ser radical es adueñarse de una cosa desde la raíz. En el caso de los seres humanos, la raíz es el propio ser humano... La crítica de la religión culmina con la enseñanza de que el hombre es la criatura más elevada para el hombre, y por lo tanto con el imperativo categórico: derribar todas las relaciones existentes en que el hombre es una criatura rebajada, esclavizada, olvidada y despreciada."[59]

¿Pero dónde estaba el poder capaz de "derribar las relaciones existentes"? Ese poder, escribía Marx, sólo podía ser una clase que se viese obligada a hacerlo "debido a su situación inmediata, por necesidad material, a consecuencia de sus cadenas".[60] Esa clase

[58] Marx a Arnold Ruge, 13 de marzo de 1843. En MEW, vol. 27, pág. 417.

[59] Carlos Marx: *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*. Introducción. En MEW, vol. 1, pág. 385.

[60] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho.

sólo podía ser el proletariado. Si la clase obrera exigía la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sólo exigía con ello una compensación por los daños anteriores, y justicia histórica.

Así como Marx señalaba la importancia de la lucha de clases como fuerza motriz del desarrollo histórico, y con ello, en definitiva, demolía la concepción idealista de la historia, así también llegó a la concepción de que sólo el proletariado debe y puede destruir la sociedad burguesa, el Estado burgués y su base económica, la propiedad privada, y de ese modo llevar a cabo la revolución social.

Con la publicación de ese punto de vista, Marx se ponía de manera inequívoca de parte de la clase obrera. Ello exigía una gran fuerza de carácter, abnegación y audacia revolucionaria. También representaba para Marx una ruptura total con su pasado burgués. Es claro que sin esa ruptura con la clase capitalista y sus ideas, jamás habría sido posible discernir el papel histórico de la clase obrera en su liberación de la explotación y opresión que sufría todo la humanidad.

En tanto que inclusive los pensadores progresistas, humanistas, consideraban al proletario como una clase sufriente, y ante todo como un síntoma de una enfermedad de la sociedad, que debía apartarse o restringirse, Marx, en cambio, depositaba todas sus esperanzas en el rápido crecimiento y fortalecimiento de la clase trabajadora, en su alianza con la crítica filosófica y la ciencia: "Así como la filosofía encuentra sus armas materiales en el proletariado, así éste encuentra su alma intelectual en la filosofía".[61]

Los artículos de Marx intitulados Crítica de la filosofía hegeliana del derecho, muestran el final de su período de Joven Hegeliano en la filosofía y de su periodo demócrata-revolucionario en política. Señala el comienzo de una nueva etapa en que Marx —que ya entonces era un materialista y un comunista— desarrolló paso a paso

---

Introducción. En MEW, vol. 1, pág. 390.

[61] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción. En MEW, vol. 1, pág. 391.

la visión del mundo del proletariado: el comunismo científico.

Apenas los *Anales franco-alemanes* salieron de las prensas, cuando el aterrorizado gobierno prusiano se lanzó a la acción contra ellos. El rey emitió una orden: debía impedirse por todos los medios la introducción del periódico; Marx, Ruge, Enrique Heine y otros colaboradores de la publicación debían ser arrestados en el acto, si pisaban suelo prusiano. A los vendedores de libros se les advirtió que no debían vender el periódico. La policía se apresuró a husmear en las librerías de segunda mano. Todo esto era un tributo inintencional al papel político de la publicación, pero, es claro, dificultaba aun más su distribución. Cientos de ejemplares de la edición, de cualquier modo reducida, fueron confiscados por los espías policiales prusianos y bávaros.

A las dificultades financieras que fueron el resultado de ello se agregaron también, muy pronto, problemas políticos y personales. Ruge no estaba de acuerdo con el llamamiento de Marx a las masas y a la clase obrera. El demócrata burgués no se encontraba en condiciones de acompañar a la revolución proletaria. Le asustaban las inferencias del razonamiento de Marx, se retractó de su compromiso financiero, y de tal modo llevó al desastre el proyecto, iniciado con tantas esperanzas.

Marx carecía prácticamente de medios. Estaba convencido de que los *Anales* podían haberse abierto camino a pesar de todas las dificultades. Pero después de la deserción de Ruge no existía posibilidad alguna de publicar otro número. La principal preocupación de Marx era Jenny, quien se encontraba embarazada. Pero la joven pareja no estaba sola: los amigos del Rin, los compañeros de la época de *Rheinische Zeitung*, los ayudaron en sus apremiantes necesidades. A mediados de marzo enviaron mil táleros, y más tarde, para pagar los 100 ejemplares confiscados de los *Anales*, otros 800 francos. Por el momento Marx quedaba aliviado de su mayor ansiedad. Podía volver a respirar y continuar con la obra iniciada con *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho.*

La tesis de Marx sobre el papel histórico del proletariado era una conclusión filosófica de suma audacia, pero aún restaba demostrar-

la en detalle y ampliarla por medio de investigaciones científicas fundamentales. Ante todo, era necesario analizar desde todos los ángulos la situación del proletariado en la sociedad burguesa. También eso exigía, según lo veía Marx, una investigación de "la anatomía de la sociedad burguesa",[62] y en una palabra, de la economía capitalista y su desarrollo.

Precisamente sobre este tema recibió Marx interesantes sugestiones de un colaborador de *Anales franco-alemanes*, su autor más joven: Federico Engels. En su artículo *Esbozo de una crítica de la economía nacional*, Engels había puesto la piedra fundamental para una crítica de la economía política burguesa. La demostración de Engels, de que todos los fenómenos importantes del sistema económico burgués surgen de modo inevitable del régimen de propiedad privada de los medios de producción, y que una sociedad sin pobreza sólo podía ser una sociedad sin esa propiedad privada, fascinó en inmensa medida a Marx. En ese trabajo, a través de una crítica de la economía política burguesa, otro pensador llegaba de modo independiente a las mismas conclusiones a que había llegado él con su crítica de la filosofía. Marx sintió la necesidad de comunicarse en el acto con ese amigo que pensaba como él, y en seguida inició un intercambio de opiniones, por correo, con Engels, quien trabajaba en Inglaterra.

Apenas había terminado Marx —involuntariamente— con sus obligaciones editoriales, cuando se dedicó a nuevos planes en materia de publicística. Quería investigar el desarrollo de la sociedad burguesa en el ejemplo clásico de Francia, y escribir un libro sobre la revolución burguesa francesa. Con tal fin, estudió una amplia gama de obras de filósofos e historiadores burgueses franceses. Descubrió que los más penetrantes de ellos habían reconocido ya, y descrito, la importancia histórica de las clases y sus luchas. Ello confirmaba sus propias concepciones. ¿Pero qué factores, qué razones determinaban el nacimiento de las clases, impulsaban o detenían su desarrollo, y llevaban por último a su abolición? ¿Qué fuerzas influían sobre la lucha de clases, y hacia qué metas se orienta-

[62] Carlos Marx: Crítica de la economía política. En MEW, vol. 3, pág. 8.

ban? Los historiadores franceses no podían dar respuesta a estos interrogantes.

Marx continuó investigando. Se sumergió en la economía, estudió las obras de Adam Smith y David Ricardo, los dos economistas burgueses ingleses más importantes. Como era su costumbre, nada aceptaba de primera intención. Verificó cada una de sus tesis con rigor científico, y las comparó con toda la bibliografía de que se disponía respecto de los últimos acontecimientos económicos de Inglaterra y Francia.

De tal modo, para la primavera de 1848 había desarrollado un manuscrito de anchos horizontes, que sin embargo quedó inconcluso. Sólo un siglo más tarde fue publicado por el Instituto Marx-Engels-Lenin del Comité Central del Partido Comunista Soviético, en 1932, con el título de Manuscritos económico-filosóficos.

En este manuscrito, Marx, en polémica con la economía política burguesa, y en ajuste de cuentas con la filosofía hegeliana, investigaba el papel del trabajo en el desarrollo de la personalidad y la sociedad. Describía el trabajo como la esencia del hombre, todo aquello gracias a lo cual el hombre se convierte en tal: un ser social capaz de una actividad creadora multilateral y de un progreso ilimitado. Pero en las relaciones económicas del capitalismo, en que el producto del trabajo no pertenece al individuo que trabaja, sino al propietario privado de los medios de producción, o "no trabajador", como entonces decía Marx; en que el producto creado por el trabajador se convierte, en manos del dueño de los medios de producción, en un poder que domina al obrero; en que éste debe vender su fuerza de trabajo, para bien o para mal, y no tiene un lugar seguro en el proceso del trabajo social; en estas condiciones, el trabajo del hombre aparece como algo hostil, algo ajeno a él. En tales condiciones, el trabajo pierde su verdadero sentido para el hombre que trabaja. Se convierte en coerción, en un mal necesario, resulta ser una carga porque el trabajador, a consecuencia de la propiedad privada capitalista, es despojado de los medios de producción, así como del producto de su trabajo.

Todas las otras formas de enajenación de la vida social, política e

ideológica de la sociedad se basan en ese cimiento económico. La enajenación del trabajo, provocada por la propiedad privada capitalista, deforma las relaciones entre las personas. Conduce a la enajenación de una persona respecto de las otras, al dominio de uno sobre el otro, al antagonismo entre los trabajadores y los que no trabajan. Pero también lleva a la enajenación de los trabajadores entre sí, al aislamiento, a la indiferencia hacia los congéneres, a la soledad.

Marx describía en el manuscrito la manera en que el dinero se convierte en el verdadero criterio en la sociedad burguesa. Todo, inclusive las cosas no creadas por el trabajo, pueden comprarse con dinero; quien tiene dinero, posee también poder sobre todos los valores humanos. El dinero, escribía Marx, "convierte la lealtad en deslealtad, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, al criado en amo, al amo en criado, la idiotez en inteligencia, la inteligencia en idiotez".[63] Este poder del dinero sobre la gente no es más que la expresión de las relaciones sociales enajenadas, antinaturales, inhumanas.

Durante mucho tiempo, en especial en los últimos años, los opositores del marxismo han tratado de utilizar los *Manuscritos económico-filosóficos* para sus propios fines. Intentan separar la concepción de la enajenación, de Marx, de su base material, social y económica, y postular la enajenación como correspondiente a la "naturaleza humana". Como la enajenación del ser humano es su "destino", no puede liberarse de ella, a menos que logre cambiar y purificar su "naturaleza" o "esencia". De tal modo, tratan de condenar al obrero a la pasividad, al fatalismo, impedir su resistencia a la sociedad que lo explota, trabar su acción revolucionaria.

Pero Marx jamás quiso derivar la enajenación de la "naturaleza humana". Por el contrario, en sus *Manuscritos económico-filosóficos* mostró que la enajenación del trabajo, y la enajenación, resultante de ello, de todas las relaciones humanas, no es eterna ni natu-

[63] Carlos Marx: Manuscritos de economía y filosofía de 1844. En MEW, Suplemento I, pág. 566.

ral, sino concretamente histórica y característica de todas las sociedades explotadoras. "La propiedad privada material, física, directa, es la manifestación material, física, directa, de la vida humana enajenada."[64] Por eso se anula la enajenación cuando se anula su base, la propiedad privada de los medios de producción.

En contraste con los pensadores burgueses anteriores a él, quienes en verdad habían atacado aspectos aislados de la enajenación humana, pero sin lograr descubrir sus orígenes, Marx rasgó el velo ideológico que ocultaba los orígenes de la enajenación y mostró a la clase trabajadora que por medio de la abolición de la explotación también quedarían abolidos los orígenes de la enajenación. En la sociedad socialista y comunista, escribió Marx, con la desaparición de la enajenación del trabajó, también desaparece la deformación de las relaciones humanas que surgen de ella. En esa nueva sociedad se produce el "florecimiento del hombre en y para el hombre",[65] la libertad ocupa el lugar de la coerción, la fraternidad el del egoísmo, la humanidad el de la inhumanidad. En esa sociedad "sólo se puede intercambiar amor por amor, lealtad sólo por lealtad, etc. Cuando se quiere gozar del arte, es preciso ser una persona informada acerca del arte; cuando se desea influir sobre otras personas, es necesario ser en verdad una persona estimulante, que pueda inspirar a los demás".[66]

Pero en junio de 1844 Marx interrumpió su trabajo en los *Manuscritos económico-filosóficos*. El estudio crítico de los economistas burgueses resultaba interesante y necesario, pero la lucha política cotidiana presentaba sus propias exigencias imperativas. Ante todo, exigía respuestas a interrogantes urgentes, y en especial al del futuro de la clase trabajadora.

En torno de este problema se desarrollaban vehementes controver-

[64] Carlos Marx: Manuscritos de economía y filosofía de 1844. En MEW, Suplemento I, pág. 537.

[65] Carlos Marx: Manuscritos de economía y filosofía de 1844. En MEW, Suplemento I, pág. 536.

[66] Carlos Marx: Manuscritos de economía y filosofía de 1844. En MEW, Suplemento I, pág. 567.

sias entre los trabajadores franceses, y también entre los obreros alemanes que vivían en París. Muchos teóricos, con puntos de vista muy diversos, se hallaban empeñados en polémicas. Los socialistas burgueses y pequeñoburgueses se basaban en el buen sentido y la caridad de las clases propietarias, predicaban contra la lucha y querían convencer a los dueños de la necesidad de las reformas sociales por medio de una propaganda pacífica. Los "comunistas obreros" aprobaban la lucha, pero imaginaban que podían adueñarse del poder mediante conspiraciones. Ninguno de ellos entendía aún —o lo entendía en insuficiente medida— el poder que dormitaba en las propias masas proletarias, así como su capacidad para actuar en política de manera independiente.

Marx no estaba de acuerdo con sus erróneas ideas. Y reconoció que no podían soportar un examen científico. Por lo tanto, más tarde describió a los representantes de estas concepciones como "socialistas utópicos" o "comunistas utópicos", como teóricos que veían y denunciaban con claridad los abusos y delitos de la sociedad burguesa, pero que no mostraban al proletariado un camino científicamente trazado hacia su liberación, sino que más bien ofrecían utopías y soluciones ficticias.

Pero las concepciones del propio Marx tampoco habían madurado del todo. Había percibido con claridad la meta de la clase obrera – la revolución proletaria y la abolición de las clases por medio de la abolición de la propiedad privada—, pero el camino hasta esta meta todavía estaba por ser trazado. Para hacerlo era necesario comparar el conocimiento y los descubrimientos científicos con la práctica política, ponerlos a prueba y seguir la pugna de opiniones.

Marx fue hacia los obreros. Estableció vínculos con las sociedades secretas en las cuales se encontraban organizados los sectores más progresistas del proletariado de París. Prestó especial atención a los obreros alemanes que vivían en la ciudad. Eran casi todos jornaleros proletarios cuyos vagabundeos, y en ocasiones también las persecuciones políticas en Alemania, los habían llevado a París en decenas de millares. Los revolucionarios que existían entre ellos se habían incorporado a la Liga de los Justos.

La Liga de los Justos no sólo fue la primera organización proletaria alemana que conoció Marx, sino, en verdad, la primera organización política de los trabajadores alemanes. La Liga, que al comienzo era mitad asociación propagandística y mitad grupo conspirativo, se dedicó cada vez más, en la década del 40, a la difusión de las ideas comunistas entre los jornaleros y trabajadores proletarios, aunque dichas ideas todavía seguían siendo "comunistas utópicas". Es claro que debía trabajar casi siempre en secreto. Sus centros eran París y Londres. Tenía organizaciones locales, las denominadas "comunidades", en distintas regiones de Suiza y en muchas ciudades alemanas. Gracias a los oficios de su vecino, Hermann Maurer, Marx fue presentado a los grupos de la Liga en París y a sus principales personalidades, tales como el médico y escritor Ewerbeck. Marx también se dedicó a un intercambio de opiniones con los voceros de las sociedades francesas de trabajadores.

No se incorporó a ninguno de los grupos existentes, porque no compartía las concepciones sobre el socialismo y el comunismo que predominaban entre ellos. Pero trataba siempre de dialogar con los trabajadores, en parte para describirles sus puntos de vista sobre las tareas del proletariado, y, cosa más importante aun, para aprender de ellos, para conocer sus experiencias políticas y su enfoque de la vida. Entre los trabajadores, escribía, profundamente conmovido, "la fraternidad del hombre... no es una frase, sino la verdad... En sus rostros endurecidos por el trabajo brilla la nobleza de la humanidad".[67] De tal modo, sus contactos con los obreros no sólo lo enriquecieron con valiosas experiencias; fortalecieron su creencia en la importancia de su lucha y confirmaron su confianza en el poder y las elevadas cualidades morales de la clase obrera. Desde entonces, el continuo y constante contacto con la clase trabajadora se convirtió en parte integral de su obra, en una necesidad profundamente sentida para su vida.

Sus amplios conocimientos y su audacia revolucionaria granjearon a Marx respecto y amistad, no sólo entre los trabajadores. También

[67] Carlos Marx: Manuscritos de economía y filosofía de 1844. En MEW, Suplemento I, pág. 554.

atrajeron a muchos honrados demócratas, quienes trabajaban desde París para respaldar los movimientos antifeudales de su patria. Demócratas y comunistas, obreros e intelectuales, entraban en la casa de Marx y volvían a salir. No eran sólo los que habían adoptado decisiones en términos políticos; entre ellos se contaban doctores, publicistas y poetas como Georg Rerwegh y Enrique Heine. Aunque el hogar de Marx era pequeño, todos encontraron en Carlos y Jenny a amigos útiles, sabios consejeros y muy agradables compañeros.

El 1 de mayo de 1844 trajo a la pareja un acontecimiento dichoso. Jenny dio a luz su primer hijo, una saludable niña. De acuerdo con el deseo del padre, la pequeña recibió el nombre de su amada Jenny.

En aquellos días de Paris, Enrique Heine era uno de los invitados más frecuentes de la familia Marx. Se había visto obligado a huir a París en 1831, por las persecuciones del censor y la policía alemanes. Intimos lazos políticos unían a Marx con ese gran poeta y audaz precursor del progreso histórico. Tuvieron su origen en los *Anales franco-alemanes*, con los cuales Heine colaboró con tres poemas, "Canto de alabanza al rey Ludwig", mordaz sátira contra el reaccionario rey de Baviera.

Marx y Heine compartían una profunda amistad, fortalecida por la penetración estética y la sagacidad literaria de Carlos y Jenny. Sólo necesitaban unas pocas palabras, como escribió en una ocasión Heine, para entenderse. Este visitaba casi todos los días a la joven pareja para leerles sus poemas; en ocasiones Heine y Marx estudiaban horas enteras un poema, y lo analizaban y revisaban, hasta que encontraban su forma definitiva, maestra. En otras oportunidades el poeta llegaba a Marx desalentado por completo, profundamente herido por un ataque en especial odioso contra él, publicado en la prensa. Jenny era entonces, a menudo, la amiga fiel en momentos de necesidades, y muy pronto lo alegraba con su ingenio y encanto.

Pero Heine no iba sólo en busca de consejos. También mostró ser un verdadero amigo, un leal colaborador. Un día en que encontró a los dos padres impotentes y desconcertados ante su hija enferma,

quien sufría de intensos retortijones y ahogos, exclamó, imperioso: "¡Hay que poner a la niña en una bañera!" Se lanzó a preparar el baño, metió a la niña en ella... y le salvó la vida.

La amistad de Marx fue de gran importancia para el desarrollo artístico de Heine. En febrero de 1844 el poeta ya reconocía: "¡Mis poemas... respirarán una política superior!" [68] Imbuido de una "política superior", Heine escribió entonces una de las más grandes obras de la literatura alemana: *Deutschland ein Wintermärchen* (Alemania, un cuento invernal). El mismo lo consideraba el "gran poema". Auténtico en su sentimiento nacional, aniquilador en su sarcasmo, veraz en su tragedia, el *Wintermärchen* era un ataque intransigente contra la situación feudal reinante en Alemania, y profetizaba "una nueva raza" que algún día terminaría para siempre con la opresión y pobreza, las desterraría de la vida del pueblo alemán.

Compondría "una nueva canción, una canción mejor" —escribía Heine—, porque "queremos construir el reino del cielo aquí en la tierra". [69]

De tal modo, el audaz revolucionario y hombre de ciencia, y el gran poeta, luchaban con armas distintas, pero ambos inspirados por la misma aspiración a una vida más dichosa para su pueblo. Si bien Heine nunca llegó a una comprensión del comunismo científico; si bien, aunque agudo crítico de la situación contemporánea, jamás superó del todo sus reservas emocionales respecto de la futura sociedad comunista, tanto más notable era su elogio, en primer término destinado a Marx, que revistió con las siguientes palabras: "Los dirigentes más o menos secretos del comunismo alemán son maestros de la lógica, cuyos representantes más robustos nacieron de la escuela hegeliana. No cabe duda de que son las cabezas más sabias, las personalidades más enérgicas de Alemania. Estos docto-

[68] Enrique Heine a Julius Campe, 20 de febrero de 1844. En Heinrich Heine: Werke una Brief in zehn Bänden; editado por Hans Kaufmann, vol. 9, Berlín, 1962, pág. 141.

[69] Enrique Reine: Alemania; un cuento de invierno. En: Ibíd., vol. 1, Berlín, 1961, pág. 436.

res de la revolución y sus severos y decididos discípulos son los únicos hombres de Alemania henchidos de vida, y a ellos, me temo, les pertenece el futuro".[70]

Aunque Marx se ocupaba mucho de sus libros, jamás se sepultaba en ellos. Mantenía siempre abiertos los ojos en busca de una oportunidad para participar en las controversias públicas con la reacción prusiano-alemana. Por fin encontró esa oportunidad en un periódico, el *Vorwärts* de París, editado por emigrantes alemanes democráticos. Ruge, Engels y Ewerbeck, Heine y Herwegh, y desde agosto de 1844 también Marx, escribieron para ese periódico radical-democrático, que tenía una modesta circulación pero que no era molestado por el censor. Los ataques de Vorwärts se dirigían en especial contra el rey prusiano Federico Guillermo IV, el más poderoso representante de la reacción en Alemania.

Marx seguía los acontecimientos de Alemania con mirada vigilante. Las luchas de las masas populares en el país llegaron a su primera culminación cuando miles de tejedores de Silesia, en junio de 1844, se levantaron en abierta resistencia contra sus explotadores capitalistas. Durante tres días lucharon con mortífera valentía contra las tropas prusianas enviadas para aplastar el levantamiento.

Con la rebelión de los tejedores, el proletariado inició su lucha revolucionaria contra la burguesía en forma poderosa e inconfundible, y anunció sus derechos históricos. La burguesía alemana, que a su vez todavía compartía el poder estatal feudal, reaccionario, se encontraba en condiciones de llamar al ejército y a la policía, precisamente de este Estado, para protegerlo. Las definiciones de clase comenzaron a hacerse más claras.

Marx había seguido los informes de Silesia con profunda simpatía. Se enfureció cuando su colaborador de otrora, Arnold Ruge, calificó en *Vorwärts*, de carente de importancia el levantamiento de los tejedores. Trataba inclusive, con tono de maestro, de negar al proletariado el poder tanto como el derecho de hacer la historia, en la

[70] Enrique Heine: Declaraciones. En: Ibíd., vol. 7, Berlín, 1962, págs. 489-490.

práctica tanto como en la teoría.

En aguda polémica desatada en *Vorwärts*, Marx defendió con vigor el alzamiento y la fuerza revolucionaria del proletariado. Lo consideró el "elemento activo" en la liberación de Alemania, y le profetizó un "papel de atleta". Declaró que, "sin embargo, cierta proporción de comprensión científica, y algún amor al pueblo",[71] debían formar parte de esa concepción, y de la solidaridad con la población trabajadora. De tal manera, Marx rompía por completo con su ex-camarada. El antagonismo político y la amistad personal no eran compatibles en la opinión de Marx.

Ya había reconocido que en las inminentes luchas revolucionarias con el poder del Estado feudal el pueblo, y ante todo el proletariado en ascenso, estaban destinados a representar el papel decisivo. El desprecio hacia las masas, hacia el proletariado, debilitaría todo el movimiento antifeudal. Rechazar las fuerzas de las masas populares significaba rechazar la victoria sobre el enemigo del pueblo alemán. En esa materia, decisiva para el futuro de la nación, los vínculos personales no pesaban.

Las mismas consideraciones movieron a Marx, unas semanas después, a oponerse en público a los hermanos Bauer. Bruno Bauer y sus compañeros, quienes se daban aires de santos guardianes del hegelianismo, introducían la confusión en el movimiento democrático de Alemania, con su ilimitada arrogancia frente a las masas. Marx quiso refutar las concepciones anticientíficas, idealistas, de los hermanos Bauer, a quienes con sarcasmo llamó, en un folletito, "la sagrada familia" por sus afirmaciones de infalibilidad. Pero el manuscrito creció hasta convertirse en un libro de gran volumen.

Marx demostraba en él que ni las fuerzas sobrenaturales, ni la conciencia del hombre, ni "los héroes... hacen la historia". Sólo la obra de las masas impulsaba la sociedad hacia adelante, gracias a su trabajo y a su lucha política. El pueblo era el verdadero creador de la historia. "Las ideas —escribía Marx— nunca pueden llevar adelan-

[71] Carlos Marx: Acotaciones críticas al artículo "El rey de Prusia y la Reforma Social. De un prusiano". En MEW, vol. I, pág. 406.

te el viejo orden mundial; sólo pueden llevar adelante las ideas del antiguo orden mundial. En general, las ideas nada pueden lograr. Para poner en práctica las ideas, hacen "falta personas que posean capacidad práctica." [72]

En oposición a los socialistas utópicos, que sólo veían en la clase obrera una masa impotente, sufriente, Marx mostró que el proletariado, dada su posición económica y social en la sociedad capitalista, está llamado a liberarse. "Pero no puede liberarse sin terminar con sus propias condiciones de vida. No puede terminar con sus propias condiciones de vida sin terminar con todas las condiciones de vida inhumanas que existen en nuestra sociedad contemporánea. No por nada pasa por la difícil pero endurecedora escuela del trabajo. No se trata de lo que tal o cual proletario, inclusive todo el proletariado, imagine en ocasiones que es su meta. Se trata de cuál es, y de qué, en consonancia con ello, se verá obligado a hacer. Su meta y su acción históricas están preanunciadas con claridad y de manera irrevocable, en sus condiciones de vida y en la organización total de la sociedad burguesa contemporánea." [73]

En estas concepciones se elaboraba, en lo fundamental, la tesis de la misión histórica, mundial, liberadora, del proletariado como clase. Desde entonces, el rumbo de la historia así lo confirmó.

Marx acababa de comenzar a escribir *La Sagrada Familia*, cuando Federico Engels llegó a París a finales de agosto de 1844, en viaje de Inglaterra a Alemania. Marx lo presentó a sus camaradas de París. Juntos concurrieron a reuniones y mítines de los obreros. En interminables discusiones diarias intercambiaron opiniones, y establecieron, con creciente placer, que coincidían por entero en todos los problemas teóricos. Para dar mayor claridad a ello, Engels escribió su parte de *La Sagrada Familia*, cuando todavía se encontraba en París. Esa fue la primera colaboración de ambos. El libro se publicó en febrero de 1845, en Francfort sobre el Main, con el

[72] Federico Engels/Carlos Marx: La Sagrada Familia, o crítica de la crítica crítica. En MEW, vol. 2, pág. 126.

[73] Federico Engels/Carlos Marx: La Sagrada Familia, o crítica de la crítica crítica. En MEW, vol. 2, pág. 126.

título de *La Sagrada Familia, o crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer & Compañía. Por Federico Engels y Carlos Marx.*

En esos días de París, Marx y Engels también aprendieron a estimarse en alto grado, en el plano personal, y en seguida trabaron una cálida amistad. Con ese encuentro comenzaron las décadas de colaboración creadora entre Marx y Engels, que sólo la muerte podía terminar. "Las leyendas de la antigüedad —escribía Lenin más tarde— relatan ejemplos de emocionante amistad. El proletariado europeo puede decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuya amistad supera las narraciones más conmovedoras de los antiguos."[74]

Amigo y camarada

Federico Engels nació el 28 de noviembre de 1820, en Barmen, centro de la industria textil renana, en rápido desarrollo. Era hijo de un industrial, y creció en un hogar fuertemente religioso, evangelista. Poseía una personalidad vivaz, era un hombre muy dotado, industrioso, y cuando estudiaba en el Gimnasio de Elberfeld mostró un gran interés por las matemáticas y los idiomas. La literatura alemana y sus ideas humanistas eran su pasión.

El joven Federico tenía una gran conciencia del mundo que lo rodeaba. Advirtió desde muy temprano la pobreza y angustia de los obreros textiles. Su concepción de lo justo e injusto lo hicieron rebelarse contra esa situación. Pero su padre presentaba un rostro pétreo ante sus preguntas y acusaciones, y al cabo lo obligó, un año antes de su matriculación, a cambiar el banco de estudiante por el escritorio de contador, y lo envió a Bremen para completar su educación comercial.

El escritorio de contador en modo alguno interesaba al joven, pero aprendió la profesión de manera concienzuda, y más tarde fue un experto hombre de negocios. Sin embargo, utilizaba todo el tiempo

[74] V. I. Lenin: Federico Engels. En Obras escogidas, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960, pág. 26.

libre para ampliar sus conocimientos de la literatura alemana y mundial. Leía la literatura extranjera en su idioma de origen, cuando ello le resultaba posible. Poseía un talento especial para los idiomas, y ya en la juventud dominó un lenguaje europeo tras otro. Ello sería más tarde de gran importancia para la actividad política del hombre más maduro. Además encontró tiempo para endurecerse físicamente por medio de la equitación, la esgrima y la natación. Escribía a su hermana, con orgullo, que había cruzado el río Weser cuatro veces, sin descanso. El joven Engels seguía con interés la lucha del creciente movimiento antifeudal en Europa. Poco a poco creció en él la convicción de que sólo un apoyo decidido al pueblo y a la revolución podía servir al progreso y al apasionado deseo de libertad de la nación alemana.

Cuanto más se afirmaba el punto de vista democrático de Engels, más se encontraba en conflicto con su educación religiosa. El joven de 18 años luchó durante mucho tiempo y con energía contra la religión. "Rezo todos los días, y veinticuatro horas de cada veinticuatro, para que me sea permitido conocer la verdad —escribía a sus amigos de Barmen—. Lo hice desde el momento en que empecé a dudar, y sin embargo no puedo encontrar el camino de regreso a las creencias de ustedes... Busco la verdad donde puedo esperar encontrar siquiera una sombra de ella, y sin embargo no puedo reconocer la verdad de ustedes como eterna."[75]

Después de difíciles luchas interiores, abandonó "la carga de la antigua creencia",[76] dejó tras de sí la religión y pasó, con característica firmeza, de la religión a la filosofía y la ciencia.

El joven Engels tuvo una participación muy activa en las discusiones políticas entre amigos de la misma edad y actitudes similares. Consideraba la acción liberadora como la meta de su vida; odiaba la indecisión y la conciliación. Soñaba con el día en que las principescas "ventanas de los palacios sean destrozadas por las piedras

[75] Engels a Friedrich Graeber, 12-27 de julio de 1839. En MEW, Suplemento II, pág. 407.

[76] Engels a Friedrich Graeber, 12-27 de julio de 1839. En MEW, Suplemento II, pág. 408.

arrojadas por los revolucionarios".[77]

En ese espíritu, el joven de apenas 18 años saltaba, pluma en mano, a la batalla antifeudal.

Escribió una gran cantidad de poemas y artículos en los cuales adoptaba una enérgica posición en favor de la libertad de expresión y de otros derechos del pueblo, así como en favor de una patria unida y democrática. En sus *Cartas de Wuppertal*, que se publicó en marzo de 1839, en el periódico *Telegraph für Deutschland*, describía la pobreza intelectual y social que se ocultaba detrás de la belleza panorámica de su Wuppertal nativo. Atacaba con indignación a las clases poseedoras. "Reina una terrible pobreza entre las clases inferiores, en especial entre los obreros fabriles de Wuppertal —escribía—. Sólo en Elberfeld, de 2.500 niños en edad escolar, a 1.200 se les niega la educación y crecen en las fábricas, de modo que el dueño de éstas no tenga que pagar a los adultos el doble del salario que paga a un niño. Los ricos dueños de fábricas poseen una conciencia elástica." [78]

Engels se identificó, en forma definida, con la lucha del pueblo alemán, y también de otros pueblos, contra la opresión y la servidumbre. Expresó su odio, sin disimulo, contra los gobernantes feudales y sus sanguinarios crímenes. A sus amigos escribía sobre el rey prusiano: "Lo odio... lo odio *bis in den Tod*... hasta la muerte. Si no me viese obligado a despreciar a este Scheisskel, (muchacho de mierda) lo odiaría aun más".[79]

Engels se sentía tanto más unido al pueblo. Tenía una alta estima por el trabajo, las cualidades morales, el sentimiento poético natural y el amor a la patria que poseía la gente corriente. Experimentaba una identificación total con "las clases inferiores" [80] de la na-

[77] Engels a Friedrich Graeber, 9 de diciembre de 1839 a 5 de febrero de 1840. En MEW, Suplemento II, pág. 443.

[78] Federico Engels: Cartas de Wuppertal. En MEW, vol. 1, pág. 418.

[79] Engels a Friedrich Graeber, 9 de diciembre de 1839 a 5 de febrero de 1840. En MEW, Suplemento II, pág. 442.

[80] Federico Engels: Cartas de Wuppertal. En MEW, vol. 1, pág. 418.

ción. Llamaba al pueblo a adquirir conciencia de su propia fuerza y a apoyar la lucha por "una nación grande, unida, de iguales derechos, con todas sus energías y sus bienes terrenales".[81]

Aun en su juventud, Engels anunció su irreconciliable enemistad hacia todas las fuerzas sociales que tratasen de obstaculizar el progreso en Alemania mediante la difusión de ideas reaccionarias y anticientíficas. Su lema era: "Lo que la ciencia arroja a un lado... también debe desaparecer de la vida".[82]

Estudió la filosofía con ardor, y la denominó "el alma de todas las ciencias".[83] Se consideraba un seguidor de Hegel, en cuya dialéctica reconocía una aguzada arma para el combate contra los oscurantistas. Ocupó su lugar entre los Jóvenes Hegelianos, orgulloso de la filosofía clásica alemana.

En Berlín, donde sirvió un año como voluntario en los cuarteles de Kupfergraben (hoy Cuarteles Federico Engels), en 1841-1842, atacó, con sarcasmo e ingenio, a los voceros teológicos y filosóficos de la reacción. Aunque no era posible que conociera a Marx allí, puesto que este último ya había salido de Berlín, sin embargo lo conocía gracias a su constante influencia sobre los círculos de la oposición. Lo mismo que su prototipo, Engels también se convirtió en partidario del materialismo de Feuerbach. Empezó a colaborar con *Rheinische Zeitung* a finales de 1842, y por casualidad conoció al director en jefe, doctor Marx, en Colonia. Salió de Alemania en noviembre de 1842, rumbo a Manchester, donde entró a trabajar como representante comercial en la hilandería de algodón de Ermen & Engels, de la cual su padre era socio.

Hacía ya décadas que Inglaterra se encontraba a la vanguardia del desarrollo industrial y capitalista de Europa. Como en ningún otro país, las luchas de clases entre la burguesía y el proletariado se ha-

[81] Federico Engels: Ernest Moritz Arndt. MEW, Suplemento II, pág. 127.

[82] Engels a Friedrich Graeber, 12-27 de julio de 1839, MEW, Suplemento II, pág. 403.

[83] Federico Engels: Immermanns "Memorabilien". MEW, Suplemento II, pág. 145.

llaban en una etapa avanzada. La burguesía industrial conquistaba un poder político cada vez mayor, y lo utilizaba para explotar con brutalidad a los trabajadores. Éstos, a su vez, se defendían con huelgas. Ya existían sindicatos que los obreros habían organizado para respaldar su lucha económica. También se conocía una organización independiente, política, de masas, del proletariado, denominada *movimiento cartista*.

En la Carta del Pueblo, publicada en 1838, los cartistas exigían una serie de reformas democráticas, ante todo el sufragio universal... aunque sólo para los hombres. Sus exigencias encontraron gran apoyo, en especial entre los obreros fabriles de Inglaterra central y septentrional. Cientos de miles de personas, en ocasiones, participaban en los mítines cartistas de masas. Este movimiento revolucionario proletario, relacionado con muchas huelgas en casi todas las zonas industriales importantes, llegó a su punto culminante entre 1838 y 1842. Las experiencias de los obreros ingleses en las luchas políticas de masas fueron de gran importancia para el proletariado internacional.

El centro del movimiento cartista era Manchester, entonces metrópolis de la industria inglesa. Allí Engels conoció de primera mano la vida y la implacable búsqueda de ganancias de la burguesía, y la increíble pobreza y luchas del proletariado industrial. Lo que el joven de 22 años vio lo afectó profundamente. ¿No ocurría allí lo mismo que en la ciudad de su nacimiento, sólo que en tono más gris, de contraste más aterrador, más aplastante en sus consecuencias? ¿No era una etapa del desarrollo al cual también aspiraba la burguesía alemana?

Pero además hizo otros descubrimientos. Ya conocía al proletariado sufriente de su propio país, y luego llegó a conocer al proletariado combatiente. Desde ese momento, en adelante, la vida de las masas trabajadoras lo atrajo como un imán. Concurría a los mítines en los cuales los obreros y la burguesía defendían en vehementes debates sus intereses de clase antagónicos. Conoció las mezquinas manipulaciones de los voceros burgueses, cuando trataban de imponer una resolución que expresase su punto de vista, y la parciali-

dad de la policía, que disolvía los mítines cuando fracasaban tales maquinaciones. Fue testigo ocular de la forma en que los obreros demostraban su fuerza en grandes asambleas, y de la manera en verdad humana, y con objetivos históricamente progresistas, en que combatían por sus intereses, ya fuese por una jornada de trabajo más breve para los niños empleados en las fábricas, o por su propio derecho al voto.

El joven hombre de negocios "eludía a la sociedad y los banquetes, el vino oporto y el champagne de la clase media", es decir, de la burguesía, y dedicaba su "tiempo libre, con exclusividad, a los contactos con los obreros comunes".[84] Visitaba a los trabajadores en sus hogares, compartía sus problemas y dificultades, y se unía a sus festividades. Así fue como conoció a Mary Burns, una joven trabajadora irlandesa que más tarde se convirtió en su esposa. Junto con ella, o con su amigo, el joven poeta alemán Georg Weerth, vagaba por los barrios obreros. Allí, entre los voceros progresistas de los trabajadores, encontró la concepción, la inspiración y la fuerza de carácter que en vano había buscado entre los burgueses.

El joven hijo del dueño de fábricas había llegado a Inglaterra como demócrata radical. Pero llegó para entender que la libertad e igualdad no eran más que una ficción en el "orden" burgués, que este último en realidad no era otra cosa que una democracia de la propiedad y de los ricos, en la cual los obreros sólo contaban con la libertad de trabajar para los capitalistas o morir de hambre. Pero Engels era demasiado hombre de acción para conformarse nada más que con el reconocimiento de esta verdad científica. A pesar del horror de su familia y de la incomprensión de algunos de sus amigos, extrajo las conclusiones necesarias: se puso del lado de los trabajadores y se pronunció comunista.

Su paso siguiente consistió en establecer relaciones con los dirigentes del movimiento cartista, a quienes conquistó como amigos personales. También conoció a los trabajadores alemanes progresistas

[84] Federico Engels: La situación de la clase obrera en Inglaterra; MEW, vol. 2, página 229.

de Inglaterra, miembros destacados de la misma Liga de los Justos con cuya organización en París también se hallaba vinculado Marx. En Londres conoció al relojero Joseph Moll, al zapatero Heinrich Bauer y al ex-estudiante de silvicultura Karl Schapper, "los primeros proletarios revolucionarios" que conocía. Más tarde, a la edad de cincuenta y seis años, escribía con orgullo acerca de su primer encuentro con esos obreros revolucionarios alemanes: "No importa hasta qué punto nuestras concepciones fuesen entonces distintas, jamás olvidaré la vívida impresión que me produjeron esos tres hombres de verdad, cuando todavía aspiraba a convertirme yo mismo en un hombre".[85]

Como pensador crítico, Engels no se conformaba sólo con estas relaciones, o con el conocimiento de las condiciones de vida y luchas proletarias. Al igual que Marx, se sumergió en todo lo que se había escrito hasta entonces acerca de la naturaleza de la sociedad capitalista y de la situación del proletariado. Estudió las obras de los socialistas utópicos ingleses y franceses, de los comunistas utópicos, los economistas burgueses, los distintos filósofos materialistas, así como las ciencias naturales. Al mismo tiempo, sometió todo lo que leía a un análisis crítico científico y lo confrontó con las necesidades del movimiento de la clase obrera. Ello lo llevó a la conclusión "de que los factores económicos, que hasta hoy no han figurado, o figuraron sólo en proporción limitada, en los escritos históricos, son, al menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; que son la base sobre la cual se levantan los actuales antagonismos de clase; que estos antagonismos de clase —en los países en que la industria en gran escala tiene un elevado desarrollo, como por ejemplo en Inglaterra— son a su vez la base para el surgimiento de los partidos políticos, de las luchas partidarias, y, por lo tanto, de toda la historia política".[86]

Estos pensamientos, con los cuales Engels, en esencia, dejaba a un

[85] Federico Engels: Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas. MEW, vol. 21, pág. 208.

[86] Federico Engels: Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas. MEW, vol. 21, pág. 211.

lado los puntos de vista de Hegel y Feuerbach, encontraron expresión en su ensayo *Esbozo de una crítica de la economía nacional*, que entregó a *Anales franco-alemanes*. Más tarde correlacionó sus ideas en el libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* Esta obra era el ataque más fundamental, más elocuente contra elcapitalismo que se hubiese publicado hasta entonces. Engels la escribió en Barmen, a donde regresó en septiembre de 1844, después de casi dos años en Inglaterra, y luego de su encuentro con Marx en París. Con ese libro sentó las bases para el análisis científico del capitalismo. A partir de una abundancia de material —en su mayor parte textos oficiales originales— y de su propio punto de vista, examinaba los últimos sucesos desarrollados en la industria y el capitalismo, y las múltiples formas de explotación y empobrecimiento del proletariado inglés. También mostraba que sólo la lucha de clases revolucionaria del proletariado podía eliminar esa situación inhumana, y llegaba a la conclusión de que "la fuerza y la capacidad de la nación para desarrollarse reposa" sobre la clase obrera.[87]

Engels salió de Barmen a comienzos de 1845, después de terminar el libro, para llevar adelante la lucha que ya había comenzado junto con Marx. Pero éste ya no se encontraba en París. El gobierno prusiano, que mantuvo bajo estrecha observación, desde el primer día, sus actividades en París, consiguió, en enero, hacer que las autoridades francesas lo expulsaran. Se le ordenó que saliera de París en un plazo de 24 horas, y de Francia en el menor tiempo posible. Cuando la prensa liberal protestó contra este acto injurioso, el gobierno francés se ofreció a permitirle quedarse en París si se retiraba de toda agitación antiprusiana. La respuesta de Marx consistió en abandonar el país. Como no podía volver a Alemania, pues en la frontera de Prusia lo esperaba una orden de arresto, emigró a Bélgica.

En el viaje fue acompañado por Heinrich Bürgers, entonces amigo y camarada, quien salió voluntariamente de París, junto con él. "Debe de haber sido más o menos para el martes de carnaval —

[87] Federico Engels: La situación de la clase obrera en Inglaterra, MEW, vol. 2, pág. 455.

recordaba Bürgers más tarde— cuando dos jóvenes de París viajaban hacia la frontera belga en coche de postas, con Bruselas como su punto de destino. Se encontraban a solas en el coche, y pasaban el tiempo, durante el aburrido viaje a través de Picardía, en una entusiasta conversación, y a veces en una canción que el hombre más joven entonaba para interrumpir las cavilaciones de su compañero de más edad, que en vano trataba de modificar su estado de ánimo. Su viaje no era del todo voluntario, aunque se basaba en una libre elección. Carlos Marx —era el mayor de los dos jóvenes alemanes— había recibido orden de detención de la policía de París."[88]

En el camino al partido

Desterrado por el reaccionario gobierno prusiano y sus amigos de Francia, Marx llegó a Bruselas a comienzos de febrero de 1845. Poco tiempo después se le unió su esposa, en la miseria, con su hija de nueve meses de edad. La pobreza los cubría con sus sombras. Como la policía de Bruselas prohibió a Marx la publicación de nada que tuviese relación con la política del momento, le estaba negada toda posibilidad de ganar se la vida.

Pero entonces su amigo Engels acudió en su ayuda. "Que por lo menos esos perros no tengan el placer de arrastrar te a problemas pecuniarios",[89] escribió a Marx, y organizó una colecta entre sus conocidos mutuos y amigos políticos de Renania. Él mismo entregó a Marx los primeros derechos de su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

Esta ayuda amistosa solucionó el problema por el momento. Pero seguía en pie la incertidumbre acerca del futuro, pues el gobierno prusiano presionó entonces también sobre el ministerio belga para

[88] Heinrich Bürgers: Recuerdos en Ferdinand Freiligrath. En Köninglich privilegierte Berlinische Zeitung (Vossische Zeitung), 26 de noviembre de 1876.

[89] Engels a Marx, 22-26 de febrero y 7 de marzo de 1845. MEW, vol. 27, pág. 19.

que expulsara del país al temible revolucionario. En tales circunstancias, a finales de 1845 no le quedó a Marx otro remedio que abandonar su ciudadanía prusiana, de la cual sólo había obtenido el privilegio de ser expulsado de un país a otro por su "propio" gobierno.

Pero cuanto más perseguía la reacción prusiana a Marx fuera de las fronteras de su patria, más amigos conquistaba entre los mejores representantes del pueblo alemán. En febrero de 1845 conoció a Ferdinand Freiligrath, el poeta de la inminente revolución, quien, de manera demostrativa, se había alineado el año anterior junto a las fuerzas revolucionarias. Unos meses después llegó Georg Weerth, a quien Engels llamó más tarde "el primer y más importante poeta del proletariado alemán",[90] y quien siguió siendo durante toda su vida un colaborador de Marx y Engels. Pero el mayor placer para Marx fue el traslado de Engels a Bruselas, en abril de 1845. Con semejante amigo a su lado, el duro destino del emigrante quedaba aligerado y la lucha avanzaba mejor.

En ese período de Bruselas la familia de Marx "se amplió": Helen Demuth, una decidida, inteligente campesina hija del Mosela, quien había vivido en la casa de la familia von Westphalen desde su primera juventud, llegó a la casa de la joven pareja en abril de 1845, para ayudar a Jenny con el trabajo doméstico. Lenchen, como la llamaba la familia Marx, se hizo cargo con firmeza de todos los problemas de la vida cotidiana que Jenny no siempre podía dominar, para no hablar del propio Marx. Su sentido práctico, su prudente capacidad de decisión, su abnegación y su frugalidad ayudaron a superar las peores crisis. Lenchen compartió con la familia Marx todas las alegrías y penas del hogar, hasta la muerte de Jenny.

Mientras se encontraba todavía en Barmen, antes de trasladarse a Bruselas, Engels había escrito a Marx con urgencia: "Lo que ahora necesitamos ante todo son unas pocas obras de importancia, a fin de proporcionar un punto de apoyo a las muchas personas in-

[90] Federico Engels: Georg Weerth, el primero y más importante poeta del proletariado alemán. MEW, vol. 21, pág. 6.

formadas a medias, pero deseosas de aprender y que no pueden arreglárselas por sí solas... Debemos golpear el hierro porque está caliente".[91]

Marx sabía cuánta razón tenía su amigo, pero no deseaba terminar prematuramente sus estudios filosóficos y económicos. Le provocaba especial insatisfacción el hecho de que aún no había dominado lo suficiente la bibliografía inglesa más reciente, y la práctica económica y política que constituía su base.

Por lo tanto, a mediados de julio de 1845 emprendió un viaje de investigación, con Engels, a Inglaterra, durante varias semanas. En Londres conoció a muchos miembros destacados de la Liga de los Justos. Los amigos pasaban la mayor parte del tiempo en Manchester. Allí, durante semanas, Marx leyó y copió la bibliografía económica y política, y se familiarizó con el tesoro de ideas y experiencias del movimiento obrero inglés.

Cuando regresaron a Bruselas, Marx y Engels se lanzaron de lleno a su labor. Se dedicaron a profundizar el punto de vista materialista histórico que ya habían formulado en *La Sagrada Familia.* Los impulsaron a ello, en mucha mayor medida, los ataques polémicos que sufrían las ideas expuestas en *La Sagrada Familia*.

En menos de seis meses los dos amigos terminaron un amplio manuscrito al cual dieron el título de *La ideología alemana.* Pero fracasaron en todos sus esfuerzos para encontrar un editor en Alemania. Como escribía más tarde Marx, con amargo humorismo, tuvieron que entregar el manuscrito a "la roedora crítica de los ratones".[92] El libro sólo pudo aparecer en 1932, publicado por el Instituto Marx-Engels-Lenin del Comité Central del Partido Comunista Soviético. Ello no obstante, la obra cumplía con una importante función: ayudó a Marx y Engels a lograr una comprensión mutua respecto de sus concepciones anteriores, y a aplicar sus nuevos puntos de vista a los distintos terrenos de la ciencia.

---

[91] Engels a Marx, 20 de enero de 1845. MEW, vol. 27, pág. 16.

[92] Carlos Marx: Crítica de la economía política. MEW, vol. 13, pág. 10. (Ed. casto cit., pág. 10).

En el caso de muchas de las obras de Marx y Engels, *La ideología alemana* era un estudio polémico, un ajuste de cuentas con las distintas formas de idealismo filosófico entonces dominantes en Alemania, así como con las debilidades del materialismo de Feuerbach. Como en cualquier disputa científica, también de esta polémica surgían ideas nuevas. En los debates con la filosofía burguesa y pequeñoburguesa, y las ideas políticas entonces dominantes, Marx y Engels elaboraron entonces, en *La ideología alemana*, por primera vez y en forma amplia y sistemática, los fundamentos del materialismo dialéctico e histórico, la concepción del mundo de la clase obrera. Pudieron lograrlo porque se basaron en el acopio de conocimientos acumulados con el desarrollo de la sociedad burguesa, y en especial la más grande consecución hasta entonces lograda por el pensamiento progresista en Europa: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa, el socialismo utópico francés y el precepto francés revolucionario de la lucha de clases. Percibir y apreciar la contribución de todos los pueblos a la cultura mundial era, para ellos, una ley natural que debían aceptar todos los hombres de ciencia y humanistas.

En tanto que Hegel y los Jóvenes Hegelianos habían atribuido el desarrollo de la naturaleza, del hombre y de las relaciones sociales al desarrollo de la Idea, Marx y Engels reconocían, en contradicción directa, que la Idea era un reflejo de la naturaleza, de las cosas materiales. Feuerbach también lo había advertido. Pero Marx y Engels desarrollaron aun más el materialismo, —que aplicaron no solo a la naturaleza, sino también a la sociedad—, así como el método dialéctico hegeliano. Los liberaron de sus trabas idealistas y los establecieron como lo que eran: la ciencia de las leyes generales del movimiento, la estructura y el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. De tal modo surgió en el pensamiento filosófico una cualidad desde todo punto de vista nueva: el materialismo dialéctico.

El materialismo dialéctico, fundado por Marx y Engels, explica el mundo y su desarrollo, no como lo hacían los idealistas, por medio del espíritu, la Idea, sino por la materia, por sí mismo. Afirman que no sólo todos los fenómenos naturales poseen una base material,

sino que además el desarrollo de la sociedad humana se basa en las fuerzas materiales y en su evolución. Enseña que las cosas y los fenómenos no están fijos, inmóviles, sino más bien en constante estado de desarrollo y cambio; que este desarrollo no se produce en forma pareja, sino que los cambios cuantitativos llevan a cambios cualitativos y repentinos saltos, y a la inversa; y que las contradicciones internas de las cosas y los fenómenos, y la lucha de los antagonismos provocada por estas contradicciones, impulsan el desarrollo hacia adelante. Este materialismo dialéctico es en esencia creador, revolucionario; todos los modos dogmáticos del pensamiento le son ajenos. En el lugar de la observación pasiva, el materialismo dialéctico ubica la unidad de la teoría y la actividad revolucionarias.

Marx ya había formulado estos puntos esenciales de su filosofía en la primavera de 1845, en la trascendental frase: "Los filósofos sólo han interpretado el mundo de distintas maneras; pero ahora se trata de modificarlo".[93] En ese momento no hizo más que escribir ese pensamiento —que más tarde se publicaría y adquiriría fama como una de las "Tesis sobre Feuerbach"— en su cuaderno de apuntes. Pero en esa breve frase se encontraba ya contenido "el germen genial de una nueva concepción del mundo".[94]

Entonces, en *La ideología alemana*, los dos amigos comenzaron a aplicar el enfoque materialista, a diferencia de Feuerbach y otros filósofos materialistas que los precedieron, no sólo a la naturaleza, sino también a la sociedad humana y a su historia. De tal modo crearon el materialismo histórico. Dieron el paso decisivo que Feuerbach no había sabido dar.

En su manuscrito de unas 300 páginas, Marx y Engels mostraron que los seres humanos, antes de poder dedicarse a la política, la ciencia, el arte y la religión, deben comer, beber, vivir y vestirse; que la producción de cosas y materiales esenciales para la vida, y

[93] Carlos Marx: Tesis sobre Feuerbach. SW, pág. 30.

[94] Federico Engels: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, SW, pág. 595.

por lo tanto la etapa de desarrollo económico predominante en un pueblo, es la base y punto de partida de su evolución histórica. A lo largo de su investigación, los dos amigos llegaron a la conclusión de que las ideas filosóficas, históricas y otras, así como las relaciones jurídicas y políticas, o las formas del Estado, no pueden explicarse por sí mismas, sino que en última instancia tienen sus raíces en las relaciones económicas en que viven los hombres, tal como ocurre con el desarrollo total de la sociedad humana. "La conciencia no determina la vida, sino que la vida determina la conciencia",[95] declararon en *La ideología alemana.* Todos los cambios históricos, todas las trasformaciones sociales, tienen su origen final en las condiciones de vida material de la sociedad, en el desarrollo de las fuerzas materiales, en las fuerzas productivas.

Sobre la base de su investigación del desarrollo de los medios de producción, Marx y Engels mostraron entonces que la forma y el modo de producción desempeñan un papel decisivo en toda la vida social.

Por *medios de producción* se referían a las personas con su experiencia y capacidad para la producción, y al equipo con que se crean los productos materiales. Por otro lado, por *relaciones de producción* entendían las que surgen entre las personas en el proceso de producción, de intercambio y distribución de los bienes materiales. Mostraron que entre el desarrollo de dichos medios de producción y esas relaciones de producción existe una interrelación y un juego recíproco determinado por ciertas leyes. Más tarde Marx formuló los puntos de vista anticipados en *La ideología alemana*, con las siguientes palabras: "En cierta etapa de su desarrollo, los medios materiales de producción de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción dominantes, o —lo que no es más que una expresión legal de la misma cosa— con las relaciones de propiedad en que funcionaron hasta entonces. De formas de desarrollo de los medios de producción, estas relaciones se convierten entonces en trabas de éstos. Comienza un período de revolución social. Con la trasformación de la base económica, toda la enorme

[95] Carl Marx-Federico Engels: *La ideología alemana*, MEW, vol. 3, pág. 27.

superestructura se derrumba poco a poco o con rapidez... Un sistema social jamás desaparece antes que se desarrollen todos los medios de producción de los cuales es capaz, y las nuevas relaciones de producción nunca surgen antes que se hayan incubado sus condiciones materiales de existencia en la matriz de la vieja sociedad. Por eso la humanidad sólo se plantea las tareas que puede resolver, pues si se mira con mayor atención se advertirá siempre que la tarea sólo surge cuando ya se dispone de las condiciones materiales para su solución, o cuando son por lo menos discernibles en su proceso de nacimiento".[96]

Con la concepción materialista dialéctica de la historia, Marx y Engels pudieron encontrar las adecuadas respuestas a todos los problemas histórico-filosóficos que los filósofos y teóricos sociales anteriores habían formulado, pero que no pudieron resolver. De tal modo, las ciencias sociales contaron con una base en verdad científica. La esencia de la lucha de clases en la sociedad moderna, y ante todo el papel del proletariado, también fueron elaborados entonces en forma más amplia que en los *Anales franco-alemanes* o en *La Sagrada Familia*. Cuando Marx y Engels escribieron *La ideología alemana*, tenían plena conciencia de que entre los obreros todavía faltaba un conocimiento de su misión histórica, casi sin excepciones. Pero ello no los indujo en error. Se basaron en la situación objetiva del proletariado en la sociedad. Sobre la base de esa situación objetiva, la clase obrera debía derribar el Estado que "la burguesía considera esencial para la garantía mutua, exterior e interna, de su propiedad y sus intereses".[97] El proletariado debía "adueñarse del poder político, por empezar",[98] y ello "por medio de una revolución en la cual... se elimine el dominio de las formas de producción e intercambio hasta entonces predominantes, lo mismo que la estructura social".[99] Aquí, por primera vez, Marx y

[96] Carlos Marx: *Crítica de la economía política*, MEW, vol. 13, pág. 9 (ed. cit., pág. 9).

[97] Carlos Marx/Federico Engels: La ideología alemana. MEW, vol.3, pág. 62.

[98] Carl Marx/Federico Engels: *La ideología alemana*. MEW, vol. 3, pág. 34.

[99] Carl Marx/Federico Engels: *La ideología alemana*. MEW, vol. 3, pág. 68.

Engels formulaban la tarea histórica del proletariado, de la conquista del poder político.

Cuando los dos amigos terminaron el trabajo de *La ideología alemana*, en mayo de 1846, habían elaborado, desde el punto de vista filosófico, las bases esenciales del comunismo científico. Con precisión científica, y con una constante investigación de la práctica social, demostraron "que el socialismo no es un invento de soñadores, sino un objetivo final y un resultado necesario del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad moderna".[100]

Fue ese un gran momento, una hazaña sin precedentes en la historia del pensamiento humano. La filosofía, que hasta entonces había denigrado al pueblo, a los productores de bienes materiales, ahora, en su forma de materialismo dialéctico, declaraba que las masas trabajadoras son "la sal de la tierra". Reconocía en la clase obrera a la única fuerza capaz de traer para toda la humanidad la libertad y la justicia, la paz y la prosperidad, por medio de la creación del sistema social socialista.

Hace tiempo que ciertos enemigos del marxismo se esfuerzan por falsificar las teorías de Marx, concentrándose en las ideas que en los primeros escritos de Marx no habían madurado aún por completo, para presentarlas como el "verdadero" marxismo, contra el marxismo revolucionario. Por supuesto, en las obras antes mencionadas de Marx hay muchas cosas apenas insinuadas, en ocasiones, que en las obras posteriores se expresan de manera más completa y clara. Esto en modo alguno modifica el contenido revolucionario de sus primeros escritos. El propio Marx lo confirmó en la forma más convincente cuando, ya durante su trabajo de *La ideología alemana*, comenzó "a revolucionar el mundo existente, y a atacar y modificar en la práctica las condiciones predominantes",[101] como lo exigía a los comunistas en *La ideología alemana*.

---

[100] V. I. Lenin: Federico Engels. En *Obras escogidas*, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960, pág. 19.

[101] Carlos Marx/Federico Engels: *La ideología alemana*. MEW, vol. 3, pág. 42.

Para Marx era urgente llevar sus puntos de vista a quienes estaban destinados a convertir la teoría revolucionaria en práctica revolucionaria: los trabajadores. Eso también era necesario porque la delicada situación económica y social del proletariado, y el exclusivo derecho a la educación para las clases gobernantes, hacía imposible que los propios trabajadores estudiasen obras científicas en alguna medida importantes, e investigaran por su cuenta leyes del desarrollo histórico. Estas concepciones científicas sólo podían ser elaboradas por los representantes educados de la clase propietaria, por los intelectuales progresistas que servían al proletariado sin reservas. Esos intelectuales, que no retrocedían ante las necesidades materiales, ni las difamaciones, ni las persecuciones, para marchar junto a los trabajadores, impávidos y valientes, por el camino que habían trazado: esos intelectuales fueron Marx y Engels. Si se quería que la teoría no fuese estéril, si no se deseaba que la lucha de los obreros careciera de plan y objetivo, era preciso fusionar el comunismo científico y las organizaciones de la clase obrera, ya existentes.

¿Pero qué camino conducía a esa meta?

Marx ya había aprendido, en muchas ocasiones, cuán difícil era difundir sus puntos de vista nada más que con periódicos y libros. En la práctica resultaba imposible que un solo emigrante político estableciera una nueva organización de obreros. Sólo quedaba una alternativa: unirse a lo que ya existía, y basarse en el hecho de que entre los sectores más progresistas de la clase obrera europea, y al comienzo, en especial, entre los trabajadores alemanes, la verdad del comunismo científico prevalecería sobre los puntos de vista entonces existentes, anticientíficos.

En febrero de 1846, mientras Marx continuaba trabajando en *La ideología alemana*, los dos amigos, junto con algunos camaradas de Bruselas que pensaban como ellos, fundaron, el "Comité Comunista de Correspondencia". El objetivo de Marx era "establecer vínculos entre los socialistas alemanes y los socialistas franceses e ingleses, mantener a los extranjeros informados sobre los movimientos socialistas que se desarrollaban en Alemania, así como in-

formar a los alemanes de Alemania acerca del progreso del socialismo en Francia e Inglaterra. De este modo será posible evaluar las diferencias de opinión, intercambiar puntos de vista y elaborar una crítica imparcial. Este es el paso que el movimiento social debe dar en su expresión literaria para superar la estrechez nacional".[102] Marx creía que, dadas las circunstancias, esa era la mejor forma de desarrollar una propaganda comunista internacional que llegase a todas partes, y que poco a poco, paso a paso, uniese a las auténticas fuerzas revolucionarias en torno de un programa comunista unificado, y preparara el camino para el necesario partido del proletariado. El posterior rumbo de los acontecimientos confirmó esta idea.

La correspondencia del Comité de Bruselas adquirió muy pronto amplias proporciones, y fue llevada adelante por Marx, Engels y Philippe Gigot, un comunista belga, archivista de profesión. Los tres constituían la comisión en el sentido más estrecho. Pero cuando había problemas importantes que tratar y resolver, o aspectos teóricos de naturaleza fundamental, los encaraba un círculo más amplio de refugiados alemanes que vivían en Bruselas, que habían abrazado el comunismo y que se encontraban unidos a Marx y Engels. Entre ellos se encontraban, ante todo, el maestro Wilhelm Wolff, quien ya había conquistado un puesto destacado como asesor legal de los tejedores, los pequeños campesinos y los obreros de Silesia. En su huida de los espías policiales prusianos, llegó a Bruselas en abril de 1846, buscó en seguida a Marx y se convirtió en uno de sus más íntimos amigos. Más tarde Marx dedicó su máxima obra científica, *Das Kapital*, a ese leal camarada. Estaban, además, los periodistas Louis Heilberg, Sebastian Seiler y Ferdinand Wolff, el sastre y escritor Wilhelm Weitling, el hermano de Jenny Marx, Edgar von Westphalen y —con algunas interrupciones"— el ex oficial convertido en periodista y agrimensor, Joseph Weydemeyer, quien se mantuvo unido a la familia de Marx en una amistad de toda la vida.

[102] Marx a Pierre-Joseph Proudhon, 5 de mayo de 1846. MEW, vol. 27, pág. 442.

Las opiniones desarrolladas en las cartas y correspondencia general de Marx y sus colaboradores no engendraban en modo alguno una reacción favorable y sólo favorable; también provocaban oposición. Pero en todos los momentos las respuestas eran vivaces. Muy pronto se hizo evidente que este intercambio de opiniones era necesario y útil. El Comité Comunista de Correspondencia de Bruselas tuvo muy pronto relaciones internacionales. Marx, Engels y sus amigos establecieron contactos, o los fortalecieron cuando ya existían, con representantes revolucionarios del movimiento cartista, con socialistas franceses y belgas, y con intelectuales alemanes de mentalidad revolucionaria. Marx dedicó especial atención a los trabajadores alemanes progresistas, a la Liga de los Justos y sus centros en Londres y París. En mayo de 1846 Marx y Engels propusieron a los dirigentes londinenses de la Liga de los Justos que también establecieran en Londres un Comité Comunista de Correspondencia. Heinrich Bauer, Joseph Moll y Karl Schapper acertaron en nombre de los comunistas de Londres. Utilizaron sus relaciones en muchas localidades en que ya existían organizaciones de la Liga de los Justos, casi siempre en secreto, para establecer también en ellas los Comités Comunistas de Correspondencia. Gracias a estos amplios esfuerzos, se organizaron comités de correspondencia, en el término de pocos meses, en Londres, París, El Havre, Copenhague, Colonia, Elberfeld, Hamburgo, Kiel, Breslau, Leipzig y otras ciudades. Contaban con escasos miembros, pero eran muy importantes para el esclarecimiento del camino que debía seguir la clase obrera para conquistar el poder. Poco a poco, la comisión de Bruselas se convirtió en el centro ideológico y político del movimiento comunista. Pero eso sólo fue posible a costa de grandes sacrificios personales.

La robusta salud de Marx, acerca de la cual había informado otrora, con entusiasmo, a su padre, quedó gravemente minada a consecuencia de su infatigable trabajo, que a menudo se prolongaba hasta horas muy avanzadas de la noche. Sobre quienes lo rodeaban, tal como lo describió un visitante, seguía dejando la impresión de "un hombre... que encarnaba la energía, la decisión y una convicción

infatigable".[103] Pero con el nacimiento de una segunda hija, Laura, en septiembre de 1845, y del tan ansiado hijo Edgar, a finales de 1846, su ansiedad por el bienestar de la acrecentada familia se acentuó cada vez más. Inclusive los medios necesarios para su trabajo en el Comité de Correspondencia sólo podían asegurarse por medio de colectas entre amigos.

De mes en mes resultaba cada vez más claro cuán absolutamente necesario era el proceso de clarificación ideológica en la Liga de los Justos y otras organizaciones obreras. Las ideas comunistas utópicas de Wilhelm Weitling, por ejemplo, tenían entonces gran difusión en la Liga. Marx poseía una elevada estima por el sastre, ardoroso y abnegado defensor de las ideas comunistas. Se enorgullecía de ese hijo del proletariado alemán, quien en sus mejores escritos había llegado ya muy cerca de la comprensión del hecho de que sólo la clase obrera puede liberarse por sí misma, y sólo por medio de acciones revolucionarias. Pero Weitling seguía siendo prisionero de ideas utópicas respecto de la manera y los métodos con que era posible esa liberación.

Cuando llegó a Bruselas en la primavera de 1846, Marx se esforzó por conquistarlo como aliado. Trató de liberarlo de concepciones basadas en deseos utópicos, subjetivos, y no en condiciones objetivas. Intentó hacer que se diese cuenta de que el proletariado necesitaba, no una propaganda basada nada más que en las emociones y en los instintos de clase elementales, sino en la teoría científica; no un levantamiento espontáneo y una táctica sectaria de conspiración, sino un movimiento político de masas, con un partido a la cabeza.

Cuando el Comité de Correspondencia de Bruselas se reunió el 30 de marzo de 1846, Marx hizo un nuevo esfuerzo, apoyado por sus amigos, para convencer a Weitling, pero sin éxito. Éste se aferró con empecinamiento a su fantástica afirmación de que la revolución comunista era inminente en Alemania, y que para llevarla adelante el proletariado sólo necesitaba entusiasmo, y no conocimien-

[103] Pável Annenkov: *Mis relaciones con Marx*. En Carlos Marx, Colección de reminiscencias y ensayos, Moscú-Leningrado, 1934, pág. 205.

tos científicos y trabajo organizativo sistemático. No fue capaz de liberarse de sus ideas otrora progresistas, pero entonces ya pasadas de moda. Marx se vio obligado con la máxima decisión a oponerse a esas concepciones sectarias, ya que podían extraviar a los obreros. Como materialista que se basaba en la situación objetiva, y no en fantasías seudorradicales, declaró que la inminente revolución en Alemania llevaría al poder, no al proletariado, sino ante todo a la burguesía. Todas las profecías anticientíficas no harían otra cosa que empujar a los obreros a sacrificios innecesarios. En respuesta al desprecio de Weitling por la teoría, Marx declaró: «La ignorancia nunca ha sido útil para nadie”.[104]

Weitling quedó por completo a solas con su punto de vista en el Comité de Correspondencia de Bruselas. Su influencia en la Liga de los Justos también disminuyó, y se aisló cada vez más del movimiento revolucionario.

Unas semanas más tarde los miembros del Comité de Bruselas, volvieron a reunirse para una importante consulta. Esta vez el problema era el punto de vista de ciertos intelectuales alemanes, quienes por el momento ejercían influencia sobre varias organizaciones locales, y a quienes Marx y Engels se referían, con sarcasmo, denominándolos "socialistas verdaderos" ó "socialistas alemanes". Marx combatió con vigor contra estos teóricos irrealistas que, como idealistas filosóficos, trataban de remplazar la lucha de clases por un amor abstracto al pueblo, y promover la reconciliación de explotadores y explotados, para convertir la teoría comunista en una religión. Mostró que los motivos de todos los males sociales debían buscarse, no en el egoísmo del hombre, como lo proclamaban los "socialistas verdaderos", sino en las relaciones de producción capitalistas. El hacer caso omiso del antagonismo de clases sólo podía extraviar a los trabajadores. En una comunicación a los otros comités, Marx y sus amigos condenaban con adecuada energía la conducta de los "socialistas verdaderos" y su ideología pequeñoburguesa, y la denominaban "fantásticos desvaríos espiritua-

[104] Pável Annenkov: Mis relaciones con Marx. En Carlos Marx, Colección de reminiscencias y ensayos, Moscú-Leningrado, 1934, pág. 208.

les" que sólo podían "ejercer un efecto desmoralizador sobre los trabajadores".[105]

Las controversias con el comunismo utópico de Weitling y con los "socialistas verdaderos" tuvieron resultados positivos. En junio de 1846 Marx recibió un informe de Londres, en el sentido de que los comunistas de esa ciudad respaldaban la ruptura con Weitling y sus ideas. La revolución, declaraban los londinenses, no se concreta por pedido. Por el contrario, la "revolución física" debe ser preparada por la "revolución mental". "Nuestra tarea —escribían— consiste en educar al pueblo y en difundir la propaganda en favor de la sociedad colectiva." [106]

Estas declaraciones mostraron a Marx que en la Liga de los Justos y entre sus dirigentes iba ganando terreno, cada vez más, el reconocimiento de que sus concepciones anteriores sobre el comunismo eran defectuosas e inmaduras.

Marx siguió con gran atención y satisfacción este cambio gradual. Su creencia en la mentalidad abierta de los trabajadores con conciencia de clase se justificaba. Los dirigentes londinenses de la Liga de los Justos —junto con Bauer, Moll y Schapper, también el sastre Johann Georg Eccarius de Turingia, y el miniaturista Karl Pfänder, de Heilbronn— trabajaron con energía para llevar el proceso de clarificación a todas las organizaciones locales de la Liga. En una declaración dirigida a todos los miembros, proponían la convocatoria de un congreso y la elaboración de un nuevo programa como las tareas más importantes. Precisamente la vital tarea preparatoria los convenció de que era imposible seguir adelante sin la colaboración de Marx y Engels. Ello condujo a un decisivo punto de viraje en el desarrollo de la Liga de los Justos.

A comienzos de 1847, Joseph Moll visitó a Marx en Bruselas para informarle, en nombre de la Liga, que sus dirigentes estaban convencidos de la validez general de las concepciones de Marx y En-

[105] Carlos Marx/Federico Engels: Circular acerca de la guerra. MEW, vol. 4, pág. 3.

[106] Karl Schapper y otros a Marx, 6 de junio de 1846, IML, ZPA, Ms 1.000.

gels, y que además consideraban necesario liberar a la Liga de sus antiguas tradiciones. Pidió a Marx que se incorporase a ella y colaborase en su reorganización. También le ofreció seguridades en el sentido de que podría elaborar ante el congreso su punto de vista científico, que entonces se publicaría como programa de la Liga. Moll hizo las mismas proposiciones a Federico Engels, quien entonces pasaba un tiempo en París, trabajando entre los miembros de la Liga de allí.

Marx y su amigo Engels condicionaron su ingreso en la Liga a "la eliminación, en los estatutos, de todo lo que fortalezca la superstición de la autoridad".[107]

Marx odiaba el culto a la persona, ya que contradecía la nueva concepción desarrollada, científica, del mundo, e inhibía la actividad de las masas. Ante todo, lo más importante para él era la causa misma, el éxito de su labor política, la dedicación a la clase obrera. Le resultaban detestables los elogios extravagantes.

La dirección central de la Liga en Londres aceptó las exigencias de Marx y Engels, convencida, por sus propias experiencias, de que eran correctas. Entonces los dos amigos estrecharon la mano que se les tendía y se convirtieron en miembros de la Liga. Las críticas que habían hecho a ésta fueron reconocidas como válidas por los propios dirigentes de ella. La labor del Comité Comunista de Correspondencia, desarrollada apenas durante un año, se confirmó en la práctica como correcta y exitosa. La filosofía y el proletariado, el comunismo científico y el movimiento obrero, comenzaron entonces a unirse. .

La fundación de la Liga Comunista

En consonancia con el lema que había proclamado en los *Anales franco-alemanes*, "guerra contra la situación alemana",[108] Marx

[107] Marx a Wilhelm Blos, 10 de noviembre de 1877. MEW, vol. 34, pág. 308.

[108] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción. MEW, vol. 1, pág. 380.

seguía desde Bruselas, con estrecha atención, los acontecimientos que se desarrollaban en la cercana Alemania, y en especial los que ocurrían en el Estado prusiano. Saludaba con simpatía hasta el menor avance del movimiento de oposición. Ansiaba que llegase el día en que su pueblo se levantase por fin contra los opresores feudales y crease una patria unida. Entonces, en 1847, le pareció que el día no estaba lejano. El movimiento antifeudal pasaba por una nueva etapa: conquistaba cada vez más a las masas populares.

Las malas cosechas de 1845 y 1846 condujeron a una seria crisis de la agricultura en Alemania. Cientos de miles sufrían de hambre, y muchos millares morían. En muchas localidades hubo motines contra el hambre, en cuya represión se utilizó inclusive a los militares. A mediados de 1847 estalló una crisis económica también en Inglaterra. Se difundió con rapidez a Alemania. Entre los campesinos, artesanos y trabajadores crecía un fermento cada vez mayor. La profunda insatisfacción resultaba evidente en las manifestaciones políticas francas que se llevaban a cabo en algunas regiones.

La burguesía prusiana, también afectada por la crisis, se dio cuenta entonces con claridad de lo insoportable que se había vuelto el fosilizado sistema feudal. El tesoro del Estado estaba vacío. El rey pedía dinero a gritos. Pero el dinero se encontraba en manos de sus enemigos, la burguesía, a quienes hasta entonces había negado todos los derechos políticos de participación en el gobierno. En asuntos de dinero, sin embargo, "no había lugar para cordialidades", como lo dijo con acento inconfundible uno de los voceros de los mayores capitalistas del Rin, David Hansemann.[109]

De tal manera, acelerada por el conflicto abierto entre la aristocracia feudal y la burguesía, maduró en Alemania una situación revolucionaria. La clase feudal gobernante y el rey ya no podían seguir dominando como antes. Las clases oprimidas se negaban a seguir gobernadas a la manera antigua.

A la luz de la crisis económica y política en desarrollo, se planteó con urgencia el problema de cómo actuaría el proletariado. En las

[109] La primera Dieta conjunta de 1847. III Parte, Berlín, 1847, pág. 1507.

filiales de la Liga de los Justos, entre los comunistas, y también entre los obreros hasta entonces desorganizados, existían opiniones decididamente distintas al respecto. Los pro y los contra se discutían en acalorados debates. ¿Debían creer en el canto de sirenas de la clase feudal, de que los aristócratas y los trabajadores tenían un enemigo común en la burguesía? ¿O tenían que respaldar a la burguesía, que a su vez explotaba de manera tan implacable al proletariado, contra el rey y los aristócratas? ¿Debían quedarse cruzados de brazos, y observar la disputa entre el señor feudal y el burgués, como divertidos espectadores? ¿O estaban en lo cierto los vehementes que decían que los obreros tenían que explotar las hostilidades entre ambas clases explotadoras, a fin de expulsadas a ambas de un solo golpe y lograr una sociedad comunista? Se acumulaban unas sobre otras las preguntas a las cuales la historia anterior apenas había dado respuestas incompletas. Pero los obreros alemanes necesitaban, más que nunca, una respuesta, ahora que sus representantes más progresistas trabajaban para establecer un partido bajo la dirección de Marx y Engels.

Nada había que Marx deseara más que el hecho de que ese pueblo sufriente se liberase, con tanta rapidez como fuera posible, de sus explotadores y opresores. Pero no se dejó seducir por expresiones de deseo. Veía que la inminente revolución, en su esencia, sólo podía ser al principio una revolución democrático-burguesa, que entonces había en Alemania una sola clase lo bastante fuerte como para arrebatar el poder a los aristócratas feudales, a saber, la burguesía. Pero detrás de la revolución democrático-burguesa veía ya la revolución proletaria, la revolución de los obreros. Preparar el camino para ella era el principio orientador de sus pensamientos y acciones. Eso lo diferenciaba de todos los demócratas burgueses.

Por sencillo y claro que pueda parecer, era un asunto muy complicado elaborar en detalle la estrategia que el movimiento de la clase obrera y de los jóvenes trabajadores debía seguir en la revolución burguesa que se avecinaba. Más complicada aun era la creación de las únicas fuerzas que podían convertir esa estrategia en hechos. Las experiencias anteriores de la lucha de clases habían mostrado, y lo confirmó la obra teórica de Marx y Engels, que esa fuerza sólo

podía ser un partido revolucionario. Tal partido era indispensable para la intervención política independiente de la clase trabajadora. Sólo él podía ofrecer una meta y una dirección al joven proletariado en las batallas de clase que se desarrollaron, sólo él reuniría las fuerzas disponibles y llevaría hasta las masas las ideas del comunismo científico. La creación de un partido de la clase obrera se convirtió en una tarea urgente. Y la escasez del tiempo de que se disponía constituía un serio peligro, debido a la posibilidad de que los obreros alemanes con conciencia de clase enfrentasen la revolución democrático-burguesa sin armas, sin un programa y sin un mapa de ruta.

Marx dedicó entonces todas sus fuerzas a la fundación de un partido obrero revolucionario. Ayudó a preparar el primer congreso de la asociación, que se planeaba para 1847. Era necesario esbozar estatutos en los cuales se expresara con claridad los principios organizativos, las obligaciones y los objetivos de los miembros, en consonancia con las nuevas concepciones y los nuevos conocimientos. Junto con Engels, Marx contribuyó con las ideas fundamentales del proyecto de estatutos.

La asociación sería democrática, pero a la vez un cuerpo de organización estricta, militante, con dirigentes elegidos, sometidos a la constante posibilidad de remoción, que se establecería en grupos locales y de distrito, y con comisiones dirigentes. A la cabeza estaría la dirección central, responsable del congreso, como organismo máximo de la organización. Estos eran ya los principios organizativos que más tarde se harían característicos de todos los partidos obreros revolucionarios con la caracterización de "centralismo democrático". Los grupos locales no podían estar compuestos de menos de tres ni más de veinte miembros, ya que la organización debería trabajar en secreto y protegerse todo lo posible de las investigaciones policiales.

Marx y Engels asignaron gran importancia a las obligaciones de cada miembro. Debía aceptar el comunismo, por supuesto, y acatar las decisiones de la organización. Pero al mismo tiempo tenía la obligación de conducirse de tal manera, en su vida privada y en su

trabajo político, que fuese un ejemplo para los demás, y que se mostrase digno de ser un comunista. Por otro lado, todos los comunistas debían exhibir energía y esforzarse por profundizar sus propios conocimientos y difundirlos entre los demás. Estas eran elevadas exigencias morales, políticas e ideológicas.

Se declaró que la base y la meta de la Liga eran: "El derrocamiento de la burguesía, el dominio del proletariado, la abolición de la antigua sociedad burguesa que se basa en el antagonismo de clases, y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada".[110] En consonancia con este objetivo, Marx y Engels proponían que la organización se denominase *Liga de los Comunistas*, y que en lugar del antiguo lema, "todos los hombres son hermanos", se pusiese el nuevo grito de batalla: "¡Trabajadores del mundo, uníos!" Esto proclamaría en forma abierta el carácter proletario, revolucionario e internacional de la lucha.

En la preparación del congreso, Marx no olvidó ni por un momento cuánto quedaba todavía por hacer, inclusive entre los obreros políticamente más maduros, para difundir las ideas fundamentales del comunismo científico. Muchas variantes del socialismo pequeñoburgués todavía dominaban el pensamiento de algunas personas en la Liga de los Justos, y obstaculizaban la elaboración de un programa científico general y la creación de un nuevo partido. El francés Pierre-Joseph Proudhon, tipógrafo de oficio pero prisionero del socialismo pequeñoburgués, trató, en sus escritos, de hacer que el proletariado creyese en la reforma pacífica del capitalismo. Padecía de la ilusión de que era posible abolir las consecuencias inhumanas del desarrollo capitalista sin tocar las bases del capitalismo: la propiedad privada de los medios de producción y el trabajo asalariado. Desarrolló planes reformistas según esos lineamientos. Seguir a Proudhon significaba, en definitiva, rechazar la lucha independiente del proletariado. Sus concepciones erróneas no podían dejar de ser atacadas. Marx se encargó de la "ingrata tarea"[111] de refutar con amplitud el libro de Proudhon, *Filosofía de la miseria*, en el cual

[110] Estatutos de la Liga Comunista. MEW, vol. 4, pág. 596

[111] Carlos Marx: *Miseria de la filosofía*. MEM', vol. 4, pág. 65

Proudhon había esbozado sus puntos de vista.

Entre enero y junio de 1847, Marx trabajó esforzadamente en su "anti-Proudhon". La edición francesa del libro se publicó en julio, en Bruselas, en una tirada de 800 ejemplares. Con un irónico juego de palabras referido al título de Proudhon, Marx intituló su obra *Miseria de la filosofía*. La "miseria" era la naturaleza anticientífica de las concepciones de Proudhon. Demostrar esa "miseria" era el objetivo más importante de Marx, pero, una vez más, no se conformó sólo con pulverizar falsas ideas en una polémica. Presentaba al público, en su libro, por primera vez, las ideas fundamentales de las enseñanzas materialistas sobre las leyes del desarrollo social, punto de vista que expuso con Engels en *La ideología alemana*, pero que nunca se publicó. Además, en *Miseria de la filosofía* Marx también formulaba los primeros resultados de la revisión crítica de la economía política burguesa que ya había iniciado en París. Señalaba la importancia de la lucha económica del proletariado, de las huelgas y sindicatos obreros, y describía lo importantes que eran para la educación política de los trabajadores. Por primera vez formulaba el concepto, tan vital para la táctica del proletariado, de que las luchas económicas y políticas son inseparables, pero que la emancipación total de la clase obrera sólo es posible por medio de la lucha política, por el derrocamiento del régimen político de la burguesía. Estos eran conceptos y sugestiones con los cuales Marx ayudó de manera directa a la formación del partido revolucionario del proletariado y que no han perdido su importancia o actualidad en nuestros días.

Para su enorme pena Marx no pudo participar en el primer congreso realizado en Londres, en junio de 1847. Una vez más, él y su familia se encontraban en una situación en que carecían de los elementos más indispensables para la vida. Ni siquiera sus amigos pudieron prestarle alguna ayuda, y era imposible pensar en un costoso viaje a Londres. Pero Marx sabía que estaría muy bien representado allí, ya que Engels participaba como delegado de la organización de París, y Wilhelm Wolff como delegado de la filial de Bruselas de la Liga de los Justos.

Cuando Wolff regresó a Bruselas trajo consigo buenas noticias: el proyecto de estatutos, en consonancia con las concepciones de Marx y Engels, había sido aprobado y enviado a la organización de la Liga de los Justos para su discusión. Se aceptaron el nuevo nombre y el nuevo lema. Los delegados al congreso rechazaron las nociones utópicas de Weitling, como incoherentes con la pertenencia a la Liga. Se decidió la redacción de un programa.

Las secciones de Bruselas y distritos de la Liga de los Comunistas se establecieron a comienzos de agosto. Marx fue elegido presidente del grupo de Bruselas, y también del comité de distrito. Incitó para que el partido en desarrollo, apremiado y todavía ilegal, utilizara todas las posibilidades de ampliar y fortalecer sus vinculaciones con la masa de los obreros. Él mismo mostró el camino. A finales de agosto de 1847, junto con Engels, organizó la Asociación de Obreros Alemanes de Bruselas, organización legal influida por el cuerpo local de la Liga de los Comunistas, y que pronto contó con unos cien afiliados.

Los miembros de la asociación se reunían todos los miércoles y sábados por la noche en la "Casa del Cisne", la antigua casa del gremio de los carniceros de Bruselas, en la Grand Place. Marx participaba con regularidad en las reuniones de la asociación, pues decía "que, por pequeña que sea, su actividad pública tiene un efecto enormemente estimulante sobre todos".[112] Los miércoles por la noche había disertaciones y discusiones sobre problemas políticos y sociales. Los sábados por la noche el programa estaba compuesto de un análisis político de la semana, por Wilhelm Wolff, seguido por diversiones, cantos, recitados, bailes o una presentación dramática. También participaban las esposas de los miembros, y Jenny Marx animó muchas veladas con sus recitados.

La asociación obrera se convirtió en una escuela de comunismo gracias a Marx. Pronunció una serie de disertaciones acerca de los orígenes de la explotación capitalista, y explicó a sus oyentes por

[112] Carlos Marx a Georg Herwegh, 26 de octubre de 1847. MEW, vol.27, pág. 470.

qué los intereses del capital y los de los obreros eran irreconciliables. En estas disertaciones a los trabajadores, Marx aguzó su destreza para la exposición. Las discusiones le proporcionaron experiencias que pudo utilizar en las décadas que siguieron. Sobre todo, gracias a esa actividad pública conquistó la confianza de los obreros de Bruselas interesados por la política. Encontraron en père Marx (¡el padre Marx!), como con respeto llamaban al joven Carlos, de 29 años, no sólo un astuto consejero en materia de asuntos políticos, sino también un amigo a quien podían consultar respecto de sus inquietudes y necesidades.

Marx consideraba que su labor para el fortalecimiento de la Liga de los Comunistas durante esos meses estaba vinculada con la inminente revolución europea, y en especial con la revolución democrático-burguesa que figuraba en la agenda de Alemania. En el materialismo histórico se había encontrado la clave para una correcta comprensión de cada época histórica; ahora era necesario aplicar sus principios a una situación histórica concreta, al escenario contemporáneo. Era esa una tarea difícil, pero su solución resultaba indispensable si se quería que la joven Liga de los Comunistas y toda la clase obrera pudieran armarse de una estrategia y táctica científicas, para la próxima prueba, para la revolución. Inclusive las ideas científicas más correctas serían de poca utilidad si no se las podía difundir con rapidez entre los obreros, si el movimiento comunista no conseguía crear un órgano público. Esa publicación se echaba de menos en mayor medida que nunca. Pero un intento de publicar un periódico mensual fracasó por falta de dinero.

En esta situación, a finales del verano de 1847, Marx y sus amigos lograron conquistar una decisiva influencia sobre el *Deutsch-Brüsseler-Zeitung*, de orientación democrática. En este periódico de cuatro páginas, que aparecía dos veces por semana y que se introducía ilegalmente al otro lado de la frontera, en Alemania, de diversas maneras, Marx y Engels publicaron una serie de artículos, en los meses que siguieron, en los cuales desarrollaron su concepción de la lucha que se avecinaba. Bajo su influencia, el periódico se convirtió cada vez más en un órgano de la Liga de los Comunistas.

En sus artículos, Marx se basaba en la necesidad de derribar el anticuado orden feudal de Alemania por métodos revolucionarios, y establecer un sistema democrático-burgués. Era necesario reconocer con claridad, decía a los obreros, que la burguesía quería utilizar al proletariado sólo como carne de cañón en su lucha contra el feudalismo. Pero los obreros no debían dejarse llevar por las emociones, por su muy justificado odio hacia la burguesía, sino sólo por sus conocimientos científicos del rumbo de la historia. Las experiencias de Inglaterra y Francia habían demostrado con claridad "que el régimen de la burguesía no sólo pone nuevas armas en manos del proletariado, contra la burguesía, sino que además le ofrece una situación muy distinta" [113] en la sociedad.

Por consiguiente la clase obrera, al luchar por la burguesía, lucha para abolir el feudalismo y para conquistar fundamentales derechos democrático-burgueses como la libertad de prensa, el juicio por jurado, la libertad de reunión, la libertad de organización y la representación popular, y de tal modo, y en forma indirecta, también lucha por sus propios intereses proletarios. Más aun: cuando la burguesía, por temor a las masas populares, vacila en su enfrentamiento a la autoridad feudal, los obreros, y los comunistas a su cabeza, debían mostrar que eran los más decididos combatientes por la democracia y encontrar formas de llevar a los demócratas burgueses a la actividad conjunta con ellos.

Es claro que al mismo tiempo la clase obrera tenía tareas y objetivos que iban mucho más allá de la revolución burguesa. Todos los problemas de la clase obrera y de las masas trabajadoras, explicó Marx a los obreros, no quedarían solucionados en modo alguno en la república burguesa. En la lucha por las instituciones democráticas, los obreros debían crear las condiciones para la trasformación socialista de la sociedad. Con estas proposiciones, Marx, infatigablemente respaldado, como siempre, por Engels, destacaba la estrecha vinculación entre la lucha por la democracia y por el socialismo, principio que hoy, como entonces, corresponde a la estrate-

[113] Carlos Marx: *Der Kommunismus des "Rheinischen Beobachters*". MEW, vol. 4, pág. 193.

gia y la táctica del partido obrero revolucionario.

Mientras difundían estas ideas en el *Deutsche-Brüsseler- Zeitung*, Marx y sus colaboradores empezaron a trabajar para la creación de un frente común de los comunistas y los demócratas burgueses. El primer paso consistió en incorporarse a la "Association democratique" (Asociación democrática) de Bruselas, en la cual los revolucionarios proletarios y los demócratas pequeñoburgueses unieron sus fuerzas. La medida en que se lo consideró un luchador coherente por los derechos y libertades democráticas quedó evidenciada cuando se lo eligió vicepresidente de la asociación, el 15 de noviembre. Junto con él, en la presidencia, figuraban famosos revolucionarios y demócratas de Bélgica y Francia, así como el conocido historiador y político polaco democrático, Joachim Lelewel.

Marx dedicó mucho tiempo y esfuerzo a la construcción de la Asociación Democrática. La consideraba un instrumento práctico para unificar las corrientes del movimiento democrático, antifeudal, y otorgarle una dirección y un objetivo. Ayudó a conquistar nuevos miembros, colaboró en la preparación de un congreso internacional de demócratas, planeado para 1848, y organizó la colaboración con una sociedad democrática de Londres, los Demócratas Fraternales, con la cual había establecido contactos personales en el verano de 1845. Gracias a su ayuda, en muy poco tiempo la Asociación Democrática de Bruselas se convirtió en una organización que, aunque todavía reducida en cantidad de miembros, era un importante baluarte del movimiento democrático internacional.

Los gobiernos prusiano, belga y austriaco seguían el crecimiento de la sociedad democrática, y en especial la actividad de Marx, con creciente suspicacia. Nada era más peligroso para su política antipopular que la unificación de los comunistas y los demócratas burgueses en un frente común. El gobierno de Berlín intensificó sus esfuerzos para reprimir al *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* e imponer la expulsión de Marx de Bélgica.

En los últimos meses de 1847 las actividades revolucionarias de Marx se desarrollaban en un nivel más elevado que nunca. Aunque se encontraba literalmente agobiado por sus obligaciones organiza-

tivas y propagandísticas en el movimiento comunista y democrático de Bruselas, no descuidó los preparativos para el decisivo congreso de la Liga de los Comunistas. En un intercambio de opiniones con Engels, por correspondencia —este último todavía se hallaba en París—, se refirió al proyecto de programas de la Liga, que se debatiría en Londres. Engels elaboró un proyecto que analizó con los comunistas de París. El 17 de noviembre lo llevó consigo a Ostende, donde se encontró con Marx. El documento se intitulaba *Principios del Comunismo*.

Desde Ostende, los dos viajaron juntos a Londres, Marx como delegado de Bruselas, Engels como representante del círculo parisiense de la Liga de los Comunistas. En esa ocasión Marx pudo reunir dinero para el viaje al congreso de la Liga, aunque sólo después de molestos pedidos de ayuda a parientes. El 28 de noviembre Marx y Engels, henchidos de altas esperanzas, llegaron a Londres, donde se reunían los delegados de los miembros de la Liga de Alemania, Francia, Suiza, Bélgica y otros países. El 28 se inauguró el primer congreso internacional del proletariado revolucionario. Como la mayoría de los delegados se veían obligados a trabajar por su pan cotidiano durante el día, las deliberaciones del congreso sólo podían llevarse a cabo durante la noche.

El programa del partido ocupaba el centro de la atención. Marx y Engels presentaron su proyecto, que resumía los principios del comunismo científico.

Ofrecieron una detallada explicación de sus puntos de vista y los expusieron ante los delegados obreros, para su discusión. Los participantes del congreso fueron conquistados por la lógica del enfoque marxista. Coincidía a fondo con sus propias experiencias prácticas. Después de un prolongado debate, que duró ocho veladas, todos los delegados aprobaron los principios programáticos y tácticos presentados por Marx y Engels, así como los estatutos ya sometidos al primer congreso de la Liga. Los estatutos fueron aprobados por unanimidad. Se autorizó a Marx y Engels a "redactar, para su publicación, un detallado programa teórico y práctico del

partido."[114]

Con estas medidas se completó la fundación de la Liga de los Comunistas, el primer partido revolucionario de la clase obrera. Para Marx y Engels, ello significaba el triunfo de sus largos años de labor ideológica y organizativa para convencer al proletariado sobre la necesidad de contar con un partido político independiente, y para crearlo. Esta meta expresaba las aspiraciones de Marx. Unos pocos años antes de su muerte, Engels escribió, para refutar las deformaciones de su concepción fundamental, y la de Marx, acerca del partido de la clase obrera: "Para que el proletariado tenga las fuerzas suficientes para triunfar el día de la decisión, es necesario —y Marx y yo así lo dijimos desde 1847— que el proletariado cree un partido especial, distinto de todos los otros y enfrentado a ellos, un partido con conciencia de clase".[115] Esta importante concepción se convirtió en un pilar del marxismo, en una condición previa para su victoria mundial.

Por pequeña que fuese la Liga Comunista —cuando mucho contaba con 500 miembros—, Marx veía con claridad, y más tarde lo reafirmó en repetidas ocasiones, que con la Liga se había colocado la piedra fundamental para toda la historia futura de la clase obrera revolucionaria. En concordancia con su programa y composición, la Liga era una organización internacional de la clase obrera, y al mismo tiempo el primer partido de los trabajadores alemanes. Los afiliados eran ante todo obreros alemanes, jornaleros proletarios y representantes de los intelectuales revolucionarios que aprobaban el punto de vista de la clase obrera. Ello no era accidental, ya que Alemania, en la década del 40, era la convergencia de las contradicciones sociales, políticas y nacionales de Europa. De tal modo, con la fundación de la Liga Comunista comenzó la historia del partido de la clase obrera alemana.

Durante su estancia en Londres, en noviembre-diciembre de 1847,

[114] Carlos Marx/Federico Engels: *El Manifiesto Comunista*, Editorial Progreso, Moscú, 1962, pág. 7.

[115] Engels a Cerson Trier, 18 de diciembre de 1889. MEW, vol. 37, pág. 326.

Marx participó de manera activa en la vida política pública de la capital inglesa. Allí, como en cualquier otra parte, se guió por el mismo principio: "La ciencia no debe ser un placer egoísta; quienes tienen la fortuna de poder dedicarse a ocupaciones científicas, deben ser los primeros en poner sus conocimientos al servicio de la humanidad".[116]

Con los dirigentes de los cartistas, Marx analizó los problemas de la clase obrera inglesa e internacional. Con los demócratas fraternales llevó a cabo consultas respecto de una colaboración más estrecha aun con la Asociación Democrática de Bruselas, y de la convocatoria de un congreso democrático e internacional para el otoño de 1848.

Junto con Engels, participó, el 29 de noviembre, en un mitin de demócratas de muchas naciones, en ocasión del 17 aniversario del levantamiento polaco de 1830. En esa asamblea Marx levantó la voz contra la política feudal y burguesa de opresión nacional y guerra. Destacó la misión histórica del proletariado, la única que podía abolir la explotación y opresión de los pueblos, y eliminar para siempre la guerra. Declaró: "La victoria del proletariado sobre la burguesía es al mismo tiempo la victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que hoy enfrentan a distintos pueblos, entre sí, en actitud hostil. La victoria del proletariado sobre la burguesía es, por lo tanto, al mismo tiempo, la señal de la emancipación de todas las naciones oprimidas".[117] De tal modo, en la cuna misma del partido revolucionario de la clase obra, Marx mostró que la paz y el socialismo tienen vínculos indisolubles, y que ninguna otra clase lucha con tanta coherencia como el proletariado por un futuro pacífico para su nación, y para todos los pueblos.

Los miembros de la Asociación Educativa de Obreros Comunistas, organización legal establecida en Londres, en 1840, por la Liga de los Justos, también recibió a Marx con cálida simpatía. Como dele-

[116] Paul Lafargue: Recuerdos personales sobre Carlos Marx. En Mohr und General, pág. 319.

[117] Carlos Marx: Discurso sobre Polonia. MEW, vol. 4, pág. 416.

gado al congreso, informó sobre su labor y acerca de la actividad de la asociación de obreros alemanes en Bruselas.

En la asociación londinense Marx encontró concepciones que afirmaban que el comunismo tenía su origen en el cristianismo, como lo había declarado Weitling. Explicó a los trabajadores el carácter histórico y la función de la religión, y les hizo conocer las investigaciones críticas modernas sobre la religión, y la bibliografía atea de Alemania. De ese modo los llevó al materialismo dialéctico, sin vulgarizar en modo alguno el problema.

Entre sus oyentes se encontraba un sastre jornalero, Friedrich Lessner, más tarde íntimo amigo de Marx. Lessner describió sus impresiones durante esos días, como sigue:

"Marx era todavía un joven. Contaba con 28 años de edad, y sin embargo nos impresionó a todos muy profundamente. Era de mediana estatura, de anchos hombros, tenía una contextura robusta y un porte enérgico. Su frente era alta y de delicado modelado; su cabello, espeso y negro como el azabache, su mirada penetrante. Su boca ya mostraba los pliegues sarcásticos que tanto temían sus opositores. Marx había nacido para ser dirigente. Su manera de hablar era breve, concisa, de lógica abrumadora. No usaba palabras superfluas. Cada frase era un pensamiento, cada pensamiento un eslabón necesario en la cadena de su argumentación. Nada había de soñador en Marx. Cuanto más advertí la diferencia entre el comunismo en el período de Weitling y el del *Manifiesto Comunista*, más claro me resultó que Marx representaba la madurez del pensamiento socialista".[118]

El certificado de nacimiento del comunismo científico

Después de la conclusión del segundo congreso de la Liga Comunista, Marx regresó a Bruselas en diciembre, y Engels a París. Su tarea —la elaboración conjunta del programa de la Liga— resultó

[118] Friedrich Lessner: Antes y después de 1848. En Deutsche worte, Monatshefte, Viena, marzo de 1898.

obstaculizada por la distancia que los separaba. Así fue que Marx recibió un recordatorio de la dirección Central de Londres, a finales de enero de 1848, en el sentido de que debía enviar el manuscrito lo antes posible, pues de lo contrario "se tomarían nuevas medidas contra él".[119] Pero precisamente en ese momento el precioso manuscrito ya viajaba a Londres. Allí se imprimió en una pequeña imprenta de Bishopsgate, del 46 de la calle Liverpool. Friedrich Lessner tomó las medidas necesarias, Karl Schapper leyó las pruebas, y a finales de febrero apareció el folletito, de aspecto nada impresionante, de veintitrés páginas: *Manifest der Kommunistischen Partei, Manifiesto del Partido Comunista*. Sólo unos pocos centenares de ejemplares pudieron entregarse a las organizaciones de la Liga Comunista, para pasarlos de mano en mano. Sin embargo, con ese librito, Marx y Engels habían producido una obra que hizo historia, en el sentido verdadero y literal, como ninguna otra, una obra que mostró su vitalidad desde entonces, y que sigue mostrándola todos los días, en nuestra propia época.

¿Qué otorgaba a esa obrita tan grande importancia histórica?

El *Manifiesto del Partido Comunista* era el primer documento programático del comunismo científico. Marx y Engels formulaban en él, en lenguaje maestro, todo lo que habían absorbido en materia de conocimientos científicos y experiencias prácticas entre 1843 y 1848, incluidas las experiencias de toda la clase obrera. Presentaban en el *Manifiesto* una exposición sistemática, comprimida, de los fundamentos de su teoría: el materialismo dialéctico, la economía política, las enseñanzas de la lucha de clases y el socialismo científico. En contradicción con los embustes y calumnias, los cuentos de hadas y las utopías sobre el comunismo, anunciaban con audacia y en público el papel histórico de la clase obrera, la dirección y la meta de sus luchas.

"Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han unido en una santa cruzada

[119] Die Zentralbelörde an die Kreisbehörde Brüssel, 26 de enero de 1848. En Carlos Marx: Enthüllungen über den Kommunistenprozess zu Köln, Berlín, 1914, pág. 14.

contra ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y la policía alemana...

"De este hecho surgen dos conclusiones.

"Las potencias europeas ya reconocen el comunismo como una fuerza.

"Ya es hora de que los comunistas publiquen abiertamente, frente al mundo entero, sus concepciones, sus objetivos, sus tendencias, y encaren ese cuento de hadas del Fantasma del Comunismo con un *Manifiesto* del partido mismo."[120]

Con estas impresionantes palabras, Marx y Engels iniciaban su trabajo programático.

En el primer capítulo del Manifiesto mostraban el papel decisivo, de empuje, de la lucha de clases en la historia humana. Mostraban que al comienzo el capitalismo trasformó la vida de la sociedad de manera revolucionaria, en la lucha contra el feudalismo; que comenzó como una clase progresista, pero que ahora estaba destinada a convertirse cada vez más en un freno del desarrollo social. Las crisis económicas y las guerras, en las cuales las fuerzas productivas eran destruidas en *masse*, lo habían demostrado de manera convincente.

Analizaban luego la esencia de la esclavitud asalariada capitalista y las etapas de las luchas del proletariado contra la burguesía. Mostraban que con el desarrollo de la industria capitalista el proletariado también crece, por fuerza, y se agudizan el antagonismo y la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Esta última, con férrea inevitabilidad, engendra sus propios enterradores. El proletariado se organiza en la lucha de clases. Se desarrolla en el plano político y adquiere conciencia del potencial y de la fuerza que residen en su unidad revolucionaria. Por último, el desarrollo de la lucha de clases conduce al hecho de que la guerra civil, que en la sociedad capitalista se encuentra más o menos oculta, "estalla

[120] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso, Moscú, pág. 41.

en revolución abierta... y el derrocamiento violento de la burguesía sienta las bases para el dominio del proletariado".[121]

De este modo mostraban a la clase obrera, en el *Manifiesto*, la inevitabilidad de la derrota del capitalismo. Pero ante todo mostraban que aquélla tenía la obligación de prepararse para la lucha revolucionaria contra el capitalismo y para el derrocamiento de la burguesía. Describían el camino que debía seguirse y los métodos que tenía que utilizar la clase obrera en el establecimiento de su régimen y el cumplimiento de su misión como creadora de la sociedad socialista y comunista.

Marx y Engels enseñaban que "el primer paso en la revolución, por la clase obrera, consiste en elevar al proletariado a la posición de clase dominante",[122] lo cual significaba la conquista del poder político. Al mismo tiempo subrayaban el carácter auténticamente democrático de esa "elevación del proletariado a la situación de clase gobernante" y la describían como la triunfadora en "la batalla de la democracia",[123] como el régimen de las masas de la población trabajadora sobre una pequeña minoría de explotadores. Como escribió Lenin más tarde, Marx y Engels desarrollaron de ese modo "una de las más notables y más importantes ideas de marxismo sobre el tema del Estado, a saber, la idea de la dictadura del proletariado".[124]

¿Pero con qué fin debía utilizar la clase obrera el poder del Estado? Marx y Engels declaraban con energía, en el Manifiesto: "El proletariado utilizará su supremacía política para arrancar, poco a poco, todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado

[121] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso, Moscú, pág. 63.

[122] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso, Moscú, pág. 79.

[123] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso, Moscú, pág. 79.

[124] V. I. Lenin: *El Estado y la revolución*, en Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1967, vol. 2, pág. 283.

organizado como clase gobernante, y para acrecentar el total de las fuerzas productivas, con tanta rapidez como sea posible".[125]

Presentaban a los obreros, ante todo, la necesidad de usar el poder estatal con decisión, y de ofrecer un completo apoyo a las medidas de su Estado. Resultaba en especial importante prestar la máxima atención a las medidas en el terreno económico, pues eran decisivas para la consolidación del Estado proletario. La producción en la tierra y en la industria debía ser aumentada por todos los medios de que se dispusiera. Ello exigía una acción "en consonancia con un plan común".[126]

Al mismo tiempo, Marx y Engels advertían a la clase obrera que con la trasformación económica también debían producirse cambios revolucionarios en la vida cultural e ideológica de la sociedad. El proletariado tenía que abolir los privilegios educacionales de la clase gobernante, y vincular la educación de los niños con la participación en la producción material. "La revolución comunista —escribían los dos amigos— es la ruptura más radical respecto de las relaciones de propiedad tradicionales; no es extraño que su desarrollo implique la ruptura radical con las ideas tradicionales."[127]

De tal manera, el *Manifiesto* del Partido Comunista planteaba a la clase obrera la gran misión de trasformar en sus fundamentos la vida material e intelectual de la sociedad, y construir el socialismo.

"En lugar de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y su antagonismo de clases —predecían Marx y Engels—, tendremos una asociación en la cual el libre desarrollo de cada uno sea, la condición para el libre desarrollo de todos."[128]

---

[125] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso Moscú, pág. 79.

[126] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso Moscú, pág. 81.

[127] Carlos Marx/Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso Moscú, pág. 79.

[128] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 76.

Con el socialismo se inicia una nueva época para la humanidad, la época en que el ser humano puede ser, por primera vez, realmente humano.

Marx y Engels entendían esa época, en la cual el tono lo fija el régimen de la clase obrera y de las masas laboriosas, como una nueva era para el desarrollo de los pueblos y las naciones. Con la conquista del poder político, el proletariado se convierte en "clase nacional".[129] Ocupa la dirección de la nación, y se impregna de una perspectiva en todo sentido nueva, optimista. "En la medida en que desaparece un antagonismo entre las clases, en el seno de la nación, la hostilidad de una nación contra otra también toca a su fin."[130] Sobre la base de su investigación científica del pasado y el presente, Marx y Engels predicen que en un mundo socialista no existirán guerras sanguinarias entre los pueblos, tales como las que provoca el capitalismo. La clase trabajadora dará una paz eterna a la humanidad. De tal forma, los comunistas demuestran que son verdaderos patriotas y verdaderos hijos de sus pueblos.

En el *Manifiesto,* Marx y Engels subrayaban el punto de vista que ya habían concretado en la práctica: el de que la clase trabajadora necesita un partido ideológicamente esclarecido, disciplinado y bien organizado, si quiere ponerse a la altura de su responsabilidad ante la historia de la nación. El partido es a su vez una parte de la clase obrera, pues los comunistas "no tienen intereses separados de los proletariados en conjunto".[131] Pero el partido debe unir los mejores elementos y cualidades de la clase obrera. Es la vanguardia organizada y consciente de las masas proletarias, que se encuentra a la cabeza de la lucha y dirige a la clase. El partido obrero revolucionario puede hacerlo porque tiene, "sobre la gran masa del proletariado, la ventaja de entender con claridad la orientación de la

[129] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 76.

[130] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 77.

[131] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 65.

marcha, las condiciones y los resultados generales definitivos del movimiento proletario".[132]

Si el partido de la clase obrera desea dirigir al proletariado con éxito, jamás debe encerrarse en sí, de manera sectaria, sino que tiene que estar estrechamente unido a las masas, basarse en ellas y aprender de sus experiencias. Al mismo tiempo, el partido debe combatir la ideología burguesa y su influencia sobre la clase obrera. Por tal razón, el *Manifiesto*, con ingenio y sarcasmo, criticaba las distintas formas de la ideología burguesa y las anticuadas y anticientíficas "teorías" y "sistemas" socialistas y comunistas.

Los creadores del *Manifiesto* también mostraban que los trabajadores de todos los países, enfrentados a la misma situación, y que por lo tanto comparten intereses y objetivos comunes, necesitan, de forma inevitable, una acción y una solidaridad comunes. Por lo tanto el *Manifiesto* subrayaba que los comunistas, "en las luchas nacionales de los proletarios de los distintos países... señalan y ponen en primer plano los intereses comunes de todo el proletariado, con independencia de cualquier nacionalidad".[133] Con especial énfasis, Marx y Engels mostraban la necesidad de proteger la unidad del movimiento proletario, y de unir las tareas del proletariado de un país a los objetivos generales del movimiento obrero internacional. Por eso los comunistas luchan "por el logro de objetivos inmediatos, por la concreción de los intereses momentáneos de la clase obrera; pero en él movimiento del presente también representan y se ocupan del futuro de ese movimiento".[134]

Por último, Marx y Engels estudiaban, en el Manifiesto, los problemas revolucionarios que debían solucionarse en Alemania. Subrayaban la obligación de los comunistas, de respaldar "todos los movimientos revolucionarios contra el orden de cosas social y

[132] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 66.

[133] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. pág. 65.

[134] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 101.

político existente".[135]

Escribían: "En Alemania luchan con la burguesía siempre que actúe en forma revolucionaria contra la monarquía absoluta, la aristocracia feudal y la pequeña burguesía. Pero nunca, ni por un solo momento, dejan de infundir en la clase trabajadora el más claro conocimiento posible del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado... para que, después de la caída de las clases reaccionarias en Alemania, pueda comenzar en seguida la lucha contra la propia burguesía".[136]

De tal manera, Marx y Engels ofrecían a la clase obrera alemana las líneas orientadoras para las inminentes luchas revolucionarias.

En todo momento entendieron la revolución alemana como parte del movimiento revolucionario general europeo. Abrigaban en esa época la esperanza de que estallara en Inglaterra una revolución de carácter proletario, y de que una oleada revolucionaria en Francia llevara de pronto al dominio de la clase obrera y de la clase media. En tales condiciones, esperaban que la cercana revolución burguesa en Alemania pudiera ser "el preludio a una revolución proletaria que siguiese poco después".[137]

Esta concepción resultó ser prematura, pues el nivel de desarrollo económico en 1848, como escribió Engels más tarde, "no estaba aún lo bastante maduro, ni con mucho", ni siquiera en los países europeos más avanzados, "para la abolición de la producción capitalista.[138] Ello no obstante, estos pensamientos teóricos de Marx y Engels fueron de valor permanente para la futura estrategia del movimiento obrero internacional.

---

[135] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 103.

[136] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 102.

[137] Carlos Marx/Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso Moscú, pág. 103.

[138] Federico Engels: Introducción a Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, MEW, vol. 22, pág. 515.

Cada una de las líneas del fascinador *Manifiesto*, de impresionante redacción, estaba impregnada de un partidismo abierto y de pasión revolucionaria. Las últimas frases de este programa de lucha eran como un toque de clarín:

"Que las clases gobernantes tiemblen ante una revolución comunista. Los proletarios nada tienen que perder, salvo sus cadenas. Tienen un mundo por ganar. ¡Trabajadores de todos los países, uníos!"[139]

El *Manifiesto del Partido Comunista* fue el certificado de nacimiento del comunismo científico. Sus creadores fueron hijos del pueblo alemán. Marx y Engels habían absorbido los últimos descubrimientos de la ciencia internacional en el campo de la filosofía, la economía política, la historiografía, así como del socialismo y el comunismo. Analizaron en forma crítica las ideas más avanzadas de esos terrenos, en términos de la historia y de la práctica social contemporánea. Al mismo tiempo llevaron adelante las mejores tradiciones humanistas, científicas y revolucionarias del pueblo alemán. En ese proceso de avance del descubrimiento, desarrollaron concepciones que por primera vez crearon una base científica para las más variadas ramas del conocimiento. Por medio de exactas pruebas científicas, elevaron, al mismo tiempo, la teoría revolucionaria a un nivel nuevo en todo sentido. Estas concepciones transformadoras tuvieron su expresión clásica en el *Manifiesto del Partido Comunista.*

[139] Carlos Marx / Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso, Moscú, pág. 103.

CAPÍTULO III.

1848-1849

Estalla la revolución - El programa de acción nacional - Director en jefe del Neue Rheinische Zeitung - En la lucha frente a la contrarrevolución en avance - En la lucha por un partido obrero nacional - El último número rojo

Estalla la revolución

A finales de febrero de 1848, cuando los primeros ejemplares del Manifiesto del Partido Comunista comenzaban a salir de las prensas, la noticia del estallido de la revolución en París llegó a oídos de Marx, en Bruselas, y de los dirigentes de la Liga Comunista en Londres. Friedrich Lessner, uno de los precursores del movimiento obrero alemán, escribió, una década más tarde, acerca de ese día inolvidable: "No puedo describir el enorme impacto que ese informe ejerció sobre nosotros. Se apoderó de nosotros un frenesí de entusiasmo. Sólo un sentimiento, un único pensamiento nos henchía: ¡dedicar la vida y las posesiones a la emancipación de la humanidad!" [140]

Lo mismo que en Londres, así también en Bruselas. También allí las noticias de que el proletariado había derribado al "rey de los banqueros", Luis Felipe, encendió las imaginaciones.

Las masas populares, a pesar de la gendarmería y de los militares, se habían adueñado de las calles y plazas. La gente gritaba *Vive la*

[140] Friedrich Lessner: Vor 1848 un nachher. In Deutsche Worte, marzo de 1898, pág. 109.

République, cantaba la Marsellesa, empujaba, tironeaba y era empujada",[141] así escribía Engels, quien fue expulsado de París a finales de enero y que entonces se encontraba una vez más en Bruselas. Por fin había llegado el día —el día tan ansiado por Marx y sus camaradas— en que las masas populares decidían actuar y las columnas de la reacción comenzaban a tambalearse.

Marx se precipitó sobre todos los periódicos que se encontraban al alcance de sus manos, siguió de cerca los últimos informes de París, mantuvo correspondencia con las organizaciones de la Liga Comunista, consultó con ellas, lo mismo que con sus amigos de entre los demócratas burgueses. Estudió, con paciencia y expectativa, cada uno de los informes que salían de Alemania o que se referían a ella.

El estallido de la revolución no le sorprendió. Hacía tiempo que lo había profetizado, y se preparó para él junto con Engels. Pero ahora que llegaba se hizo claro, muy pronto, que el movimiento revolucionario tenía sus aspectos especiales en cada uno de los países, y que desdeñarlos resultaría catastrófico para la revolución.

En los principados italianos —casi siempre con armas en la mano—, el pueblo había podido arrancar constituciones liberal-burguesas a sus monarcas. En París, el pueblo logró la proclamación de una república en batallas armadas, en las barricadas.

Aunque los obreros franceses, henchidos de ilusiones, imaginaban que habían conseguido una "república social", en realidad no era más que una república burguesa, como muy pronto lo advertiría el proletariado parisiense. A finales de febrero el movimiento revolucionario también comenzó a hacer presa de los Estados del sur y centro de Alemania, Hungría, Bohemia y Polonia. En pocas semanas adquirió un carácter europeo.

Pero la reacción no descansaba. Marx lo aprendería a costa de su propio pellejo. En tanto que la burguesía belga negociaba con el rey, este último hizo que sus tropas rodeasen la capital y las envió,

[141] Friedrich Lessner: Vor 1848 un nachher. In Deutsche Worte, marzo de 1898, pág. 109.

con violencia armada, contra las masas populares. El gobierno trataba, en especial, de provocar a los extranjeros que vivían en Bruselas, y ante todo a los trabajadores y emigrantes políticos alemanes. Wilhelm Wolff fue arrestado sin motivo alguno, maltratado y expulsado.

A la luz de estos sucesos, los emigrantes alemanes en Bruselas, los comunistas tanto como los demócratas, comenzaron a estrechar filas con más firmeza aun, junto a los demócratas belgas, en acciones comunes. Marx, que unos pocos días antes había recibido por fin una importante suma de dinero como herencia de su padre, contribuyó con miles de francos para armar a los obreros de Bruselas. Lo hizo con pleno consentimiento de su esposa, quien ahora, luego de años de profunda pobreza, abrigaba por fin la esperanza de una seguridad material, pero que no vaciló en sacrificar sus intereses personales a las necesidades del movimiento revolucionario.

Junto con su actividad en la Asociación Democrática, el grueso de las energías de Marx lo exigía la Liga Comunista. El 27 de febrero recibió una comunicación del buró central de la Liga en Londres, en el sentido de que, en vista de los acontecimientos revolucionarios del continente, habían trasladado su autoridad a la dirección del distrito en Bruselas. De tal manera, al comienzo de la revolución, Marx y Engels se encargaron de la jefatura directa de la Liga Comunista. En el acto Marx convocó a los miembros de la dirección, y consultó con ellos acerca de las medidas que era preciso adoptar.

Los sucesos se apiñaban uno tras otro. A comienzos de marzo, Marx recibió una respetuosa invitación del gobierno republicano provisional: "Valiente y recto Marx, el suelo de la República Francesa es un Estado libre para todos los amigos de la libertad. El poder tiránico te expulsó, la libre Francia te vuelve a abrir sus puertas".[142] Marx aceptó la invitación, pues todo lo atraía hacia París, vitrina de exposición de la revolución.

El 3 de marzo, precisamente el día en que llegó la invitación de

[142] Carlos Marx: Herr Vogt. MEW vol. 14, pág. 676.

París, Marx recibió una orden de la policía belga, a última hora de la tarde, en el sentido de que debía abandonar el país en un plazo de 24 horas. Los miembros del buró central de la Liga Comunista, que se acababa de constituir, se reunieron en el acto en el hogar de Marx, le entregaron todos sus poderes y lo autorizaron a instalar un nuevo buró central en París. Cuando salían de la casa, la policía se introdujo en ella por la fuerza y arrestó a Marx. Los ultrajes policiales que siguieron fueron descritos por Marx, unos días después, en un periódico francés:

"El 3 de marzo, después de recibir a las cinco de la tarde una orden de abandonar el reino belga en un plazo de 24 horas, y mientras me encontraba ocupado, esa misma noche, con los preparativos para mi viaje, un comisario de policía se introdujo por la fuerza en mi casa, acompañado por diez policías, saqueó todo mi hogar y luego me arrestó, so pretexto de que carecía de documentos...

"Inmediatamente después de mi arresto, mi esposa visitó al presidente de la Sociedad Democrática de Bélgica, Monsieur Jottrand, para pedirle que tomara las medidas necesarias. Con exquisita cortesía, declaró que ella no tenía más que seguirlo, si deseaba hablar con Herr Marx. Mi esposa aceptó la invitación de buena voluntad. Se la llevó al departamento central de policía, y allí el comisario declaró al comienzo que Herr Marx no se encontraba en ese lugar. Luego le preguntó con rudeza quién era, y qué tenía que ver Herr Jottrand, y si llevaba sus documentos encima... So pretexto de vagabundaje, mi esposa fue llevada a la prisión del municipio y encerrada con prostitutas en una sala oscura. A las once de la mañana, a plena luz del día, se la condujo, con escolta de gendarmes, a la oficina del juez investigador. Durante dos horas, a pesar de vehementes protestas provenientes de todos los sectores, se la mantuvo aislada. Así permaneció a pesar del tiempo inclemente y de las groseras bromas de los gendarmes.

"Por último compareció ante el juez investigador, quien se mostró muy asombrado de que la policía, en su generosidad, no hubiese arrestado también a los niños pequeños. El interrogatorio no podía ser otra cosa que una farsa, y el resumen y sustancia del delito de

mi esposa consistían en que, a pesar de pertenecer a la aristocracia prusiana, compartía los puntos de vista democráticos de su esposo.

"No deseo entrar en todos los detalles de este escandaloso asunto. Sólo quiero mencionar que después de ponemos en libertad, las 24 horas habían expirado, y que tuvimos que partir sin poder llevamos ni siquiera los objetos necesarios."[143]

A su llegada a París, Marx buscó en seguida a sus amigos que vivían allí. Se vio más bien sorprendido ante la "embriaguez revolucionaria" que se había subido a la cabeza de algunos de ellos, y que los sedujo y arrastró a peligrosas posturas revolucionarias. Empujados por la impaciencia y la nostalgia del hogar, sentían que la revolución en Alemania no avanzaba con la suficiente rapidez. Muchos obreros y artesanos alemanes respaldaban la actitud de demócratas pequeñoburgueses como Bornstedt y Herwegh, quienes llamaban a los emigrantes a formar cuerpos de voluntarios y llevar la libertad a Alemania en la punta de sus bayonetas. Se unieron en una organización, la Sociedad Democrática Alemana, establecieron una Legión Alemana y se prepararon para una incursión militar en Alemania. Marx se opuso a estos planes aventureros, inclusive aunque algunos de ellos lo acusaron de cobardía. El 6 de marzo habló al respecto ante una reunión de obreros alemanes. Sebastian Seiler, entonces miembro de la Liga Comunista y conocido de Marx, escribió más tarde:

"Los socialistas y comunistas hablaron con firmeza contra toda intervención armada, desde afuera, en favor de una república alemana. Realizaron mítines abiertos en la Rue St. Denis, a los cuales concurrieron también algunos de los integrantes de los futuros cuerpos de voluntarios. En una de esas reuniones Marx, en una prolongada intervención, desarrolló el tema de que la revolución de febrero sólo podía considerarse un preliminar del movimiento europeo. En poco tiempo estallaría allí, en París, la lucha abierta entre el proletariado y la burguesía, cosa que se confirmó en julio. La

[143] Carlos Marx: *Carta al director del periódico "La Réforme", MEW, vol. 4, páginas 537-538.*

derrota o victoria de la Europa revolucionaria dependerían del resultado de esa lucha."[144] También en Alemania, Marx estaba seguro de ello, las contradicciones internas entre las clases hostiles conducirían a un levantamiento revolucionario del pueblo. Ese inminente estallido revolucionario sólo sería puesto en peligro por una intrusión armada desde el exterior, pues la reacción alemana explotaría en el acto esa intervención, con fines nacionalistas y para los intereses contrarrevolucionarios.

El 8 de marzo, por iniciativa de Marx, las cuatro filiales de París de la Liga Comunista decidieron organizar un Club de Obreros Alemanes, público, como contrapeso de la Sociedad Democrática Alemana. El 9 de marzo Marx presentó un proyecto de estatutos del Club.

Entre tanto, Schapper, Moll y Heinrich Bauer llegaron de Londres, y Wilhelm Wolff y el tipógrafo Karl Wallau, de Bruselas. El 10 de marzo, junto con Marx y Engels, se constituyeron como nuevo buró central de la Liga Comunista. Marx fue nombrado presidente, y Schapper secretario. Engels, quien aún se encontraba en Bruselas, fue designado miembro del buró central. El 21 de marzo llegó también a París.

Los miembros del buró central se reunían casi todos los días para discutir los pasos siguientes. Se dedicó gran atención a Alemania y a dos de sus mayores Estados: Prusia y Austria. Por fin llegaron las noticias: el 13 de marzo los trabajadores de Viena habían levantado barricadas. El odiado canciller Metternich había sido derribado y sólo salvó su vida con la fuga. El rey de los Habsburgo se vio obligado a nombrar un ministerio de liberales burgueses.

Las batallas revolucionarias llegaron a su culminación pocos días después, el 18 de marzo, en las calles de Berlín. Luego de enconadas luchas callejeras de 16 horas de duración, los obreros, artesanos, pequeñoburgueses y estudiantes berlineses triunfaron sobre "el gran ejército" del rey. Mostraron que las masas populares pueden

[144] Sebastian Seiler: La conspiración del 13 de junio de 1849. Contribución a la historia contemporánea. Hamburgo, 1850, pág. 21.

lograr cualquier cosa cuando están unidas y actúan con decisión.

Aunque el rey había lanzado al combate tropas de élite, los obreros, en especial, mostraron una valentía sin precedentes, y fueron mayoría entre los luchadores de las barricadas. Lanzaron muchos contraataques, superaron inclusive a los cañones y usaron la noche del 19 de marzo para fortalecer sus posiciones. La empecinada resistencia obligó en algunos casos, a los soldados, a negarse a obedecer a sus oficiales. Firmes ante todos los esfuerzos de la Corte para engañarlos, los combatientes de las barricadas exigieron la retirada total de los militares de Berlín. Su decisión obligó al rey a retirar sus tropas de la ciudad, el 19 de marzo. Más aun, el mismo día el pueblo victorioso llevó sus muertos a los terrenos del palacio e impuso al rey, por lo general tan altanero, la obligación de inclinar la cabeza descubierta ante los luchadores caídos en las barricadas. Era el símbolo de la gran derrota que la Prusia feudal había sufrido a manos de las masas revolucionarias.

Las batallas de las barricadas berlinesas del 18 de marzo fueron el apogeo de la revolución en Alemania. En pánico y terror, el rey Hohenzollern dijo que Prusia se disolvería en el seno de Alemania, y reiteró sus promesas anteriores de introducir reformas liberales. Antes de finales de enero se estableció un nuevo ministerio, encabezado por Camphausen y Hansemann, banqueros e industriales del Rin.

El programa de acción nacional

El tiempo era precioso para los revolucionarios alemanes empujados al exilio. Creían que debía impedirse que la revolución se detuviera después de sus primeros éxitos. Todo —así veía Marx la situación— dependía de la medida en que pudiese llevarse hacia adelante el movimiento revolucionario. Mientras las tres docenas de príncipes feudales no fuesen derribados; mientras los grandes terratenientes no fueran expropiados; mientras no se eliminase la fragmentación territorial; mientras no se solucionaran las principales tareas de la revolución; mientras no surgiera la República Ale-

mana democrática y unida... correrían peligro las otras conquistas de la Viena y Berlín revolucionarias, logradas con tantos sacrificios.

Los primeros informes salidos de Berlín ya habían convencido a Marx de lo difundidas que estaban las ilusiones entre las capas inferiores de la burguesía y los obreros, acerca de lo que ya habían logrado, en especial respecto del nuevo ministerio de la gran burguesía. Estas ilusiones eran tanto más peligrosas, ya que la gran burguesía, llevada al poder ante todo por las masas populares, se mostraba dispuesta a una inmediata transacción con el poder feudal, por temor a las mismas masas populares. La necesidad del momento era un programa que pudiese ponerse en manos de las masas revolucionarias, y en especial de los obreros con conciencia de clase, que empezaban a despertar, un programa que les diese un objetivo y un sentido de orientación en los acontecimientos que se agolpaban, en la confusa cascada de reformas y planes burgueses para el "mejoramiento mundial", y que los ayudase a distinguir a los amigos de los enemigos.

A finales de marzo, Marx y Engels se dedicaron a la tarea de redactar ese programa, las *Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania*. Lo basaron en las proposiciones estratégicas y tácticas que ya habían presentado ante los comunistas alemanes en el último capítulo del *Manifiesto Comunista.* Ahora era preciso aplicarlas a la nueva situación creada por la revolución. En sus declaraciones programáticas, la burguesía liberal sólo pedía una monarquía constitucional pangermana, con una Constitución burguesa, bajo la dirección prusiana, y estaba dispuesta a permitir una amplia soberanía a los Estados y sus príncipes. Los demócratas pequeñoburgueses deseaban una república alemana, pero sólo en forma de una asociación de los distintos Estados. Marx y Engels, sin embargo, ponían a la cabeza del programa el lema: "Se declara que toda Alemania es una República única e indivisible".[145] Esta reivindicación se dirigía ante todo contra los principales centros de poder de

[145] Carlos Marx / Federico Engels: Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania. MEW, vol. 5, pág. 3.

la reacción feudal en Alemania, Prusia y el Reich de los Habsburgo, la tristemente célebre "cárcel del pueblo" de Europa.

En todas sus declaraciones, la burguesía liberal eludía las reivindicaciones referentes a la destrucción total del poder de los grandes terratenientes reaccionarios, y buscaba un "acuerdo" pacífico con las autoridades feudales. En verdad, los demócratas pequeñoburgueses exigían la libertad de prensa, una libertad de reunión sin trabas, el armamento del pueblo y la abolición de las relaciones feudales. Pero acerca de la manera en que estas relaciones y todas las prerrogativas feudales debían abolirse… respecto de estos problemas no poseían una idea clara. En estos asuntos, sólo Marx y Engels ofrecieron una respuesta nítida, en sus amplias *Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania*, de 17 puntos.

Describían las medidas que el pueblo debía adoptar para crear una república unida, democrática.

Entre ellas se contaban: el derecho irrestricto al voto; el derecho a ser elegido desde los 21 años en adelante, la compensación financiera para los representantes del pueblo, de modo que los obreros también pudiesen integrar el Parlamento alemán, y ante todo, el armamento del pueblo para permitirle aplastar la contrarrevolución. Además, todos los alemanes debían gozar de garantías en cuanto a la posibilidad de obtener la misma educación, y de igualdad ante la ley, mediante la reconstrucción de los sistemas educacional y legal.

Todas estas reivindicaciones estaban destinadas a despojar del poder político a las clases feudales. Pero ello sólo podía tener éxito cuando se arrancaran las raíces económicas del sistema feudal, en especial de la aristocracia Junker prusiana, base social y pilar más poderoso del Estado prusiano. Por lo tanto Marx y sus camaradas exigían, en los puntos 6 a 9 de su programa, la abolición, sin remuneración, de todas las cargas feudales y la desposesión, sin compensación, de todos los grandes terratenientes. Con esta exigencia, los comunistas mostraban a los campesinos el camino de su emancipación de la explotación feudal, y al mismo tiempo se esforzaban por crear una estrecha alianza entre los trabajadores y los campesinos.

Por último, Marx y los miembros de la Liga Comunista exigían que las minas, los bancos privados y todas las facilidades para el trasporte fuesen convertidas en propiedad del Estado, es decir, que fuesen puestos en manos del Estado revolucionario-democrático. Estas reivindicaciones se dirigían contra el "régimen de los hombres del dinero",[146] los liberales de la gran burguesía que ya negociaban con la reacción feudal y comenzaban a frenar la revolución debido a su cobardía y a su espíritu de renegados.

Una preocupación especial de los comunistas era el mejoramiento de la situación social de la clase obrera. Con tal fin, exigían al Estado democrático "el establecimiento de fábricas nacionales", en las cuales "el Estado garantice la subsistencia de todos los obreros y se ocupe de los incapacitados para trabajar".[147]

Con estas 17 reivindicaciones, Marx y Engels buscaban una solución democrática y revolucionaria a todas las tareas que tenía ante sí la revolución burguesa en Alemania. Las reivindicaciones reflejaban los intereses de todas las clases progresistas que luchaban por el progreso del Estado burgués. El programa terminaba con las siguientes palabras: "Interesa al proletariado, a la pequeña burguesía y a los campesinos luchar con todas sus energías para la concreción de estas medidas. Sólo con su puesta en práctica, los millones de habitantes de Alemania que hasta hoy fueron explotados por unos pocos, y a quienes los mismos pocos tratan de mantener en la opresión, lograrán sus derechos y el poder que les corresponde como productores de todas las riquezas".[148] Con la concreción de las 17 reivindicaciones, la futura lucha del proletariado por su liberación de la explotación y opresión capitalistas se prepararía y facilitaría al mismo tiempo. Tal era, precisamente, la meta que buscaban Marx y Engels.

---

[146] Carlos Marx / Federico Engels: Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania. MEW, vol. 5, pág. 4.

[147] Carlos Marx / Federico Engels: Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania. MEW, vol. 5, pág. 4.

[148] Carlos Marx / Federico Engels: *Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania*. MEW, vol. 5, págs. 4-5.

Como voceros de la joven clase obrera, explicaban de esa manera por qué el destino y la prosperidad de la nación alemana dependían del desarrollo y consolidación de la democracia. Por medio de su claro programa y de su labor práctica, demostraron que los comunistas eran también los mejores y más firmes demócratas. Las 17 *Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania* muestran que los obreros con conciencia de clase, en su primera gran prueba histórica, lucharon por una política que servía, no sólo a los intereses de los obreros, sino a los de todo el pueblo, en tanto que la burguesía se reveló incapaz de dirigir a la nación.

Durante los afiebrados días en que Marx, apoyado por Engels, elaboró las 17 reivindicaciones, también comenzó a preparar la publicación de un periódico en Alemania. Al mismo tiempo, con gran energía, organizaba el regreso a Alemania de los miembros de la Liga, y de los obreros y artesanos del Club de Trabajadores Alemanes. En contraste con el proyecto aventurero de Bornstedt y Herwegh, Marx siguió un plan según el cual los obreros revolucionarios volvían a Alemania de a uno por vez. Los sucesos posteriores justificaron su posición. Las tropas voluntarias de Herwegh cayeron en una emboscada en cuanto cruzaron la frontera, y fueron barridas por una fuerza militar superior que las esperaba. Por otro lado, con el plan iniciado por Marx, en abril unos 300 a 400 obreros revolucionarios pudieron volver a su patria, sin tropiezos, y entre ellos la mayoría de los miembros de la Liga. Iban bien armados... no con rifles o sables, sino con el *Manifiesto Comunista*, 1.000 ejemplares de la segunda edición del cual habían llegado a París, y con las *17 Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania*, impresas como hoja volante.

Volvieron con instrucciones de Marx y los miembros del buró central, de fortalecer las filiales de la Liga ya existentes, organizar otras nuevas y establecer asociaciones políticas de obreros, junto a las ramas locales. En esta tarea debían actuar, no en la ilegalidad, como antes, sino abiertamente, en el sentido del *Manifiesto Comunista* y de las *17 reivindicaciones*. Con esta táctica, el objetivo de Marx era utilizar las libertades recién conquistadas y unir a los muchos obreros locales en una sola organización política obrera de

toda Alemania. Esta organización obrera independiente tendría la tarea de unificarse en una alianza con la pequeña burguesía democrática y trabajar como fuerza impulsora del movimiento revolucionario. Ello fortalecería en inmensa medida el movimiento popular democrático.

Después que se fueron la mayoría de los obreros revolucionarios, Marx y Engels también salieron de París. Se llevaron consigo a Ernst Dronke, un joven y talentoso publicista que, gracias a los escritos de Marx y Engels, había llegado a conocer sus ideas y luego se incorporó a la Liga Comunista. El 7 de abril el grupo llegó a la ciudad alemana de Maguncia, donde existía una filial de la Liga y una Asociación Obrera, orientada por ésta. Consultaron con los miembros de la Liga en cuanto a la manera de ayudar en la fundación de otras asociaciones obreras en todos los rincones de Alemania. Pero Maguncia no se consideró adecuada para el lanzamiento del periódico que se planeaba editar. Por tal motivo, Marx y Engels, y en apariencia también Dronke, siguieron viaje hacia Colonia.

La Alemania que se presentó ante ellos era un país presa de la revolución. La gente respiraba con más facilidad. El pueblo sentía que era el vencedor. En todas partes se preparaba para la elección de una asamblea nacional alemana, que se reuniría en Francfort, en mayo. Esperaban que ese Parlamento de toda Alemania garantizara los derechos que ya habían conquistado en una sangrienta lucha revolucionaria.

La situación de Prusia era similar a la que reinaba en todo el país. Pero el ministerio de los liberales y los grandes burgueses de Camphausen y Hansemann coqueteaba con la revolución, en lugar de impulsarla hacia adelante. Se vio obligado a permitir que una convención prusiana produjese una Constitución, pero declaró que la única tarea de esa asamblea nacional prusiana consistiría en "negociar" una Constitución con el rey.

Marx y Engels vieron que el poder de la clase feudal reaccionaria y su representante monárquico había quedado debilitado; pero en modo alguno se engañaron en el sentido de que hubiese sido aplas-

tado. Los ejércitos todavía seguían siendo un instrumento disponible en manos de los príncipes. El aparato gubernamental se mantenía intacto, sin cambios de importancia. Las propiedades y privilegios de los potentados mayores y menores no habían sido tocados. Todo ello era posible porque la gran burguesía liberal consideraba que había logrado sus objetivos con su participación en el poder estatal. Ya establecía acuerdos, en forma abierta, con la clase feudal, y se volvía contra las fuerzas democráticas en avance.

Engels caracterizó los resultados de la revolución hasta ese momento, en Prusia, en palabras que también regían para el conjunto de Alemania:

"Por un lado, el armamento del pueblo, el derecho de reunión, la soberanía de facto del pueblo; por el otro, la conservación de la monarquía y el ministerio de Camphausen-Hansemann, es decir, el gobierno de los representantes de la gran burguesía. De tal modo, la revolución tuvo un doble resultado. El pueblo había triunfado, conquistado una libertad de naturaleza decisivamente democrática; pero el poder gobernante pasó, no a sus manos, sino a las de la gran burguesía. En una palabra: la revolución no había terminado".[149]

Debía ser empujada hacia adelante hasta que el desarrollo democrático-burgués de la nación no sólo fuera ansiado por un lado o prometido por el otro, sino garantizado de manera irrevocable.

El 11 de abril de 1848 Marx y Engels llegaron a Colonia. Su elección de la metrópolis del Rin no era accidental. La capital de la provincia renana más avanzada en el plano industrial se había convertido también en el centro del joven movimiento de la clase obrera. Marx ya había trabajado allí como director en jefe del *Rheinische Zeitung*. Podía contar allí con muchos amigos y camaradas que compartían sus puntos de vista. Además existía una fuerte organización de la Liga Comunista, que el 3 de marzo ya había anunciado las reivindicaciones del proletariado en una gran demostración obrera ante el municipio. Y lo más importante era que la pren-

[149] Federico Engels: El debate de Berlín sobre la revolución. MEW, vol 5, págs. 64-65.

sa de Renania tenía las mejores posibilidades de trabajo, gracias al progresista código civil burgués que regía en la provincia. Colonia, pues, ofrecía un ambiente en especial adecuado para la labor del buró central de la Liga, y para un periódico revolucionario.

Mientras Marx adoptaba sus medidas en Colonia, Jenny viajaba a la casa de su madre, en Tréveris, con los tres niños, para permanecer allí hasta que su esposo obtuviera un permiso de residencia. Bajo la presión del movimiento revolucionario popular, el nuevo gobierno prusiano de Camphausen-Hansemann tuvo que anular el decreto de persecución y arresto de patriotas alemanes. El municipio de Colonia, le gustase o no, aprobó el pedido de Marx, de permiso para establecerse en la ciudad. Marx se ocupó entonces de que su familia se le uniese allí. Pero su solicitud de devolución de su ciudadanía prusiana fue demorada por los funcionarios gubernamentales, con antiquísimas tretas burocráticas.

Marx dejó las cosas como estaban, por el momento, ya que se encontraba muy ocupado con otros asuntos. Dos proyectos principales reclamaban su tiempo y atención. La organización del periódico y los esfuerzos, basados en la filial de la Liga Comunista, de crear un partido obrero alemán.

Para llevar adelante el segundo proyecto, el buró central envió a sus miembros más capaces a los distintos centros del movimiento obrero. De tal manera, Marx se separó durante algún tiempo de sus amigos más íntimos. Engels fue a Elberfeld, Schapper a Maguncia y Wiesbaden, Ofonke a Coblenza, Kassel, Francfort y otras localidades. Wilhelm Wolff ya había viajado a Breslau vía Maguncia, Colonia, Hannover y Berlín. Georg Weerth, quien se apresuró a regresar a Alemania después de la victoria de la revolución de marzo, permaneció en Colonia para ayudar a Marx a preparar la publicación del periódico.

Marx esperaba con ansiedad noticias de esos emisarios, para saber si los comunistas lograban éxito en lo referente a conquistar la dirección política de las asociaciones obreras, que se habían desarrollado con rapidez y en forma espontánea en muchos lugares, y en orientar a las diversas organizaciones legales a una unión nacional.

Las cartas que llegaron, y los informes de los amigos que volvían, llevaron muy pronto a Marx a reconocer que estas esperanzas no se cumplirían. Los pocos centenares de miembros de la Liga se perdían en el gran mar agitado de las masas populares. Los obreros de casi todas partes de Alemania trabajaban con energía en el movimiento democrático, pero la gran mayoría de los proletarios alemanes, el grueso de los cuales todavía eran artesanos, carecían aún de una suficiente conciencia política, y todavía eran demasiado inexpertos y desorganizados para reconocer la necesidad de contar con su propia organización de clase, independiente de influencias burguesas. Por lo tanto, la acción abnegada de unos pocos comunistas no podía preparar, en tan poco tiempo, la base para una organización obrera que se extendiese a lo largo de toda Alemania.

En vista de esta situación, Marx tuvo que hacer frente a una difícil decisión. ¿En qué podían basarse ahora los miembros de la Liga y los proletarios con conciencia de clase? Si las condiciones para la construcción de una organización obrera amplia, nacional, políticamente independiente, no habían madurado aún, entonces quedaba una única alternativa, si no se quería que la Liga se aislara de la clase obrera y cayese en el sectarismo. La alternativa era: unirse al movimiento democrático existente, y a sus organizaciones, con su ala izquierda delineada con claridad. Sólo de ese modo sería posible conquistar "los oídos de la clase obrera",[150] cuya gran mayoría todavía se encontraba por entero bajo la influencia de los demócratas pequeñoburgueses. Sólo así sería posible construir un frente unido de todas las fuerzas antifeudales, frente a la contrarrevolución.

Marx encontraría muy pronto que esta unidad de acción de todos los grupos democráticos, necesaria con tanta urgencia, era amenazada desde el seno de la propia clase obrera. La Asociación de Obreros de Colonia, por ejemplo, fundada el 13 de abril, decidió no participar en las elecciones de mayo para la convención que debía elaborar una Constitución en Berlín, y para la Asamblea Nacional

[150] Engels a Florence Kelley-Wischnewetzky, 27 de enero de 1887. SC, pág. 400.

Alemana de Francfort. El promotor de esta decisión fue el presidente de la asociación, doctor Gottschalk.

Formuló el lema sectario, ultrarrevolucionario, de que los obreros debían boicotear las elecciones porque éstas se llevaban a cabo bajo un sistema de votación indirecta, antidemocrática. Es claro que los comunistas también se oponían al sistema de voto indirecto, pero reconocían que en circunstancia alguna debía abandonarse el campo a los reaccionarios. Los partidarios de Marx en la asociación lucharon, pues, contra el punto de vista sectario del doctor Gottschalk, basado en que frenaba la lucha política de los obreros. En consonancia con su programa, los comunistas llamaron a participar en la votación y en la elección de candidatos democráticos, porque ello fortalecería el movimiento democrático en general.

El resultado fue que muchos obreros, a pesar del procedimiento de votación antidemocrático y limitado, no permitieron que se les impidiese participar en las elecciones de la Asamblea Nacional Alemana y la Asamblea Constituyente de Berlín, a comienzos de mayo, y entregar sus votos a los candidatos democráticos.

Marx reconoció entonces que el buró central no podría dirigir como correspondía a los comunistas que trabajaban en las distintas partes de Alemania, con los métodos usados hasta entonces, a saber, corresponsales secretos y emisarios individuales. Ello fortaleció su idea de que el periódico proyectado debía publicarse lo antes posible. Estaba decidido a utilizar la libertad de prensa, tan duramente ganada, para incorporarse a la lucha de todas las fuerzas democráticas por la completación de la revolución, con la ayuda del periódico, de modo de dar a esa lucha una meta y una orientación, y de dirigir a los miembros de la liga Comunista que trabajaban en distintas regiones, y en condiciones diferentes desde todo punto de vista. En una palabra, el periódico tendría la tarea de difundir en el seno del pueblo el programa proletario para la revolución democrática de Alemania, el problema esbozado en las *17 Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania.*

Director en jefe del Neue Rheinische Zeitung

La fundación del periódico tropezó con extraordinarias dificultades. Ante todo, no se disponía de suficiente dinero. De tal modo, los repre-sentantes del buró central de distintas partes de Alemania, dedicados a tareas organizativas, también tuvieron que reunir dinero para el periódico. Pero los obreros y los jornaleros proletarios carecían de dinero. ¿Y cuántos adinerados liberales burgueses estaban dispuestos a adelantar dinero al otrora director en jefe del *Rheinische Zeitung*, el autor de libros proletarios militantes, para un órgano democrático-revolucionario?

Inclusive Engels, que tenía muchos amigos y relaciones en Wuppertal, sólo pudo anunciar un éxito limitado: "Aquí podemos contar con una cantidad muy limitada de acciones —informó a Marx desde Barmen, el 25 de abril—. En lo fundamental, el caso es que los radicales burgueses de Colonia también ven en nosotros a sus futuros enemigos mortales, y no tienen deseos de poner en nuestras manos armas que pronto volveríamos, contra ellos. A mi viejo, es imposible arrancarle nada... En lugar de 1.000 táleros, preferiría rociarnos con mil botes de metralla."[151]

El capital para el periódico debía ser de 30.000 táleros. Se lo reuniría por medio de acciones de 50 táleros cada una. Pero para finales de mayo sólo se habían reunido 13.000 táleros.

Marx trató de cerrar la brecha financiera por medio de la venta de suscripciones. Se redactaron listas de suscripciones en tabernas, y se recurrió en especial a obreros y artesanos. Grandes carteles murales también difundían la noticia de la aparición del periódico. Pero a la postre, una vez más, Marx tuvo que contribuir con una gran suma de su herencia, y por último resultó posible, a pesar de todas las dificultades, que él y Engels garantizaran la aparición del periódico.

En la noche del 31 de mayo los vendedores de periódicos de Colonia, reunidos en las oficinas editoriales de Hutmacher 17, recibie-

[151] Engels a Marx, 25 de abril de 1848. MEW, vol. 27, pág. 125.

ron el primer número del *Neue Rheinische Zeitung*. Un órgano de democracia, fechado el 1 de junio de 1848, y salieron corriendo con él, en dirección a la ciudad. Marx pudo respirar más libremente. Pero todavía quedaba mucho por hacer. Ante todo, era preciso conquistar un lugar respetado para el periódico en la vida política de Alemania, así como el reconocimiento y apoyo de todos los verdaderos revolucionarios. Ese era el tipo de lucha que Marx adoraba: con "visera levantada" podía luchar ahora contra el enemigo del pueblo. Sin necesidad de mirar por encima del hombro, para no perder de vista al censor, podía llamar al pan pan, y al vino vino. Podía mostrar a las masas populares el camino por el cual llegarían a la conquista de sus aspiraciones.

Marx encabezó el equipo editorial como director en jefe. Sus colaboradores eran los más capaces voceros del movimiento comunista, encabezado por Engels, colaborador de Marx en el directorio editorial, y de cuya pluma, en especial al comienzo, salieron la mayoría de los editoriales. Entre los otros se contaban el leal Wilhelm Wolff, quien trabajaba como secretario editorial y escribió muchos artículos, en particular sobre problemas agrícolas; Ernst Dronke, quien durante un tiempo informó, desde Francfort, sobre los debates parlamentarios; Ferdinand Wolff, quien se dedicó a problemas exteriores, y Heinrich Bürgers. Entre los directores se encontraban también dos de los más importantes poetas alemanes revolucionarios: Georg Weert y —desde octubre de 1848— Ferdinand Freiligrath, quienes, en ese período de acontecimientos revolucionarios, y en última colaboración diaria con Marx, llegaron a la cúspide de su creatividad. Karl Schapper era corrector de pruebas.

Lo más asombroso de todo era su juventud. Marx acababa de cumplir treinta años, Engels todavía no tenía veintiocho, y el mayor de ellos no había cumplido los treinta y nueve. Constituían un cuerpo de revolucionarios inteligentes, valientes, ya probados en muchas batallas políticas.

Marx era el alma de la junta editorial. Sus decisiones, como informaba Engels, eran "dadas por sentadas, indiscutidas", y "todos las aceptaban de muy bien grado". Engels agregaba: "Ante todo, su

clara visión y su firme orientación fueron lo que hizo del periódico el más famoso órgano alemán de los años revolucionarios".[152] Marx elaboraba el plan de cada número, distribuía las tareas, tamizaba los informes que llegaban, estimulaba contactos con otros periódicos progresistas, revisaba gran parte de los manuscritos y administraba las finanzas. Pero más que eso, desarrolló las concepciones estratégicas y tácticas respecto de todos los problemas internacionales y extranjeros, y de tal modo otorgó al *Neue Rheinische Zeitung*, desde la primera hasta la última página, la singular concisión e impacto revolucionario que lo elevaron por encima de todos los periódicos democráticos contemporáneos.

Había fundado el periódico como un "Órgano de la Democracia", pero luchó por una línea democrática, como decía Engels, "que destacase el carácter específicamente proletario de todo lo que aún no pudiese inscribir en sus banderas".[153] Marx y Engels determinaron en forma inequívoca el papel democrático-revolucionario del periódico: la destrucción de los Estados prusiano y austriaco como los baluartes más importantes de la reacción, para unir a toda Alemania en una república democrática. Este programa revolucionario expresaba el contenido y el espíritu del periódico, y su actualidad, su lenguaje diestro e impresionante, desde el editorial hasta la menor noticia e informe. Tal había sido la tradición de *Rheinische Zeitung* de 1842-1843, tradición establecida por Marx, que ningún otro periódico anterior había logrado, y que Marx llevó adelante en el primer diario del proletariado revolucionario.

El primer número golpeó al campo de la reacción como un rayo. Sobre la base de las sesiones de la Asamblea Nacional de Francfort, que había comenzado sus trabajos el 22 de mayo, Marx y Engels exponían a la luz del día la desdichada timidez de los "representantes burgueses del pueblo", que convertían el Parlamento electo en una cámara de parloteos huecos. Un editorial del periódi-

[152] Federico Engels: Marx en la "Neue Rheinische Zeitung", 1848-1849. MEW, vol. 21, pág. 19.

[153] Federico Engels: Marx en la "Neue Rheinische Zeitung", 1848-1849. MEW, vol. 21, pág. 18.

co lo decía de la siguiente manera:

"El pueblo alemán conquistó su soberanía en las calles de casi todas las ciudades grandes y pequeñas del país, y en especial en las barricadas de Viena y Berlín. Ejerció esta soberanía en las elecciones para la Asamblea Nacional. El primer acto de esta Asamblea Nacional habría debido ser el de proclamar esa soberanía del pueblo alemán, en voz alta y en público. Su segundo acto habría tenido que ser la elaboración de la Constitución alemana sobre la base de la soberanía del pueblo, y eliminar, de la situación existente en Alemania, todo lo que contradiga la soberanía popular.

"Durante la sesión, habría debido adoptar las medidas necesarias para frustrar las conspiraciones de la reacción, para defender la base revolucionaria sobre la cual se yergue, para consolidar la conquista de la revolución —la soberanía popular— contra todos los ataques.

"La Asamblea Nacional Alemana ha realizado ya una docena de sesiones, y en todos estos asuntos no hizo absolutamente nada".[154]

Marx y Engels mostraron, sobre la base de numerosas ejemplos, de qué manera esta indecisión de la Asamblea Nacional, en la cual los demócratas eran una minoría y los obreros ni siquiera estaban representados, estimulaba la contrarrevolución. Revelaron los objetivos secretos de la clase feudal, que ya reunía sus fuerzas en muchos lugares, en especial en Prusia, para liquidar las modestas conquistas de la revolución con el apoyo de la gran burguesía.

Los artículos del primer número dieron en el blanco: la mitad de los accionistas burgueses abandonaron al periódico en el acto.

Neue Rheinische Zeitung concentró su fuego principal, desde el primero hasta el último número, contra el principal enemigo: la contrarrevolución feudal y sus secuaces de la gran burguesía. Al mismo tiempo, Marx no vaciló en decir unas cuantas verdades amargas a los demócratas pequeñoburgueses, cuando ello se hacía necesario. Y era necesario, para superar difundidas discusiones par-

[154] Federico Engels: La asamblea de Francfort. MEW, vol. 5, pág. 14.

lamentarias. El periódico fue el único que dijo a las masas populares que los levantamientos de marzo no eran el final, sino sólo el comienzo de la revolución alemana, que con la victoria de marzo la revolución misma no había triunfado, y que era necesario convertir la media revolución en una revolución total. Mientras siguiese en pie el aparato del antiguo régimen gobernante —el ejército, la policía, la plétora de funcionarios—, todos los cuerpos parlamentarios serían impotentes, incapaces siquiera de promulgar una sola medida revolucionaria. "Una Asamblea Nacional Constituyente tiene que ser, ante todo, una asamblea en funcionamiento, activamente revolucionaria",[155] escribía Marx.

De tal manera, el periódico llamaba la atención de las masas populares hacia sus verdaderas tareas, hacia los problemas fundamentales de la revolución, que aún no habían sido solucionados. En su esfuerzo, Marx contó con una importantísima fuerza: la política práctica. Jamás disertaba frente a sus lectores, nunca les ofrecía principios abstractos, sino que les demostraba, sobre la base de su propia experiencia cotidiana, la manera en que la reacción, con su prohibición de mítines y manifestaciones, sus arrestos y ataques militares contra los demócratas, ya amenazaba con retomar por la fuerza las posiciones que había perdido en marzo.

Neue Rheinische Zeitung tenía apenas dos semanas de antigüedad cuando estalló en Berlín un conflicto armado, que en su desarrollo confirmó la advertencia de Marx. El 10 de junio la mayoría de los diputados de la Asamblea Nacional prusiana hablaron contra el reconocimiento oficial de la revolución del 18 de marzo, declararon en términos inequívocos que la Asamblea sólo se había reunido con el fin de "convenir" con el rey la promulgación de una Constitución, y de esa manera se pusieron en forma abierta, contra las reivindicaciones de las masas revolucionarias, y en especial de los obreros. Los trabajadores y la pequeña burguesía democrática alemana, que entre tanto se habían organizado en asociaciones obreras y en clubes democráticos, se mostraron sumamente indignados ante

[155] Carlos Marx / Federico Engels: Programa del partido radical-democrático y la izquierda en Francfort. MEW, vol. 5, pág. 40.

esta vergonzosa capitulación. Su desilusión respecto del gobierno y la burguesía liberal se ahondó aún más cuando, a pesar de sus protestas, los artesanos y los obreros fabriles fueron impedidos de ingresar en la milicia establecida después del 18 de marzo. La tormenta estalló en la noche del 14 de junio: los obreros berlineses atacaron el arsenal y se apoderaron de las armas que el rey y el ministerio de la gran burguesía les había negado. Pero la acción no estaba organizada, y fue derrotada por la milicia popular y las tropas leales al rey.

Neue Rheinische Zeitung saludó el levantamiento espontáneo de los obreros de Berlín como la primera señal de tormenta de las nuevas acciones revolucionarias de las masas. Al mismo tiempo denunció la despreciable tradición de la burguesía alemana —que llamaba al ejército de los Junkers para que la ayudase contra sus camaradas de armas de ayer— y criticó las vacilaciones de muchos demócratas pequeñoburgueses. Marx declaró que el pueblo tenía el derecho inalienable de ejercer presión moral sobre sus representantes parlamentarios y obligarlos a actuar en forma revolucionaria. Sólo por medio de una decidida lucha de las masas populares contra los grandes terratenientes y dinastías feudales, contra los militares y las castas de funcionarios, con las armas en la mano, si era necesario, podía derrotarse decisivamente a la contrarrevolución. Sólo mediante el decidido avance y terminación de la revolución podían las masas populares crear el "auténtico gobierno popular" [156] que hacía falta para trasformar su patria en un Estado nacional democrático, respetado por todos los pueblos y temido por ninguno. Estas concepciones recorren, como un hilo rojo, todos los números de *Neue Rheinische Zeitung*.

Marx y sus colaboradores también protestaban con amargura contra la traición a los campesinos, de la burguesía y sus representantes parlamentarios. En las primeras semanas de la revolución los campesinos abolieron por sí mismos los impuestos feudales y los servicios forzados que tanto pesaban sobre ellos. Lo lograron en amplias regiones de Alemania. La burguesía sólo necesitaba confirmar por

[156] Federico Engels: Política exterior alemana. MEW, 1 vol. 5, pág. 155.

ley esta abolición de las cargas feudales, sin compensación. Pero la misma burguesía ya coqueteaba con la reacción feudal, para emplearla como verdugo de la revolución, y no se atrevió a tocar las bases económicas de los Junkers. Ya en julio no vaciló en respaldar proyectos de ley de reclutamiento, según las cuales los campesinos, como desde tiempos inmemoriales, podían comprar su libertad y tierras a los Junkers y a los grandes terratenientes, sólo con grandes sumas de dinero. De esta manera, declaraba Marx, la burguesía apartaba a los campesinos de la revolución. Escribía:

"La burguesía francesa de 1789 no dejó ni por un momento a sus aliados, los campesinos, en la estacada. Entendió que la base de su régimen era la aniquilación del feudalismo en la tierra, el establecimiento de una clase campesina libre, dueña de sus tierras. La burguesía alemana de 1848, sin una sombra de decencia, traicionó a estos campesinos, que son sus aliados más naturales... y sin los cuales es impotente contra la aristocracia".[157]

Fiel al programa agrario de los comunistas, un mes más tarde el *Neue Rheinische Zeitung* exigía que las enormes sumas de dinero arrancadas a los campesinos por los señores feudales, a lo largo de los siglos, les fuesen devueltas hasta el último pfennig, en lugar de derramar ahora más millones sobre los Junkers.

Marx y Engels no se cansaban de explicar a las masas populares que la victoria o la derrota de la revolución también tenía estrecha vinculación con la lucha por la emancipación de los pueblos vecinos. La revolución misma había difundido el lema: "Una nación no puede conquistar la libertad y al mismo tiempo seguir oprimiendo a otras naciones".[158] En numerosos artículos sobre problemas exteriores, respaldaron con ardor las luchas de liberación de los pueblos sojuzgados por Prusia, Austria y la Rusia zarista, a saber, los polacos, checos, húngaros e italianos.

Partían de la premisa de que la alianza sellada en 1815 entre el zar

[157] Carlos Marx: Proyecto de ley sobre abolición de las cargas feudales. MEW, vol. 5, pág. 283.

[158] Federico Engels: Rede über Polen. MEW, vol. 4, pág. 417.

ruso, el emperador austriaco y el rey de Prusia era el máximo obstáculo para el movimiento revolucionario burgués y la liberación nacional de los pueblos dé Europa central y oriental.

En esa Santa Alianza, de nombre tan grotesco, Rusia, que entonces apenas había sido tocada por el desarrollo capitalista, desempeñaba el papel decisivo.

Marx prestó especial atención a la lucha por la libertad del pueblo polaco, cuyo Estado se habían partido entre sí las tres potencias feudales, Rusia, Prusia y Austria.

En la primavera de 1848, grandes sectores de la población polaca se habían levantado contra el odiado régimen extranjero de Prusia. Pero el liberal ministro de Prusia, perteneciente a la gran burguesía, respondió con metralla y matanzas a las exigencias de los polacos, de independencia estatal, y de unidad de su patria. Con este paso, la burguesía alemana no sólo se separó de sus más importantes aliados extranjeros, sino que estimuló a la reacción feudal a preparar sus filas para la ofensiva contra el movimiento revolucionario en el plano nacional.

Nadie reconoció la vinculación de estos acontecimientos con tanta claridad como Marx y Engels. Este último escribía:

"¿En que se basó desde 1815 el poder de la reacción, e inclusive, hasta cierto grado, aun desde la primera Revolución Francesa? En la Santa Alianza ruso-prusiano-austriaca. ¿Y qué mantiene unida a esta Santa Alianza? La división de Polonia, con la cual se han beneficiado los tres aliados. La línea divisoria que las tres potencias trazaron a través de Polonia es la cadena que las une entre sí. El saqueo conjunto ha creado la solidaridad entre ellas".[159] La liberación de Polonia y su independencia nacional "no era para nadie tan importante como, precisamente, para nosotros, los alemanes".[160] Por lo tanto, como base para una política exterior revolucionaria, Marx y Engels proclamaban en el periódico: "El establecimiento de

[159] Federico Engels: Die Polendebatte in Frankturt. MEW, vo1. 5, pág. 332.

[160] Federico Engels: Die Polendebatte in Frankturt. MEW, vo1. 5, pág. 332.

una Polonia democrática es el requisito previo para el establecimiento de una Alemania democrática".[161]

Veían al mismo tiempo la liberación de Polonia como una tarea central para el movimiento revolucionario europeo en general. Si el éxito coronaba los esfuerzos realizados para movilizar a todos los pueblos de Europa para la liberación de Polonia, que se ubicaba en el mismo plano que la lucha contra la Santa Alianza, la destrucción del zarismo y sus satélites, las dinastías Hohenzollern y Habsburgo, también allanaría el camino para la victoria de la revolución burguesa en toda Europa. Ese enfrentamiento militar y revolucionario con la principal potencia de la Santa Alianza era tanto más necesario, cuanto que el zar venía preparando la intervención armada contra el movimiento revolucionario europeo desde el verano de 1848, ofensiva que lanzó en la primavera de 1849 con la sojuzgación de la Hungría revolucionaria. En ese momento, la exigencia de Marx, de una guerra popular revolucionaria contra el zarismo, era, pues, de naturaleza progresista.

Como es natural, esta exigencia perdió por completo su justificación cuando, décadas después, se desarrolló en la propia Rusia un poderoso movimiento revolucionario, y en especial después que el proletariado ruso derribó al zar. Pero no pocos plumíferos imperialistas de la historia efectúan hoy la tentativa estúpida de exhumar la concepción claramente antizarista, pero no antirrusa, de Marx en 1848-1849, y usada para sus diatribas antisoviéticas de hoy.

Marx veía en la Rusia zarista a la protectora de la reacción europea, y en Prusia al principal pilar de la reacción alemana. Utilizó todas las oportunidades para mostrar a sus lectores de *Neue Rheinische Zeitung* que el sistema de gobierno prusiano privaba al pueblo de sus derechos políticos más elementales.

Al mismo tiempo demostró que el militarismo característico de Prusia, bajo el cual toda la vida social se encontraba subordinada a los intereses de los militares y la guerra, era una expresión de la política agresiva que los Junkers prusianos desarrollaban dentro y

[161] Federico Engels: Die Polendebatte in Frankturt. MEW, vo1. 5, pág. 333.

fuera del Estado. Ese militarismo prusiano hacía todo lo posible para mantener a las masas en la ignorancia, para obstaculizar la unificación democrática de la nación, para ampliar la extensión del poderío prusiano y perpetuar el régimen de la espada y el knut. Marx y Engels explicaron con paciencia, sobre la base de la historia prusiana y la política del gobierno berlinés en ese momento, que el prusianismo era una fuente permanente de peligros para los pueblos vecinos, para su seguridad e independencia nacional, y que, también en el mismo grado, era el enemigo más peligroso del propio pueblo alemán. Consideraban que su primer deber de comunistas y patriotas era el de unir con firmeza a todas las fuerzas democráticas contra los Junkers y militaristas prusianos, y contra su Estado reaccionario.

En tanto que *Neue Rheinische Zeitung* combatía con vigor a la gran burguesía liberal por su política contrarrevolucionaria, adoptó otra actitud frente a los demócratas pequeñoburgueses. En estos últimos, Marx y Engels veían a verdaderos aliados. La debilidad, indecisión e ilusiones parlamentarias de la pequeña burguesía urbana, los artesanos, los comerciantes e intelectuales, debían ser criticadas en forma implacable, por supuesto, en interés de la promoción de la revolución, pero siempre con el objetivo de unir a la clase obrera, el campesinado y la pequeña burguesía urbana en una sólida alianza. De ese modo, los propios Marx y Engels ofrecieron un magnífico ejemplo de cómo se combina la flexibilidad táctica con la firmeza de los principios políticos en la lucha de clases, de una manera típica de la verdadera política de la clase obrera, y fiel a los propósitos esbozados en el Manifiesto Comunista. Así, además, ellos y sus amigos de la Liga Comunista daban forma práctica, con *Neue Rheinische Zeitung*, al papel independiente e impulsor de la clase obrera en el movimiento democrático general. Y de ese modo "dictaban un programa de acción para el conjunto de la democracia".[162]

Inclusive en las discusiones sobre la fundación del periódico, Marx había formulado con vigor la concepción de que debía tener, no un

[162] V. I. Lenin: ¿Qué hacer?, en Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1967, pág. 164

carácter provincial, sino uno nacional, y que en verdad tenía que desarrollarse como órgano de la democracia europea. Gracias a la audacia y claridad con que descubrió y atacó los objetivos de la reacción feudal y de la gran burguesía, a la coherencia con que criticó la falta de energía revolucionaria por parte de la oposición burguesa y pequeñoburguesa, conquistó muy pronto una gran influencia sobre el público alemán. Los obreros avanzados y los demócratas firmes lo consideraban, con justicia, su órgano propio. Las organizaciones democráticas y obreras se suscribieron al periódico de los comunistas alemanes. A pesar de todas las dificultades financieras, alcanzó una circulación de 5.000 ejemplares al cabo de tres meses y medio, que en esa época sólo superaban muy pocos periódicos alemanes. Otras publicaciones democráticas y obreras, dentro y fuera de Alemania, comenzaron a reproducir artículos de *Neue Rheinische Zeitung*, o a basarse en sus opiniones. En el movimiento democrático de Alemania, el nombre de Marx se convirtió, cada vez más, en símbolo de una lucha sin conciliaciones contra la reacción militarista-feudal de abnegada actividad en favor de un futuro democrático y pacífico para el pueblo alemán.

Como director general, Marx sabía subordinar el contenido del periódico a la tarea central: el impulso hacia adelante de la revolución. Odiaba los artículos largos y abstractos en la sección política del periódico, tales como entonces estaban de moda en la mayoría de las publicaciones democráticas pequeñoburguesas. Publicaba hechos, y usaba la lógica, una clara argumentación y la capacidad persuasiva de sus ideas, para llevar al lector a la única conclusión posible. Dicha conclusión era: derrotar por completo al poder feudal sólo a medias vencido, con la alianza de todas las fuerzas democráticas; ampliar los derechos democráticos ya conquistados, e imponer el establecimiento de la república democrática.

A la misma meta servían los amplios informes de los corresponsales, que se publicaban con regularidad, y que provenían del país y del exterior. La mano segura de Marx garantizaba que de la abundancia de hechos que llegaban se extrajese lo esencial, que todos los sucesos fuesen examinados desde el punto de vista de una firme posición democrática, que se intercambiaran experiencias y se ex-

trajesen conclusiones para las medidas revolucionarias siguientes.

Y cosa de no menor importancia, Marx mostró qué gran papel político puede representar el folletín en la prensa democrática. Entre tales folletines, de los cuales era responsable Georg Weerth —y más tarde también Freiligrath—, se publicaron muchos de los mejores poemas revolucionarios de Freiligrath, incluido *Los muertos a los vivos*, Wien y Blum. Las brillantes sátiras y poemas de Weerth se manifestaban de parte de la clase obrera, del partido revolucionario, y atacaban a los Junkers, a la gran burguesía, a los filisteos y tontos obtusos, con mordaz sarcasmo, como en su poema *Esta mañana viajé a Düsseldorf*:

En viaje a Düsseldorf, en el tren,
hoy la pasé muy divertido.
A nuestro *Neue Rheinische* maldijo
un Herr consejero del gobierno.

"Los directores de este pasquín del diablo
no muestran temor a Dios
ni a nuestro fiscal Boggs
—dijo—; son perros salvajes.

"Para borrar del mundo la congoja
y de la nación las penas
quieren la república roja
y expropiación absoluta.

“El mundo será repartido
entre billones de esclavos.
A cada cual la tierra, y la arena,
y olas del ancho mar.

"Y todos tendrán una parte
y así podrán alegrarse,
y para el *Rheinische Zeitung*,

champagne en lugar de cerveza.

"¡Y quieren nacionalizar a las mujeres,
abolir casamientos y estaciones!
En el dulce futuro, en adelante,
todos nos acostaremos juntos.

"Aspiran a poner cabeza abajo el mundo,
estos groseros canallas modernos.
¿Y quién tendrá las mujeres más bellas?
Quienes, en *Rheinische Zeitung* colaboran.

"Quieren destruirlo todo
¡oh herejes viles, feroces!
En adelante nadie tendrá nada,
ni propiedades, ni dioses.

Guardó silencio el caballero
cual si al final se rindiera.
"Es usted inteligente —le dije—,
para los tiempos que corren.

"Me alegra, mi digno Herr,
con usted hacer el viaje.
Resulta que soy director
del periódico de marras.

"Oh, viajar y llevar la fama
por todo nuestra país;
sólo un cerebro poderoso
puede entendemos tan bien."

Viaje, pues, mi digno Herr.
Le alzaré un monumento,
en nuestras mejores notas
lo aplastaré y lo haré trizas.

No cualquiera ganar puede
un puntapié de nosotros,
Regierungsrat; me honra
dar mi mejor saludo.[163]

Bajo la guía de su director y jefe, los directores de *Neue Rheinische Zeitung* se esforzaron constantemente por imbuir a los trabajadores de la comprensión de su misión histórica, y de que debían preparar en forma sistemática una organización política nacional de la joven clase obrera alemana. Este objetivo era impulsado además por el hecho de que Marx aconsejaba todos los días a sus lectores proletarios que participasen de manera activa en la lucha revolucionaria, que no se dejaran aislar de ninguna manera del movimiento democrático por el sectarismo, sino que, por el contrario, conquistasen a los demócratas pequeñoburgueses para una política coherente. Ese era el único camino para crear las condiciones de la unificación independiente del proletariado.

Para ello existían estimulantes posibilidades. La revolución había despertado a grandes cantidades de obreros y artesanos proletarios, llevándolos a intervenir en la vida política. No solo los arrastró a las luchas políticas; los convirtió en la fuerza principal del movimiento democrático en lasciudades. Muchos de esos obreros se unieron a las asociaciones y clubes democráticos pequeñoburgueses, pero millares de ellos se organizaron además en grupos políticos. Al mismo tiempo, desde el comienzo de la revolución, la clase obrera se adelantó con sus propias reivindicaciones, destinadas a mejorar su situación social. Se desarrolló una gran oleada de huelgas, en especial en abril y mayo. Aunque no todas las huelgas terminaron con éxito, condujeron, sin embargo, al establecimiento de muchas organizaciones sindicales, casi todas locales.Todos estos acontecimientos demostraban el impulso fundamental del proletariado hacia su propia organización.

Marx estimuló además la maduración política de la clase obrera

[163] Georg Weerth: Obras escogidas, vol. 1, Berlín, 1956, páginas 266-268.

con amplios informes sobre los movimientos obreros ingleses y franceses más avanzados, y las lecciones de sus luchas. Presentó con regularidad, ante sus lectores, las experiencias obtenidas por el proletariado en distintas partes de Alemania, en sus batallas económicas y políticas contra la burguesía, y sobre la base de dichas experiencias esbozó las tareas de la clase obrera en la lucha frente a la contrarrevolución.

La medida en que *Neue Rheinische Zeitung* era la voz de la democracia proletaria coherente resultó evidente en especial con un acontecimiento, a finales de junio de 1848, que Marx ya había profetizado sobre la base de la revolución de febrero. Se trataba del levantamiento de barricadas del proletariado de París... ahora, por primera vez, en su propio interés de clase. Desilusionados con la supuesta "república social", y provocados por las clases poseedoras, los trabajadores de París se levantaron el 23 de junio. Lucharon como un solo hombre, con una tenacidad, una audacia y una abnegación de los cuales sólo el proletariado es capaz, contra el ejército de la burguesía, que estaba muy bien armado y era el doble de fuerte que los trabajadores.

Marx y Engels reconocieron en seguida que en París se desarrollaba un drama de importancia para toda Europa. En numerosos artículos e informes, hicieron conocer a los trabajadores alemanes los elementos de la lucha de 40.000 proletarios parisienses, y extrajeron de ella una importante lección. A saber: que el socialismo sólo puede llevarse a la práctica cuando se termina con la dominación burguesa y el proletariado toma el poder en sus propias manos.

Cuando los obreros fueron derrotados el 26 de junio, después de días enteros de sangrientos combates, y millares de proletarios fueron brutalmente asesinados por los soldados, y cuando los antiguos y los nuevos contrarrevolucionarios de todos los países calumniaron a los rebeldes en la forma más inescrupulosa, *Neue Rheinische Zeitung* siguió manteniendo en alto la bandera del proletariado derrotado.

Henchido de optimismo revolucionario, el 29 de marzo Marx con-

memoró la heroica lucha "en uno de sus artículos más potentes",[164] y lo terminó con un anuncio de próximas batallas de clases del proletariado, en su lucha constante por la emancipación social.

"Se nos preguntara —escribía— si no tenemos lagrimas, suspiros, palabras para quienes cayeron ante la ira del pueblo...

"El Estado se ocupará de sus viudas y huérfanos. Serán santificados con sendos decretos. Triunfantes cortejos funerarios los llevarán hasta sus tumbas. La prensa oficial los considerará inmortales. La reacción europea los elogiará desde el este hasta el oeste.

"Pero los plebeyos, desgarrados por el hambre, insultados por la prensa, abandonados por los doctores, difamados como ladrones por los respetables; y los vehementes, los galeotes cuyas esposas e hijos son empujados a una pobreza cada vez más profunda, cuyos mejores sobrevivientes son trasladados al otro lado del océano: colocar la corona de laurel en sus frentes nubladas, ese es el privilegio, *esa es la obligación de la prensa democrática*."[165]

Esta ardiente solidaridad con "los triunfantes derrotados" le costó a *Neue Rheinische Zeitung* el resto de sus accionistas burgueses. Pero encendió la conciencia de clase de los obreros alemanes esclarecidos, en especial en Colonia y Berlín.

El artículo de Marx provocó una impresión tan duradera, que el comunista Friedrich Lessner escribió medio siglo después: "Todavía puedo recordar con vividez, hoy mismo, cómo releí el artículo de Marx sobre estos sucesos, en *Neue Rheinische Zeitung*, por lo menos veinte veces, porque expresaba con tanta exactitud nuestros sentimiento".[166]

---

[164] Federico Engels: Marx en la "'Neue Rheinische Zeitung", 1818 a 1849, MEW, vol. 21, pág. 22.

[165] Carlos Marx: La revolución de Junio. MEW, vol. 5, páginas 136-137.

[166] Friedrich Lessner: Antes y después de 1848. En Deutsche Worte, marzo de 1898, pág. 111.

En la lucha frente a la contrarrevolución en avance

Ocurrió lo que Marx había predicho en *Neue Rheinische Zeitung*: después de la batalla de junio en París, la reacción de toda Europa presintió que volvía a existir un cambio favorable en el ambiente, en especial en Prusia. Fortalecida por la traición de la burguesía, comenzó "a desprenderse inclusive de sus aliados temporarios, la burguesía, y a reimplantar las condiciones que habían existido en Alemania antes de los sucesos de marzo".[167] Las provocaciones militares se multiplicaron. También se acrecentó el acoso contra *Neue Rheinische Zeitung*.

El 6 de julio de 1848 Marx fue citado para comparecer ante el juez investigador. Después de un prolongado interrogatorio, se lo acusó de haber insultado a funcionarios cívicos y policiales de Colonia. A continuación se llevó a cabo un registro de las oficinas de *Neue Rheinische Zeitung.* ¿Qué había ocurrido? Dos días antes, la policía lanzó un golpe sobre la Asociación de Obreros de Colonia y arrestó a dos de sus miembros dirigentes con un pretexto superficial. Durante la acción, los aporreadores policiales actuaron con extrema brutalidad, e inclusive maltrataron a una mujer en avanzado estado de embarazo. Esto, y ninguna otra cosa, fue lo que *Neue Rheinische Zeitung* condenó en su informe. Y por ello Marx fue arrastrado ante los tribunales. Su interrogatorio y el registro de su hogar, es cierto, ningún resultado dieron. Y sin embargo quedó en claro que su política de aguijonear a las autoridades provocaría, muy pronto, represalias más intensas.

La creciente contrarrevolución sólo podía ser frenada y derrotada por una decidida unificación de todas las fuerzas democráticas. Marx formuló esta concepción, una y otra vez, en el periódico. También era su principio orientador en la lucha política práctica. Aunque ya estaba ocupadísimo con su labor editorial, comenzó a trabajar con energía para unir a las distintas organizaciones democráticas de Colonia con vistas a la acción conjunta. No pertenecía a

[167] Federico Engels: Revolución y contrarrevolución en Alemania. MEW, vol. 8, pág. 58.

la Asociación de Obreros de Colonia, pero era miembro dirigente de la Sociedad Democrática, que incluía entre sus filas a pequeñoburgueses, obreros, artesanos y algunos funcionarios con inclinaciones democráticas. Varios de sus camaradas más íntimos, como Joseph Moll y Karl Schapper, trabajaban en la Asociación de Obreros de Colonia, que ya en junio tenía más de 6.000 afiliados. Además, existía una asociación de otros obreros y empleadores, que también apoyaban los objetivos democráticos.

Conquistar a estos tres agrupamientos democráticos, con sus diferencias de estructura y también en materia de determinadas metas, para las acciones conjuntas, sin abandonar la independencia política de la clase obrera, no era fácil en manera alguna. Esa era la primera vez que Marx se veía frente a semejante tarea. Su objetivo resultó más dificultoso aun debido al hecho de que tenía que enfrentarse, por un lado, con tendencias sectarias que se oponían a todas las acciones conjuntas, y por otro lado con concepciones oportunistas basadas en una carencia de principios y en una actitud conciliadora. Pero por último los dirigentes de las tres organizaciones aceptaron emprender acciones políticas conjuntas, a la vez que continuaban en las organizaciones políticas del proletariado y la pequeña burguesía, y decidieron actuar unidas frente a la contrarrevolución. Se estableció una comisión compuesta por seis hombres, de las asociaciones democráticas de Colonia. A mediados de julio se convirtió en la jefatura de distrito de las organizaciones democráticas renanas, y dirigió las acciones unidas.

El dirigente de esta comisión de acción —como delegado de la Sociedad Democrática— era Carlos Marx. De tal modo se encontraba a la cabeza de las fuerzas democráticas organizadas de Colonia, y muy pronto, de las de toda la provincia del Rin. Por primera vez en la historia de Alemania, se ponía a prueba allí, en Renania, la unificación de los de- mócratas burgueses coherentes y los comunistas en la lucha contra un enemigo común, la contrarrevolución militar, y mostraba su valía.

Marx continuó con sinceridad su colaboración con los demócratas pequeñoburgueses. Concurrió a los mítines de la Sociedad Demo-

crática, desempeñó un papel destacado en las discusiones del comité de acción, y no ahorró tiempo ni energías para convencer a los obreros y demócratas burgueses, en amplios debates, sobre la necesidad de defender juntos los derechos y las libertades del pueblo.

La medida en que esta actividad personal de Marx, los esfuerzos de sus camaradas, y sobre todo el esclarecimiento político que llevaba a cabo *Neue Rheinische Zeitung*, influyeron sobre las decisiones políticas de los demócratas, quedó demostrada en el congreso de la provincia del Rin, de organizaciones obreras y democráticas, que se reunió en Colonia, del 13 al 15 de agosto. Marx participó en la reunión, y la ayudó a llevar adelante la colaboración de todas las fuerzas democráticas, incluidas las asociaciones y los periódicos. Los delegados adoptaron la importante decisión de fortalecer su propaganda entre los campesinos, y organizar mítines en masa en el campo, y de establecer asociaciones campesinas democráticas.

La reacción feudal y la policía se inquietaron ante la popularidad de que ahora gozaban *Neue Rheinische Zeitung* y su director general. Habrían prohibido con gran placer la publicación del órgano revolucionario, pero lo impedían las leyes existentes en la provincia del Rin. Además la reacción temía el estado de ánimo democrático antiprusiario de las masas populares de la provincia. Por lo tanto recurrió a métodos más indirectos.

A comienzos de agosto el director de policía de Colonia informó a Marx que las autoridades de la ciudad se habían negado a reconocerlo como "súbdito prusiano". Ello significaba que se encontraría en la situación de "extranjero". Este plan de la contrarrevolución resultaba demasiado evidente. Sin despertar la ira del pueblo por medio de una acción abierta contra el periódico, el gobierno quería tener las manos libres, en el momento oportuno, para expulsar al director del país como "extranjero", y de esa manera silenciar a *Neue Rheinische Zeitung*.

Los comunistas desencadenaron un inmediato movimiento de protesta contra esta treta. La Asociación de Obreros de Colonia se lanzó en apoyo de Marx. El 11 de agosto, en una reunión de la Sociedad Democrática, Engels reveló lo que había detrás de esa malicio-

sa conspiración. Los concurrentes decidieron enviar delegaciones al director de la policía y al presidente del gobierno, para protestar contra tan reaccionarias intrigas.

Marx dirigió entonces una punzante carta al ministro del Interior prusiano, en la cual hacía una lista de todas las venganzas que el gobierno había elaborado contra él desde el comienzo: expulsión de París,instigada por el gobierno prusiano; expulsión de Bruselas, con ayuda del gobierno prusiano; órdenes de arresto contra él, en cada cruce de frontera, emitidas por el gobierno prusiano. ¿De qué otra manera podía protegerse, si no por el abandono de esa ciudadanía? Pero ahora, como resultado de la revolución, todos los refugiados políticos que regresaban a su patria desde la emigración habían recuperado sus derechos de ciudadanía. Sólo a él se le negaban. Era evidente que esa negativa ocultaba la esperanza —un error absoluto, era preciso decirlo— de que con tales maquinaciones pudiera ponerse fin a su actividad política de demócrata... El ministro del Interior prusiano rechazó la queja.

Aumentaban los indicios de que la contrarrevolución se preparaba a tomar la ofensiva. *Neue Rheinische Zeitung* informaba todos los días acerca de depredaciones de la policía, de más prohibiciones de mítines, y de grandes preparativos militares por parte de la reacción. Marx veía con gran preocupación el hecho de que, frente a esta concentración sistemática y organizada de las fuerzas contrarrevolucionarias, el movimiento revolucionario democrático todavía se encontraba muy dividido. Para mejor impulsar la tan necesaria colaboración de los obreros demócratas y progresistas, visitó en persona los principales centros de la revolución.

El 25 de agosto viajó a Berlín. Allí se encontró con el doctor y comunista de Colonia Karl Ludwig d'Ester, quien actuaba como demócrata coherente en la Asamblea Constituyente de Berlín. También se encontró con otros dirigentes del movimiento democrático pequeñoburgués y analizó con ellos la situación política. De Berlín se apresuró a viajar a Viena. Allí, unos días antes, la gran burguesía había lanzado sangrientas provocaciones contra los obreros. Marx buscó a los principales voceros de las organizaciones pequeñobur-

guesas radicales y los instó a incorporarse en forma más decidida a un frente común contra la gran burguesía, basado en las organizaciones de los trabajadores.

El 28 de agosto participó en un mitin de los Clubes Democráticos de Viena. Después que los presentes decidieron por unanimidad exigir la renuncia del ministro de Trabajo —y si era necesario, inclusive de todo el ministerio de la gran burguesía—, se desarrolló un animado debate sobre el tema: ¿a quién debía presentarse esa exigencia? Algunos querían enviar una delegación al káiser; otros exigían que la petición fuese presentada ante el Parlamento. Marx puso fin a esta inútil batalla de palabrasrespecto de la posibilidad de quejarse de la contrarrevolución ante los patronos de la reacción. Declaró que en Viena el problema era el mismo que la anterior batalla de junio en París: el ajuste de cuentas con la burguesía, convertida ahora en contrarrevolucionaria, por las masas revolucionarias populares, representadas ante todo por el proletariado. "Hasta ahora —dijo Marx—, sólo se han mencionado dos poderes supremos a quienes es preciso recurrir para la renuncia del ministro: el Reichstag y el Káiser. ¡Sin embargo, nos hemos olvidado de la más alta autoridad: a saber, el pueblo!"[168]

Dos días más tarde habló en un mitin de la Primera Asociación Obrera de Viena. Allí informó en detalle acerca de la situación política internacional, para esclarecer mejor las tareas del movimiento proletario y la gran responsabilidad de la clase obrera por la victoria de la democracia en Europa. Luego analizó para los obreros la forma en que eran explotados por el capital, y por qué sus intereses no sólo eran distintos de los de la burguesía ávida de ganancias, sino también antagónicos a ellos.

A comienzos de septiembre regresó a Berlín, desde Viena. Allí volvió a participar en numerosas reuniones con demócratas pequeñoburgueses.

También les solicitó ayuda financiera para *Neue Rheinische Zeitung*, agobiado de problemas. Pero sus súplicas y pedidos caye-

[168] *Wiener Zeitung*, 17 de setiembre de 1848.

ron siempre en oídos sordos. Sólo los demócratas polacos mostraron solidaridad fraternal y le entregaron unos 2.000 táleros.

El 12 de septiembre volvió a Colonia, donde sus colaboradores lo aguardaban con impaciencia. Durante sus viajes, la situación en Alemania había empeorado. La relación de fuerzas entre la revolución y la contrarrevolución permanecía estancada, como antes, pero resultaba claro para todos que la potencia feudal reaccionaria se preparaba a desprenderse de su aliado provisional, la burguesía, y volver a la situación existente antes de marzo.

A comienzos de septiembre se desarrolló una crisis en Prusia, entre la Asamblea Constituyente y el trono. La mayoría de los diputados exigieron que el ministro de Guerra expulsara en el acto, del ejército, a todos los oficiales contrarrevolucionarios, y que las fuerzas armadas jurasen fidelidad, no al rey, sino a la Constitución. El ministro de Guerra prusiano ni siquiera consideró necesario responder a los diputados. Entonces la mayoría de la Asamblea nacional prusiana retiró su apoyo al gobierno, y la administración de la gran burguesía renunció. Pero el rey prusiano volvió a sentirse lo bastante fuerte como para responder con la formación de un gobierno compuesto con exclusividad de oficiales y funcionarios reaccionarios, bajo la jefatura del general von Pfuel. Esta era una descarada provocación contra la Asamblea Constituyente. En el acto, el nuevo gobierno comenzó a organizar la contrarrevolución a la vista del público.

Al mismo tiempo se desarrollaba una prueba de fuerza entre los elementos democráticos y reaccionarios de Francfort. Tuvo sus orígenes en la guerra vinculada con los ducados de Schleswig y Holstein, que había estallado en la primavera de 1848, cuando el rey de Dinamarca trató de anexar el ducado de Schleswig a Dinamarca. Los ciudadanos y campesinos de ambos ducados se levantaron entonces, establecieron un gobierno provisional y promulgaron una Constitución democrática. Cuando el gobierno provisional organizó cuerpos de voluntarios, hombres de mentalidad democrática afluyeron hacia el norte, desde todos los rincones de Alemania. El destino de los ducados se convirtió en preocupación principal de

las masas populares de toda Alemania.

Cuando Dinamarca envió tropas a Schleswig, Prusia fue autorizada por el Bund alemán a defender a Schleswig-Holstein. Pero los Junkers prusianos sólo fingieron dirigir la guerra. So pretexto de luchar por la unidad alemana, el rey prusiano reorganizó sus tropas, derrotadas por el pueblo el 18 de marzo, y el 26 de agosto convino un vergonzoso cese del fuego con el rey dinamarqués. Gracias a esta tregua, Schleswig-Holstein fue traicionada y entregada a Dinamarca.

La reacción ante este acto autocrático y antinacional del rey prusiano fue tan fuerte en toda Alemania, que la Asamblea Nacional de Francfort se vio obligada a adoptar una posición pública. Si apoyaba el cese del fuego, ello significaría una victoria de Prusia sobre el resto de Alemania, una victoria de la contrarrevolución, Si repudiaba el cese del fuego, ello equivaldría a dirigir la revolución a una nueva etapa, tal vez a una guerra popular revolucionaria contra los enemigos internos y exteriores de la unificación alemana. "Y precisamente ese tipo de guerra —escribía Engels el 10 de septiembre, en *Neue Rheinische Zeitung*— es lo que necesita el movimiento alemán, una guerra que ponga en peligro a la patria y de ese modo la salve, precisamente porque hará que la victoria de Alemania dependa de la victoria de la democracia." [169] La historia pocas veces mostró con tanta claridad de qué manera indisoluble los intereses vitales de la nación alemana se encuentran vinculados a la victoria de la democracia en Alemania.

El 12 de septiembre por la noche Marx participó en una reunión conjunta de representantes de la Asociación de Obreros de Colonia y la Sociedad Democrática. Se resolvió convocar a un mitin de masas para el día siguiente. El mitin, preparado en muy pocas horas, superó todas las expectativas. De cinco a seis mil personas se reunieron al mediodía en la Frankenplatz. Los directores de *Neue Rheinische Zeitung* propusieron a los presentes que se eligiese una

[169] Federico Engels: El armisticio prusiano-danés. MEW, vol. 5, 168 Wiener Zeitung, 17 de setiembre de 1848. pág. 397.

comisión de seguridad para "representar a la porción del pueblo de Colonia no representada en el mundo oficial legalmente constituido".[170] La comisión debía vigilar las conquistas revolucionarias del pueblo, obtenidas en sangrientas batallas, impedir la reducción de dichas conquistas o su abolición total. Los presentes apoyaron la proposición con tempestuosos aplausos y eligieron 30 miembros para formar la Comisión de Seguridad. Junto con Marx, se contaban entre ellos Engels, Wilhelm Wolff, Dronke, Moll, Schapper y Bürgers, así como demócratas burgueses y pequeñoburgueses.

Para fortalecer la influencia de la comisión sobre el pueblo, y para darle autoridad ante los organismos del Estado, Marx y sus camaradas organizaron nuevos mítines, en las semanas siguientes. El mayor se llevó a cabo el 17 de septiembre, y casi 10.000 personas se reunieron en la Fühlinger Heide, en Worrington, no lejos de Colonia. Algunos llegaron a pie, otros a caballo o en coches abiertos, otros en botes del Rin, en los cuales flameaban banderas rojas. La gran asamblea dio su aprobación a una república democrática y social alemana, y, por proposición de Engels, y por unanimidad, comprometieron su vida y sus posesiones en el combate frente a la contrarrevolución de los Junkers y la gran burguesía.[171]

Como en la provincia del Rin, la población de otras zonas de Alemania, en especial la de Francfort, también salió a la calle para hacer frente a la contrarrevolución cada vez más descarada. Pero en forma repetida e ignominiosa fue dejada en la estacada por las mayorías burguesas de la Asamblea Nacional de Francfort y la Asamblea Constituyente de Berlín. La primera aprobó el cese del fuego con Dinamarca, por escasa mayoría. *Neue Rheinische Zeitung* escribía, a modo de advertencia: "No debemos engañarnos: el honor de Alemania se encuentra en malas manos".[172]

El cambio de gobierno en Berlín y el crecimiento de la contrarrevo-

[170] Federico Engels: El armisticio prusiano-danés. MEW, vol. 5, 168 Wiener Zeitung, 17 de setiembre de 1848. pág. 397.

[171] *Neue Rheinische Zeitung*, 15 setiembre de 1848. MEW, vol. 5, pág. 497.

[172] Federico Engels: Ratificación del armisticio. MEW, vol. 5, pág. 408.

lución prusiana incitaron en el acto a las autoridades de Colonia a emprender también nuevos actos de violencia. Se emitieron órdenes de arresto contra Wilhelm Wolff, Joseph Moll, Karl Schapper, y se autorizaron investigaciones contra Engels, Dronke y otros. Pero las acciones policiales fracasaron. Al alba del 25 de septiembre la policía pudo arrestar a Schapper, pero cuando trataron de hacer lo mismo con Moll, el presidente de la Asociación de Trabajadores, se le interpuso una pared de decididos proletarios. Moll escapó sin tropiezos. Wilhelm Wolff se refugió durante un tiempo en el Palatinado, en tanto que Engels, Dronke, Bürgers y Ferdinand Wolff viajaban al exterior para escapar a las persecuciones policiales.

En la tarde del 25 de septiembre Marx recorrió los salones de reuniones de la Asociación de Obreros y la Sociedad Democrática. Previno a los trabajadores que no debían dejarse engañar y lanzarse a un levantamiento armado prematuro, en una situación "en que ningún problema vital impulsa al pueblo entero a la lucha".[173] Los obreros de Colonia debían ser contenidos, en cualesquiera circunstancias, para que no devolvieran el golpe antes que madurase el momento. La autoridad e influencia de Marx eran tan grandes, que el proletariado de Colonia prestó atención a su consejo: construyó barricadas para defenderse, pero a pesar de todas las provocaciones de los militares no se dejó arrastrar a un golpe sin esperanzas.

Al día siguiente el poder estatal reaccionario lanzó una nueva provocación: puso a Colonia bajo estado de sitio. Todas las asociaciones democráticas fueron prohibidas, se anuló el derecho de reunión y *Neue Rheinische Zeitung* y otros periódicos democráticos fueron prohibidos. La dictadura de la espada continuó durante ocho días. Luego tuvo que llamarse a sosiego, pues el gobierno temía que una continuación del estado de sitio enfrentase contra él a toda la oposición democrática del país.

La consecuencia de ello fue que la reacción no logró su objetivo, con el estado de sitio en Colonia; por otro lado, el movimiento democrático de la metrópolis renana sufrió un revés. El equipo edito-

[173] Carlos Marx: La "revolución de Colonia". MEW, vol. 5, pág. 421.

rial de *Neue Rheinische Zeitung*, en especial, recibió un duro golpe. Marx tuvo que adoptar las más enérgicas medidas para posibilitar otra vez la publicación. Georg Weerth era el único colaborador que le quedaba, junto con Ferdinand Freiligrath, quien se incorporó entonces a la comisión editorial. El peso del trabajo se acentuaba día tras día, las dificultades financieras eran cada vez mayores. Marx se vio obligado a tomar el periódico como su posesión personal. Pero esta "posesión" consistía en un cúmulo de deudas pendientes, de modo que tuvo que volver a sacrificar otra porción importante de su propio dinero. Lo hizo con el corazón pesado, pensando en su familia, pero sin vacilaciones, porque "era necesario, en cualquier circunstancia que fuere, defender la fortaleza y no abandonar la posición política".[174]

Algunos de los versos de Georg Weerth en ese período muestran en qué escasa medida las infamias de los enemigos y las dificultades consiguientes pudieron conmover el coraje combatiente de Marx y sus colaboradores, o embotar su sátira:

Nada mejor que los aullidos
del enemigo cuando lo muerdes,
o que tirar de la nariz a los tontos
con las sátiras que se merecen.

Así pensaba, y tomé la Pluma.
No había, contado, ay, con mi monarca.
La fiesta ha terminado, santa Colonia
con el estado de sitio es castigada.
La ciudad se erizó de bayonetas
como un monstruoso puercoespín maldito;
los ángeles prusianos andaban por las calles
embriagados de éxito y de vino.

Y un oficial llegó hasta nuestra puerta

[174] Marx a Engels, mediados de noviembre de 1848. MEW, vol. 27, pág. 129.

¡qué tropas dirigía, tan marciales!
El tambor redobló, y vino la proclama:
Estos son de *Rheinische Zeitung* los funerales.[175]

Para el 11 de octubre, Marx y Weerth y sus amigos habían superado todas las dificultades. *Neue Rheinische Zeitung* volvía a publicarse. Aunque Wilhelm Wolff, aún perseguido por la policía, volvió muy pronto a Colonia y ayudó a Marx en la dirección del periódico, el peso del trabajo era increíble. Mítines públicos y comisiones, discusiones con obreros ávidos de información, acalorados debates con individuos cobardes y confundidos, protestas a las autoridades militares, interminable correspondencia: todo ello, más el trabajo editorial cotidiano, amenazas de acciones policiales contra Marx, y el conocimiento de que debía contar con su arresto en cualquier momento. Y sin embargo, a mediados de octubre aceptó ocupar la dirección de la Asociación de Obreros de Colonia, a pedido de una comisión de esa organización. "El gobierno y la burguesía —dijo— deben llegar a advertir que, a pesar de sus persecuciones, siempre se encontrarán personas dispuestas a servir a los trabajadores." [176] Después de la emigración forzada de Moll, consideró imposible dejar a la Asociación de Trabajadores en una situación en que pudiera ser manipulada por elementos hostiles a la ideología y la táctica comunistas. Además, la asociación era, para Marx y sus camaradas, la base más importante desde la cual desarrollar la política por la cual luchaba *Neue Rheinische Zeitung.*

Marx consideraba que sus conversaciones con los trabajadores y sus discusiones con ellos eran un necesario complemento de su actividad como director del periódico. Creía que la eficacia de éste dependía de la medida y manera en que encarase el problema que agitaba a los trabajadores en su vida diaria. Para conocer esos problemas, era preciso ir hacia los obreros. Al mismo tiempo, al reco-

[175] Georg Weerth: Nada hay mejor en el mundo, que morder al enemigo. Sämtliche Werke, vol. 1, pág. 269.

[176] Periódico de la Asociación de Trabajadores de Colonia. 22 de octubre de 1848. MEW, vol. 5, pág. 501.

ger las reivindicaciones e ideas de los trabajadores, el periódico debía ayudar a sus lectores proletarios a reconocer los elementos fundamentales de la lucha de clase en medio de la plétora de acontecimientos políticos, así como a encontrar el camino para su solución. Marx y sus amigos, pues, se aseguraron de que los trabajadores de Colonia conocieran las opiniones de *Neue Rheinische Zeitung* en cada oportunidad que se presentase. Los miembros de la Liga Comunista que trabajaban en Colonia y otros obreros con conciencia de clase distribuían el periódico en los talleres en que estaban empleados. Algunos de ellos, como escribía Friedrich Lessner refiriéndose a sí mismo, "leían con frecuencia nuestros artículos durante los horarios de trabajo, y por lo general se los recibía con entusiasmo".[177]

La comisión directiva de la Asociación de Obreros, tal vez por sugestión de Marx, decidió dedicar, el 16 de octubre, la primera hora de las futuras reuniones al análisis de la labor interna y exterior de la asociación, y la segunda a los problemas sociales y políticos. Ello ofreció la oportunidad para que las Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania fuesen analizadas de manera sistemática en la que entonces era la organización proletaria ideológicamente más madura. También facilitó la difusión de las ideas del programa, tales como quedaban aclaradas en las discusiones, entre los obreros de Colonia y la población rural. Las discusiones eran extraordinariamente minuciosas. Cada uno de los aspectos del programa se discutía por lo general en varias veladas, de modo que las tareas centrales del proletariado quedaban siempre vinculadas a la movilización de los obreros frente a la contrarrevolución. Bajo la dirección de Marx, y gracias, además, a la influencia de otros comunistas, la Asociación de Obreros de Colonia surgió, en los meses siguientes, como el núcleo de un partido obrero alemán.

El editorial del primer número del periódico que Marx pudo publicar después del estado de sitio en Colonia fue su "Revolución en Viena". El 6 de octubre los trabajadores revolucionarios, los estu-

[177] Friedrich Lessner: Recuerdos de un obrero sobre Carlos Marx. En Mohr und General, pág. 182.

diantes y artesanos de Viena habían iniciado un levantamiento armado. Ocurrió cuando el káiser, en forma autocrática, ordenó a la guarnición de Viena que marchase contra Hungría y, al mando del contrarrevolucionario general JeIlachich, aplastara el movimiento de independencia. El pueblo triunfó y obligó al káiser a huir a Olmütz. Pero la revolución de Viena corría el peligro, como escribía Marx, "si no de fracasar por entero a consecuencia de la antipatía de la burguesía contra la clase obrera, por lo menos de quedar mutilada en su desarrollo".[178] Marx tenía razón. La burguesía sembró la incertidumbre, la confusión y la división en el movimiento revolucionario de Viena, y los demócratas pequeñoburgueses del resto de Alemania se conformaron con la redacción de piadosos llamamientos de solidaridad con Viena. Sólo *Neue Rheinische Zeitung*, por intermedio de las palabras de Marx, pidió la única ayuda eficaz que aún era posible, a saber, "la derrota de la contrarrevolución en nuestra propia casa".[179] Y Freiligrath escribía: "Si aún pudiéramos arrodillarnos, estaríamos de rodillas; si pudiéramos rezar, rezaríamos por Viena". Pidió a los demócratas de Alemania que no mirasen hacia Viena, sino que la defendieran en Berlín, en Francfort, en Dresden.

No necesita peregrinos quien el temor no conoce.
¡Para salvar la causa de Wien, alcémonos aquí, aquí luchemos!
Limpien la casa, levántense en el norte.
¡Para aplastar a Jellachich, a los tiranos aplasten!
¡Aplasten a los tiranos; ah, cuán fuerte, la embestida!
Cuando caiga nuestro Olmütz, Olmütz estará perdida.[180]

Las tropas contrarrevolucionarias de los Habsburgo lanzaron una ofensiva general contra Viena el 23 de octubre. Después de ocho días de heroica resistencia por parte de los obreros y estudiantes, las tropas gubernamentales entraron en la ciudad. La revolución fue

[178] Carlos Marx: Revolución en Viena. MEW, vol. 5, pág. 417.

[179] Carlos Marx: Llamamiento del congreso democrático al pueblo alemán. MEW, vol. 5, pág. 447.

[180] *Neue Rheinische Zeitung*, 5 de noviembre de 1848.

anegada en sangre.

La caída de Viena se conoció en Colonia el 6 de noviembre. Esa misma noche, Marx analizó las razones de la derrota, en una reunión de la comisión de la Asociación de Obreros, como ya lo había hecho en su artículo para *Neue Rheinische Zeitung*. "Toda la historia —escribía— no muestra vileza tan vergonzosa como la de la burguesía alemana."[181] Y agregaba, con tono de advertencia: "En Viena se ha desarrollado el segundo acto del drama, el primero del cual se representó en París bajo el título de 'Los Días de Junio'... Pronto presenciaremos el tercer acto en Berlín".[182]

La profecía de Marx —resultado de su concepción científica de la historia— se confirmaría con demasiada rapidez. Apenas Viena cayó víctima de la reacción cuando la contrarrevolución prusiana decidió que también le había llegado la hora. Un vástago de los Hohenzollerns, el conde Brandenburg, tomó el gobierno el 8 de noviembre. El rey ordenó que la Asamblea Constituyente prusiana abandonase Berlín. Cuando sus miembros no cometieron el suicidio político que se les exigía, entró en la ciudad un regimiento de la guardia al mando del Junker de Pomerania general Wrangel. Se derogaron los derechos democráticos. Se declaró el estado de sitio. Los obreros de Berlín estaban dispuestos a enfrentar el *coup d'état,* pero en esa situación la mayoría de la asamblea constituyente se negó a adoptar medidas decisivas contra el gobierno reaccionario, y rechazó el apoyo de los ciudadanos y obreros armados. En lugar de enfrentarse al rey y a su camarilla archirreaccionaria, en vez de hacer frente a la fuerza con la fuerza, sólo contestó con palabras, y al cabo permitió que la dispersaran los militares prusianos. Los diputados democráticos pequeñoburgueses restantes decidieron, es cierto, llamar al pueblo a negarse a pagar impuestos, pero no complementaron ese llamamiento con acciones fuera del Parlamento. De tal manera, quedó atrás el momento decisivo para la revolución en Prusia.

---

[181] Carlos Marx: *Triunfo de la contrarrevolución en Viena*. MEW, vol. 5, pág. 456.

[182] *Neue Rheinische Zeitung*, 5 de noviembre de 1848.

Sin embargo, Marx y *Neue Rheinische Zeitung* no aceptaron el avance de la contrarrevolución como un hecho irrevocable. Marx expresó la voluntad de las masas indignadas, cuando, en el número del 12 de noviembre del periódico, llamó al pueblo a rechazar los impuestos gubernamentales, ya que semejante acción golpearía al gobierno en una zona muy sensible. Dos días más tarde, en nombre del comité de acción de los demócratas renanos, convocó a la organización de mítines en masa "para inspirar al pueblo de la provincia renana a negarse a pagar impuestos".[183]

La medida en que las masas revolucionarias consideraban a Marx como su vocero, como su fiel confidente, quedó demostrada de manera convincente por un suceso acaecido el 14 de noviembre, cuando se lo convocó una vez más ante el juez examinador, para ser interrogado. Como el fiscal de Colonia informó al ministerio de Justicia prusiano, con gran ansiedad, fue "escoltado hasta el edificio del tribunal por muchos centenares de personas... que, cuando volvió a salir, lo recibieron con atronadores aplausos, y no hicieron ningún secreto del hecho de que lo habrían liberado por la fuerza si se lo hubiese arrestado".[184]

Desde el 19 de noviembre hasta finales de diciembre, la primera plana de *Neue Rheinische Zeitung* exhibió un lema, en grandes letras, bajo el título: "¡¡¡No Más Impuestos!!!" El periódico publicaba casi todos los días informes sobre acciones y llamamientos en la campaña, provenientes de todos los rincones de Alemania. A los obreros, campesinos y artesanos, Marx se dirigía como sigue:

> "¿De qué manera puede derrotarse a la monarquía en forma cívica?
> "Matándola de hambre.
> "¿Y cómo es posible matarla de hambre?
> "Negándose a pagar impuestos.
> "¡Piénsenlo! Todos los príncipes de Prusia, todos los Branden-

[183] Invitación de la comisión demócrata de distrito de la provincia del Rin. MEW, vol. 6, pág. 20.

[184] Informe del procurador de Colonia y Prusia. Justizministerium, 15 de noviembre de 1848, IML, ZPA.

burgos y Wrangels no producen... pan en los cuarteles.
Ustedes, ustedes mismos producen el pan para los cuarteles."[185]

Marx veía en el movimiento de "no más impuestos" un método para encender la energía revolucionaria de las masas, y para introducir una nueva etapa en la revolución, por medio del paso gradual de la resistencia pasiva a la lucha. El 18 de noviembre, en nombre de la comisión de acción de demócratas del Rin, llamó a las organizaciones democráticas de la provincia a remplazar a los funcionarios gubernamentales contrarrevolucionarios, a movilizar a los conscriptos contra los regimientos ubicados al este del Elba y leales al rey, a elegir comisiones de seguridad en todas las localidades y a enfrentar la fuerza con la fuerza. Este llamamiento encontró respuesta en algunos lugares, pero en general el movimiento vaciló una vez más ante la cobardía de la burguesía y la timidez de la pequeña burguesía. De tal manera, la contrarrevolución obtuvo una nueva victoria: el 5 de diciembre el rey anunció la disolución final de la Asamblea Constituyente prusiana y dictó una Constitución "por gracia del rey".

"La Asamblea Nacional —comentaba Marx con amargura, acerca del reaccionario coup d'état— cosecha ahora los frutos de su debilidad y cobardía crónicas. Ha permitido, con toda calma, que la conspiración contra el pueblo se desarrollase durante meses enteros, se fortaleciera y se hiciese poderosa, y ahora es su primera víctima."[186]

En la lucha por un partido obrero nacional

Marx contempló sin ilusiones el hecho de que la victoria de la contrarrevolución en Viena y Berlín había modificado en forma significativa la relación de fuerzas, en favor de la reacción feudal. En

[185] Carlos Marx: La contrarrevolución en Berlín. MEW, vol. 6, pág. 11.

[186] Carlos Marx: Der Staatstreich der Kontrerevolution. MEW, vol. 6, pág. 101.

Prusia y Austria, los dos Estados alemanes más importantes, los círculos gobernantes se dedicaban, "por la gracia de Dios", a restablecer la situación prerrevolucionaria. Pero a pesar de la gravedad de la situación, Marx y sus camaradas no tenían intención de abandonar la batalla.

La contrarrevolución había inferido al pueblo sangrientas derrotas, pero al mismo tiempo le enseñó importantes lecciones. "El principal resultado del movimiento revolucionario de 1848 no es lo que los pueblos ganaron, sino lo que perdieron: sus ilusiones." Así escribía Marx en Neue Rheinische Zeitung, y agregaba: "Junio, noviembre, diciembre del año 1848: estos son los gigantescos jalones del desencanto y la experiencia de los pueblos europeos".[187]

La tarea de los comunistas, tal como la entendía Marx, consistía en extraer las lecciones adecuadas de las luchas recientes, explicarlas abiertamente al pueblo y aplicarlas a las nuevas luchas que vendrían.

Así señaló Marx el camino. En una serie de artículos, *La burguesía y la contrarrevolución*, y en muchos otros que aparecieron en el periódico, desde diciembre de 1848 hasta febrero de 1849, analizó el carácter y las peculiaridades de la revolución en Alemania, y las razones para la victoria de la contrarrevolución en Prusia. Puso en la picota a la burguesía prusiana, la describió como "incrédula respecto de sí misma, incrédula respecto del pueblo, feroz para con los de arriba, temblorosa para con los de abajo, egoísta con todos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores, conservadora frente a los revolucionarios, desconfiada de sus propias perogrulladas, productora de frases en lugar de ideas, asustada por la tormenta del mundo pero explotándola... toda energía orientada en dirección alguna, plagio en todas las direcciones, baja porque no es original, original en su bajeza".[188]

Esta burguesía, declaró, se esforzaba constantemente por llegar al

[187] Carlos Marx: La contrarrevolución prusiana y los magistrados de Prusia. MEW, vol. 6, pág. 138.

[188] Carlos Marx: La burguesía y la contrarrevolución. MEW, vol. 6, pág. 109.

poder, no por medio de la revolución, sino sólo mediante una negociación pacífica con la monarquía. La conducta de la burguesía prusiana durante la crisis de noviembre había señalado con claridad que abandonaba para siempre el frente de lucha antifeudal.

En estas condiciones, informaba Marx a sus lectores, la lucha posterior para impulsar el progreso cívico en Alemania sólo podía adoptar la forma de un enfrentamiento directo entre las masas revolucionarias —los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía revolucionaria— y la contrarrevolución feudal. El año 1848 había mostrado que en Alemania "sólo es posible la contrarrevolución feudal absolutista o la revolución social-republicana".[189] Por consiguiente, tanto más necesario resultaba equipar a las masas revolucionarias para una lucha política independiente. Pero en las batallas desarrolladas entre marzo y diciembre de 1848 los demócratas pequeñoburgueses, siguiendo la traición de la burguesía, también se mostraron incapaces de llevar la revolución a su culminación. Por lo tanto, la responsabilidad por el posterior avance exitoso de la revolución reposaba cada vez más en la joven clase obrera alemana. Marx abrigaba la firme convicción de que los trabajadores alemanes sólo podían mostrarse a la altura de su tarea si se conjugaban en una organización nacional unida e independiente, y de ella surgía un partido obrero nacional que no sólo contase con unos pocos centenares de personas, como la Liga Comunista, sino que abarcara a amplias capas de los obreros más progresistas.

Marx y sus camaradas de la dirección de la Liga Comunista ya habían trabajado hacia esa meta en las primeras semanas de la revolución, y jamás la olvidaron en los meses siguientes. Si bien sus esperanzas todavía se encontraban frustradas en la primavera de 1848 por la falta de madurez de la clase obrera alemana, la situación era significativamente más favorable ya a comienzos de 1849. La conciencia y la actividad política de los obreros alemanes había crecido a lo largo de la revolución. En las numerosas asociaciones obreras locales, de las cuales más de un centenar se habían agrupado en forma no muy compacta en una Fraternidad Obrera, se di-

[189] Carlos Marx: La burguesía y la contrarrevolución. MEW, vol. 6, pág. 124.

fundía la concepción de que el obrero tenía que defender, no sólo sus intereses económicos, sino también los políticos, y debía hablar por sí mismo, para poner fin a la situación en que el pequeñoburgués democrático hablaba en su nombre como su patrono. Grandes sectores del proletariado ya se habían liberado de la influencia de la pequeña burguesía, gracias a sus propias experiencias, y en no escasa medida gracias a *Neue Rheinische Zeitung*, y reconocían cada vez con más claridad sus propias aspiraciones de clase. Marx siguió paso a paso estas nuevas corrientes que abrían una esperanza. En enero de 1849 desenmascaró en el periódico el "vergonzoso maltrato de la clase obrera" [190] por la burguesía prusiana, y se dirigió al proletariado de manera directa y cada vez con más frecuencia.

En esos momentos se veía sometido a persecuciones cada vez más frecuentes de las autoridades. El gobierno prusiano se esforzó por silenciar a *Neue Rheinische Zeitung*, que representaba al pueblo con tanta pasión y valentía. A comienzos de febrero lanzó dos acciones judiciales contra Marx al mismo tiempo. Pero ambas se convirtieron en un triunfo para éste.

El 7 de febrero comenzó el famoso "juicio contra la prensa", dirigido contra *Neue Rheinische Zeitung*.

Marx, Engels y otro colega eran acusados de haber insultado y calumniado a funcionarios del gobierno en un artículo publicado en julio de 1848. El director general de *Neue Rheinische Zeitung* no se conformó con refutar las acusaciones en el tribunal, sino que usó la tribuna pública para defender la libertad de prensa en Prusia y en toda Alemania, en un conmovedor llamamiento. "No basta —declaró Marx— con luchar contra la situación general y el poder gobernante. La prensa debe decidirse a figurar en las listas contra este gendarme, este fiscal, este presidente de distrito."[191] El primer deber de la prensa seguía siendo la destrucción de los ci-

[190] Carlos Marx: Un documento burgués. MEW, vol. 6, pág. 152.

[191] El primer proceso de prensa contra Neue Rheinische Zeitung. Discurso de defensa de Kart Marx. MEW, vol. 6, pág. 234.

mientos del "orden" reaccionario existente. El público presente en el tribunal aplaudió la intervención de Marx, y el jurado lo declaró "no culpable".

El procedimiento judicial del día siguiente tuvo más importancia que ese juicio En esa ocasión. Marx, Karl Schapper y el demócrata pequeñoburgués Karl Schneider fueron llevados ante el tribunal. Se los acusaba, como miembros de la comisión de acción de demócratas del Rin, de haber llamado al pueblo, en noviembre de 1848, a negarse a pagar los impuestos, y de ese modo agitar en favor de una rebelión contra el gobierno. Marx convirtió el tribunal, atestado hasta el techo, en un tribunal revolucionario. No le importaba defenderse ante el jurado. Ante todo habló de las masas populares, por quienes deseaba ser escuchado y entendido, dijo. Acusó al gobierno de maquinar un *coup d'état* tras otro, y de eliminar los derechos legales por medio de una dictadura militar absoluta, llamada, en forma eufemística, estado de sitio. Pero ahora, precisamente ese gobierno se atrevía a invocar contra el pueblo leyes "que la propia Corona había pisoteado".[192]

Marx mostró luego, en forma minuciosa, que la negativa a pagar impuestos era una medida de defensa natural del pueblo contra un gobierno reaccionario. Defendió con decisión la soberanía del pueblo, su derecho a intervenir en el proceso histórico y a responder con la violencia a la violencia contrarrevolucionaria. "Cuando la Corona —dijo— hace la contrarrevolución, el pueblo está justificado en responder con la revolución."[193] Ni siquiera la Asamblea Constituyente prusiana tenía derechos propios. "El pueblo no hizo más que trasladarle la defensa de sus derechos. No cumple con su mandato, y por lo tanto deja de existir. Entonces el pueblo mismo aparece en escena y actúa sobre la base de su legítima autoridad."[194]

---

[192] El primer proceso de prensa contra *Neue Rheinische Zeitung*. Discurso de defensa de Kart Marx. MEW, vol. 6, pág. 240.

[193] El primer proceso de prensa contra *Neue Rheinische Zeitung*. Discurso de defensa de Kart Marx. MEW, vol. 6, pág. 257.

[194] El primer proceso de prensa contra Neue Rheinische Zeitung. Discurso de

La acusación también sufrió un revés en esta acción judicial. Marx, Schapper y Schneider fueron absueltos de las acusaciones. ¡El presidente del jurado agradeció inclusive a Marx por sus instructivas observaciones!

Después de estas humillantes derrotas, las fuerzas contrarrevolucionarias recurrieron a otros métodos para atacar a Marx. Su correspondencia fue abierta. Los soplones de la policía lo espiaban. Era amenazado por cartas anónimas. Estas provocaciones sólo obtuvieron como respuesta la risa y el desprecio de Marx y sus colaboradores, como lo mostraban todos los días las columnas de *Neue Rheinische Zeitung*.

Un día de marzo de 1849 dos suboficiales se introdujeron en el hogar de Marx y lo interpelaron respecto de presuntos insultos a su casta. Marx los recibió de bata, con la culata de una pistola asomando por el bolsillo. El arma estaba descargada, pero indujo a los oficiales a retirarse de prisa.

Más tarde Engels describió cuánto asombro existía "afuera, en el Reich", porque los colaboradores de *Neue Rheinische Zeitung* siguieran con su trabajo editorial, inconmovibles, "en una fortaleza prusiana de primer rango, bajo las narices de una guarnición de 8.000 hombres y a plena vista del departamento central de policía", Pero "gracias a las ocho bayonetas y a las 250 cargas de municiones que existen en las oficinas editoriales, y a las rojas capas jacobinas de los tipógrafos", el edificio del periódico "también era considerado una fortaleza por los oficiales, quienes entendían que no era posible tomarlo por medio de un simple *coup de main*”.[195]

Desde mediados de enero en adelante, el "Intimus" de Marx, Engels, se encontró otra vez personalmente a su lado. Engels había colaborado con cantidad de artículos, en especial sobre asuntos extranjeros, desde Suiza, donde buscó refugio durante un tiempo. Pero Marx echaba mucho de menos la presencia de su colaborador en

---

defensa de Kart Marx. MEW, vol. 6, pág. 256.

[195] Federico Engels: Marx y la "Neue Rheinische Zeítung", 1848 a 1849. MEW, vol. 21, pág. 23.

las escaramuzas cotidianas. Envió dinero a Engels, le mandó ropas y le hizo sugestiones para su labor periodística. Cuando falsos amigos trataron de sembrar la discordia entre ellos, Marx escribió a Engels, con calor: "El que pueda dejarte en la estacada siquiera por un momento, es una pura fantasía. Sigues siendo mi Intimus (amigo íntimo) como espero que yo lo sea de ti".[196]

Marx y Engels observaban con viva simpatía el florecimiento de nuevas organizaciones proletarias en todas las regiones de Alemania, a comienzos de 1849, y el fortalecimiento de la tendencia a una asociación nacional de los obreros. Basándose en la Asociación de Obreros de Colonia y en *Neue Rheinische Zeitung*, los comunistas desempeñaron un papel dirigente en ese acontecimiento.

Marx y sus camaradas dedicaban gran energía a la difusión de las tareas políticas de la clase obrera en la Asociación Obrera de Colonia, y en especial de las 17 Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania. Al mismo tiempo, Marx se encontró con el dirigente de la Fraternidad Obrera, Stephan Born, y analizó con él la manera de orientar a las asociaciones unidas en la Fraternidad hacia una participación más activa en la lucha política.

En los primeros meses de 1849 se llevaron a cabo una serie de congresos obreros regionales en distintos lugares de Alemania, y entre ellos Heidelberg, Hamburgo, Altemburgo y Nuremberg. Marx los siguió con atento interés. Todos ellos expresaban el deseo de los obreros más progresistas, de la unificación de sus organizaciones. Los participantes decidieron organizar un congreso pangermano en Leipzig, en junio de 1849, en el cual se fundaría una asociación obrera nacional alemana. Marx saludó este proyecto con cordialidad, e hizo todo lo posible por llevarlo adelante. *Neue Rheinische Zeitung* informaba en detalle acerca de los esfuerzos de los trabajadores por una organización y acciones independientes, y Marx y Engels, en sus artículos, colaboraron en el esclarecimiento ideológico en el seno de las organizaciones obreras.

Los directores refugiados del periódico volvieron a Colonia, sin ser

[196] Marx a Engels, mediados de noviembre de 1848. MEW, vol. 27, pág. 130.

molestados, ya que algunas de las acciones judiciales contra ellos habían sido abandonadas, y comenzaron a trabajar junto con los dirigentes de la Asociación Obrera de Colonia para unificar las organizaciones obreras de toda la provincia del Rin y Westfalia. El 11 de abril la Asociación Obrera de Colonia llamó a todos los grupos de obreros de Renania a unirse según una base regional. Tres días después, Marx, Schapper, Wilhelm Wolff y sus colegas renunciaron a la comisión de distrito renana de las sociedades democráticas, porque "la organización existente de sociedades democráticas reúne demasiados elementos heterogéneos como para hacer posible una labor fructífera en favor de la causa". Abrigaban la convicción "de que una vinculación más estrecha entre las asociaciones obreras es más deseable, ya que están compuestas de elementos homogéneos".[197]

Después de la separación organizativa de los obreros respecto del movimiento pequeñoburgués, como es natural, Marx seguía considerando necesario tratar de llevar adelante acciones conjuntas en la lucha frente a la contrarrevolución. El 17 de abril los dirigentes de la Asociación Obrera de Colonia decidieron convocar un congreso provincial en Colonia, el 6 de mayo, de las asociaciones de trabajadores de ambas provincias. Nombraron una comisión provincial provisional de las asociaciones obreras del Rin-Westfalia, y eligieron a Marx para que la integrase. De tal modo éste pudo participar de manera directa en los preparativos organizativos para una organización obrera germana. Pero además le preocupaba, y en no menor medida, la independencia y madurez política e ideológica de la Asociación Obrera Pangermana que se proyectaba.

Para mostrar a los obreros "las relaciones económicas en que se basa la existencia de la burguesía y su régimen de clase...",[198] Marx comenzó la publicación, a partir de *Neue Rheinische Zeitung* del 5 de abril, de su obra *Trabajo asalariado y capital*. Los artículos se basaban en el manuscrito de las disertaciones que había pronunciado a finales de 1847 ante la Asociación Obrera Alemana de Bruse-

[197] Aclaración. MEW, vol. 6, pág. 426.

[198] Carlos Marx: Trabajo asalariado y capital, SW, pág. 72.

las. En ese trabajo teórico, Marx explicaba a los obreros la esencia de la explotación capitalista, y con ello la base material de la lucha de clases moderna.

Ponía al desnudo el infranqueable antagonismo que se desarrolla en la sociedad capitalista, entre los dueños de los medios de producción y losasalariados, que la burguesía encubre o embellece, pero que no por ello consigue eliminar.

El objetivo de Marx, como lo escribía en su introducción, consistía en presentar el material en la forma más simple y popular, de modo que pudiese ser entendido con facilidad por los trabajadores. Su serie fue utilizada en el acto para un análisis sistemático, en las reuniones de la Asociación de Obreros de Colonia. Ayudó a los trabajadores a reconocer con más claridad su situación social y política en la sociedad burguesa, así como sus intereses de clase y las metas de su movimiento de emancipación social.

Pero no sólo eso. La Asociación de Obreros de Colonia se dirigió a todas las asociaciones de trabajadores de toda Alemania, defendió los artículos de Marx y las instó "a discutir el problema del trabajo asalariado" y "hacer conocer sus opiniones al respecto".[199] De esa forma, la influencia de Marx y sus camaradas se extendió mucho más allá de las fronteras de Renania, hasta las asociaciones obreras que avanzaban hacia la unificación, y les enseñó a luchar con independencia por su liberación, en el espíritu del *Manifiesto Comunista*.

El 20 de abril, *Neue Rheinische Zeitung* anunció que la serie sobre *Trabajo asalariado y capital* debía interrumpirse, porque Marx se encontraba ausente de Colonia. ¿Qué había sucedido? A mediados de abril, en un momento decisivo, *Neue Rheinische Zeitung* se encontraba con sus finanzas tan agotadas, que la continuación de su publicación corría serio peligro.

Marx consideraba que el periódico era el arma más importante de los comunistas para llevar adelante la revolución. Además era in-

[199] *Libertad, fraternidad, trabajo*. En Gerhard Becker: Karl Marx und Friedrích Engels in Köln, 1848-49, Berlín, 1963, pág. 252.

dispensable para la preparación ideológica del congreso obrero pan-germano de Leipzig, y de la futura organización obrera pangermana. Por lo tanto inició un viaje, de varias semanas de duración, por el noroeste de Alemania y Westfalia, para reunir dinero entre amigos y camaradas. Al mismo tiempo fortaleció los vínculos con los miembros de la Liga Comunista y los demócratas que trabajaban en ella. El éxito financiero fue moderado en Bremen, Hamburgo, Bielefeld y Hamm, pero no obstante escribió a sus colegas de Colonia, con optimismo: "No humillen la cabeza. *Les choses marcheront:* las cosas irán adelante".[200]

Cuando salió de Colonia a mediados de abril, los preparativos para la unificación de los obreros alemanes estaban muy avanzados. El congreso obrero de Colonia planeado para el 6 de mayo se realizó, y concretó la unificación de la organización obrera del Rin-Westfalia. Pero la reacción, que ahora avanzaba en forma concentrada, interrumpió el esperanzado desarrollo del partido obrero pangermano.

Desde mediados de abril las fuerzas revolucionarias y la contrarrevolución feudal se equipaban para una nueva demostración de vigor. A comienzos de mayo, mientras Marx se encontraba en Hamburgo, comenzó la batalla decisiva.

La causa inmediata fue la Constitución alemana, decidida al final por la Asamblea Nacional de Francfort, a finales de marzo, después de meses de debates. Esta Constitución liberal no proclamaba una única república democrática alemana, sino una monarquía alemana hereditaria, que debía abarcar a todos los Estados alemanes, fuera de Austria, con un Parlamento pangermano, A pesar de estas medidas tibias, esta Constitución de un Reich era un avance respecto de la división política y económica de Alemania, entonces predominante, y de la hegemonía ilimitada de los gobernantes feudales.

La burguesía abrigaba la esperanza de poner fin a la revolución con esa primera Constitución burguesa alemana. Pero la mayoría de los príncipes alemanes —el rey de Prusia y el káiser de Austria ante

[200] Marx a Engels, 23 de abril de 1849, MEW, vol. 27, pág. 135.

todo— rechazaron con arrogancia la Constitución. De tal manera, su puesta en vigor por el pueblo, frente a la resistencia del gobierno contrarrevolucionario, se convirtió en el símbolo del progreso democrático.

La llama de la revolución volvió a encenderse... primero en Dresden. El 3 de mayo los obreros de Dresden atacaron el arsenal, levantaron barricadas y exigieron que el gobierno de Sajonia reconociera la Constitución. Pero el rey de Sajonia llamó a las tropas prusianas. Los trabajadores, artesanos e intelectuales de Dresden defendieron la Ciudad Vieja durante seis días, con empecinada valentía. Entre ellos se encontraba el famoso constructor Gottfried Semper, el joven Ricardo Wagner y revolucionarios y demócratas polacos y rusos. El 9 de mayo tuvieron que rendirse ante las abrumadoras fuerzas militares del enemigo.

Pero cuando los últimos combatientes se retiraron de las barricadas de Dresden, hacia las montañas del Erz, estallaron levantamientos en otras partes de Alemania: en Renania, Westfalia, Baden y el Palatinado.

El último número rojo

El 16 de mayo, cuando Marx regresó a Colonia, ésta era una fortaleza asediada. Una semana antes también habían estallado levantamientos armados en la orilla derecha del Rin, en Solingen, Elberfeld y otras ciudades, cuando la milicia llamada por el gobierno prusiano para reprimir el movimiento popular se negó a obedecer órdenes. Engels partió en seguida para Elberfeld, para poder estar en el lugar, en caso de que en la ciudad de su nacimiento se desarrollara un conflicto armado frente a la contrarrevolución. Gracias a su inmediata intervención en las medidas de defensa militar, conquistó muy pronto la confianza de los trabajadores de Elberfeld. Pero la burguesía liberal y muchos de sus amigos pequeñoburgueses temían al director de *Neue Rheinische Zeitung* en tal medida, que al cabo volvieron a expulsarlo de la ciudad. También traicionaron a los obreros que estaban decididos a resistir, de modo que el

mando prusiano, con un ejército de más de 20.000 hombres, pudo "pacificar" la provincia a punta de bayoneta.

Engels volvió a las oficinas editoriales del periódico unas horas antes que Marx. No cabía duda de que pronto se le haría entrega de la orden de arresto. Por otra parte, Marx esperaba la ejecución de una orden emitida contra él el 11 de mayo, de expulsión de Prusia. La base para la orden era la afirmación de que *Neue Rheinische Zeitung* había promovido cada vez más "la instigación de la subversión contra el gobierno, su derrocamiento violento y la creación de una república social". La orden especificaba, además: "Si no cumple en forma voluntaria el decreto de expulsión, debe llevárselo por la fuerza al otro lado de la frontera".[201]

El Estado militar prusiano se sentía ya lo bastante fuerte, después del sangriento aplastamiento de los levantamientos revolucionarios de Sajonia y Renania por los batallones prusianos, para liquidar el periódico que temía, por medio de las medidas indirectas, antes mencionadas. A pesar de la orden de expulsión, Marx trató de lograr la publicación posterior del periódico. A ello el gobierno replicó que también expulsaría del país a todos los otros directores. Y en rigor Dronke y Weerth fueron expulsados, y Engels, Wilhelm y Ferdinand Wolff procesados por los tribunales.

"Nada podía hacerse —escribía Engels más tarde— mientras un cuerpo de ejército apoyase al gobierno.

Teníamos que abandonar nuestra fortaleza, pero nos retiramos con armas y bagajes, con una banda musical y con las banderas desplegadas del último número rojo."[202] Ese último número del 19 de mayo fue impreso en rojo, desde la primera hasta la última línea, y distribuido en muchos millares de ejemplares. Con él, Marx y sus camaradas elaboraron un digno recuerdo de *Neue Rheinische Zeitung*. Advertían al pueblo de Colonia contra golpes desespera-

[201] Carlos Marx: La liquidación de Neue Rheinische Zeitung bajo el estado de sitio. MEW, vol. 6, pág. 503.

[202] Federico Engels: Marx y la "Neue Rheinische Zeitung", 1848 a 1849. MEW, vol. 21, pág. 23.

dos que sólo beneficiarían a la contrarrevolución. Su llamamiento a los trabajadores terminaba con las siguientes palabras: "Los directores de *Neue Rheinische Zeitung* les agradecen, en esta despedida, la simpatía que les mostraron. Su última palabra será siempre, y en todas partes: '¡Emancipación de la clase obrera!'."[203] Pero al enemigo, Marx le declaraba: "Somos implacables, y no les pediremos simpatía. "Hemos reivindicado el honor revolucionario de nuestro país natal".[204]

En el poderoso poema, *Una palabra de despedida de "Neue Rheinische Zeitung"*, de Freiligrath, el camarada de Marx, el último número anunciaba con profundo optimismo revolucionario:

> Adiós, pues, adiós, mundo de lucha,
> ¡Adiós, ejércitos combatientes!
> ¡Adiós, campos ennegrecidos por la pólvora,
> Adiós, espadas y lanzas!'
> ¡Adiós... pero no adiós para siempre!
> ¡No matan nuestro espíritu, hermanos!
> Pronto me levantaré, romperé mis cadenas.
> Pronto volveré, armas en mano.[205]

Entonces dejó de existir el primer diario del proletariado revolucionario, el primer periódico en el cual el comunismo científico era la base para todo su trabajo. En sus columnas, Marx, Engels y sus colaboradores pusieron en práctica los principios que aún hoy son característicos de la prensa socialista revolucionaria. Firme en sus principios e inflexible en la táctica, científica y partidista, movilizadora y organizadora de las masas, popular y polémica: estos atributos, según palabras de Benin, permitieron que Neue Rheinische Zeitung se convirtiera "en el mejor órgano, el órgano sin rivales del

[203] An die Arbeiter Kölns. MEW, vol. 6, pág. 519.

[204] Carlos Marx: La persecución contra Neue Rheinische Zeitung bajo el estado de sitio. MEW, vol. 6, págs. 505-506.

[205] Die Achtundvierziger, pág. 80.

proletariado revolucionario".[206]

Una vez más, a Marx sólo le quedaba el camino del exilio. Pero ante todo había que reunir dinero necesario para pagar a los acreedores del periódico, los salarios de los tipógrafos é impresores, las cuentas de los abastecedores de papel, los honorarios de los corresponsales y las necesidades de emergencia de los colegas acosados por órdenes de arresto. Carlos y Jenny sacrificaron todo lo que les quedaba: habían hecho una contribución total de 7.000 táleros en los dos años revolucionarios. A la familia no le quedaba más que la platería de Jenny, que en el acto fue llevada al montepío de modo que por lo menos les quedase dinero para sus necesidades inmediatas.

En tanto que Jenny y los tres niños viajaban a casa de su madre, en Tréveris, Marx y Engels se dirigieron hacia el suroeste de Alemania. Allí la fuerza del movimiento revolucionario permanecía intacta. Bajo la dirección de la pequeña burguesía radical, las masas populares se habían fortalecido en Baden y el Palatinado gracias a la fraternización con el ejército de Baden, e iniciado un levantamiento armado. Exigían el reconocimiento de la Constitución del Reich por su gobierno; el levantamiento revolucionario que comenzó entonces —si se lo conducía con firmeza— habría podido avanzar más allá del objetivo inmediato de la lucha por una república democrática.

Marx y Engels se apresuraron a llegar a Francfort. Allí trataron de convencer a los demócratas radicales pequeñoburgueses de que llamasen a los rebeldes de Baden y el Palatinado de Francfort, para proteger a la Asamblea Nacional. Predicaron ante oídos sordos. En Mannheim, también trataron de convencer a los dirigentes revolucionarios de Baden de que llevasen el ejército popular a Francfort, pero una vez más, sin éxito. Lo mismo ocurrió en Karlsruhe, Speyer y Kaiserslautern: en todas partes los dirigentes pequeñoburgueses no se dejaron convencer, y no hicieron más que mirar, pasivos,

[206] V. I. Lenin: "Carlos Marx", en Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1964, pág. 66.

mientras los regimientos del rey prusiano se internaban cada vez más en la provincia, como verdugos de la revolución.

Al cabo, a comienzos de junio, los dos amigos se separaron en Bingen. Marx viajó a París, comisionado por los demócratas del Palatinado para negociar con sus camaradas franceses el apoyo al levantamiento en Alemania. Pero a mediados de junio el partido democrático también sufrió una derrota final en París.

Marx seguía entonces con afiebrada ansiedad los informes del suroeste de Alemania. Sabía que los miembros de la Liga Comunista estaban, en todas partes, en la primera fila de los millares de obreros armados que luchaban, con invencible denuedo, contra las superiores fuerzas prusianas. Le enorgulleció que los comunistas fuesen los más valerosos. Entre ellos se contaba Federico Engels, quien cumplió con sus deberes revolucionarios como ayudante en un cuerpo de voluntarios, y de tal modo garantizó que *"Neue Rheinische Zeitung* estuviese representado, *honoris causa,* también en el ejército del Palatinado-Baden".[207] Entre los voluntarios se encontraban muchos de sus más íntimos camaradas de Colonia, quienes habían luchado con él hombro a hombro. A comienzos de julio los informes llegados del escenario de las luchas se hicieron cada vez más inquietantes. Con tres cuerpos de ejército, la contrarrevolución barría la provincia de Baden. El ejército popular revolucionario tuvo que retroceder paso a paso, y al cabo debió retirarse al otro lado de la frontera, hacia Suiza. Joseph Moll, el valiente combatiente, ya había caído en la lucha. Los militares prusianos estrangularon el levantamiento con rápidos juicios fraguados y sangrientas represalias.

La derrota del ejército revolucionario de Baden- Palatinado significaba el fin de la revolución. La reacción en Alemania, lo mismo que en Francia, volvía otra vez a contar con sus plenos poderes. Los que usó en forma implacable, en París no menos que en Berlín y Viena.

[207] Federico Engels: Campaña por la Constitución del Reich alemán. MEW, vol. 7, pág. 161.

Apenas Marx se había reunido con su amada esposa e hijos, apenas se trasladó a un departamentito de la Rue de Lille, cuando uno de los tristemente célebres sargentos de policía se presentó con una orden del gobierno burgués francés: debía salir de París en el acto, y su residencia quedaba limitada al pantanoso distrito de Bretaña. Ello habría significado una muerte segura para los niños, a menudo enfermos. Marx rechazó ese "intento disimulado de asesinato".[208] Con grandes esfuerzos, logró reunir suficiente dinero para viajar a Londres.

[208] Marx a Engels, 23 de agosto de 1849. MEW, vol. 27, pág.142.

CAPÍTULO IV.

1849-1864

Balance de la revolución - Vida de refugiado - Papa Marx estudia - Familia y amigos - Nuevas batallas en el horizonte

Balance de la revolución

Marx llegó a Londres el 26 de agosto de 1849. Esa vez no iba a Inglaterra para continuar sus estudios económicos, como en 1845, o para combatir por sus concepciones teóricas ante los representantes del proletariado internacional, como en el otoño de 1847. Los agentes de la reacción, fortalecidos una vez más, lo habían empujado al exilio, junto con muchos millares de otros refugiados. La contrarrevolución se vengaba en los demócratas y patriotas de todo el continente mediante persecuciones y arrestos, sentencias de cárcel y deportaciones. Trataban de extinguir la carrera política de todos los patriotas por medio de una interminable cadena de prohibiciones y persecuciones.

Marx hizo solo el viaje a Inglaterra. Su esposa e hijos tuvieron que esperar en París hasta que reuniese el dinero necesario para el viaje.

Engels se hallaba en Suiza. Poco antes de su partida de París, luego de semanas de aprensión acerca de su amigo, Marx recibió de él una carta en el sentido de que se encontraba con vida, y en seguida respondió: "¡Querido Engels! He pasado mucha ansiedad por ti".[209]

[209] Marx a Engels, 1 de agosto de 1849. MEW, vol. 27, pág. 139.

Y un poco más tarde: "En Londres tengo perspectivas positivas para la financiación de un periódico alemán... Por lo tanto debes venir en seguida. Además, será mejor para tu seguridad. Los prusianos te fusilarían por dos razones: 1) por lo de Baden, 2) por lo de Elberfeld".[210] Marx no era una persona que se dejase abrumar por el pesimismo... A pesar del triunfante clamoreo de los contrarrevolucionarios, a despecho de las oscuras perspectivas de ese nuevo exilio. La lucha revolucionaria continuaría, sólo que con otros métodos, en otras formas y con otras tácticas.

Londres, con sus más de 2.000.000 de habitantes, era entonces la ciudad más grande de la tierra. Era la capital del país capitalista más altamente desarrollado, el taller del mundo. En la primavera de 1848 la revolución europea también había golpeado a las puertas de Inglaterra, donde el más grande movimiento obrero inglés, el cartista, convocó a demostraciones de masas para la ampliación de los derechos democráticos fundamentales. Pero el movimiento sufrió una derrota tan importante, que sus fuerzas revolucionarias quedaron extinguidas durante mucho tiempo.

Ahora, después de la derrota de la revolución europea, Inglaterra —y en especial Londres— se convertía en centro de los emigrantes políticos, junto con Suiza y Estados Unidos. Sería la última estación de la vida de Marx como refugiado. Al mismo tiempo, o un poco más tarde, también llegaron los miembros más activos de la Liga Comunista. La filial londinense de la Liga se convirtió en lugar de reunión para los miembros de la Liga alemana que habían emigrado. La Asociación Obrera Educativa Comunista, que funcionaba legalmente, despertó entonces a una nueva actividad. No es de extrañar que muchos obreros refugiados de Inglaterra, al encontrarse desocupados y sin dinero, trasplantados de pronto a un país extraño cuyo idioma, costumbres y modalidades no conocían, y cuyo gobierno los miraba con suspicacia... no es extraño que esos emigrantes recurriesen, en procura de ayuda, a los mismos comunistas que en Alemania les habían mostrado el camino en las luchas revolucionarias.

[210] Marx a Engels, 23 de agosto de 1849. MEW; vol. 27, pág.142.

Marx se vio frente a una multitud de tareas. Junto con Heinrich Bauer, Kad Pfänder, Johann Georg Eccarius, el publicista Sebastian Seiler y otros camaradas, instaló una nueva oficina central de la Liga. La tarea inmediata era la de buscar ayuda para los refugiados políticos de Alemania. En septiembre Marx propuso, a una reunión general de la Asociación Obrera Educativa, que se estableciera una comisión para ayudar en esa labor. La reunión lo aceptó y eligió a Marx presidente de la comisión. También se nombró para integrada a Heinrich Bauer y Karl Pfänder. Muchos de los miembros de la comisión se encontraban asimismo en una situación de penuria, pero decidieron no aceptar nada para sí, del fondo de solidaridad, y otorgar prioridad a sus camaradas de clase y otros refugiados políticos. Para Marx esa era una evidente expresión de la moral comunista.

Marx dedicó entonces mucho tiempo y energía a la comisión de solidaridad. Era necesario encontrar, cada vez más, nuevas fuentes de ayuda, dedicar fatigosos esfuerzos a pequeños detalles, escribir cartas, visitar a simpatizantes y dar esperanzas a los desalentados. Marx sabía, por sus propias experiencias, cuánta valentía y fuerza daban esa solidaridad a los acosados revolucionarios. Durante esos meses, él mismo luchó contra la más profunda pobreza.

Jenny, los tres niños y Lenchen llegaron de París a mediados de septiembre. Con ayuda de Georg Weerth, relataba Jenny más tarde, "se compró a toda prisa un departamento más grande en Chelsea, ya que se acercaba cada vez más el momento en que un techo más pacífico sobre mi cabeza tendría gran importancia. El 5 de noviembre... nació mi pobre Heinrich".[211] De tal modo, los problemas de los padres se acrecentaron. Ni siquiera Engels estaba en condiciones de ayudar. Luego de un viaje por mar de cinco semanas, desde Génova, llegó a Londres sin dinero. Pero por más que estas preocupaciones pesaran sobre Marx, no consiguieron doblegado.

Hizo todo lo posible para proteger del hambre a los refugiados

[211] Jenny Marx: Breve esbozo de una vida agitada. En Mohr und General, págs. 211-212.

obreros. Al mismo tiempo se esforzó por reunir otra vez a los revolucionarios proletarios en el exilio, por fortalecer la Oficina Central de la Liga Comunista y de la Asociación Obrera Educativa Comunista, y restablecer las vinculaciones con los miembros de la Liga que habían permanecido en Alemania. Ello era de importancia, ya que los voceros de los demócratas pequeñoburgueses entre los inmigrantes trataban de unir a todos los refugiados alemanes bajo su dirección, y hacer que los obreros abandonaran sus organizaciones de clase independientes. Para impedirlo, Marx redobló sus esfuerzos de reorganización de la Liga Comunista lo antes posible, y explicó a los refugiados obreros las tareas de clase que les esperaban. Como todos los otros miembros de la Liga, también él, en ese momento, seguía esperando que la revolución alemana volviese a estallar en el futuro cercano. En ese caso, la clase obrera necesitaría contar con un partido que funcionara con independencia, y que impidiese que la mayoría del proletariado no hiciese más que seguir, desde la retaguardia, a la pequeña burguesía.

A comienzos de 1850 empezó a invitar a los miembros activos de la Liga a su hogar, para analizar con ellos problemas teóricos. Más o menos por la misma época ofreció una serie de disertaciones sobre temas económicos, y leyó el *Manifiesto Comunista* ante la Asociación Obrera Educativa Comunista, compuesta entonces, en su mayoría, de refugiados obreros alemanes. Entre sus oyentes se contaba un joven estudiante refugiado, quien había luchado frente a la contrarrevolución en Baden, armas en manos, y luego huido a Londres vía Suiza. Se llamaba Wilhelm Liebknecht. Pronto se convertiría en un leal discípulo, amigo y camarada de Marx y Engels.

Para hacer comprensible el "secreto" de la explotación capitalista a los obreros, Marx tenía su propio método. Más tarde Liebknecht lo explicó como sigue: "Introducía una proposición, en la forma más concisa posible, y luego la explicaba más en detalle, siempre con el máximo cuidado de evitar expresiones que los obreros no pudiesen entender. Luego pedía que se le hicieran preguntas. Si no las había, se dedicaba a examinar a sus oyentes, y lo hacía con tal habilidad pedagógica, que no se le escapaba una sola laguna, un solo error de comprensión... Cuando enseñaba, usaba un encerado en el cual es-

cribía sus fórmulas... inclusive las del comienzo de *Das Kapital*, que tan bien hemos llegado a conocer".[212]

En sus primeros meses de exilio en Londres, Marx dedicó especial atención a la fundación de un nuevo órgano periodístico. El objetivo consistía en explicar en él las lecciones que habían surgido de la revolución, para la lucha futura, para la estrategia y táctica del proletariado. Ese periódico era vital para la orientación política de los revolucionarios proletarios dispersos en todo el mundo; pero su fundación resultaba muy difícil, en especial en términos del dinero necesario para su publicación.

Se planeó editarlo con el nombre, ya famoso, de *Neue Rheinische Zeitung*, pero no como diario, sino como periódico, "una revista político-económica". Sería el órgano de la Liga Comunista y se distribuiría, no sólo en las librerías, sino también por los miembros de la Liga, y de ese modo pasaría en forma directa a las actividades de propaganda de ésta. Después de interminables preparativos, por fin apareció el primer número de la nueva *Neue Rheinische Zeitung*. Revista político-económica, en Hamburgo, a comienzos de marzo de 1850, en 2.500 ejemplares. El segundo número se publicó el mismo mes. Otros cuatro números aparecieron durante el año. Los artículos más importantes y amplios provenían de Marx y Engels. En esa revista publicó Marx *Luchas de clases en Francia*, 1848-1850, y Engels *Campaña alemana por una Constitución para el Reich*, y *La guerra campesina en Alemania*. Estas obras fueron de la máxima importancia para el desarrollo de la orientación teórica y táctica de la clase obrera después de la revolución. Pero la distribución de la publicación en Alemania encontró grandes dificultades. Los libreros temían el riesgo político y material. La mayoría de quienes habían prometido distribuirlo se retractaron, de modo que Marx tuvo que abandonar el proyecto, a finales de 1850, lamentándolo mucho.

Entre tanto, en el hogar, la pobreza se había vuelto inimaginable.

[212] Wilhelm Liebknecht: Carlos Marx en el recuerdo. En Mohr und General, pág. 61.

Jenny describía su vida en una carta a Joseph Weydemeyer, íntimo amigo de la familia, a finales de marzo de 1850: "Como las nodrizas cobran aquí precios exorbitantes, decidí alimentar yo misma a mi niño, a pesar de constantes y terribles dolores en la espalda y el pecho. Pero el pobre angelito bebió tantas de mis propias preocupaciones y ansiedades no expresadas, que enfermó crónicamente, y día y noche sufría agudos dolores. No ha dormido una sola noche desde que nació: dos o tres horas cuando mucho. Hace muy poco fue atacado de tremendos calambres, de modo que oscilaba sin cesar entre la muerte y una vida desdichada. En esa situación lamentable, succionaba con tanto vigor, que mis pechos estaban heridos y agrietados. A veces la sangre penetraba en su boquita temblorosa. Y así me encontraba sentada un día cuando entró... nuestra casera… y exigió las cinco esterlinas que todavía le debíamos. Como no pudimos pagarle en seguida... llegaron a la casa dos funcionarios para despojarnos de mis escasas posesiones, camas, ropa blanca, trajes, todo... inclusive la cuna de mi pobre niñito, los mejores juguetes de las niñas, presentes en ese momento, con cálidas lágrimas. Amenazaron con llevárselo todo en un plazo de dos horas. Entonces me acosté en el piso desnudo, con mi niño helado.

"Al día siguiente debíamos abandonar la casa. Era un día frío, lluvioso y lúgubre. Mi esposo buscó un departamento, pero nadie quería recibirnos cuando mencionaba a los cuatro niños. Por último un amigo nos ayudó, pagamos el embargo y yo vendí todas mis camas a fin de pagar al boticario, el panadero, el carnicero y el lechero, quienes, ansiosos ante el escándalo del embargo, cayeron de pronto sobre mí con sus facturas. Las camas fueron apiladas sobre un carro, ante la puerta... ¿y qué ocurre? Ya era tarde, había anochecido, y una ley inglesa lo prohíbe. Se presenta el casero con la policía, y afirma que podría haber algunas cosas de él, que queremos huir con ellas a un país extranjero. En menos de cinco minutos más de doscientas o trescientas personas se agolpan ante nuestra puerta, boquiabiertas, toda la muchedumbre de Chelsea. Las camas vuelven a entrar. Sólo después de la salida del sol podrán ser entregadas al comprador. Entonces, cuando gracias a la venta de todas nuestras posesiones podemos por fin pagar hasta el último penique, me tras-

lado con mis seres amados a nuestras dos actuales y minúsculas habitaciones del Hotel Alemán, número 1 de la calle Leicester, Leicester Square, donde encontramos refugio humano por 5½ libras semanales".[213]

Pero ni siquiera de ese refugio pudieron gozar durante mucho tiempo. El mismo año tuvieron que trasladarse una vez más a otro barrio, en esa ocasión a una miserable vivienda del distrito del Soho, número 64 (ahora 69) de la calle Dean, seguida poco después por otra mudanza al 28 de la calle Dean, donde por fin permanecieron varios años. Pero Jenny no desesperaba en esas situaciones, aunque quebrasen el espíritu de otros. En la desgarradora carta citada más arriba, continúa diciendo: "No crea que estos mezquinos sufrimientos me han doblegado. Sé demasiado bien que nuestra lucha no es una lucha aislada, y hasta qué punto pertenezco a los pocos afortunados, a los más favorecidos, ya que mi querido esposo, el pilar de mi vida, sigue a mi lado".[214]

En momentos en que inclusive los revolucionarios más audaces sentían la pesada mano de la desesperación y la resignación, Marx hizo, literalmente, el trabajo de dos personas. Lo que lo mantenía era su convicción profunda, de bases científicas, de que su causa era justa, su inconmovible creencia en la fuerza de la clase obrera, y su optimismo revolucionario, basado en esa creencia. Gracias a sus extraordinarios poderes de concentración, y a la comprensión que le mostraban Jenny y Lenchen, siempre pudo apartarse de las desdichas cotidianas y dedicarse a las tareas científicas y políticas por las cuales estaba dispuesto a aceptar todos los sacrificios personales.

Marx sostenía la creencia de que inclusive los reveses más enormes, aun las derrotas más sangrientas, tienen su aspecto positivo si la gente aprende de ellas. Creía que las tareas inmediatas de la Liga Comunista consistían en estudiar y generalizar las lecciones de la

[213] Jenny Marx a Joseph Weydemeyer, 20 de mayo de 1850. MEW, vol. 27, páginas 608-609.

[214] Jenny Marx a Joseph Weydemeyer, 20 de mayo de 1850. MEW, vol. 27, pág. 609.

revolución, y ayudar a las masas obreras a entender las experiencias de las dos guerras revolucionarias. Se lanzó a esta tarea junto con Engels. A finales de marzo —en el mismo período en que Jenny escribía su conmovedora carta—, Marx y Engels establecieron ante el buró central de la Liga las conclusiones a que habían llegado. El buró aprobó el documento. Autorizó a uno de sus miembros más responsables, Heinrich Bauer, a viajar a Alemania y a trasmitir a los comunistas que entonces trabajaban allí en la ilegalidad el Mensaje del Buró central a la Liga, en marzo de 1850.

Marx y Engels podían decir, con justificado orgullo, desde el comienzo de su mensaje, que la Liga había pasado sus pruebas, durante la revolución, en un doble sentido: "En primer lugar, por el hecho de que sus miembros, en todas las localidades, participaron con energía en el movimiento. Que en la prensa, en las barricadas y en los campos de combate se encontraron en las primeras filas de la única clase revolucionaria coherente, el proletariado. La Liga pasó su prueba, además, porque su estimación del movimiento... demostró ser la única correcta".[215] En otras palabras: el comunismo científico había aprobado su primera prueba histórica. Ello era de la mayor importancia para la educación ideológica de la mayoría de los obreros progresistas, y para el desarrollo de su teoría.

Pero la revolución no había cumplido con su misión. Alemania no estaba unificada ni convertida en un Estado democrático. La responsabilidad de esta derrota, declararon Marx y Engels, recaía sobre la gran burguesía. En lugar de conducir a las masas populares al derrocamiento del régimen feudal, se alineó junto a la contrarrevolución, frente a sus aliados naturales, los obreros y campesinos, sólo para que a la postre le arrancaran de entre las manos el timón del Estado. En una nueva revolución, ese papel sería representado por la pequeña burguesía, escribían Marx y Engels. Mostraron que la pequeña burguesía, tanto durante la revolución como en la emigración, trató de convertir al proletariado en "un apéndice de la

[215] Carlos Marx / Federico Engels: Mensaje del Comité Central a la Liga, en marzo de 1850. MEW, vol. 7, pág. 244.

democracia burguesa oficial".[216] Marx y sus camaradas repudiaban con vigor la fusión política de los obreros con la pequeña burguesía. Declararon que la Liga debía trabajar con todas sus fuerzas "para establecer la organización independiente, secreta y pública, del partido obrero, junto con los demócratas oficiales, y para convertir cada organización local de la liga en el centro y corazón de las asociaciones obreras, en las cuales se analicen el punto de vista y los intereses del proletariado, con independencia de la influencias burguesas".[217]

Con esta clara orientación, volvió a emprenderse la lucha, de manera inequívoca, contra todos los intentos oportunistas de poner a la clase obrera en manos de las clases gobernantes.

Por cartas que llegaban al buró central, y por Heinrich Bauer, quien había regresado a Alemania, Marx se enteró que las organizaciones de la Liga de allí habían vuelto a consolidarse. Una vez más surgían organizaciones locales en una cantidad de grandes ciudades como Colonia, Francfort, Berlín, Breslau, Hamburgo, Leipzig, Maguncia, Munich, Nuremberg, Stuttgart y también en localidades tales como Schwerin, Wurzburgo y Hanau. Tenía especial significación el hecho de que algunos grupos e individuos habían logrado establecer su influencias sobre las muchas asociaciones todavía existentes de obreros, estudiantes, campesinos y jornaleros. En junio, sobre la base de estos sucesos, Marx presentó otro Discurso a la Liga, ante el buró central, junto con Engels. Llamaba a los comunistas de Alemania a prestar la más estrecha atención a esas orga-nizaciones legales de obreros y campesinos. En esa continuación lógica de la táctica seguida por él y sus colaboradores durante la revolución en 1848-1849, Marx veía el posterior desarrollo de su batalla por un partido obrero nacional y revolucionario.

Las sugestiones tácticas hechas a los comunistas alemanes, por Marx y Engels, en ambos mensajes a la Liga, complementaban las

[216] Carlos Marx / Federico Engels: Mensaje del Comité Central a la Liga, en marzo de 1850. MEW, vol. 7, pág. 248.

[217] Carlos Marx / Federico Engels: Mensaje del Comité Central a la Liga, en marzo de 1850. MEW, vol. 7, págs. 248-249.

ya establecidas antes de la revolución, en los principios programáticos del *Manifiesto Comunista*, y en los estatutos de la Liga, aprobados en 1847.

En el mensaje de marzo, Marx explicaba y profundizaba su concepción anterior, de que la clase obrera, en una futura revolución, tendría que convertir la revolución democrático-burguesa, paso a paso, en una revolución proletaria socialista. En la próxima revolución, la pequeña burguesía haría todo lo posible por dejar intactos el sistema social burgués y la esclavitud asalariada de los obreros. Pero el interés del proletariado consistiría "en hacer la revolución permanente hasta que las clases poseedoras, pequeñas o grandes, con mayor o menor riqueza, hayan sido expulsadas del poder, y el poder estatal sea conquistado por el proletariado".[218] Pero por eso mismo, éste debía armarse y crear sus propios organismos de poder, es decir, gobiernos obreros revolucionarios; si era necesario, al lado del gobierno burgués. "Para nosotros no se trata de cambiar la propiedad privada, sino sólo de su destrucción; no se trata de ocultar las contradicciones de clase, sino de abolir las clases; no de mejorar la sociedad existente, sino de fundar una nueva."[219] Ese era el llamamiento que Marx y Engels dirigían a los trabajadores. Muchas décadas más tarde, en la preparación y concreción de la gran Revolución Socialista de Octubre, así como en las trasformaciones revolucionarias de la República Democrática Alemana y en otros países socialistas, este concepto del crecimiento de la revolución democrática hasta convertirse en revolución socialista, desarrollado aun más por Lenin en términos de la situación del siglo XX, desempeñaría un papel decisivo. Pero en el siglo XIX, esta tarea no figuraba todavía en la agenda.

No menos importantes eran los conceptos que Marx desarrolló en sus investigaciones histórico-científicas de la revolución europea, y ante todo de la francesa. En sus obras *Las luchas de clase en Fran-*

[218] Carlos Marx / Federico Engels: Mensaje del Comité Central a la Liga, en marzo de 1850. MEW, vol. 7, pág. 248.

[219] Carlos Marx / Federico Engels: Mensaje del Comité Central a la Liga, en marzo de 1850. MEW, vol. 7, pág. 248.

cia, de 1848 a 1850, y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, se esforzó, como decía Marx, "por explicar un trozo de la historia contemporánea por medio de su enfoque materialista, sobre la base de la situación económica dada".[220] Tal como había aplicado el materialismo histórico al conjunto de la historia escrita de la humanidad, en el *Manifiesto Comunista*; tal como lo usó durante la revolución, para investigar los acontecimientos con brillante éxito, así también ahora ponía a prueba el materialismo dialéctico en el análisis de un período más prolongado, excepcionalmente tormentoso y que acaba de terminar, en el plano de la historia contemporánea.

En El *18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx mostraba, sobre la base de la república francesa, que es imposible eliminar la explotación de la clase obrera en el marco de la república burguesa. Por primera vez formulaba la noción de que el proletariado, después de su revolución victoriosa, no puede hacerse cargo sencillamente del aparato estatal reaccionario burgués, con todas sus instituciones militares y burocráticas que apuntan a oprimir al pueblo, sino que debe destruirlos. El aplastamiento del antiguo aparato estatal y el levantamiento de un nuevo poder del Estado bajo la dirección del proletariado, con la ayuda del cual se lleva a cabo la transición de la sociedad capitalista a la sociedad comunista: a esto lo llamaba Marx "la dictadura del proletariado". Desde entonces en adelante, esta concepción sería firme elemento integrante de la teoría del Estado y el comunismo científico. Pero la manera en que ese nuevo poder estatal proletario podía instalarse, en detalle... acerca de eso Marx todavía no tenía una visión exacta.

Ningún editor de Alemania se atrevió a publicar esa obra. En Francia, la publicación era impensable, ya que en ella Marx acusaba con energía, al advenedizo Luis Bonaparte, conocido desde 1851 como Napoleón III, emperador de Francia, de traicionar al pueblo. En Estados Unidos, donde Weydemeyer, el camarada de Marx, se esforzó por conseguir la edición, no existía suficiente dinero para pagar los costos de impresión. Pero el 9 de abril de 1852 Weyde-

[220] Federico Engels: Introducción a Las luchas de clases en Francia, de Marx, 1848-1850. SW, pág. 651.

meyer escribió desde Nueva York: "Una ayuda inesperada ha terminado con las dificultades que impedían la impresión del folleto. Después de enviar mi última carta, conocí a uno de nuestros obreros de Francfort, un sastre, quien también llegó aquí este verano. En el acto puso a mi disposición todos sus ahorros, 40 dólares".[221] De tal modo, el folleto de Marx se publicó gracias al espíritu de abnegación de un desconocido obrero alemán. Pero sólo unos pocos ejemplares de esta importante obra consiguieron llegar a Europa.

Nadie ansiaba más que Marx una rápida resurrección del movimiento revolucionario en Europa, y en especial en Alemania. "Las revoluciones son las locomotoras de la historia",[222] había escrito en su *Lucha de clases en Francia*, y agregaba, con absoluta confianza en la victoria: "¡La revolución está muerta! ¡Viva la revolución!"[223] La esperanza de que volviera a estallar en el futuro cercano lo orientó también en la redacción de los dos Discursos a la Liga.

Los políticos e historiadores oportunistas y revisionistas del pasado y el presente han rivalizado en sus esfuerzos por burlarse del supuesto "utopismo revolucionario" y las "audaces profecías revolucionarias" de Marx y Engels. Su objetivo ha sido siempre el de ocultar, detrás del "revolucionarismo" que atribuyen a los fundadores del comunismo científico, su propia inacción filistea, su falta de valentía, sí, su traición a los intereses de los obreros. Pero ante todo, han suprimido siempre el importante hecho de que en la lucha política práctica Marx y Engels nunca se dejaron arrastrar, ni siquiera por sus más ardientes deseos personales, sino sólo por las condiciones y posibilidades objetivas y subjetivas de la lucha de liberación proletaria. Por eso no vacilaron, con la valentía y fran-

[221] Joseph Weydemeyer a Marx, 9 de abril de 1852. En Franz Mehring: Neue Beiträge zur Biographie von Karl Marx und Friedrich Engels. Publicado en Die Neue Zeit, XXV, vol. II, pág.103.

[222] Carlos Marx: La lucha de clases en Francia, 1848-50. MEW, vol. 7, pág. 85.

[223] Carlos Marx: La lucha de clases en Francia, 1848-50. MEW, vol. 7, pág. 34.

queza de auténticos dirigentes proletarios, en revisar sus opiniones en interés de la clase obrera, cuando se mostró que dichas opiniones eran erróneas en la práctica.

Y así ocurrió en 1850. Durante el verano, sobre la base de sus estudios económicos y políticos, llegaron a la conclusión "de que la crisis comercial mundial de 1847 fue la verdadera madre de las revoluciones de febrero y marzo".[224] Decidieron, además, que el reavivamiento económico de mediados de 1848 había sido la base del nuevo fortalecimiento de la reacción europea. Esta conclusión científica tenía, por fuerza, consecuencias de largo alcance para la lucha política. Marx reconoció en seguida que si el desarrollo de una "nueva revolución" "sólo era posible a consecuencia de una nueva crisis",[225] la táctica de la Liga debería ser modifica da en consecuencia con ello. En lugar de preparativos inmediatos para una revolución inminente, los comunistas deberían recurrir a la construcción paciente y a largo plazo de las fuerzas de la futura revolución. Para ello era necesario el mayor desarrollo y propagación del comunismo científico, así como el adiestramiento de cuadros revolucionarios proletarios.

Esta valoración lógica, basada en un análisis materialista histórico de los hechos objetivos, provocó desilusión y rechazo entre la mayoría de los emigrantes pequeñoburgueses. Marx lo había previsto, ya que el juego estéril a la revolución se había convertido entre tanto en el modo de vida de los emigrantes pequeñoburgueses. Pero inclusive algunos miembros del buró central de la Liga no entendieron el cambio de la situación. Creían que podían hacer "ocurrir" la revolución en algún momento prefijado. Elaboraban nuevos e interminables planes utópicos para un ataque armado inmediato, y pensaban que el proletariado llegaría en el acto al poder, en el nuevo levantamiento revolucionario. Marx trató de aclararles, en pacientes discusiones, que el partido obrero no podía basar su línea

[224] Federico Engels: Introducción a Las luchas de clases en Francia, de Marx, SW, pág. 652.

[225] Carlos Marx / Federico Engels: Revue, Mai bis Oktober (1850). MEW, vol. 7, pág. 440.

política en deseos subjetivos, sino sólo en condiciones objetivas. En una reunión del buró central, del 15 de septiembre, declaró: "La minoría remplaza el punto de vista crítico por uno dogmático, el punto de vista materialista por uno idealista. En lugar de la situación real, sólo el deseo se convierte en la rueda motriz de la revolución".[226] La fracción encabezada por Willich y Schapper se aferró con empecinamiento a su punto de vista aventurero y "putschista". Marx se opuso a ello con la declaración de que el proletariado alemán todavía estaba demasiado poco desarrollado, que necesitaría décadas de lucha revolucionaria, no sólo para modificar la situación existente, sino "para cambiarse él mismo y ser capaz del ejercicio del poder político".[227]

Inútiles fueron todos los intentos de persuasión. La impaciencia revolucionaria y la inmadurez teórica frustraron, inclusive en un viejo comunista y amigo de Marx como Karl Schapper, la capacidad para ver la realidad con claridad. Marx propuso que el buró central trasladase su sede a Colonia. Su solicitud se basaba en el hecho de que los partidarios de Willich habían logrado predominar entre los inmigrantes en Londres, en tanto que en Alemania la mayoría de los miembros de la Liga que se encontraban de manera directa en la lucha reconocían lo correcto del punto de vista de Marx. La mayoría aprobó esta proposición. La fracción Willich-Schapper se mantuvo en oposición a la decisión, y formó una liga separada. Pronto fueron expulsados de la Liga Comunista por el buró central de Colonia.

Este último, en especial su figura principal, el doctor Ronald Daniels, íntimo amigo de Marx y Engels, desarrollaba sus tareas sobre la base de las concepciones de Marx. Se esforzó por fortalecer su influencia organizativa sobre las organizaciones locales. El pueblo de Colonia instó a Marx a publicar una nueva edición del *Manifiesto Comunista*, comenzó a publicar los Ensayos escogidos de

[226] Carlos Marx: Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia. MEW, vol. 8, pág. 412.

[227] Carlos Marx: Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia. MEW, vol. 8, pág. 412.

Marx, y planeó una nueva publicación comunista. El 9 de mayo de 1851, Engels escribía a Marx, co confianza: "Pronto volveremos a tener un órgano que necesitamos, y en el cual podremos refutar todos los ataques".[228]

Pero estas esperanzas estaban condenadas a la frustración. Pocos días más tarde, a mediados de mayo, los miembros del buró central de Colonia y varios integrantes de la Liga de otras partes de Alemania fueron arrestados.

El gobierno prusiano no tenía intención de dedicarse a simples arrestos de los miembros dirigentes de la Liga. Su objetivo era la destrucción total de ésta, y la eliminación de las ideas de Marx y Engels en Alemania. El 3 de junio el ministerio prusiano dedicó una sesión especial a los arrestos. Se enviaron a Londres gran cantidad de agentes policiales dirigidos por el consejero policial Stieber, para espiar a Marx y encontrar "pruebas incriminatorias" para el juicio que se planeaba contra el "partido de Marx". El acoso a la Liga Comunista fue convertido en la primera prioridad estatal, en la cual participaban inclusive los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores prusianos.

El interrogatorio de los comunistas arrestados nada dio que pudiese ser usado como prueba de una "conspiración". Pero como era preciso sacar a la luz, a cualquier precio, "conspiraciones comunistas", y como el rey en persona así lo había pedido, la policía se concentró en la creación de materiales falsificados, en fraguar informes de soplones y en la búsqueda de renegados. Necesitaron un año y medio para este sucio trabajo, de modo que sólo en octubre de 1852 pudo iniciarse el juicio contra los comunistas arrestados, ante un jurado de Colonia. Para entonces, a consecuencia del terrorismo gubernamental, la actividad de la Liga en Alemania había quedado prácticamente anulada.

En cuanto el informe de los primeros arrestos llegó a oídos de Marx, éste comenzó a hacer todo lo posible para aliviar la suerte de los involucrados en ello. No le cabía duda alguna de que la reac-

[228] Engels a Marx, 9 de mayo de 1851. MEW, vo1. 27, pág. 253.

ción prusiana intentaba, con ese ataque a los comunistas, golpear y destruir todo el movimiento democrático de Alemania. Por consiguiente le pareció tanto más necesario utilizar el juicio para poner en la picota al propio régimen policial prusiano. Se esforzó, en especial, por desenmascarar los infames métodos extorsivos y delatores del gobierno prusiano. Al principio, en artículos periodísticos, atacó a las autoridades judiciales prusianas por su constante postergación del juicio. Luego, durante todo el otoño de 1852, trabajó incansablemente, con la ayuda de amigos, para poner al descubierto las intrigas de la policía y para que los asesores legales de los acu- sados tuvieran en sus manos, por caminos indirectos, toda la información disponible.

Jenny describía en una carta, fechada el 28 de octubre, la situación de esas semanas y meses, tal como se la vivía en el minúsculo departamento de la familia Marx:

"Ya se imaginará que el 'partido de Marx' trabaja día y noche, y tiene que trabajar con la cabeza, las manos y los pies... Todo lo que la policía ha descubierto es un embuste. ¡Roban, falsifican, descerrajan escritorios, hacen jurar a falsos testigos y proclaman el derecho a hacer todo esto contra los comunistas, quienes se encuentran hors de la société [fuera de la sociedad]!... Todas las pruebas de los falsificadores deben ser presentadas desde aquí. De tal modo, mi esposo se encuentra atareado todo el día, y hasta muy avanzada la noche. Para demostrar la falsificación policial, hemos tenido que obtener pruebas autenticadas del casero; también hubo que autenticar la caligrafía de Liebknecht y Rings, los supuestos redactores de las minutas. Después hay que copiarlo todo de 6 a 8 veces, para enviarlo a Colonia de distintas maneras, a través de Francfort, de París, etcétera, ya que toda la correspondencia entre mi esposo y Colonia se abre y confisca. Se ha convertido en una lucha entre la policía, por un lado, y mi esposo por el otro, ya que éste debe cargar con toda la revolución, e inclusive con la conducción de todos los juicios... Pero la lucha contra este poder oficial que cuenta con el dinero y los instrumentos de combate es, por supuesto, muy interesante, y tanto más honorable si culmina en una victoria para nosotros, ya que se trata del dinero, el poder y todo lo demás por el

otro lado, en tanto que nosotros a menudo no sabemos siquiera de dónde sacar el papel para las cartas, etcétera, etcétera.

"En nuestro hogar se ha instalado una oficina completa. Dos o tres personas escriben, otras hacen diligencias, otras reúnen los peniques, de modo que los escritores pueden seguir existiendo y encontrar pruebas de los más inimaginables escándalos por parte del viejo mundo oficial. Y en medio de todo esto, mis tres hijos cantan y silban y tropiezan con su padre. ¡Qué ajetreo!"[229]

Las esperanzas de Jenny, de que el juicio pudiese "culminar con una victoria",[230] no se cumplieron. Después de la revelación de las incontables falsificaciones policiales, sin precedentes, que fueron incondicionalmente respaldadas por el gobierno prusiano, "los jurados ya no estuvieron en libertad de encontrar culpable o inocente al acusado —escribía Marx—. Ahora tenían que encontrar culpable al acusado... o al gobierno".[231] Frente a tal decisión, la mayoría de los jurados, sin excepción miembros de las clases gobernantes –Junkers, burgueses y funcionarios estatales—, mostraron ser súbditos invertebrados de su monárquico gobernante. Pronunciaron culpables a la mayoría de los acusados, y los condenaron a prolongadas sentencias de encarcelamiento.

Pero su decisión fue una victoria de Pirro para el Estado prusiano. Gracias a la incansable labor de Marx para encontrar y publicar las intrigas de sus socios soplones, el juicio de los comunistas de Colonia se convirtió en una derrota moral para el aparato policial y jurídico prusiano.

Marx elaboró el material que había reunido sobre el juicio de Colonia, y lo convirtió en un folleto, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia.* No se conformó con la revelación de

[229] Jenny Marx a Adolf Cluss, 28 de octubre de 1852. MEW, vol. 28, págs. 640-642.

[230] Jenny Marx a Adolf Cluss, 28 de octubre de 1852. MEW, vol. 28, pág. 641.

[231] Carlos Marx: Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia. MEW, vol. 8, pág. 465.

las bajas falsificaciones y extorsiones de la policía y los órganos de la justicia. Su objetivo consistía en demostrar que tales infamias no eran una degeneración casual, sino rasgos típicos del Estado policial y militar prusiano, y que la caza de brujas contra los comunistas no era otra cosa que una señal para la gran ofensiva contra las fuerzas democráticas. Destacó que una táctica conspirativa y aventurera, tal como la que los funcionarios del fiscal trataban de atribuir a la Liga Comunista, era incompatible con la misión histórica de los comunistas: fortalecer la conciencia de clase de la clase obrera y crear un partido proletario de masas.Marx utilizó a la fracción Willich-Schapper como ejemplo, y mostró que el aventurerismo político separa al partido de las masas, conduce a la división y de esa manera perjudica en inmensa proporción al movimiento obrero.

A comienzos de marzo de 1853. Marx recibió la mala noticia de que toda la edición del folleto de las *Revelaciones*, impreso en Suiza, había sido confiscada por la policía en la frontera alemana. Pero con la ayuda de amigos en Norteamérica, y en especial de Weydemeyer, el folleto se publicó en un periódico germano-norteamericano, y gracias a la ayuda financiera de Engels, una tirada especial del periódico llegó también a Renania.

Inmediatamente después del juicio a los comunistas de Colonia, Marx presentó en la organización londinense de la Liga una resolución para su disolución. La resolución también afirmaba que la existencia de la Liga en el continente, donde de cualquier manera ya no podía trabajar, debía ser considerada como "inadecuada ya para el momento".[232] La resolución fue aprobada. Marx y Engels sabían demasiado bien que una fuerza como la del movimiento obrero, producida por la sociedad moderna, podía ser cercada, sí, e inclusive empujada hacia atrás por las persecuciones y las represiones, pero que jamás se contendría su inevitable desarrollo. Engels escribía a su amigo, con confianza: "No pueden borrar de la historia a *Neue Rheinische Zeitung*, el *Manifiesto* y *tutte quante*, y

[232] Marx a Engels, 19 de noviembre de 1852. MEW, vol. 28, pág. 195.

todos sus aullidos no les servirán para nada".[233] El que el camino trazado por la Liga Comunista, el primer partido de la clase obrera alemana e internacional, no sería olvidado en los años de la reacción que siguieron en Alemania, eso lo garantizó el propio Marx, junto con Engels, en sus infatigables trabajos siguientes.

Vida de refugiado

Los años 1849 a 1853 fueron los más difíciles para la vida de la familia de Marx, que ya estaba más que saturada de pobreza y necesidades.

Precisamente durante las semanas en que Marx trabajaba, afiebrado, para salvar a sus compañeros de lucha enjuiciados en Colonia, la pobreza prácticamente amenazaba aplastarlo en su hogar. El 8 de septiembre de 1852 escribía a Engels:

"Tu carta llegó hoy en medio de un ambiente muy tenso. Mi esposa está enferma, Jennychen está enferma, Lenchen tiene una especie de 'fiebre nerviosa'. No pude, ni puedo ahora llamar al médico, ya que no tengo dinero para medicinas. Durante ocho o diez días he alimentado a la familia con pan y papas, pero es dudoso que pueda obtener hoy algo de eso. Es claro que esta dieta no resulta útil...

"De esta manera contengo hasta comienzos de septiembre a todos los acreedores, que, como sabes, sólo reciben fragmentos de pago. Ahora la tormenta es general...

"Lo mejor y lo más deseable que podría ocurrir sería que la casera nos expulsara. Entonces por lo menos no tendría que pagar la suma de £ 22. Pero difícilmente se muestre tan amable. Además, el panadero, el lechero, el chico que reparte el té, el verdulero, y las viejas cuentas del carnicero. ¿Cómo podré salir alguna vez de este endiablado embrollo?"

Tres meses después, cuando envió a Norteamérica su folleto sobre

[233] Engels a Marx, 9 de mayo de 1851. MEW, vol. 28, págs. 128- 129.

los juicios de Colonia, en que inclusive tuvo que llevar al montepío la chaqueta y los zapatos, escribía, con amargo humor, en la carta adjunta, que "el autor, por ausencia de suficiente cobertura para su parte posterior y sus pies, se encuentra prácticamente internado, y además, ve que una miseria en verdad increíble amenaza con caer sobre su familia".[234]

Esta "miseria en verdad increíble" envolvió en los hechos a la familia Marx desde agosto de 1849 en adelante, sin tregua. Pero Marx pocas veces hablaba de ella. Despreciaba a los desdichados emigrantes burgueses que recorrían el país con un cuenco de limosnero, para mendigar una existencia cómoda. En total comprensión con su esposa, rechazó la idea de seguir una carrera burguesa, con un puesto fijo que le ofreciera seguridad material, pero que, en las condiciones entonces existentes, lo separaría de manera permanente, o al menos durante mucho tiempo, de su labor científica y política para la clase obrera. Esta decisión les costó, a él y a su familia, incontables sacrificios. Pero en todos los amargos años jamás hubo un momento en que la resolución provocase pena a Carlos y Jenny. "Debo seguir mi rumbo cueste lo que costare —escribió una vez, y no permitiré que la sociedad burguesa me convierta en una máquina de hacer dinero."[235]

No todos sus colegas anteriores entendieron esta decisión. Algunos habían hecho las paces con la antigua sociedad, otros inclusive desertaron y se pasaron a las filas del enemigo. Precisamente estos débiles y renegados eran los que más vociferaban e injuriaban al "partido de Marx" y a su dirigente con calumnias y denuncias. Pero Marx continuó su camino sin vacilar, aunque a veces la pobreza se volvía insoportable.

Tuvo que soportar todos los horrores de la vida del *emigré*. Hubo que empeñar un objeto valioso tras otro, e inclusive las ropas de vestir y de cama. En varias oportunidades debió interrumpir su tra-

[234] Marx a Adolf Cluss, 7 de diciembre de 1852. MEW, vol. 28, pág. 560.

[235] Marx a Joseph Weydemeyer, 1 de febrero de 1859. MEW, vol. 29, pág. 570.

bajo para pedir a sus muchos acreedores más crédito y paciencia. Los ingresos provenientes de su actividad literaria eran escasos, ¿pues quién se atrevía a publicar a Marx en el período de reacción que ahora reinaba en Europa? La sociedad burguesa se vengaba de ese modo contra los dirigentes del proletariado. Trataba de lograr, por medio del poder económico, lo que no había podido conseguir mediante los juicios y las provocaciones. En el hogar de Marx faltaba a menudo dinero para papel de escribir y estampillas, y no hablemos ya de periódicos, tan esenciales para su actividad literaria. Y la familia vivía bajo la permanente amenaza de la expulsión de la casa.

A la pobreza diaria, a las oprimentes deudas al casero, los tenderos, el médico, se agregaron problemas peores aun. Los niños sufrían, no sólo de necesidad, sino también a causa del húmedo clima inglés. El pequeño Heinrich Guido, que acababa de cumplir un año, murió el 19 de noviembre de 1850, de pulmonía. Ese fue un golpe en todo sentido inesperado y abrumador para los padres. "¡Mi dolor fue tan grande! —escribía Jenny—. Era el primer niño que perdía. Ach, no sabía entonces qué otros sufrimientos me esperaban, en comparación con los cuales todo, todo lo demás resultaría ser trivial."[236]

Apenas un año y medio más tarde la pequeña Franziska, la niña nacida en marzo de 1851, siguió a Heinrich a la tumba. "Durante tres días la pobre niña luchó contra la muerte —escribía la madre, agobiada por la pena—. Su desdichado cuerpecito reposaba en la minúscula habitación trasera; todos nos unimos en la de adelante, y cuando llegaba la noche nos acostábamos en el suelo... La muerte de mi querida hija llegó en el momento de nuestra más profunda pobreza. En esos instantes, nuestros amigos alemanes no se encontraban en condiciones de ayudarnos... De modo que corrí, impulsada por la ansiedad de mi corazón, a ver a un refugiado francés que vivía en el vecindario y que nos había visitado. Le pedí ayuda en nuestra terrible necesidad. Con la más amistosa simpatía, me entre-

[236] Jenny Marx; Kurz Umrisse eines bewegten Lebens. En Mohr und General, pág. 215.

gó en una ocasión £ 2, y con eso pagué el minúsculo ataúd en que ahora duerme mi pobre hija. No tuvo cuna cuando nació, e incluso su último y pequeño 'refugio' le fue negado durante mucho tiempo."[237]

El golpe más pesado que cayó sobre Carlos y Jenny fue la muerte de su hijo Edgar, su "Musch", como lo llamaba la familia. Enfermó tres años después de la muerte de Franziska, en apariencia de tuberculosis. Durante días y noches Marx permaneció junto a la cama de su queridísimo hijo. Pero todos los cuidados de sus padres fueron inútiles. "El pobre Musch ha fallecido —escribía Marx a Engels, todavía acongojado, el 6 de abril de 1855—. Se durmió (literalmente) en mis brazos, hoy, entre las 5 y las 6. Jamás olvidaré hasta qué punto tu amistad nos ayudó a pasar estos terribles momentos. Tú entiendes mi pena por la muerte de mi hijo."[238] Unos días después volvía a escribir: "Como es natural, la casa está desolada y huérfana desde la muerte de mi querido hijo, que era el espíritu que la animaba. No puedo describirte cuánto lo echamos todos de menos. Ya he pasado por todos los tipos de desgracia, pero sólo ahora sé qué significa la verdadera tragedia."[239]

Carlos y Jenny estaban al borde de la desesperación. En la esperanza de aliviar los primeros días posteriores al entierro de Edgar, viajaron a Manchester, para pasar una breve temporada con el fidelísimo amigo de la familia, Federico Engels.

Gracias a éste no se derrumbó Marx, en definitiva, en medio de la aplastante pobreza e inseguridad de su existencia. Cuando, en el verano de 1850, junto con Marx, Engels llegó a la conclusión de que la crisis revolucionaria en Alemania había terminado, y que a consecuencia de ello el regreso a la patria era por el momento imposible, decidió ganarse la vida dedicándose otra vez a los nego-

[237] Jenny Marx: Kurz Umrisse eines bewegten Lebens. En Mohr und General, págs. 217-218.

[238] Marx a Engels, 6 de abril de 1855. MEW, vol. 28, pág. 443.

[239] Marx a Engels, 12 de abril de 1855. MEW, vol. 28, pág. 444.

cios. Había viajado a Manchester en noviembre de 1850, para reingresar en la firma de Ermen y Engels. Para Engels fue un difícil sacrificio dedicar la principal porción de su tiempo y energías, una vez más al "comercio de lobos",[240] en lugar de entregarlo a sus estudios científicos. Pero reconoció que esa era la única forma de permitir, o por lo menos, facilitar que Marx continuara con su tarea científica y política en interés del proletariado, y al mismo tiempo proteger del hambre a su amigo y a la familia de éste. Sin quejas, y sin posturas, Engels encaró el sacrificio. Y con la misma naturalidad, aunque con la mayor gratitud y orgullo por tener semejante amigo, Marx aceptó esta prueba de ilimitada abnegación, después de haber entregado él mismo todas sus posesiones mundanas y talentos a la clase obrera, antes de la revolución y durante ella.

Desde entonces en adelante, la ayuda financiera llegó en forma esporádica, y después con regularidad, de Manchester a Londres. Y en particular en los últimos años, Engels enviaba billetes de cinco y diez esterlinas todos los meses, e inclusive todas las semanas, dinero que se aguardaba con esperanza, y que alivió en gran medida la situación de la familia de Marx, pero que aun entonces, a pesar de las limitaciones que se imponía la familia, no logró desterrar del todo la pobreza que acosaba a sus numerosos miembros.

Papa Marx estudia

En el otoño de 1850, cuando Marx se opuso a las incitaciones aventureras de Willich y otros miembros de la Liga, lo hizo desde el punto de vista de que una nueva etapa, en que la revolución ya no se inscribía de manera inmediata en la agenda, exigía una nueva táctica por parte de los comunistas. Era necesario desarraigar todos los planes ociosos y utópicos de conquista, pero también necesario, al mismo tiempo, forjar las armas para la nueva crisis revolucionaria que debía esperarse en su momento. La nueva revolución, como lo mostraron las amargas lecciones de 1848-1849, tendría que en-

[240] Engels a Marx, 27 de abril de 1867. MEW, vol. 31, pág. 293.

contrar preparado a un partido proletario adiestrado, equipado de un conocimiento de las leyes del desarrollo de la sociedad.

Marx trasformó esta concepción en acción, de manera drástica, a pesar del hecho de que le atrajo la hostilidad de los fraseólogos revolucionarios. Su "campo de batalla" fue, a partir de entonces, el salón de lectura del Museo Británico, que en esos momentos poseía la mejor y más grande biblioteca del mundo. Allí, cuando no lo interrumpía alguna enfermedad en la familia o las consultas con sus amigos, se lo encontraba todos los días, desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde, inclinado sobre los libros.

¡Qué inimaginable tesoro era esa biblioteca! Marx se lanzó al estudio de la historia de la política y la cultura, de las ciencias naturales y la tecnología, de la diplomacia y otras ciencias. No ahorró tiempo ni energías para llenar las brechas que existían en sus conocimientos. Pero en el centro de sus investigaciones figuraba entonces la economía política. Hasta 1848 se había dedicado ante todo a sentar las bases filosóficas del comunismo científico y al estudio de la historia; en los años revolucionarios se concentró en el desarrollo de sus ideas políticas; ahora, en las décadas del 50 y el 60, se ocupó, ante todo, de la economía política. Su objetivo, en la elaboración multilateral de la teoría económica de la clase obrera, consistía en completar la tarea científica, cuya solución había comenzado a menudo pero que siempre tuvo que postergar debido a otras obligaciones.

En sus trabajos anteriores, él y Engels habían mostrado que el modo de producción de la vida material es la base y punto de partida de la vida social, política e intelectual de la sociedad. Ahora se trataba de profundizar la teoría dejando al desnudo las leyes que conducen al surgimiento, desarrollo y declinación del capitalismo. Ello exigía un análisis y profundización críticos de todo el cuerpo precedente de teorías económicas acerca del modo de producción capitalista. Desde 1850 en adelante Marx dedicó todas sus energías a esta tarea.

Al comienzo aspiraba a completar en pocos meses la obra que había planeado sobre la economía del capitalismo. Pero una y otra

vez surgían nuevos interrogantes que era necesario estudiar y aclarar. "Los tontos democráticos, para quienes las inspiraciones llegan 'desde arriba', no encuentran necesarios tales esfuerzos, por supuesto —decía Marx con sarcasmo—. ¿Por qué habrían de atormentarse con documentos económicos e históricos, esos 'niños nacidos bajo una estrella afortunada'? En verdad todo es tan simple, solía decirme el valiente Willich.

¡Todo es tan simple! En esas cabezas huecas... ¡Individuos terriblemente simples!" [241]

El ejemplo de Marx inspiró a otros. Sus discípulos y camaradas también utilizaban para el estudio todos los minutos que les dejaba libre la dura lucha por el pan. Era un grupo reducido, pero compuesto por personas que contribuirían en gran proporción, en las décadas siguientes, al movimiento obrero alemán e internacional: Wilhelm Liebknecht y Friedrich Lessner, Johann Georg Eccarius y el ebanista Georg Lochner. Cuarenta años más tarde Liebknecht todavía recordaba la empecinada insistencia de Marx: "¡Aprender! ¡Aprender! Ese era el imperativo categórico que a menudo nos lanzaba, pero que ya nos enfrentaba en su ejemplo, sí, en la simple observación de ese espíritu que siempre trabajaba con poderosa energía".[242] De tal modo, el arma intelectual para las batallas posteriores de la clase obrera alemana e internacional se formó en Londres, precisamente en el momento en que la reacción creía haber triunfado para siempre en Alemania. Engels pudo describir con satisfacción a un amigo: "Por cierto que tenemos entre nosotros a personas que viven de acuerdo con el principio: ¿por qué habríamos de fatigarnos?; para eso está el padre Marx, cuya tarea consiste en saberlo todo. Pero en general, el partido marxista trabaja con denuedo..." [243]

El propio Marx describió en 1859 la forma en que estudiaba: "Los

[241] Marx a Joseph Weydemeyer, 27 de junio de 1851. MEW, vol. 27, pág. 560.

[242] Wilhelm Liebknecht; Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, pág. 75.

[243] Engels a Joseph Weydemeyer, 12 de abril de 1853. SC, pág. 78.

enormes materiales sobre historia de la economía política acumulados en el Museo Británico, la posición tan favorable que brinda Londres para observar la sociedad burguesa, y por último la nueva etapa de desarrollo que parecía haberse iniciado con el descubrimiento del oro en California y Australia: todo esto me decidió a volver otra vez al comienzo, y abrirme paso, de modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estas investigaciones me condujeron, a veces por sí mismas, a disciplinas en apariencias muy alejadas entre sí, en las cuales tuve que detenerme durante un tiempo más o menos breve. Pero lo que ante todo me reducía el tiempo de que disponía era la urgente necesidad de trabajar para vivir."[244]

Al cabo Marx encontró esta oportunidad de ganarse la vida como colaborador del NewYork Daily Tribune. En una época en que la prensa obrera había sido anulada por entero en el continente, en que también había desaparecido la prensa democrático-burguesa, y la liberal de la gran burguesía se había hundido al nivel de simple órgano servil de la reacción feudal, el NewYork Daily Tribune, con 200.000 subscritores, representaba las tendencias burguesas progresistas en Norteamérica. Se oponía al comercio de esclavos en los Estados sureños de Estados Unidos, y a veces coqueteaba inclusive con ideas socialistas. Marx llegó a conocer al director, Charles Dana, en Colonia, en 1848. Dana le proponía ahora que escribiese un artículo semanal para el periódico.

Marx aceptó. ¡Por fin una oportunidad de ganar por lo menos algo! ¿Pero cómo podía concordar ese trabajo asalariado periodístico, para un periódico burgués, con los principios políticos de un comunista? Es claro que Marx sabía que Dana y los dueños del periódico, de amplia distribución, no tolerarían la difusión abierta de ideas comunistas. Esa tarea debía llevarse a cabo de otra manera, en especial por intermedio de los miembros de la Liga Comunista que habían emigrado a Estados Unidos. Pero Dana ya había reconocido, por medio de *Neue Rheinische Zeitung*, que Marx era el exponente más coherente y capaz de la democracia, aunque no podía percibir aún que ello surgía de la posición proletaria de Marx.

[244] Carlos Marx: Crítica de la economía política. MEW, vol. 12, págs. 10-11.

Lo que a Dana le interesaba era el fortalecimiento del movimiento democrático en Estados Unidos, y Marx contribuiría a ello. E hizo precisamente eso, con todas sus fuerzas, ya que la consolidación del movimiento democrático era también un interés inmediato del proletariado norteamericano. En ese caso siguió sus principios: utilizar todas las libertades burguesas, por limitadas que fuesen, todas las facilidades de la sociedad burguesa —desde el Parlamento, pasando por la prensa, hasta los tribunales—, para poder hablar al pueblo, en especial a los trabajadores, y hacerles adquirir conciencia de sus elevados intereses y sus tareas históricas.

Marx comenzó sus colaboraciones con el periódico en el otoño de 1851. Engels lo ayudó, tradujo sus manuscritos al inglés, en los primeros años, ya que en esa época el propio Marx se sentía inseguro con el idioma. También escribió muchos artículos y series, que se enviaron a Nueva York bajo el nombre de Marx. Éste trabajó para el periódico durante diez años.

Apenas hubo un acontecimiento político o social importante, durante ese período, que Marx y Engels no trataran en sus más de 500 artículos para el Tribune. Ya se tratase de las empecinadas luchas de la clase obrera inglesa, o de la cambiante fortuna del régimen bonapartista en Francia, o de las razones fundamentales de la guerra de Crimea, o de los objetivos públicos y secretos de la política interior inglesa, o del penoso renacimiento del movimiento democrático en Alemania, siempre sabían cómo poner al desnudo los crímenes del orden capitalista, revelar la situación reaccionaria existente en los Estados europeos y llevar al lector a la conclusión de que sólo el proletariado podía abolir la inhumana situación de la antigua sociedad. Algunos de los artículos también se reimprimieron en periódicos ingleses o se distribuyeron en Inglaterra como folletos.

Marx no se limitó en modo alguno a Europa. También comenzó a examinar de manera sistemática la situación de países extranjeros como India y China. Puso en la picota la política colonial expoliadora de los Estados capitalistas, y con profunda simpatía siguió la lucha de los pueblos por su liberación, que se desarrollaba contra

los gobernantes coloniales en la India y otros países. En esos movimientos de liberación nacional, anticolonial, veía un respaldo para el movimiento revolucionario de Europa."Los indios —escribía— no podrán recoger los frutos de las nuevas instituciones sociales que la burguesía británica estableció en su país, hasta que en la propia Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial, o mientras los indios mismos no sean lo bastante fuertes para acabar de una vez por todas con el yugo británico. Pero de cualquier manera, podemos estar seguros de presenciar en un futuro más o menos lejano la regeneración de este interesante y gran país."[245] En sus artículos sobre China, India e Irlanda, que entonces se encontraba bajo el régimen colonial de Inglaterra, Marx formuló por primera vez la tesis de que el proletariado revolucionario debe apoyar todos los movimientos de liberación de las colonias, porque los trabajadores europeos y los pueblos coloniales tienen un enemigo común: la burguesía.

Para sus artículos, Marx investigó toda la bibliografía disponible, las estadísticas y otros estudios, de modo que sus trabajos para Tribune amenazaban con quitarle todo el tiempo e impedirle continuar sus investigaciones en el terreno de la economía política. Engels acudía en su ayuda una y otra vez, escribía los artículos, para aprovechar la oportunidad de influir sobre la opinión pública, y para que al mismo tiempo Marx pudiese contar con sus honorarios.

En Manchester, Engels trabajaba a menudo hasta muy avanzada la noche, para terminar una traducción, de modo que se pudiese enviar con uno de los vapores que viajaban a Norteamérica dos veces por semana. Por lo general los informes de Marx eran muy amplios. "Un artículo para Dana. Debe ir entero, porque tengo una masa de cosas políticas para él, para la semana que viene. Lo elaboré en mitad de un fuerte dolor de cabeza. De modo que no te molestes, haz la traducción con entera libertad." [246] Así escribía Marx a Engels, el 12 de octubre. El manuscrito llegó a este último a

[245] Carlos Marx; Futuros resultados de la dominación británica en la India. MEW, vol. 9, págs. 224-225.

[246] Marx a Engels, 12 de octubre de 1852. MEW, vol. 28, pág.156.

Manchester, en la mañana del 14 de octubre, y la misma noche, después de cerrar la oficina, se dedicó a trabajar en la traducción. Esa noche le escribió a Marx: "Atareado en la contabilidad todo el día, de modo que no sé dónde tengo la cabeza. Esta noche tomé el té entre las 7 y las 8, y leí el trabajo. Después, a traducir. Ahora —las 11.30— he llegado hasta el final natural del artículo, que te envío. A las 12 de la noche irá al correo. Ya ves que recibes todo lo que se puede hacer. El resto se traducirá en el acto.

.. Entre tanto, termina tu otro artículo... Preocúpate sólo de hacerme llegar el manuscrito lo antes posible".[247] El 29 de noviembre escribía: "Con el artículo adjunto, me sorprendió la una de la mañana..." [248] Engels se pasó de esta manera muchas de las horas nocturnas, semana tras semana, mes tras mes.

Pero la estrecha colaboración científica entre Marx y Engels en manera alguna se agotaba con la labor periodística conjunta para el Tribune. Aunque durante veinte años se vieron obligados a vivir separados en distintas ciudades, su amistad, sin precedentes, se desarrolló aun más en ese período. A menudo deploraban el hecho de que no pudieran vivir y trabajar, como antes, en más estrecha proximidad, e intercambiar opiniones cara a cara, o ponerlas a prueba en polémicas personales. Pero tanto más vivaz resultaba, entonces, su correspondencia. Apenas trascurría una semana en que Marx no escribiese a su amigo, y en ocasiones las cartas viajaban todos los días a Manchester. No tenía secretos para Engels, y no había zona de su vida a la cual no se refiriera en sus cartas.

Si bien la separación física dificultó aun más el contacto intelectual, estimuló la maduración de muchas concepciones de Marx y Engels, precisamente en la forma escrita en que se expresaba su intercambio de opiniones, ya que permitía un análisis tranquilo y al mismo tiempo exigía la formulación exacta. Era frecuente que pasajes enteros de sus cartas pasasen, casi sin cambios, a su labor de publicista. Todos los problemas científicos y políticos en que se

[247] Engels a Marx, 14 de octubre de 1852. MEW, vol. 28, pág.157.

[248] Engels a Marx, 29 de noviembre de 1852. MEW, vol. 28, pág. 198.

ocupaba Marx se reflejaban en sus cartas a Engels. Problemas de filosofía y política internacional, de ciencias naturales y matemáticas, de historia, y, con infalible regularidad, de economía política, se discutían con Engels en la correspondencia. Se trasmitían nuevos puntos de vista, discutidos una y otra vez, y a la larga aceptados mutuamente o desechados. Las cartas estaban henchidas de una apasionada e inflexible búsqueda de la verdad científica.

En este proceso, surgió entre Marx y Engels, en la década del 50, cierta división del trabajo. El primero se concentraba más en el estudio de la economía política, la historia mundial y la política exterior de los Estados europeos, en tanto que Engels avanzaba de manera sistemática en las investigaciones en materia de ciencias militares, ciencia de los idiomas, y luego en un profundo estudio especial de las ciencias naturales. El conocimiento de la teoría y la historia militares por parte de Engels fue pronto tan amplio, que Marx hablaba, con humorismo pero con orgullo, de su "ministro de Guerra de Manchester".[249]

El egoísmo, el espíritu de competencia o la envidia eran ajenos a Marx y Engels; más aun, los detestaban. Ninguno de los dos llegaba a una conclusión científica importante, o se formaba una opinión política, sin pedir primero el juicio del otro. Ninguno enviaba un manuscrito al impresor —a menos que el tiempo lo prohibiera— sin que el otro lo hubiese leído y ofrecido su consejo, de modo que las ideas y conclusiones del uno pertenecían también al otro. En algunas de las obras de Engels, Marx colaboró con secciones y capítulos enteros, sin que se mencionase su nombre, tal como en una y otra ocasión pidió a Engels la ayuda recíproca. Ambos daban todo eso por sentado. Si Engels enviaba a Marx una pregunta, éste dejaba todo a un lado y buscaba la información en el Museo Británico —con frecuencia durante días enteros—, hasta que encontraba el material deseado.

Todo esto se desarrollaba sin alharacas. A Marx no le agradaban las efusividades. Pero en una ocasión, en una de las horas más crí-

[249] Marx a Engels, 30 de setiembre de 1853. MEW, vol. 28, pág.299.

ticas de su vida, después de la muerte de su hijo Edgar, puso en palabras lo que significaba para él la amistad de Engels: "En todos los terribles tormentos que he soportado en estos días, me mantuvo erguido el pensamiento de ti y de tu amistad, y la esperanza de que todavía podamos lograr, juntos, algo sensato en el mundo". [250]

Para tener listos a tiempo sus artículos para el Tribune, Marx tenía que trabajar hasta horas muy avanzadas de la tarde, cada vez con mayor frecuencia. Liebknecht, quien en la década del 50 también era un visitante diario del hogar de Marx, recordaba más tarde, con asombro: "Trabajaba como un coloso. Y como a menudo lo interrumpían durante el día -en especial en el primer período del exilio-, encontraba la solución en el trabajo nocturno. Cuando regresábamos a casa, a última hora de la noche, después de una u otra reunión, Marx se sentaba siempre a trabajar durante unas horas. Y las pocas horas siempre se extendían, hasta que al final trabajaba durante toda la noche y dormía por la mañana. Su esposa se esforzaba por disuadirlo... pero él le respondía, con una carcajada, que ello era un reflejo de su naturaleza". [251]

Pero "naturaleza" alguna, por sana que fuese, podía soportar, sin perjudicarse, esos largos años de exceso de trabajo. A mediados de la década del 50 Marx comenzó a padecer de una dolencia creciente, prolongada, y con frecuencia dolorosa, resultado de sus constantes privaciones y excesos en sus tareas.

En su labor científica, Marx era extraordinariamente básico y concienzudo. Su principio orientador era: "Al investigador le corresponde apropiarse de la materia en todos sus detalles, analizar sus distintas formas de desarrollo y descubrir sus vínculos íntimos. Una vez cumplida esta tarea —pero sólo entonces— puede exponerse el movimiento real en su conjunto". [252]

---

[250] Marx a Engels, 12 de abril de 1855. ME:W, vol. 28, pág 444.

[251] Wilhelm Liebknecht; Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, pág. 86.

[252] Carlos Marx; Palabras finales a la segunda edición alemana de El capital, vol. 1, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 16.

Para reunir y estudiar sus materiales, Marx no retrocedía ante los trajines más tediosos y devoradores de su tiempo. Verificaba con cuidado cada una de las informaciones de la bibliografía. Nada aceptaba de segunda mano, sino que buscaba siempre la fuente original. Inclusive comparaba detalles de importancia secundaria, con las fuentes primitivas, y con tal fin hacía viajes especiales a la biblioteca. Luego de dominar el inglés y el francés, aprendió también el italiano y el castellano, y después, a los cincuenta años de edad, el ruso... para poder estudiar la bibliografía en sus respectivos idiomas. Gustaba de repetir la máxima: "Un idioma extranjero es un arma en la lucha por la vida".[253]

Para cada uno de los libros que planeaba acumulaba amplios extractos, cuadros, bibliografías y todo tipo de cálculos y notas. Ordenaba este material haciendo la lista y el resumen del contenido. A menudo esbozaba sus pensamientos y los resultados de sus investigaciones en forma de un estudio amplio, que por el momento sólo estaba destinado a su propio esclarecimiento, y todavía no al impresor. Sólo entonces empezaba la verdadera elaboración del libro o el folleto.

A mediados de la década de 1850-1860 Marx comenzó a exponer sus pensamientos sobre economía política en forma de manuscritos, pero sólo después de haberse abierto camino, durante muchos años de penoso trabajo, a lo largo de una fantástica cantidad de libros, escritos técnicos, publicaciones legales, actas parlamentarias, y de analizar todas las estadísticas, periódicos e informes disponibles en materia de estadística económica y sociológica, y referentes a la industria, el comercio y la Bolsa. Al principio consideró esto nada más que como una labor preparatoria. Pero en 1857 ocurrió lo que predecía desde hacía tiempo: una crisis económica mundial. Su concepción teórica —a la cual había llegado gracias a su estudio de los procesos económicos del pasado y el presente—, de que las crisis económicas surgen con regularidad en el capitalismo, quedaba confirmada en la práctica. Su creencia en una relación estrecha

[253] Paul Lafargue: Recuerdos personales sobre Karl Marx. En Mohr und General, pág. 325.

entre el desarrollo económico y el político también resultó, una vez más, correcta. La década de reacción política de Europa tocaba a su fin. Ya se podía discernir un nuevo período de los movimientos políticos de masas, y con ellos era inevitable que el movimiento obrero volviese a despertar también.

El estallido de la nueva crisis anunció a Marx de que debía poner fin, por el momento, a sus investigaciones. "Trabajo como un loco durante toda la noche, para organizar mis estudios económicos", [254] escribía a Engels, el 8 de diciembre de 1857. Diez días después volvía a escribir: "Trabajo muchísimo, casi siempre hasta las cuatro de la mañana". [255] Un mes más tarde, cuando enfermó debido al esfuerzo, escribía: "Exageré demasiado el trabajo nocturno". [256]

El 29 de noviembre de 1858 pudo por fin informar a su amigo que Jenny había comenzado a hacer la copia en limpio. El 21 de enero de 1859 la copia final estaba terminada... pero no se la pudo enviar. "El desdichado manuscrito está terminado —escribía Marx—, pero no lo puedo mandar porque no tengo un penique para asegurarlo. Esto último es necesario, ya que no hice copia." [257] ¡El máximo teórico sobre el papel del dinero no poseía el dinero necesario para enviar por correo, al editor, la primera obra fundamental sobre el dinero! Pero Engels volvió a ayudar, de modo que muy pronto se pudo remitir el manuscrito a Berlín, donde se publicó en junio, en 1.000 ejemplares, con el título de *Crítica de la economía política, Libro Primero.*

Cuando Marx informó a su amigo Weydemeyer sobre la publicación del libro, le escribió: "Espero conquistar una victoria para nuestro partido en el campo de las ciencias". [258] ¿Cómo era posible que un libro puramente científico ayudase a llevar adelante el mo-

[254] Marx a Engels, 8 de diciembre de 1875. MEW, vol. 29, pág. 225.

[255] Marx a Engels, 18 de diciembre de 1857. MEW, vol. 29, pág. 232.

[256] Marx a Engels, 16 de enero de 1858. MEW, vol. 29, págs. 259-260.

[257] Marx a Engels, 21 de enero de 1859. MEW, vol. 29, pág. 385.

[258] Marx a Joseph Weydemeyer, 1 de febrero de 1859, SC, pág. 113.

vimiento obrero revolucionario? Lo hizo porque en él Marx comenzó a solucionar el fenómeno que había sido un misterio para los hombres de ciencia burgueses, o que evitaron encarar: la esencia de la explotación capitalista.

Con abrumadora lógica, y sobre la base de pruebas irrefutables, Marx mostró que la mercancía y el valor no son fenómenos eternamente válidos, "nacidos de la naturaleza", sino que tienen un carácter histórico transitorio. Con ello efectuó un descubrimiento que era la clave para la solución de una serie de complicados problemas de la economía política. Tal fue su hallazgo —y la prueba— del doble carácter del trabajo congelado en la mercancía, el hecho de que por un lado ésta posee un valor de uso — la suma de todas las cualidades útiles de una cosa que satisfacen alguna necesidad humana—, y por el otro tiene un valor de cambio, el trabajo abstracto socialmente necesario del productor de mercancías, que hace falta para crear esta mercancía. De la misma manera, Marx examinó el origen histórico, la esencia y la función del dinero en la sociedad burguesa. De tal modo, en esa obra contribuyó a revolucionar la ciencia de la economía política y dio los primeros pasos hacia la elaboración clásica, fundamental, de sus teorías económicas que más tarde aparecieron en *El capital.*

Crítica de la economía política adquirió fama, ante todo gracias a su Prefacio, en el cual Marx esbozaba por primera vez, para el público, las principales tesis de su interpretación materialista de la historia, en forma profunda y sistemática... los pensamientos que él y Engels analizaban 15 años antes, en la inédita *Ideología alemana*.

Al principio Marx abrigó las esperanzas de poder seguir muy pronto el primer libro de *Crítica de la economía política* con el libro siguiente. Esas esperanzas se verían frustradas. Una vez más surgió al primer plano la necesidad de ganarse la vida. A ello se agregó el hecho de que los movimientos revolucionarías en el continente, precipitados por la crisis económica, atraían cada vez más su atención y muy pronto exigieron, además, su participación directa.

Familia y amigos

Innumerables historiadores burgueses y plumíferos periodísticos han trabajado a lo largo de los años para presentar a Carlos Marx como enloquecido por el ansia de poder, como insensible, como un hombre inabordable o inclusive amargado. En apariencia piensan que pueden combatir y difamar con más éxito las ideas del marxismo que les parecen tan "terribles", si pueden convertir al padre intelectual de dichas ideas en un monstruo... esfuerzo tan desagradable como pueril.

Por cierto que Marx, y en especial en la década del 50, fue acosado por la pobreza, las privaciones, la enfermedad y otros duros golpes, en un torrente que habría doblegado, amargado y desesperado a un hombre de menor estatura. Lo que siempre lo mantuvo en actividad y lo alentó a continuar con su labor, aun en los momentos más difíciles de desdicha personal, fue su inconmovible convicción de que todavía tenía mucho que contribuir a la emancipación de la clase obrera. Jamás perdió la fe en el futuro. El humorismo y la alegría de vivir siempre triunfaron sobre la pobreza y las desdichas, en la familia Marx, y dieron el tono a su vida juntos y a sus relaciones con los amigos."Contra la mueca obscena de la pobreza existía una sola medicina: ¡reír! Quien se entregaba a pensamientos oscuros estaba perdido. Nunca hubo tanta risa como cuando las cosas andaban peor para nosotros." [259] Así describía Wilhelm Liebknecht su vida con la familia Marx, en aquellos años de Londres. Marx se sentía en especial feliz en compañía de sus hijos. A sus dos hijas, Jenny y Laura, se unió una tercera a comienzos de 1855. Se la apodó Tussy, por Eleanor, y se convirtió en la mimada de la familia.

A pesar de su increíble programa de trabajo, Marx siempre encontraba tiempo para jugar con los niños. Debido a su tez oscura y a su cabello negro, las niñas lo llamaban Mohr (Moro), apodo que En-

[259] Wilhelin Liebknecht: Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, pág. 129

gels y los otros amigos también comenzaron a usar cada vez más, a mediados de 1850-1860. Jenny y las niñas también lo llamaban "Viejo Diablo" o Waldgeist (duende del bosque). En general, en el hogar de los Marx los apodos eran bien recibidos. A la madre le agradaba que la llamasen "Moehme", y a Lenchen Demuth, "Nim". Las hijas tenían nombres burlones alternados. Jenny, la mayor fue durante mucho tiempo "Qui-Qui, emperatriz de la China". Laura era "Cacatúa". Eleanor era a veces "Tussy" y otras "Quo-Quo, heredera del trono de China", y en otras "Enano Alberich".

En sus horas libres, o en caminatas, Marx correteaba con sus hijas. A éstas les encantaba en especial cabalgar sobre sus hombros, o ser tiradas por él como un caballo. Eleanor relataba más tarde: "Mohr no sólo era un excelente caballo, sino algo mucho mayor: un narrador único e incomparable... Les contaba a mis hermanas cuentos —todavía yo era muy pequeña— durante los paseos, y los cuentos no se dividían en capítulos, sino en kilómetros. 'Cuéntanos otro kilómetro', le decían las chicas. A mí, por mi parte, de entre las incontables y maravillosas narraciones que me hizo Mohr, me agradaba más el cuento de Hans Röckle. Duraba meses y meses, pues era un largo relato, y en verdad jamás terminaba".[260]

Muchas veces Marx leía a sus hijas los cuentos de hadas de Las mil y una noches, el Niebelungenlied, La odisea de Homero, o las hazañas del inmortal Don Quijote. Analizaba con ellas estos y muchos otros libros, les enseñaba a amar lo auténtico y verdadero, a odiar las mentiras y la inhumanidad, a pensar y actuar por su propia cuenta.

De la misma manera les habló, a medida que crecieron, sobre problemas políticos y religiosos. Décadas después, Eleanor seguía recordando con gratitud: "Una vez escuchamos una magnífica música en una iglesia católica romana. Me produjo una impresión tan profunda, que le hablé a Mohr de ello. El me lo explicó entonces todo con tanta claridad y persuasión, a su manera, tranquilo, que

[260] Eleanor Marx-Aveling: Carlos Marx. Hojas sueltas. En Mohr und General, págs. 272-273.

desde entonces no experimenté las menores dudas. La forma en que me narró la historia del hijo del carpintero, a quien mataron los ricos, ¡tan sencilla y sin embargo con tanta elocuencia! Muchas veces seguía oyéndolo decir: 'A pesar de todo, podemos perdonarle mucho a la cristiandad, porque enseñó el amor a los niños' ".[261]

En el verano de 1860, Jenny y Laura dejaron la escuela. Con grandes sacrificios personales, los padres hicieron posible que las niñas siguiesen estudiando francés e italiano, en privado, durante un tiempo. A lo largo de varios años, también recibieron lecciones de dibujo y canto.

En las pocas horas de ocio que se permitía Marx, su más caro pasatiempo era la lectura de buenas obras literarias. Adoraba a Heine y Goethe, Homero y Dante, en tal medida, que conocía de memoria grandes porciones de sus obras. Honraba al griego Esquilo y a William Shakespeare, como los más grandes dramaturgos. Las obras de la literatura mundial eran para él al mismo tiempo un bienvenido complemento de sus estudios históricos, que en ocasiones reflejaban sus épocas por intermedio del arte. Tenía un cariño especial por los grandes realistas contemporáneos como el novelista francés Balzac, o los escritores ingleses Dickens y Fielding. En sus novelas, éstos representaban las relaciones sociales cuya base económica él había dejado al desnudo mediante su ciencia.

Jenny compartía el amor de Marx por la literatura, pero las horas que podía dedicar a sus escritores favoritos eran pocas y muy separadas unas de otras. Junto con sus obligaciones de madre y ama de casa, y las agotadoras tareas cotidianas, muchas otras obligaciones caían sobre sus hombros. Era la irremplazable secretaria de su esposo. Copiaba casi todos sus manuscritos —la mayoría de ellos indescifrables para otros— antes que fuesen enviados a los impresores. También aliviaba a su esposo de buena parte de las negociaciones, fatigosas y a menudo enojosas, con editores y directores de editoriales, y manejaba la correspondencia con innumerables per-

[261] Eleanor Marx-Aveling: Carlos Marx. Hojas sueltas. En Mohr und General, pág. 275.

sonas. Marx estaba muy orgulloso de su esposa, de su agudo juicio político, su delicado sentido del tacto, su abnegación total y confiabilidad. Casi no había manuscrito que publicara sin que Jenny lo leyese primero.

Marx no era de aquellos que llevan el corazón en la manga, y como la mayoría de las cartas que se cruzaron entre él y Jenny quedaron luego destruidas, existen pocos documentos que indiquen su respeto, apego y amor hacia su esposa. Pero nos ha quedado una carta que expresa de manera muy eficaz su relación con Jenny. Cuando ésta viajó a Tréveris durante varios meses, para permanecer junto a su madre moribunda, en el verano de 1856, él le escribió: "Las grandes pasiones, que debido a la cercanía de los enamorados adquieren la forma de pequeñas costumbres, vuelven a crecer y alcanzar sus dimensiones naturales gracias a la influencia mágica de la distancia. Así ocurre con mi amor. Sólo necesitas separarte de mí en lo que dura un simple sueño, y en el acto me doy cuenta de que el tiempo sólo le ha servido como el sol y la lluvia sirven a las plantas: para hacerlas crecer. Mi amor por ti, en cuanto te alejas, aparece como lo que es: un brillante, en el cual todo mi espíritu y todo el carácter de corazón quedan comprimidos.

"Te reirás, querida mía, y preguntarás cómo es que de pronto me nace toda esta retórica. Pero si pudiese oprimir tu corazón contra el mío, guardaría silencio y nada diría. Como no puedo besarte con los labios, debo besarte con la pluma y crear palabras. En verdad podría componer versos, e imitar las rimas de los *Libri Tristium* de Ovidio: en alemán, libros de lamentos. Él sólo fue exiliado por el emperador Augusto. Pero yo estoy exiliado de ti, y Ovidio no entendía esas cosas.

"En verdad existen muchas mujeres en el mundo, y algunas de ellas son hermosas. ¿Pero dónde puedo volver a encontrar un rostro en el cual cada una de las expresiones, cada línea, despierta de nuevo los mas grandes y dulces recuerdos de mi vida? Aun mi dolor interminable, mis pérdidas irreparables, los leo en tu dulce rostro, y disipo mis dolores a besos cuando beso tu rostro querido. 'Hundido en sus brazos, redespertado por los besos de ella', es decir, en tus brazos y

con tus besos, y de buena gana dejo a los brahamanes y a Pitágoras sus enseñanzas sobre el Renacimiento, y al cristianismo sus lecciones sobre la Resurrección." [262]

Los amigos y camaradas siempre eran bienvenidos en la casa de los Marx, henchida del espíritu de camaradería. Aunque ellos mismos vivían casi siempre en condiciones deprimentes, de apiñamiento, Carlos y Jenny recibían a menudo a amigos necesitados, a veces durante meses enteros, o a colegas enfermos como Johann Georg Eccarius, los cuidaban y compartían con ellos su último trozo de pan. Marianne, la hermana de Lenchen, encontró refugio en la casa durante muchos años.

En ese período, el visitante más frecuente era Wilhelm Liebknecht. Vivía a unas pocas calles de distancia. Las niñas le tenían un cariño especial. A menudo, cuando estaba sin un penique, la familia Marx tenía una comida caliente para él; y no pocas veces era él quien llegaba con el penique necesario, cuando en el hogar de los Marx no había leche ni pan para las hijas.

La vida no era un lecho de rosas para ninguno de los viejos camaradas de la Liga Comunista que habían encontrado asilo en Londres. Se tratara de Friedrich Lessner o de Johann Georg Eccarius, o de Karl Pfänder, o de Georg Lochner, o de Karl Schapper, quien se había vuelto a unir a Marx en 1856, todos tenían que luchar por su existencia, pero todos se mantuvieron juntos y leales, y siempre eran bienvenidos en la casa de los Marx. Wilhelm Wolff, quien se ganaba la vida en Manchester como maestro, y Ernest Dronke, comerciante en Liverpool, también se mantuvieron en estrecho contacto con su anterior director general.

Por pesadas que fuesen las cargas del exilio, no humillaron la cabeza, sino que se estimulaban unos a otros, cuando era necesario, con torvo buen humor. En ocasiones eran inclusive capaces de bromear. Liebknecht describió una de esas bromas, que ocurrió a finales de la década del 50:

[262] Marx a Jenny Marx, 21 de junio de 1856. MEW, vol. 29, págs. 535-536.

"Una noche Edgar Bauer llegó a la ciudad, desde su hogar de Highgate, para un 'recorrido de las tabernas'. Conocía a Marx de Berlín, y todavía no estaba alejado de él, a pesar de *La Sagrada Familia*. El problema era en qué tabernas, entre las calles Oxford y Hampstead Road, hacer las visitas correspondientes. Había tantas en el barrio, que visitarlas todas, aun con la máxima economía, resultaría ser una tarea monumental. Pero sin arredrarnos, hicimos nuestro dichoso recorrido hacia Tottenham Court Road. Allí escuchamos estrepitosas canciones que salían de una taberna. Entramos y nos encontramos en una celebración de los Odd Fellows, sociedad cuyos seguros de enfermedad y entierro se encontraban difundidos por toda Inglaterra. Nos unimos a algunos de los celebrantes, quienes en el acto nos invitaron a nosotros, los 'extranjeros', a una de las habitaciones, con hospitalidad inglesa"'. [263] Allí se desarrolló muy pronto tal tensión, con fuertes y acaloradas disputas, acompañadas por puños enarbolados, que Marx, Liebknecht y Bauer tuvieron que iniciar "una retirada más o menos digna, aunque no sin dificultades".

Afuera, para estimular la circulación, iniciaron una carrera de larga distancia. Pero las cosas no terminaron allí. Sus fuertes gritos y sus traviesas cabriolas —ya hacía mucho que había pasado la medianoche— "llamaron por fin la atención de un policía, quien muy pronto alertó a sus colegas del departamento policial. En seguida se escucharon señales policiales. La situación era crítica. Por fortuna, conocíamos a fondo el terreno; estudiamos la situación. Nos lanzamos hacia adelante, perseguidos, a poca distancia, por algunos policías. Marx desarrolló una velocidad que jamás le habría supuesto. Y después que la loca persecución duró apenas unos minutos, logramos meternos en una calle lateral, y por ella a través de una calleja... un patio entre dos calles, del cual salimos por la retaguardia de los policías. Estábamos a salvo. Nos habían perdido la pista, y llegamos a nuestros respectivos hogares sin más contratiempos... A la mañana siguiente, o más bien al mediodía de ese

[263] Wiihelm Liebknecht, Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, páginas 129-130.

día, cuando desperté, me alegré mucho de estar en mi habitación, y no en una celda de la policía londinense, con un miembro de la *'Sagrada Familia'*, Edgar Bauer, y el futuro autor de *Das Kapital*, Carlos Marx. Pero cada vez que pensábamos en la aventura nocturna, nos reíamos".[264]

Cuando era posible, Marx trataba de reservar los domingos para la familia, en especial para las niñas. La culminación de los frugales placeres de cada domingo eran los paseos a Hampstead Heat, una zona un tanto ondulada, que entonces se encontraba en las afueras de Londres, y lugar favorito para los vagabundeos. Los buenos amigos de la familia participaban muchas veces de dichos paseos, incluido Liebknecht, quien más tarde relató cuán dichosas eran esas excursiones:

"Por lo general la marcha se desarrollaba en el siguiente orden. Como vanguardia, yo y las dos niñas íbamos adelante... narrando cuentos o haciendo gimnasia o recogiendo flores silvestres... Detrás de nosotros iban algunos amigos. Después el grueso del ejército: Marx con su esposa y algún visitante dominical, que necesitaba cierto grado de atención. Y detrás de todos Lenchen, con los más hambrientos de los invitados, quienes la ayudaban a llevar la cesta de la merienda. Si había más invitados, se distribuían entre los distintos grupos de ejército. No necesito decir que las formaciones de marcha y de combate cambiaban según el talante o las necesidades personales."

Cuando llegaban al brezal, "acampaban" con comodidad, se tonificaban con lo que habían llevado, y luego, mientras las niñas correteaban, casi siempre leían los periódicos dominicales y se dedicaban a concentradas discusiones. "Pero en este idilio siempre tenía que haber variedad, y después carreras, a veces luchas, 'lanzamiento de piedras' y varios otros deportes. Un domingo descubrimos un castaño cercano, con castañas maduras. Alguien gritó, '¡veamos quién puede hacer caer más castañas!' Nos dedicamos a la tarea con

[264] Wiihelm Liebknecht, Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, páginas 133-134

grandes vítores. Mohr se esforzó como un loco, y por cierto que la ocupación de hacer caer castañas no era su fuerte. Pero se mostró incansable, como todos los demás. Y sólo cuando cayó la última castaña, acompañada por un salvaje grito de triunfo, terminó el bombardeo. Días más tarde, Marx todavía no podía mover el brazo derecho. Y yo no estaba mejor que él...

"La formación de marcha de regreso era distinta. Las niñas se habían cansado, y cerraban la retaguardia con Lenchen, quien, ahora que la cesta de la merienda se encontraba vacía y los paquetes desaparecidos, podía llevar consigo a las niñas, con elásticos pasos. Por lo general se entonaba una canción en coro. Muy pocas veces eran canciones políticas… casi siempre canciones populares, en especial las que contenían profundos sentimientos y — esta no es una historia de cazadores— cosas 'patrióticas' del 'hogar', por ejemplo: 'Oh Estrasburgo, oh Estrasburgo, hermosa ciudad', una de las preferidas. Las chicas nos cantaban canciones negras y, además bailaban al compás de ellas... cuando habían recuperado el uso de las piernas. En la marcha estaba prohibida toda conversación sobre política, de manera tan estricta como la mención de las desdichas del exilio. Por otro lado, se hablaba mucho sobre literatura y arte...

"Cuando las dos niñas fueron creciendo, el carácter de estos vagabundeos dominicales se modificó... pero como siempre había chicos, el elemento juvenil jamás faltaba." [265]

El mejor amigo de la familia había sido y seguía siendo Federico Engels. En rigor, pertenecía a la familia lo mismo que Lenchen Demuth. Las hijas de Marx lo querían como a un segundo padre, y él siempre pensaba en nuevas formas de llevarles alegrías y enriquecer su infancia y juventud acosadas por la pobreza. "Para la familia Marx era un festival cuando Engels enviaba unas palabras en el sentido de que pronto llegaría desde Manchester —escribía Paul Lafargue, más tarde yerno de Marx—. Antes de su inminente visita, hablaban mucho tiempo de ella, y el día de su llegada Marx se

[265] Wiihelm Liebknecht, Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, páginas 113-117.

mostraba tan impaciente, que no podía trabajar. Los dos amigos permanecían despiertos, entonces, toda la noche, fumando y bebiendo, para hablar de todos los acontecimientos que se habían desarrollado desde la última vez que estuvieron juntos." [266]

Nuevas batallas en el horizonte

A pesar de su amplia labor científica, ni por un momento Marx perdió el contacto con la vida política práctica. Su actividad multilateral de publicista concentraba su atención en el desarrollo económico, así como en la política de las clases gobernantes, y en el progreso, todavía contenido, del movimiento democrático y proletario de los distintos países europeos y de Estados Unidos.

En todas las oportunidades que se le presentaban —en cartas o charlas, en artículos periodísticos o en disertaciones—, formulaba la más importante lección de los acontecimientos revolucionarios de 1848-1849: que el proletariado de todos los países debe organizar su partido político de clase, independiente. Cuando los delegados de los cartistas ingleses se reunieron en un "Parlamento obrero" en Manchester, en 1854, para convenir sus actividades conjuntas, Marx les envió un mensaje de saludo con la recordación:

"La clase obrera ha conquistado la naturaleza; ahora debe conquistar al pueblo. Para el éxito de esa empresa, no carece de fuerzas; lo que le falta es la organización de sus fuerzas comunes. La organización de la clase obrera en escala nacional: esa, pienso, es la grande y gloriosa tarea que busca el Parlamento obrero". [267]

Como cosa normal, Marx trató de reanudar y fortalecer sus vinculaciones con los dirigentes de la clase obrera inglesa, y en especial los cartistas. Tenía un contacto en particular estrecho con el entonces dirigente cartista revolucionario Ernest Jones. En el periódico que éste dirigía, *The People's Paper*, Marx y Engels publicaron

[266] Paul Lafargue; Recuerdos personales sobre Karl Marx. En Mohr und General, pág. 343.

[267] Carlos Marx: Brief an das Arbeiterparlarnent. MEW, vol. 10, pág. 126.

muchos artículos.

Las relaciones personales de Marx con los representantes políticamente más maduros de la clase obrera y del movimiento democrático de Alemania, de otros países europeos y de Norteamérica, también se mantuvieron intactas. Los obreros con conciencia de clase de Renania, entre quienes Marx era muy conocido y respetado desde la época de *Neue Rheinische Zeitung* y de los años revolucionarios, 1848-1849, pedían a menudo sus consejos. Cuando surgió la oportunidad, a mediados de la década del 50, de encarar problemas de política internacional y del movimiento democrático y proletario, en el periódico democrático-burgués de Alemania, *Neue Oder Zeitung*, de Breslau, no vaciló. Continuó colaborando con el periódico, inclusive cuando los directores ya no pudieron pagarle sus trabajos.

Marx y Engels sostenían la inconmovible creencia en el principio de que la próxima tarea de los comunistas en Alemania seguía siendo la organización, lo antes posible, de un partido obrero. "Debemos volver a reclutar nuestro partido desde el comienzo",[268] había escrito Marx a Engels, el 10 de marzo de 1853. Pero este partido del futuro no podía ser una nueva edición de la Liga Comunista. Tendría que reflejar la nueva situación de las luchas de clases, de las necesidades nacionales e internacionales del creciente proletariado industrial de Alemania, Inglaterra, Francia y otros países.

A finales de la década de 1850-1860 se confirmó hasta qué punto tenía razón Marx. Como consecuencia de la crisis económica mundial, la cantidad cada vez mayor de huelgas y demostraciones de desocupados en Berlín, Elberfeld y otras localidades presagiaban un nuevo ascenso del movimiento obrero alemán. Entonces resultó claro para todos que el período de tormentas y revoluciones, a lo largo del cual la sociedad burguesa había adquirido sus formas plenas, no habían terminado aún. La lucha del pueblo italiano por su unificación e independencia, que en 1859 llevó a la guerra entre Austria y Hungría y la Francia bonapartista, fortaleció el movi-

[268] Marx a Engels, 10 de marzo de 1853. MEW, vol. 28, pág. 224.

miento nacional y democrático en toda Europa, y en especial en Alemania. La unificación de esta última se hizo imperativa sobre la base de fundamentos económicos, tanto como políticos.

¿Pero en qué forma debía crearse el Estado-nación alemán unificado?

Marx y Engels efectuaron un análisis fundamental de la situación internacional de Europa, compararon la fuerza económica y política de las distintas clases y capas de Alemania, sus relaciones entre sí y sus intereses objetivos. Sus investigaciones los llevaron a la conclusión de que sólo eran posibles dos caminos: Alemania podía unificarse y convertirse en un Estado-nación democrático por medio de un movimiento revolucionario popular dirigido contra la dinastía feudal y sus partidarios de adentro y afuera del país; o, a consecuencia del dominio de la Prusia militarista, podía encontrar su unidad en un Estado reaccionario que se pareciera a un inmenso cuartel. La revolución desde abajo o la revolución desde arriba: esos eran los caminos.

Para la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía y también los sectores progresistas de la burguesía, la mejor solución era una Alemania unida, conquistada gracias a un movimiento revolucionario popular, contra la aristocracia y las dinastías, que culminase en una república democrática. Marx y Engels y sus colegas ya habían luchado, desde 1848, por esa república alemana democrática e indivisible. Y no modificaron entonces su meta, porque dicha república democrática facilitaría un avance progresista de la nación alemana, y en esa república la lucha de la clase obrera y sus preparativos para conquistar el poder se facilitarían en gran medida:

¿Pero cuál sería la fuerza dirigente de ese movimiento revolucionario? La pequeña burguesía seguía siendo fuerte en número, pero debido a su posición entre la burguesía y el proletariado, se mostraba cada vez menos capaz de seguir una política independiente. Marx consideraba muy improbable que pudiese dirigir tal movimiento popular, en especial después de las experiencias de los años revolucionarios. La unificación democrática y revolucionaria de

Alemania dependía ante todo de la acción independiente de la clase obrera.

Entretanto, Marx y Engels, y el pequeño grupo de comunistas, concentraron todos sus esfuerzos en hacer que los obreros alemanes adquirieran conciencia de sus intereses de clase y de su misión nacional, en liberarlos de la influencia de la burguesía y en preparar, paso a paso, un partido proletario independiente en Alemania. Por ese motivo, los comunistas tuvieron que buscar maneras de dirigirse al movimiento obrero que volvía a despertar. Al mismo tiempo era necesario quebrar la conspiración del silencio y la calumnia con que la reacción, en todas sus variantes, trataba de aislar a Marx y sus camaradas respecto de la clase obrera alemana.

En marzo de 1859 Marx escribía a uno de sus compañeros de lucha en Alemania, que la situación había cambiado y ahora consideraba esencial que el partido "saliera al descubierto, siempre que pueda hacerlo".[269] El mismo volvió a dedicar una mayor atención a la Asociación Obrera Educativa Comunista de Londres. En mayo consultó con sus antiguos colegas, Lessner, Liebknecht, Lochner, Pfänder y otros, en cuanto a las posibilidades de fundar su propio periódico para difundir sus ideas. Preveía la llegada del momento en que sería decisivo para los comunistas poder publicar sus opiniones, sin obstáculos, en un periódico.

La oportunidad para hacerlo surgió en la forma del semanario londinense *Das Volk* (El pueblo), patrocinado por refugiados obreros, quienes entonces pidieron apoyo a Marx. Este aceptó, y como nunca hacía nada a medias, pronto era el director y editor del periódico, en la práctica. *Das Volk* duró muy poco tiempo, tuvo que dejar de publicarse en agosto a consecuencia de sus dificultades financieras; pero Marx consiguió convertirlo en un órgano comunista, y no sólo tenía lectores en Londres, sino también en Estados Unidos, Suiza y Alemania.

En artículos para *Das Volk*, para *New York Daily Tribune* y para

[269] Marx a Ferdinand Lassalle, 28 de marzo de 1859. MEW, vol. 29, pág. 587.

otros periódicos, a finales de las década del 50 y comienzo de la del 60, Marx y Engels desarrollaron sus concepciones sobre el camino hacia la unificación nacional del pueblo alemán, y acerca de las medidas que era preciso tomar a lo largo de ese camino. La lucha contra todas las intervenciones extranjeras en Alemania, como la que amenazaba con llevar adelante la Francia bonapartista; la abolición de los regímenes feudales y de la fragmentación interna; la liberación de los pueblos sojuzgados por Prusia y Austria: tal era el programa de los revolucionarios proletarios.

No es extraño que todos los enemigos de la unificación alemana se unieran contra este programa nacional revolucionario: desde el emperador francés, Napoleón III, hasta los Junkers prusianos. En la lucha contra los comunistas, hasta los "archienemigos" trabajaban juntos. Napoleón III hizo que Karl Vogt, el ex demócrata pequeñoburgués alemán, difundiese en el extranjero sucias calumnias contra Marx, y los Junkers y liberales prusianos compitieron entre sí por la difusión de esas mentiras en su prensa, de ciudad en ciudad, y a lo largo del país. Cuando Marx se esforzó entonces por entablar juicio contra los calumniadores, quienes lo acusaban de extorsión, de traicionar a los revolucionarios e inclusive de falsificar billetes de banco, sus acciones judiciales no fueron aceptadas.

Sólo le quedaba editar un folleto con el título de Herr Vogt, en el cual refutaba todas las calumnias anticomunistas de Vogt, y al mismo tiempo respondía al intento de aislar una vez más a los comunistas respecto del movimiento popular que poco a poco adquiría forma. Sobre la base de los hechos, mostraba quiénes, de entre los refugiados alemanes de la emigración, habían hecho en verdad algo en interés del progreso, y quiénes, a despecho de la profunda pobreza y enconadas persecuciones, representaban de manera coherente los intereses nacionales del pueblo alemán. En cuanto a Vogt, Marx lo acusaba de trabajar, con su actividad de publicista, en interés de Napoleón III y de respaldar la política del emperador francés, de oposición a la unificación democrática de Alemania. Diez años después, luego del derrocamiento del Segundo Imperio francés, se encontraron, entre los papeles de Napoleón, recibos que mostraban que Vogt había recibido 40.000 francos, como honora-

rios de agente, del fondo secreto de Bonaparte.

El folleto sobre Herr Vogt no se había publicado aún cuando se inició un período de nuevas desdichas para la familia Marx. Jenny, la mejor y más segura de las secretarias de su esposo, copió el manuscrito día y noche, en afiebrada prisa. Pero esa vez su salud, luego de tanta pobreza y tensión, de tanta inseguridad y necesidades, se quebrantó bajo el extraordinario esfuerzo. Apenas había terminado de escribir la última frase cuando hubo que llamar al médico. Este la encontró con una fiebre altísima, y en seguida diagnosticó viruela. Sólo los incansables cuidados de su esposo, quien jamás se apartó de su lado, a pesar de los peligros de infección, le salvaron la vida. En una carta, ella describió esas terribles semanas y meses de 1860:

"Los Liebknecht, sin temor, se ofrecieron a recibir a las niñas, y en medio día éstas ya habían partido hacia el exilio, con sus escasas pertenencias. Mi estado se agravaba de hora en hora, a medida que brotaban las viruelas. Sufría mucho. Grandes zonas de dolor ardiente en el rostro, insomnio total, mortales temores respecto de Karl, quien me cuidaba con la máxima ternura....

"Pero mi salud se recuperó: los más tiernos y leales cuidados me ayudaron; y así, heme aquí sentada de vuelta, recuperada la salud, sólo que con el rostro desfigurado... Únicamente en Navidad pudieron las pobres niñas volver a su hogar paterno, donde tanto se las echaba de menos. El momento en que nos volvimos a ver fue indescriptiblemente conmovedor...

"Apenas pude dejar mi lecho durante unos ratos, cuando mi querido, amado Carlos, enfermó a su vez.

Su gran ansiedad, sus preocupaciones y tormentos, lo derrumbaron en su lecho de enfermo. Por primera vez, se agudizó su dolencia hepática crónica. Pero gracias a Dios se recobró luego de cuatro semanas de sufrimiento. Entre tanto, el *Tribune* volvió a dejarnos con medio salario, y en lugar de algunos ingresos del libro, hubo que pagar una factura. Agregado a ello, los enormes costos de esa, la más terrible de las enfermedades. En una palabra, usted mismo

podrá imaginar cómo vivimos a lo largo del invierno."[270]

Inclusive durante las semanas de su enfermedad, Marx siguió los acontecimientos de Alemania. Se ocupó en especial del pensamiento de que era necesario fundar, lo antes posible, un periódico para la clase obrera de Alemania, que defendiese los intereses del proletariado en la batalla por la unificación nacional y ayudara a los revolucionarios proletarios, dispersos en todo el país, en el plano político y teórico. El abogado y escritor Ferdinand Lassalle, a quien Marx había llegado a conocer de manera más íntima durante los días revolucionarios, y la amiga de Lassalle, la condesa Hatzfeld, se habían ofrecido a apoyar la fundación de un periódico en Berlín. En su correspondencia, Marx y Engels pesaron los pro y contras de este ofrecimiento. Para tener una imagen clara de la situación política de Alemania, y de las intenciones de Lassalle, Marx decidió viajar a Berlín. Como de cualquier manera tenía que visitar a sus parientes en Holanda, en relación con problemas financieros, parecía posible llevar a cabo ese plan. Además, después de la muerte de Federico Guillermo IV, el nuevo rey prusiano, Guillermo I, había promulgado una amnistía parcial para los refugiados de 1848. En esas circunstancias, Marx creía que podía arriesgarse a hacer el viaje.

Desde finales de febrero hasta mediados de marzo de 1861 se hospedó en casa de sus parientes, en Zalt-Bommel. Desde el 18 de marzo hasta mediados de abril estuvo en Berlín, donde vivió en el hogar de Lassalle, magníficamente amueblado, de la calle Bellevue 13. Su impresión sobre la situación política de la capital de Prusia fue:

"Hay un olor general a desintegración, y personas de todas las capas creen que es inevitable una catástrofe".[271] Estas impresiones deben de haber fortalecido el deseo de Marx, de contar lo antes posible con un órgano periodístico para volver a influir sobre el mo-

[270] Jenny Marx a Louise Weydemeyer, 11 de marzo de 1861. En Mohr und General, págs. 257-259.

[271] Marx a Engels, 7 de mayo de 1861. MEW, vol. 30, pág. 162.

vimiento democrático y la clase obrera. Pero Lasalle presentó la condición de que él tuviese el mismo derecho que Marx y Engels a determinar los perfiles políticos del periódico que se proyectaba. En su contacto diario con Lassalle, Marx reconoció con claridad hasta qué punto aquél se hallaba todavía hundido en el idealismo filosófico. Además previó un gran peligro para el proyecto conjunto, dada la arrogancia y el oscurantismo de Lassalle. Por lo tanto, convino con Engels en que era imposible aceptar el ofrecimiento de éste.

En Berlín, Marx concurrió a algunas producciones teatrales, y se ubicó en el espacio destinado a la prensa durante una sesión del Parlamento. "La presencia ubicua del uniforme" en todas partes de la sede prusiana de la monarquía le resultó "desagradable".[272] De todos sus anteriores amigos berlineses, sólo Köppen seguía estando junto a él. "Lo encontré igual que siempre —le informó a Engels—. Las dos ocasiones en que recorrimos las tabernas fueron una verdadera fiesta para mi."[273] La mayoría de sus antiguos conocidos, los Jóvenes Hegelianos —otrora "radicales" que sólo querían luchar contra el enemigo en el plano intelectual y rechazaban toda vinculación con la clase obrera—, se habían convertido en simples herramientas de la reacción.

A Marx le provocó repugnancia el modo de vida de Lassalle, quien vivía principalmente del dinero de la condesa Hatzfeldt; era extravagante hasta la grosería y se complacía en la compañía de admiradores aristocráticos y burgueses. Tanto más cálida, pues, fue su reunión con antiguos camaradas de Elberfeld y Colonia, donde se detuvo en su viaje de regreso. En Tréveris pasó varios días con su madre.

El viaje a Berlín no condujo a la fundación del preciado periódico político. Pero fortaleció la convicción de Marx, de que los comunistas debían prepararse para la crisis revolucionaria que maduraba poco a poco en Alemania. Los obreros más progresistas se reunían

[272] Marx a Engels, 10 de mayo de 1861. MEW, vol. 30, pág. 168.

[273] Marx a Engels, 10 de mayo de 1861. MEW, vol. 30, pág. 166.

en asociaciones obreras educacionales. A comienzos de la década del 60 había ya varias docenas de tales asociaciones, en las cuales los obreros no sólo buscaban una educación general, sino que además pasaban revista a sus intereses sociales y políticos. Por supuesto, tales organizaciones se encontraban todavía bajo la influencia política e ideológica de la burguesía liberal, pero la contradicción entre la burguesía y el proletariado era ya demasiado fuerte para que los obreros siguiesen mucho tiempo más a la cola de los políticos burgueses. Junto con sus reivindicaciones económicas, los trabajadores ya comenzaban a presentar reivindicaciones políticas, en especial en las zonas en que los comunistas habían desarrollado su actividad durante la revolución de 1848-1849, incluida Renania, Hamburgo, Leipzig y otras localidades. Existían el derecho, sin trabas, de organización, reunión, y la libertad de prensa para todos los ciudadanos. Exigían derechos de voto generales, iguales y directos. Y para garantizar estos derechos, exigían el armamento del pueblo, en lugar del fortalecimiento del militarismo. De distintas maneras, Marx se esforzó por colaborar con este movimiento obrero de desarrollo espontáneo.

Durante su estancia en Berlín, actuó con energía para que se le devolviese su ciudadanía prusiana, de modo de poder regresar a su patria en cualquier momento que ello resultara útil para los intereses de la clase obrera alemana. Pero el gobierno prusiano, que le había negado la ciudadanía en 1848, volvió a negársela. El presidente de la policía de Berlín justificó la negativa, con sequedad, con la afirmación de que las opiniones de Marx "eran republicanas, cuando mucho, y no monárquicas",[274] y el ministro del Interior prusiano, supuestamente liberal, respaldó esta posición.

Como Marx no podía volver libremente a Alemania, resultaba tanto más importante conocer a camaradas leales en el país natal. Wilhelm Liebknecht sería durante mucho tiempo el más importante de esos camaradas que trabajaban en Alemania. Con consentimiento de Marx, regresó a Alemania, desde la emigración inglesa, en el

[274] Ferdinand Lassalle a Marx, 1 de julio de 1861. En Ferdinand Lassalle: Cartas y escritos póstumos. Stuttgart-Berlín, 1922, pág. 367.

verano de 1862, y en adelante trabajó allí como seguro representante de Marx y Engels. Comenzó a difundir las concepciones de Marx entre los obreros berlineses, y a reunir en su derredor a un grupo de obreros con conciencia de clase.

En el otoño de 1862 existía un creciente deseo, entre los trabajadores alemanes más avanzados, en especial en Berlín y Leipzig, de convocar un congreso obrero pangermano que elaborase las metas sociales y políticas del proletariado. Los voceros de los trabajadores de Leipzig, el obrero del tabaco Friedrich Wilhelm Fritzsche, y el zapatero Julio Vahlteich, pidieron a Lassalle, a finales de 1862, que hiciese públicas sus concepciones sobre un programa para la clase obrera. Lassalle respondió a este pedido e instó a los trabajadores de Leipzig a organizarse para la lucha política en defensa de sus propios intereses. Sobre la base de su Respuesta abierta al comité central para la convocatoria de un congreso obrero pangermano en Leipzig, se fundó en Leipzig, en mayo de 1863, la Asociación General Obrera Alemana, y Lassalle fue elegido presidente de ella.

Por primera vez, luego de más de una década de la más negra reacción, volvía a insistir en la organización de obreros en Alemania, independiente de la burguesía. No sólo los trabajadores con conciencia de clase, sino que también los intelectuales encontraron nuevas esperanzas y se pusieron de parte o entre las filas del movimiento obrero. Uno de ellos, el poeta Georg Herwegh, escribió la ahora famosa canción de la Asociación General Obrera Alemana, que terminaba con los siguientes versos:

¡En pie los hombres de trabajo,
voltead con fuerza la prisión!
Podéis hacer parar las ruedas
si queréis que se detengan.

Los tiranos tiemblan de miedo
cuando ven cercano su fin;
vuestras manos dejan el arado

y el grito resuena: ¡La hora ya llegó!
¡Romped los lazos que atan a los libres!
¡Quebrad el temor a la esclavitud!
¡Romped la esclavitud del miedo!
¡Pan es libertad, libertad es pan! [275]

Lassalle conocía los escritos des Marx y Engels mejor que muchos otros, y a menudo se describía como su discípulo y partidario. Pero en la práctica jamás comprendió la riqueza de ideas de las enseñanzas marxistas, y en especial de su base, a saber, el materialismo filosófico. En su concepción de la historia y del Estado, siguió siendo un idealista. No creía que la clase obrera tuviese la misión histórica de construir una nueva sociedad socialista por medio de la conquista del poder político. En lugar de la destrucción del Estado burgués, consideraba que la tarea de la clase obrera era su reforma. También quería reformar el Estado prusiano mediante la introducción de la igualdad de derechos al voto secreto —es decir, según lineamientos estrictamente parlamentarios—, y por medio de créditos que el Estado Junker prusiano, así lo proponía él, entregaría a los obreros para levantar cooperativas de producción. La contribución histórica de Lasalle a la nueva creación de una organización obrera independiente de la burguesía, la Asociación General Obrera Alemana, fue positiva; pero su ilusión de que la clase trabajadora no necesitaba dedicarse a una lucha revolucionaria y "pasaría de manera pacífica" al socialismo con la ayuda del Estado explotador, ejerció una influencia destructiva.

Con estas ideas pequeñoburguesas y no proletarias, Lassalle desarrolló todo un sistema de falsas concepciones que más tarde se conoció, en la historia, con el nombre de lassallismo. Por ejemplo, prescindía de la lucha económica de los obreros, y con ello, también del movimiento sindical. Desdeñaba a los aliados del proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía. No creía que la lucha por la emancipación de la clase obrera tuviese carácter interna-

[275] Georg Berwegh: Canción de la Asociación General Obrera Alemana. En Georg Herwegh: Der Freiheit eine Gasse, Berlín, 1948, pág. 275.

cional. Pero las consecuencias más perniciosas para la clase obrera alemana fueron el resultado de las intrigas de Lassalle; por un lado, negociaba en secreto con Bismarck, el recién nombrado Primer Ministro prusiano, desde el punto de vista de que la Unificación de Alemania debía tener su base en Prusia. Por el otro, trató de apartar a la Asociación Obrera Alemana del camino democrático y revolucionario, hacia una unidad nacional con una táctica proprusiana. De este modo, Lassalle impidió que el creciente movimiento obrero de la década del 60 se convirtiese en una fuerza decisiva en la lucha por la unificación democrática de Alemania. Sus teorías, que impuso a la Asociación Obrera, hizo que desde entonces el lassallismo fuese el principal obstáculo para la penetración del comunismo científico en el movimiento obrero alemán.

Lassalle se esforzó por utilizar la autoridad de los autores del *Manifiesto Comunista* —como ya lo había reconocido Marx—, pero desdeñó las concepciones y experiencias del *Manifiesto* y la Liga Comunista en la formación de la Asociación Obrera. De tal manera, impidió que ésta se convirtiese en un partido proletario, tal como lo había sido la Liga Comunista.

Precisamente las características del lassallismo que eran antinacionales —por ser nacionalistas— y antirrevolucionarias –por ser reformistas— han llevado, desde la vuelta del siglo, a los historiadores burgueses y socialdemócratas de derecha a presentar a Lassalle como el fundador del movimiento obrero alemán organizado, y a negar el hecho de quo la historia del partido obrero revolucionario alemán comienza con la Liga Comunista. Ya en 1893 Friedrich Lessner refutó con eficacia estos esfuerzos, cuando escribió: "Para quienes trabajaron con Marx y Engels desde el comienzo, resulta extraño que la fundación de la Asociación General Obrera Alemana se describa como el comienzo del movimiento obrero contemporáneo. En fin de cuentas, la fundación de esta asociación se produjo a comienzos de la década del 60, en una época en que Marx, Engels y otros ya trabajaban en el plano de la propaganda y

luchaban con intensidad desde hacía veinte años".[276]

En la primavera de 1863 Marx dio la bienvenida a la separación política y orgánica de los obreros respecto de la burguesía. Pero en igual medida le escandalizó el hecho de que Lassalle considerase adecuado intrigar con el más enconado enemigo de la clase obrera alemana y de toda la nación, el Estado militar prusiano. "El asunto Lassalle y los escándalos que está creando en Alemania comienzan a resultar desagradables —le escribía Engels a Marx, en mayo de 1863—. Es hora de que termines tu libro."[277]

Ambos convinieron en que ahora resultaba en especial necesario influir sobre los trabajadores con las nuevas obras científicas y políticas.

Para Marx eso significaba, ante todo, la terminación de su obra principal, *Das Kapital*, en la cual había vuelto a trabajar con intensidad desde mediados de 1861, y con la cual pensaba continuar la *Crítica de la economía política*, publicada en 1859. Al mismo tiempo, se ocupaba cada vez más a fondo del movimiento obrero en otros países europeos.

Desde 1861 en adelante siguió con gran interés la guerra civil que había estallado en Estados Unidos, entre los Estados industriales y más desarrollados, del norte, y los Estados esclavistas del Sur. Apoyó a los obreros ingleses que, en gigantescas demostraciones, protestaron con valentía contra la intención del gobierno inglés, de intervenir militarmente en Estados Unidos, en favor de los Estados del Sur. Con gran satisfacción, alabó en público la elevada moral del proletariado inglés. "Aunque la continuación de la guerra civil norteamericana agobiará a un millón de trabajadores ingleses con los más terribles sufrimientos y necesidades",[278] debido a la crisis del algodón y la desocupación en masa en la industria textil ingle-

[276] Friedrich Lessner: Recuerdos de un trabajador sobre Carlos Marx. En Mohr und General, pág. 189.

[277] Engels a Marx, 20 de mayo de 1863. MEW, vol 30, pág. 347.

[278] Carlos Marx; Proclama de la Asociación Obrera Educacional Alemana, de Londres, respecto de Polonia. MEW, vol. 15, pág. 577.

sa, provocadas por la guerra civil, ello no obstante los trabajadores ingleses defendieron con abnegación la solidaridad internacional y la protección de la paz.

Así como apoyó la lucha de los obreros ingleses contra la amenaza de una guerra de intervención, así también Marx se puso con ardor de parte de la lucha del pueblo polaco, que desde comienzos de 1863 había vuelto a levantarse contra el régimen extranjero zarista. Propuso que él y Engels escribiesen un folleto sobre la brutal represión del pueblo polaco por Prusia y Rusia. Él redactaría la parte referente a la diplomacia, y Engels la relacionada con el aspecto militar. Desde febrero en adelante reunió materiales sobre el tema, tomándolos de la prensa inglesa, francesa y alemana. Se sumergió en especial en obras sobre la historia de la diplomacia de Polonia, Prusia, Rusia y Francia en los siglos XVII y XVIII. Pero en mayo una repetición de su antigua dolencia hepática lo obligó a abandonar su plan. La amplia labor preliminar tuvo que quedar sin utilizarse, y cuando se recuperó, le ocupó todo el tiempo la solidaridad práctica con los agobiados luchadores polacos por la libertad.

En agosto de 1863, cuando lo visitó una delegación de patriotas polacos, les prometió en el acto ayuda moral y material, y pidió a Engels que organizase una colecta de dinero también en Manchester. En Londres dispuso que la Asociación Obrera Educacional Comunista encabezara la acción de solidaridad con los patriotas polacos. "El problema polaco es el problema alemán. Sin una Polonia independiente no habrá una Alemania independiente, unida",[279] escribía en una hoja volante distribuida por la Asociación. Por insistencia de él, 50 ejemplares de la hoja volante fueron enviados a Liebknecht, a Berlín, de modo que el llamamiento pudiese distribuirse también entre los obreros alemanes. Marx declaraba a éstos: "En este momento crucial, la clase obrera alemana debe a los polacos, al mundo y a su propio honor una enérgica protesta contra la traición alemana frente a Polonia, que es al mismo tiempo una traición a Alemania y a Europa. Debe inscribir en su bandera, con

[279] Carlos Marx; Proclama de la Asociación Obrera Educacional Alemana, de Londres, respecto de Polonia. MEW, vol. 15, pág. 576.

letras de fuego, la reconstrucción de Polonia".[280] Difundió el concepto del internacionalismo proletario entre ellos, y trató de despertarles la conciencia de que eran los depositarios de los intereses nacionales de Alemania. También los obreros ingleses y franceses progresistas respaldaron a los patriotas polacos.

Este gran movimiento de solidaridad de la clase obrera europea, promovido por Marx, creó las condiciones previas para el establecimiento de una organización obrera internacional. Los movimientos de trabajadores de distintos países de Europa eran, una vez más, lo bastante fuertes como para que, según escribió Engels más adelante, "Marx pudiera pensar en poner en práctica un deseo acariciado desde hacía largo tiempo: fundar una Asociación Obrera que abarcase a los países más adelantados de Europa y América, y que debía personificar, por decirlo así, el carácter internacional del movimiento socialista, tanto ante los propios obreros como ante los burgueses y los gobiernos... para animar y fortalecer al proletariado, y para atemorizar a sus enemigos".[281]

El momento adecuado llegó en 1864. Las grandes federaciones sindicales inglesas habían invitado en 1863, a representantes de las organizaciones obreras francesas, a concurrir a una reunión internacional en Londres, en favor del levantamiento polaco. Se convino en repetir este acto internacional de solidaridad en 1864. Entonces los trabajadores de otras naciones también prometieron participar, incluida la Asociación Educativa Obrera Comunista, cuyos miembros eran casi todos proletarios alemanes. Los dirigentes obreros ingleses pidieron específicamente que Carlos Marx, quien gozaba de gran prestigio entre ellos, concurriese asimismo a esta manifestación de fraternidad internacional de los trabajadores.

En la noche del 28 de septiembre de 1864, cientos de obreros y emigrantes democráticos ingleses, franceses, alemanes, polacos, italianos y suizos se reunieron en St. Martin's Hall. El salón estaba

[280] Carlos Marx; Proclama de la Asociación Obrera EducacionalAlemana, de Londres, respecto de Polonia. MEW, vol. 15, pág. 577.

[281] Federico Engels: Carlos Marx. SW, pág. 373.

repleto de bote en bote. Carlos Marx, como representante de los obreros alemanes, se sentó en la plataforma, junto con los delegados de los obreros franceses, los dirigentes sindicales ingleses, los representantes y demócratas revolucionarios de otras naciones.

El coro de la Asociación Educativa Obrera Comunista, comenzó la velada con una canción. Luego el presidente, profesor Beesly, demócrata radical y buen amigo de Marx, declaró inaugurada la reunión. El público reaccionó con entusiasta aprobación ante un mensaje de solidaridad de los obreros ingleses, a los franceses, y a la respuesta de éstos. El coro cantó otra canción revolucionaria, y después un representante de los trabajadores franceses informó que sus camaradas de clase preveían una organización internacional del proletariado. Un dirigente sindical inglés resumió los puntos de vista formulados durante la noche por diversos oradores, entre ellos el comunista alemán Eccarius. Todos los oradores reconocieron los intereses comunes de los obreros de todos los países, en la lucha por la libertad democrática, la independencia nacional y el progreso social. Por último, cuando los emisarios del proletariado europeo decidieron, con gran entusiasmo, fundar una Asociación Obrera Internacional, que representase sus intereses comunes, Carlos Marx fue elegido miembro de la comisión directiva. La reunión se cerró con vítores a los obreros franceses y a los trabajadores de todos los países.

De tal manera, el hombre que había preparado el camino para esta unión de fuerzas, Carlos Marx, era ahora, además, testigo personal y participante de la Conferencia de Fundación de la Asociación Obrera Internacional.

CAPÍTULO V.

1864 -1871

Se coloca una nueva piedra fundamental - Secretario para Alemania - Madura la obra fundamental - El Capital - Delegado del movimiento obrero internacional - Abriendo la marcha en el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán - La Internacional Enjuiciada

Se coloca una nueva piedra fundamental

En la gran asamblea obrera de St. Martin's Hall, del 28 de septiembre de 1864, no fue Carlos Marx, sino su compañero Eccarius, quien habló en nombre de los trabajadores alemanes. El propio Marx había propuesto a Eccarius para la comisión preparatoria, y lo ayudó a preparar el proyecto de su intervención. Los informes periodísticos sobre la elección de la comisión directiva, que más tarde se convirtió en el Consejo General, publicaban el nombre de Marx al final de la lista. Pero muy pronto ese nombre fue el primero en la comisión elegida, "el alma de ella así como de todos los posteriores Consejos Generales" [282] de la Internacional, como lo describió Engels.

De la pluma de Marx salieron casi todos los documentos programáticos aprobados por el Consejo General, y todas las decisiones de los Congresos de la Asociación que tuvieron alguna permanencia, también estaban henchidas del espíritu de Marx. "Describir la actividad de Marx en la Internacional — escribía Engels una década

[282] Federico Engels: Carlos Marx. SW, pág. 373.

más tarde— significaría escribir la historia de la Asociación misma."[283]

Marx valoraba en alto grado la confianza que los representantes de la clase obrera internacional le habían mostrado con su elección. Dedicó a su nueva tarea la misma devoción que había dedicado a todas las otras que le confió la clase trabajadora. Durante muchos años entregó todas sus energías a su labor científica, en especial a su estudio de la economía política, y se apartó del juego con organizaciones de los emigrantes alemanes, principalmente pequeñoburgueses. Pero ahora estaba involucrado, no el juego con conspiraciones utópicas a que se dedicaban algunos individuos ambiciosos; antes bien, como escribía Marx a Engels, se trataba "de verdaderos 'poderes' tanto del lado de Londres como de París", un asunto de "resurrección de la clase obrera".[284]

¡Con qué profundidad y sentimiento había esperado Marx ese momento! Durante el período posterior a 1849, cuando la reacción europea extinguió las llamas de la revolución, y cuando "el fantasma del comunismo"[285] parecía haber sido borrado después de los juicios a los comunistas de Colonia, Marx no dudó jamás, ni por un instante, que el proletariado volvería a despertar a la acción política. Y ahora llegaba el momento de ese despertar. La fundación de la Internacional fortaleció la confianza de Marx y confirmó su opinión sobre la misión histórica de la clase obrera. Era, al mismo tiempo, producto de sus incansables trabajos. La fundación de la Internacional también fue para Jenny una gran satisfacción. Engels describía más tarde los sentimientos de la leal esposa y camarada de Marx, con las siguientes palabras: "La Internacional ha sido lanzada. La lucha de clases del proletariado avanzó, de país en país, y a la cabeza de las primeras filas marchaba su esposo. Comenzó entonces para ella un período que le compensaba algunas de las grandes penurias que había padecido. Vivió para ver que las calumnias

[283] Federico Engels: Carlos Marx. SW, pág. 373.

[284] Marx a Engels, 4 de noviembre de 1864. SC, pág. 146.

[285] Carlos Marx / Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso, Moscú, pág. 41.

acumuladas contra Marx eran barridas como pajas ante el viento; y que sus enseñanzas, en cuya represión todos los partidos reaccionarios... habían empeñado enormes esfuerzos, eran predicados por fin desde los tejados de todos los países civilizados y en todos los idiomas modernos".[286]

Pero al comienzo, en los primeros años de la Internacional, el punto de vista marxista todavía "no se predicaba desde los tejados". Primero tuvo que establecerse en duras batallas, tanto dentro como fuera de la Internacional. Ya habían surgido diferencias de opinión en la elaboración del programa y del reglamento general.

La comisión directiva elegida en St. Martin's Hall se reunió por primera vez el 5 de octubre. Autorizó la formación de una comisión de nueve hombres, una así llamada subcomisión, para que redactase un proyecto de programa y Estatuto Provisional. Marx fue elegido para integrar esa comisión. Los entretelones de esta elección le fueron descritos por su amigo Eccarius, quien informó que en una consulta personal los influyentes dirigentes sindicales ingleses Cremer y Odger habían formulado la opinión de que "el hombre adecuado para el lugar adecuado es sin duda alguna el doctor Marx".[287]

Una enfermedad impidió a Marx participar en las reuniones posteriores. Cuando los proyectos de documentos fueron presentados para su difusión el 18 de octubre, se vio obligado a hablar contra ellos, porque por un lado describían las tareas de la clase obrera en forma demasiado vaga, y por el otro habrían convertido a la nueva organización en una sociedad conspirativa, cosa que la historia había condenado al olvido hacía ya mucho tiempo. Se convino otra reunión para el 20 de octubre, en esa ocasión en casa de Marx. El inglés Cremer, el vocero alemán Le Lubez y el representante italiano Fontana debatieron hasta la medianoche, pero con escasos

[286] Federico Engels: Jenny Marx, geb. v. Westphalen. MEW, vol. 19, pág. 292.

[287] Johann Georg Eccarius a Marx, 12 de octubre de 1864. En Karl Marx und die Gründung del I. Internationale. Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PSUA, Berlín, 1964, pág. 31.

resultados. Los delegados confiaron los distintos documentos a Marx, y éste vio con claridad que eran desde todo punto de vista inadecuados, y que no resultaba posible mejorarlos, sino que había que rescribirlos por completo.

Durante los ocho días que siguieron Marx se dedicó por entero a su tarea y elaboró los Estatutos Provisionales y el Manifiesto Inaugural, los dos documentos fundamentales de la Asociación Obrera Internacional. El gran problema consistía en establecer los principios del comunismo científico en una forma adecuada para esa etapa del movimiento obrero, que resultara aceptable para las tan variadas tendencias que existían en su seno, y que sin embargo anunciase de manera inconfundible la meta revolucionaria del proletariado.

¿Cuál era la situación del movimiento obrero internacional en 1864?

Las más grandes organizaciones de trabajadores existían en Inglaterra. Pero los dirigentes sindicales ingleses, que representaban a decenas de millares de obreros sindicalizados, no consideraban que el derrocamiento del capitalismo fuese el objetivo de su lucha. Se conformaban con el mejoramiento de la situación social de los obreros en el seno del capitalismo, y la ampliación de sus derechos.

La mayoría de las asociaciones obreras francesas se hallaban bajo la influencia del proudhonismo, y los demás eran seguidores de Blanqui. Proudhon negaba la necesidad de una lucha por la hegemonía política de la clase obrera, y rechazaba también las luchas económicas de los sindicatos. Creía que el proletariado podía emanciparse de la explotación si los obreros se convertían en pequeños productores de mercancías. Por el contrario, los blanquistas concentraban toda su atención en la revolución política con la cual querían derribar al capitalismo. Pero creían que podían "hacer" esta revolución en cualquier momento que eligiesen con un puñado de combatientes impávidos. Sus objetivos putschistas los apartaban de la lucha política. Más aun, les dificultaban la tarea de conquistar las masas del proletariado para las ideas socialistas. Dos décadas antes, Marx ya había refutado las confusiones de Proudhon y Blan-

qui, pero las concepciones de éstos eran tenaces, reaparecían a cada instante en la clase trabajadora, y eran alimentadas por la ideología de la pequeña burguesía, muy fuerte en número.

Esta era la situación de Italia. Allí la revolución industrial se encontraba aún en su infancia, de modo que el proletariado era escaso en número y tenía muy estrechas vinculaciones con la pequeña burguesía. Al comienzo los obreros italianos se unieron en asociaciones de beneficios mutuos y educacionales. Estas organizaciones seguían siendo muy influidas por Giuseppe Mazzini, el revolucionario democrático-burgués que trataba de conquistar a los trabajadores para el movimiento democrático general, para completar la unificación nacional de Italia, pero que repudiaba la lucha de clase del proletariado.

Es claro que en Alemania la Asociación Obrera General Alemana era una organización política obrera independiente, pero su programa, impregnado de lassallismo, le impedía defender en forma coherente los intereses de clase de los trabajadores alemanes y convertirse aun más en un verdadero partido proletario. Las otras organizaciones obreras, que se habían unido en 1863 en la Federación de Asociaciones Obreras Alemanas, seguían estando por entero bajo la influencia de la burguesía liberal.

Por consiguiente, las distintas secciones del movimiento obrero internacional no eran una unidad, ni en el sentido ideológico, ni en el organizativo. Su nivel teórico era muy desparejo. Muchos obreros que estaban dispuestos a encarar la lucha, no sólo carecían de un conocimiento del comunismo científico; no pocas veces poseían todavía concepciones burguesas. Ello no obstante, Marx no ahorró esfuerzos para llevar adelante la unidad de la clase obrera por medio de un programa conjunto. Dos décadas de luchas de clases le habían enseñado que el proletariado necesita la unidad si quiere reunir en su derredor a todos los demás que trabajan para vivir, y cumplir su misión histórica. En consecuencia, al elaborar los Estatutos Provisionales y el Manifiesto Inaugural, desechó todo lo estrecho y sectario, así como todo lo que excitaba el ineludible enfrentamiento con los puntos de vista oportunistas. Su línea orienta-

dora era la necesidad de forjar la unidad del proletariado en acciones y discusiones conjuntas. Por lo tanto se basó en la comunidad de intereses de las diversas organizaciones y tendencias proletarias, en una palabra, en lo que unía a los trabajadores de todos los países. Se trataba, ante todo, del conocimiento de que los obreros de un solo país eran impotentes sin la solidaridad de los de otras naciones, que la clase obrera necesita una organización proletaria independiente para el éxito en su lucha, y que la emancipación de los obreros sólo puede ser la obra de la propia clase obrera.

Por lo tanto, Marx inició el Manifiesto Inaugural con las siguientes palabras:

"¡Trabajadores!

"Es un hecho notabilísimo el que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuido desde 1848 hasta 1864, y sin embargo este período ofrece un desarrollo incomparable de la industria y el comercio".[288]

Sobre la base de documentos oficiales del gobierno inglés, Marx mostraba con claridad que "ni el perfeccionamiento de las máquinas, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el mejoramiento de los medios de comunicación... están en condiciones de suprimir la miseria de las clases laboriosas; al contrario, mientras exista la base falsa de hoy, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo ahondará necesariamente los contrastes sociales y agudizará más cada día los antagonismos sociales".[289] Marx ponía aquí al desnudo la deliberada mentira, ya difundida entonces por la burguesía, de que el progreso técnico supera los antagonismos de clase y elimina la explotación. De esa manera, abría los ojos de los trabajadores a la conciencia de que los intereses de la burguesía, y los del proletariado son irreconciliables.

Luego elogiaba los éxitos que el movimiento obrero había conquis-

[288] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 5.

[289] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 9.

tado en los años anteriores. El primero de ellos fue la introducción de la jornada de 10 horas que los obreros ingleses consiguieron a lo largo de décadas de luchas. Los economistas burgueses habían declarado en voz alta "que toda limitación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra sería doblar a muerto por la industria inglesa".[290] De tal modo, la introducción de la jornada de 10 horas en Inglaterra y en muchos otros países europeos fue, escribía Marx, "no sólo un gran triunfo práctico; fue también el triunfo de un principio. Por primera vez, la economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la economía política de la clase obrera".[291]

Elogió como segunda gran victoria del proletariado sobre la burguesía los éxitos del movimiento cooperativo, la fundación de las cooperativas obreras de producción. Este movimiento había sido iniciado por el utopista inglés Robert Owen. Demostró en la práctica que los trabajadores pueden producir en grandes fábricas sin capitalistas y con la utilización de avanzados procesos técnicos. Demostró, asimismo, que el trabajo asalariado, es decir, la explotación de los obreros, era sólo una manifestación social temporaria, "destinada a desaparecer ante el trabajo asociado, que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría".[292]

Con estas palabras Marx fortalecía la confianza de la clase obrera en sí misma, y su conciencia de su propio poderío. La ayudaba a entender que no solo estaba destinada a crear una sociedad en la cual el trabajo se convierta, de penoso trajín en la más elevada necesidad de la vida, sino que además era capaz de hacerlo.

Pero también mostraba que las cooperativas no podían vencer a los monopolios capitalistas o atenuar de manera apreciable la pobreza de las masas. Para liberar a las masas trabajadoras, la fórmula cooperativa debería desarrollarse en escala nacional, y ser llevada

[290] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 11.

[291] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 11.

[292] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, págs. 11-12.

adelante por medio de recursos nacionales. Pero como los dueños de la tierra y los capitalistas utilizarían en todo momento su poder político para defender y perpetuar su dominio económico, ante todo habría que abolir sus privilegios políticos. Marx resumía este concepto con la categórica reivindicación: "La conquista del poder político ha llegado a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera".[293]

Marx evaluaba la resurrección del movimiento proletario a comienzos de la década del 60, y los numerosos intentos de los obreros de organizarse y unirse, como un primer paso en el camino a la conquista del poder por la clase trabajadora. Un importante factor para el éxito de esta clase era su fuerza numérica. "Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber."[294] Por asociación, Marx se refería aquí, no sólo a la unidad en una organización en escala nacional, sino también a la estrecha fraternidad entre los obreros de todos los países. Por "saber" necesario se refería al dominio de las leyes del desarrollo social, de las enseñanzas científicas de la lucha de emancipación de la clase obrera. La organización política que proponía, y que tenía que ser orientada por el comunismo científico, era el partido de la clase obrera.

Por último, en su Manifiesto Inaugural también esbozaba una política exterior proletaria. Como la liberación de la clase obrera en los diversos países exigía la colaboración mutua y fraterna, dicha meta jamás podría lograrse "con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo".[295] Por lo tanto el proletariado debía llegar a conocer los secretos de la política internacional, organizar la resistencia a las intrigas de los

[293] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 12.

[294] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 12.

[295] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 13.

distintos gobiernos, y luchar por su propia política exterior. Pero ésta tenía que hacer "que las sencillas leyes de la moral y la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones".[296]

Marx mostraba el camino a la abolición final de la guerra entre los pueblos. En el *Manifiesto Comunista*, él y Engels ya habían expresado la opinión de que la lucha por la paz tiene estrecha vinculación con la lucha por el poder político en cada uno de los países, y lo dijeron con las siguientes palabras: "Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, será abolida la explotación de una nación por otra".[297] En el Manifiesto Inaugural, Marx señalaba las heroicas acciones antibélicas de los obreros ingleses, para destacar que el proletariado puede luchar con éxito contra las guerras de rapiña de las clases gobernantes, inclusive en el seno de la sociedad capitalista, y está obligada a hacerlo. "La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera."[298]

Marx elaboró los Estatutos Provisionales entre el 21 y el 27 de octubre. En ellos desarrolló los principios y estructura organizativa de la Asociación Obrera Internacional. Los precedía la declaración programática:

"Que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera;

"Que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales, y por la abolición de toda dominación de clase;

"Que el sometimiento económico del trabajador a los monopoliza-

[296] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 13.

[297] Carlos Marx / Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Editorial Progreso, Moscú, pág. 77.

[298] Carlos. Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 13.

dores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de todas las miserias sociales, de toda la degradación intelectual y la dependencia política;

"Que la emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe subordinarse como medio".[299]

Los Estatutos Provisionales explicaban y subrayaban el carácter internacional de la Asociación, y los objetivos comunes del proletariado de los distintos países. Nombraban al congreso anual como la máxima autoridad de la Asociación. A él debían concurrir representantes de todas las organizaciones obreras afiliadas. Entre los congresos, la Asociación sería dirigida por el Consejo Central, que en 1866 cambió su título por el de Consejo General. Estaría compuesto por representantes de los distintos países, y coordinaría la actividad de cada una de las organizaciones. El Consejo General, con sede en Londres, sería elegido por el congreso anual e informaría ante él acerca de sus actividades.

Los Estatutos Provisionales obligaban a los miembros a trabajar con toda su energía "por reunir a las sociedades obreras de sus países respectivos, que aún están aisladas, en organizaciones nacionales representadas por organismos centrales de carácter nacional", es decir, por medio de partidos políticos.

Mientras no se lograse eso, todas las organizaciones y todas las secciones locales tenían el derecho a tratar en forma directa con el Consejo General de Londres. Ello tenía especial importancia para países como Alemania, donde las leyes reaccionarias vedaban la afiliación oficial de las organizaciones obreras nacionales a la Internacional.

Todos los órganos dirigentes de la Internacional eran elegidos, y debían informar a los miembros acerca de sus actividades. Los Estatutos garantizaban la libre difusión de todos los problemas teóri-

[299] Carlos Marx: Estatutos Generales de la Asociación In-ternacional de los Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 14.

cos y políticos. Estipulaban que todas las organizaciones y sectores pertenecientes a la Internacional debían actuar juntos y en armonía; en una palabra, en forma disciplinada. Ello coincidía con los principios organizativos de una organización obrera democrática y de dirección centralizada, ya puesta a prueba por la Liga Comunista. Serían recogidas por todos los partidos revolucionarios de la clase obrera, en épocas posteriores.

El Manifiesto Inaugural terminaba con el grito de batalla: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" [300]

Eso simbolizaba la continuidad de la tradición de la Liga Comunista, y era prueba del gran progreso del movimiento obrero internacional. Marx no podía aún, como escribía a Engels, dar al Manifiesto y a los Estatutos Provisionales "la antigua audacia de lenguaje", [301] característica del *Manifiesto Comunista*. Con la vista puesta en las concepciones todavía inmaduras de las organizaciones obreras contemporáneas, eligió una forma que le permitiese proclamar la emancipación económica del proletariado y —como condición previa— el establecimiento de su poder político como la gran meta del movimiento obrero. Pero en su contenido, el Manifiesto y los Estatutos coincidían por entero con el *Manifiesto Comunista*, en todos los problemas principales.

El 1º de noviembre de 1864 la Comisión Provisional se estableció como Consejo Central de la Asociación Obrera Internacional. El Consejo aprobó por unanimidad los Estatutos Provisionales y aceptó como su programa el proyecto de Manifiesto de Marx. Era esa una gran victoria para el comunismo científico, ya que creaba un sólido cimiento programático e internacional sobre la base del cual podían discutirse las diferencias con todas las tendencias no marxistas que existían en el seno de la Internacional.

En la misma reunión, Marx propuso que Friedrich Lessner y Karl Pfänder fuesen elegidos miembros del Consejo Central. Ocho días

[300] Carlos Marx: Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 13.

[301] Marx a Engels, 4 de noviembre de 1864. SC, pág. 149.

después sugirió también la elección de Ceorg Lochner y Karl Kaub. Las proposiciones fueron aprobadas. Los cuatro obreros, que eran experimentados comunistas alemanes, habían aprendido a valorar a Marx como maestro. Junto con Eccarius y el emigrante suizo Hermann Jung, fueron un importante apoyo para Marx en el Consejo Central. Ahora existía por lo menos un grupito, en el Consejo, de comunistas con preparación teórica, al lado de la gran cantidad de defensores de las ideas pequeñoburguesas.

El presidente del Consejo Central era el zapatero Ceorge Odger, dirigente de los sindicatos ingleses. El secretario general era William Randell Cremer, uno de los fundadores del sindicato de carpinteros y ebanistas ingleses. Ambos representaban, en forma más o menos abierta, el punto de vista del reformismo pequeñoburgués. Le Lubez, quien trabajaba como secretario corresponsal de Francia, era un emigrante republicano burgués de quien la Internacional se separaría muy pronto. Giuseppe Fontana respaldaba las ideas políticas de Mazzini. Otros miembros del Consejo eran sindicalistas ingleses, demócratas pequeñoburgueses franceses, italianos, polacos e ingleses, y un obrero dinamarqués. La necesidad elemental de colaboración y solidaridad internacionales, y el enorme talento táctico de Marx, los reunieron para la acción común.

En su trabajo para el Consejo Central, éste ofreció un ejemplo de cómo la estrategia y la táctica de la clase obrera deben tener siempre en cuenta la situación del momento en que se desarrolla la lucha de la clase obrera. En contraste con los dirigentes sindicales ingleses representados en el Consejo, que tenían tras de sí a decenas de millares de miembros, y con los delegados de las organizaciones francesas, Marx representó durante mucho tiempo, nada más que a un reducido grupo de obreros alemanes. Pero tenía de su lado el conocimiento de los intereses y metas de la clase obrera, y una perspectiva en cuanto al camino que era preciso seguir. Lessner, quien entonces se reunía con Marx casi todas las semanas, escribía: "Marx, como todos los hombres grandes de verdad, carecía por completo de arrogancia, y apreciaba todos los esfuerzos honrados y

todas las opiniones basadas en un pensamiento independiente".[302] Discutía con inagotable paciencia las ideas de los otros miembros del Consejo. Cuando se equivocaban, los ayudaba a reconocer sus ideas y conclusiones falsas, y de tal modo los convertía en aliados de sus puntos de vista. De esta manera logró, con admirable flexibilidad, conquistar a una mayoría respecto de todos los asuntos de importancia, para una política basada en los principios del comunismo científico.

En ese período, el hogar de Marx se convirtió en la segunda sede de la Internacional. A menudo, cuando las consultas oficiales semanales del Consejo General, o de una de sus comisiones, terminaban en su oficina del 18 de la calle Greek, en el Soho, la discusión continuaba en la casa de Marx. En ocasiones la conversación se desplazaba a una taberna, donde continuaba, de manera informal, frente a un vaso de cerveza. Marx prosiguió con tanta frecuencia como le resultaba posible su práctica de reunirse con los trabajadores, de consultarlos y conocer sus aspiraciones en el movimiento obrero.Siempre se entusiasmaba cuando conocía a obreros que mostraban comprensión de importantes problemas políticos y económicos, quienes le hablaban con franqueza y sin adulaciones. En esas ocasiones, por lo general la conversación continuaba hasta muy avanzada la noche, de modo que a veces Marx decía a sus amigos, en broma: "Nosotros presionamos por una jornada de ocho horas, pero a veces trabajamos el doble en un lapso de 24". [303]

Para la familia Marx, después de largos años de privaciones, a comienzos de 1864, el aspecto material de la vida mejoró un tanto, por el momento. Pero los motivos de que así resultara fueron trágicos.

El 30 de noviembre de 1863 Marx perdió a su madre. En seguida viajó a Tréveris para asistir a los últimos ritos. En Tréveris, lo mismo que en Francfort y Holanda, visitó a sus parientes, y regresó

[302] Friedrich Lessner: Recuerdos de un trabajador sobre Carlos Marx. En Mohr und General, pág. 187.

[303] Friedrich Lessner: Recuerdos de un trabajador sobre Carlos Marx. En Mohr und General, pág. 185.

a Londres en febrero de 1864. Poco después recibió su parte de la herencia de Tréveris. Entonces pudo pagar las distintas deudas, y la familia, con las hijas ya crecidas, se trasladó a una casa mejor, ubicada en el noroeste de Londres, en Haverstock Hill, Maitland Park, 1 Modena Villas.

En el nuevo ambiente, la salud de las hijas mejoró en forma visible. La casa tenía un jardín encantador. En el cercano parque Maitland, Marx encontraba descanso en sus horas de ocio. Y entonces él y Jenny pudieron ayudar con dinero a amigos necesitados, como Liebknecht en Alemania.

A comienzos de mayo de 1864 Marx recibió inquietantes noticias de Manchester: Wilhelm Wolff padecía de una grave enfermedad: corrió a Manchester en el acto, en la esperanza de ver «al magnífico camarada" [304] antes que fuese tarde. Llegó muy a tiempo: Wolff murió el 9 de mayo. Marx pronunció la despedida ante la tumba. Wolff, que había pertenecido al grupo de los amigos más íntimos de la familia Marx, recordaba a Carlos inclusive en su muerte, y le dejaba en una carta, como ayuda por su trabajo, £ 800, los ahorros de toda una vida.

Pero la numerosa familia devoró muy pronto todo el dinero heredado. Marx seguía sin contar con una fuente de ingresos firme regulares. *New York Daily Tribune* había dejado de publicar sus artículos en la primavera de 1862, porque los acontecimientos internos de Norteamérica monopolizaban las columnas del periódico. Otras tareas periodísticas eran irregulares. El trabajo de Marx para la Asociación Obrera Internacional, que desde el otoño de 1864 en adelante exigió gran parte de su tiempo y energías, era, por supuesto, puramente voluntario. De tal modo, en mayo de 1865 la pobreza volvió a la casa de los Marx. Todo lo que tenía algún valor fue a parar, poco a poco, al montepío, pero aun así no era posible satisfacer a los importunos acreedores. "Al principio quise hablarte al respecto —le escribía Marx a Engels a finales de julio de 1865. Te aseguro que habría preferido cortarme los pulgares antes que

[304] Marx a Jenny Marx, 13 de mayo de 1864. MEW, vol. 30, pág. 659.

escribirte esta carta. Resulta en verdad aplastante seguir dependiendo de ti la mitad de la vida. El único pensamiento que me mantiene en pie es que entre los dos mantenemos en funcionamiento una compañía en la cual dedico tiempo al aspecto teórico y partidario del negocio."[305] Pero la descripción de sus dificultades hogareñas era seguida, a continuación, por una información detallada sobre el progreso de su trabajo en *El capital*, y los acontecimientos que se desarrollaban en la Asociación Obrera Internacional. Su labor científica y la lucha política le permitieron, a la larga, superar las preocupaciones domésticas más deprimentes.

Secretario para Alemania

Después de la fundación y dirección de la Liga Comunista, los años de 1864 a 1872 representaron la segunda culminación en la actividad política práctica de Marx. A la cabeza de la Asociación Obrera Internacional mostró ser un auténtico dirigente obrero y un destacado estadista político. Por cara que siguiese siendo para él su labor científica, era ante todo un revolucionario. Participaba en la emancipación de la clase obrera: ese era el contenido de su vida. Jamás, en todas sus actividades, unió la investigación científica y la actividad revolucionaria pública con tanta autoridad y un éxito tan perdurable como en los años de la Asociación Obrera Internacional.

Por cierto que, en términos formales, Marx nunca fue en realidad el dirigente oficial de la Internacional. Por lo general los dirigentes sindicales ingleses eran presidente y secretario general del Consejo General. Eccarius también fue secretario general durante muchos años. Por sugestión de los obreros alemanes que vivían en Londres, Marx desarrolló las funciones de Secretario Corresponsal para Alemania. Los secretarios de cada país, junto con el presidente y el secretario general, constituían una comisión permanente del Consejo General, una especie de cuerpo dirigente que preparaba las reuniones y resoluciones. Marx conquistó muy pronto un alto res-

[305] Marx a Engels, 31 de julio de 1865. MEW, vol. 31, pág. 131.

peto y una gran confianza entre los miembros de dicha comisión, gracias a sus útiles y meditadas proposiciones. Se hizo indispensable para la comisión, y por intermedio de ella, muy pronto dirigió en la práctica al Consejo General. En el cumplimiento de sus obligaciones, era un modelo para los otros miembros del Consejo. Cuando no visitaba a Engels en Manchester, o estaba en cama, enfermo, participaba con regularidad en la mayoría de las reuniones del Consejo, que casi siempre se realizaban los martes, y se preparaba para ellas, de antemano, de manera minuciosa. Jamás rechazó una tarea, como secretario de la Internacional, por falta de tiempo. Como secretario, debía llevar adelante una correspondencia que crecía de año en año, y mantener contactos personales con muchos dirigentes obreros ingleses y otras personalidades residentes en Londres. Todo eso le consumía mucha energía.

Marx era un internacionalista ciento por ciento. Pero por orgulloso que se sintiera de la posición internacional que él y Engels habían conquistado, por profundo que fuese el internacionalismo que sentía y con que actuaba, era al mismo tiempo un ardiente patriota alemán. De entre las incontables calumnias inventadas respecto de él, la más absurda y despreciable es la mentira de que el dirigente reconocido de la Internacional carecía de sentimientos patrióticos.

Marx se enorgullecía de las grandes contribuciones revolucionarias y culturales de su pueblo. Por amor al pueblo alemán, puso en la picota, de modo implacable, la traición y los fracasos de las clases gobernantes a lo largo de la historia alemana. Pero al mismo tiempo señalaba, incansable, a los obreros alemanes, que las masas populares de Alemania también habían demostrado su capacidad para realizar hazañas que se encontraban a la altura de las contribuciones revolucionarias de otros pueblos. El amor de Marx por su patria y el pueblo alemán no disminuyó, sino que se acrecentó con el exilio que le había impuesto la reacción prusiana. El amor al pueblo y el odio a los opresores, junto con una inconmovible solidaridad internacional, eran para Marx —como para todos los auténticos marxistas desde entonces— parte indivisible del patriotismo proletario.

Tenía gran fe en la clase obrera alemana, en su sensatez teórica y su capacidad organizativa. Esta fe lo llevó primero a guardar silencio respecto de la agitación de Lassalle entre los trabajadores. Marx estaba convencido de que los obreros aprenderían, por experiencia propia, en la lucha de clases, que la actitud unilateral de Lassalle hacia la burguesía liberal era falsa, y sólo podía servir a los Junkers prusianos. Sabía que el proletariado alemán podía cumplir con su misión nacional sólo en la batalla contra Bismarck, el proponente de la unificación de Alemania según lineamentos reaccionarios. Creía con firmeza que los miembros de la Asociación Obrera General Alemana, reconocerían que la clase obrera jamás podría triunfar por medio de intrigas con un gobierno hostil al pueblo.

En el otoño de 1864 Lassalle fue muerto en un duelo. Pero la Asociación Obrera Alemana cayó entonces bajo la influencia de personas que llevaban hacia adelante, en forma aun más drástica, la política oportunista de Lassalle. Entonces Marx ya no pudo guardar silencio. Decidió convertir la Asociación Obrera Alemana en un partido revolucionario.

Después de la muerte de Lassalle, Liebknecht, quien había trabajado entre los obreros de Berlín, y Carl Klings, ex miembro de la Liga Comunista, dirigente ahora de la filial de Solingen de la Asociación Obrera Alemana, recurrieron a Marx en procura de ayuda. Con independencia el uno del otro, instaron a Marx a viajar a Alemania y hacerse cargo de la presidencia de la Asociación Obrera General Alemana. Marx no pudo cumplir con este pedido, debido a su trabajo en la Internacional y a la permanente amenaza de expulsión como "extranjero", que pendía sobre su cabeza en Prusia. Pero recibió con satisfacción los vínculos, ahora más estrechos, con los obreros de Renania.

En diciembre de 1864 uno de los discípulos de Lassalle, Johann Baptist von Schweitzer, fundó el periódico *Der Sozial-Demokrat* como órgano de la Asociación Obrera en Berlín. Liebknecht fue incluido en la junta editorial, y Marx y Engels prometieron su colaboración. En el periódico vieron una oportunidad de popularizar los principios ideológicos, políticos y organizativos de un partido pro-

letario revolucionario en Alemania, y de trabajar para la afiliación de la Asociación Obrera a la Internacional. *Der Sozial-Demokrat* publicó el Manifiesto Inaugural y los Estatutos Provisionales de la Internacional. En numerosos artículos, Marx y Engels advirtieron a los obreros alemanes contra todo tipo de conciliación con el gobierno de Bismarck.

Al mismo tiempo, en febrero de 1865, Marx elaboraba todo un programa para los obreros revolucionarios alemanes, en la concisa forma de una carta a Schweitzer. Advertía en especial al movimiento obrero alemán contra la catastrófica ilusión "de que la manzana de oro le caiga en la boca por gracia del rey, en la era de Bismarck, o en cualquier otra era prusiana". Y continuaba: "Es inevitable que se materialice la desilusión frente a la desdichada fantasía de Lassalle, de que un gobierno prusiano puede traer el socialismo. La lógica de la situación hablará por sí misma, pero el honor del partido obrero exige que repudie ideas tan engañosas, aun antes de que su oquedad quede revelada en la práctica". Terminaba esta candente crítica del lassallismo con el recordatorio: "La clase obrera es revolucionaria, ó nada es".[306]

Pocos días más tarde Schweitzer fue desenmascarado como secuaz de Bismarck, y en el acto Marx y Engels se apartaron de *Der Sozial Demokrat.*

En enero de 1865 Marx consiguió que Engels preparase un artículo relacionado con la actitud de los obreros alemanes hacia Bismarck. Pero el artículo se convirtió en un folleto. Cuando Marx recibió el manuscrito, el 9 ó 10 de febrero, lo leyó en seguida, propuso unos pocos cambios y agregados, e instó a que se publicase lo antes posible. Cuatro semanas más tarde apareció en Hamburgo con el título de *El problema militar prusiano y el partido obrero alemán.*

En su folleto Engels esbozaba la táctica que tendría que seguir el proletariado alemán para unificar a Alemania en forma democrático-revolucionaria. Esta táctica, en opinión de Marx y Engels, sólo

[306] Marx a Johann Baptist van Schweitzer, 13 de febrero de 1865. MEW, vol. 31, pág. 446.

podía ser la de respaldar y empujar hacia adelante a la burguesía en la lucha contra la reacción feudal. ¿Por qué? En Alemania, en aquel momento, la contradicción principal no era todavía la existente entre el proletariado y la burguesía, sino entre todos los sectores del pueblo interesados en el progreso social, por un lado —el proletariado, los campesinos, la pequeña burguesía democrática y también la burguesía—, y por el otro lado la reacción feudal, que luchaba con empecinamiento para salvar el orden social que se desmoronaba.

El Estado militar prusiano era el principal enemigo de una solución democrática del problema nacional. La clase obrera jamás podría conciliar con él. Por lo tanto Engels llamaba a esa clase a aliarse a los campesinos, la pequeña burguesía democrática, y también a algunos sectores de la burguesía, a fin de expulsar juntos a la monarquía alemana, para crear una república democrática, hacer que las energías creadoras del pueblo alemán se desarrollasen con entera libertad, convertir a Alemania en el centro de una reforma democrática en Europa y desarrollar relaciones auténticamente amistosas entre los pueblos. Sólo ese desarrollo expresaría los intereses de la vasta mayoría de la nación.

La sentencia de Engels, de que el destino de la nación alemana dependía de la lucha por la democracia, recorría como un hilo rojo todo su folleto. Declaraba en forma abierta que inclusive si la burguesía, como en 1848-1849, por miedo a los obreros, desertaba para ponerse bajo las alas protectoras de la aristocracia, el movimiento obrero no tendría más alternativa que seguir adelante en la lucha, traicionada por la burguesía -a pesar de ésta y contra ésta-, por la libertad de prensa, de reunión y de asociación, así como por otros derechos democráticos. Y subrayaba: "Sin estas libertades no puede funcionar como corresponde. En esta lucha, combate por sus propios medios de vida, por el aire que tiene que respirar".[307]

La advertencia de Engels —y cada una de sus palabras habían sido

[307] Federico Engels: El problema militar prusiano y el partido obrero alemán. MEW, vol. 16, pág. 77.

aprobadas por Marx—, de que el proletariado debe luchar en forma coherente por la democracia, en interés de la lucha por el socialismo, era de importancia fundamental y permanente. Pero tenía una especial significación para los obreros organizados en la Asociación Obrera General Alemana, porque era inevitable que la lucha por las libertades democrático-burguesas en Alemania se dirigiese ante todo contra los Junkers militaristas y la burocracia feudal. El reconocimiento de este hecho obligaría a la Asociación Obrera a aliarse en forma más estrecha al movimiento de masas de la clase obrera, buscar una alianza con los campesinos y otras fuerzas antifeudales, y a desprenderse de las características de secta conspirativa basada en los dogmas de Lassalle.

Sea como fuere, seguía escribiendo Engels, si la clase obrera impulsaba hacia adelante a la burguesía, o si ella misma se encontraba en condiciones de abrir la marcha en la revolución democrático-burguesa, nunca podría funcionar "nada más que como cola de la burguesía", sino "como un partido por entero distinto e independiente de ella".[308] En ese sentido, Engels describía al partido obrero como el sector consciente de la clase, como su vanguardia que trata de realizar los objetivos de dicha clase.

También encaraba el problema del derecho general al voto, que Lassalle había saludado como la respuesta para todos los problemas. Marx y Engels advertían contra una sobrestimación del derecho general al voto, que por medio de astutas manipulaciones también podía ser utilizado por las clases gobernantes, con fines reaccionarios. Para la clase obrera, declaraba Engels en su folleto, el derecho general al voto sólo podía convertirse en una herramienta eficaz cuando sus representantes en el Parlamento siguiesen un camino independiente, en oposición a las clases explotadoras, se aliasen a todas las fuerzas democráticas del pueblo y se basaran en ellas.

Con estas ideas, que ahora se difundían entre los obreros alemanes

[308] Federico Engels: El problema militar prusiano y el partido obrero alemán. MEW, vol. 16, pág. 77.

más avanzados, Marx y Engels aplicaban el programa general de la Asociación Obrera Internacional a la situación específica de Alemania. La importancia del folleto de Engels residía en el hecho de que estimulaba el debate en el seno de la Asociación Obrera General Alemana en cuanto a la dirección y objetivos de la clase obrera, de modo que numerosos grupos comenzaron a oponerse a la política de Schweitzer, de intrigas con las clases gobernantes.

En los años que siguieron, Marx continuó apoyando todos los esfuerzos de la Asociación Obrera de Alemania para llevar a la práctica una política revolucionaria dirigida contra el Estado militar prusiano. Como secretario del Consejo General para Alemania, se concentró al comienzo, sin embargo, en conquistar a determinados miembros de la Asociación para la Internacional, y en establecer grupos locales.

En ese sentido lo ayudó Johann Philipp Becker, quien desde Ginebra trabajaba con éxito entre los obreros de Alemania, en favor de la Internacional. Becker ya había luchado contra la reacción en la década del 30, como enérgico demócrata revolucionario. A consecuencia de sus experiencias en la revolución de 1848-1849, había pasado a las posiciones de la clase obrera. En 1864 saludó calurosamente la fundación de la Internacional, y en 1866 inició la publicación de su único órgano en idioma alemán, *Der Vorbote*. Marx también tenía amigos dignos de confianza en la propia Alemania: Liebknecht, quien actuaba en Leipzig después de haber sido expulsado de Berlín en 1865; el obrero Carl Wilhelm Klein, en Solingen; el mecánico Paul Stumpf, en Maguncia; el zapatero August Vogt, en Berlín, y el doctor Ludwig Kugelmann, en Hannover. Todos habían sido miembros de la Liga Comunista, o enérgicos partidarios de *Neue Rheinische Zeitung*. Entonces fundaron las primeras secciones de la Internacional en Alemania, difundieron las ideas de Marx e hicieron circular sus escritos.

Encontraron muchos nuevos camaradas, el principal de los cuales era el joven August Bebel. Era el más capaz de los obreros que actuaban como funcionarios en la Federación de Asociaciones Obreras Alemanas, y llegó a ser su presidente en 1867. En 1865 había

leído "con satisfacción",[309] el Manifiesto Inaugural de la Internacional, y en 1866 se convirtió en miembro de la Internacional gracias a los esfuerzos de Liebknecht.

Desde 1865 en adelante Marx recibió informes, cada vez más numerosos, desde distintas ciudades alemanas, en el sentido de que los obreros se incorporaban a la Internacional y establecían secciones locales. Estos informes provenían de Solingen, Berlín, Leipzig, Maguncia y muchas otras localidades. El contacto más importante de Marx en Alemania, en esa época, era Liebknecht, con quien intercambiaba una correspondencia regular. Como la policía abría a menudo las cartas, Marx escribía con el nombre de A. Williams, y Liebknecht firmaba J. Miller. Marx mantenía a Liebknecht informado sobre los últimos acontecimientos que se desarrollaban en la Internacional, ofrecía sugestiones tácticas, encomendaba tareas políticas y confiaba a Liebknecht la publicación de documentos del Consejo General.

Gracias a la ayuda de Liebknecht, Johann Philipp Becker y los precursores de la Internacional que trabajaban en las secciones locales, los obreros alemanes más avanzados, al principio apenas unos centenares, comenzaron a conocer cada vez mejor los objetivos de la Internacional. Cuando unos 650 obreros de imprenta, casi todos tipógrafos, salieron a la huelga en procura de salarios más elevados, en Leipzig, en 1865, el ejecutivo de la Asociación de gráficos de Berlín escribía en forma confidencial, pidiendo ayuda a "Herr Carlos Marx, secretario para Alemania, Asociación Obrera Internacional, Londres".[310] El ejecutivo informaba sobre su ayuda solidaria para los colegas de Leipzig. Ya "habían enviado 1.000 táleros, sacados de sus magros fondos, y tenían grandes deseos de hacer más, ¡pero no podían prestar ayuda por sí solos! Otros debían con-

[309] August Bebel: Aus Meinem Leben. Berlín, 1961, pág. 132.

[310] Escritos de la dirección de la Asociación de Tipógrafos de Berlín a Carlos Marx, secretario corresponsal de la AOI, 15 de abril de 1865. En Internacional en Alemania. Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PSUA y Instituto de Marxismo- Leninismo del Comité Central del PCUS, Berlín, 1964, pág. 50.

tribuir con lo que pudiesen, de preferencia grandes ciudades y otras sociedades obreras, en especial las que han llegado a adquirir una clara conciencia de clase". Y el ejecutivo continuaba:

"Por lo tanto el ejecutivo, abajo firmante, recurre a usted, respetado Herr Marx, para pedir a la Asociación Obrera Internacional, y en especial a los tipógrafos ingleses y de Londres, que se preocupen por sus combatientes hermanos de Leipzig, ¡hagan algo por ellos, reúnan dinero para ellos! ¡Pero pronto, pues la ayuda rápida es una verdadera ayuda!" [311]

En cuanto recibió la carta, Marx envió a los cajistas de Leipzig 30 táleros, contribución de los miembros de la Internacional. Luego escribió a París, informó acerca de la huelga al Consejo General, y concurrió, en delegación, al sindicato de los cajistas de Londres, para pedir su solidaridad. Su iniciativa llevó al desarrollo de un gran movimiento de apoyo.

Se envió dinero a Leipzig desde París, Lyon, Estrasburgo; de Bruselas, Berna y Lausana, de Viena, Brïunn y Graz, e inclusive de San Petersburgo y Riga. Marx sabía que esas acciones comunes eran las que mejor se avenían para el desarrollo y fortalecimiento de dos de las características más destacadas del proletariado revolucionario: la solida- ridad de clase y el internacionalismo proletario.

Un año más tarde, cuando los sastres jornaleros ingleses desarrollaron una lucha militante contra sus patronos, y éstos trataron detraer sastres de Alemania, como rompehuelgas, Marx volvió a ayudar. Recurrió a los sastres alemanes, en muchos periódicos de Alemania, y en una hoja volante, para que rechazasen las tentadoras ofertas. Escribía: "Además, es un problema de honor para los obreros alemanes mostrar a otros países que ellos, sus hermanos de Francia, Bélgica y Suiza, saben cómo defender los intereses comunes de su

[311] Escritos de la dirección de la Asociación de Tipógrafos de Berlín a Carlos Marx, secretario corresponsal de la AOI, 15 de abril de 1865. En Internacional en Alemania. Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PSUA y Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del PCUS, Berlín, 1964, págs. 50-51.

clase, y no ofrecerse como invertebrados siervos del capital en la batalla de éste contra el trabajo".[312]

El llamamiento fue escuchado. La mayoría de los obreros alemanes que lo oyeron hicieron honor a sus obligaciones de clase. Muchos, que ya se encontraban en Inglaterra, ignorando lo que les esperaba, volvieron a sus hogares.

Marx sabía cómo mostrar a los obreros de todos los países a los que llegaba su influencia, que su propio interés exigía que respaldasen las batallas por los salarios de los camaradas de clase extranjeros. En tales acciones, ante todo como resultado de la claridad de Marx en cuanto a los objetivos, y de su enérgica acción, la Internacional conquistó un prestigio cada vez mayor entre los obreros europeos, y por lo tanto, también entre los alemanes. Así lo muestra, entre otras cosas, una carta de los obreros berlineses, que a finales de 1865 pedían otra vez a Marx que viajase a Alemania y ocupara la dirección del movimiento obrero. Marx agradeció a los colegas de Berlín por su confianza, y prometió que aunque no podía volver a trasladarse a Alemania, los respaldaría con sus consejos y ayuda, siempre que le resultara posible.

Pero las clases gobernantes también reaccionaron frente a la creciente influencia de Marx. Lo hicieron a su manera, en parte con calumnias contra el "jefe" de la Internacional, de la manera más repugnante, y en parte tratando de comprarlo.

En Alemania, Bismarck preparaba la unidad alemana bajo la hegemonía del militarismo prusiano. En el plano interno trataba de enfrentar entre sí a la burguesía y el proletariado, de modo que resultara más fácil mantener la hegemonía de los Junkers y el propio poder personal. Abrigaba en especial la esperanza de atraer a los trabajadores con la intro- ducción del derecho general al voto, cosa en la cual tuvo éxito con algunos dirigentes como Schweitzer.

Nadie veía con más claridad, a través de estas tretas demagógicas, como los propios Marx y Engels. En su obra *El 18 brumario de*

[312] Carlos Marx: Advertencia. MEW, vol. 16, pág. 165.

Luis Bonaparte, Marx ya había puesto al descubierto esos subterfugios de la reacción. Así como Napoleón III compró al demócrata pequeñoburgués Karl Vogt, Bismarck imaginaba ahora que podía tratar de la misma manera con el revolucionario proletario Carlos Marx. En octubre de 1865, mediante los oficios de un intermediario, Bismarck trasmitió la proposición de que Marx escribiese artículos sobre el mercado de valores para el *Preussischer Staatsanzeiger*, un periódico del gobierno. Quien durante su vida desease trabajar dentro del Estado,"tendrá que ponerse del lado del gobierno":[313] con estas palabras trató el intermediario de Bismarck de sobornar a Marx. Éste no perdió tiempo con la proposición. Respondió al lacayo de Bismarck con unas pocas frases "que tal vez no colgará de su pared",[314] e hizo saber, en forma nada ambigua, que no se lo podía tentar para ningún trato con los enemigos del pueblo.

Pero Bismarck tenía que aprender dos veces la misma lección. En abril de 1867, cuando Marx visitaba al doctor Kugelmann en Hannover, un representante del gobierno lo abordó por segunda vez para informarle que existía el deseo "de utilizar sus grandes talentos en interés del pueblo alemán".[315]

Marx, con desprecio, despidió al segundo emisario con cajas destempladas, junto con su desvergonzado ofrecimiento de corrupción. Su lealtad a la clase obrera alemana era inconmovible. Pero su genio fue sin duda "utilizado en interés del pueblo alemán", aunque de manera muy distinta de la que imaginaban los gobernantes reaccionarios del Estado prusiano.

Aunque dedicó sus días principalmente a la Internacional, entregaba una buena parte de sus noches a su trabajo en *Das Kapital*. Ambos estaban unidos de manera indisoluble. Aplicó sus nuevas concepciones teóricas en economía política, por ejemplo, a su trabajo en la dirección de la Internacional.

---

[313] Lothar Bucher a Marx, 8 de octubre de 1865. MEW, vol. 31, pág. 489.

[314] Marx a Wilhelm Liebknecht, 21 de noviembre de 1865. MEW, vol. 31, pág. 489.

[315] Marx a Engels, 24 de abril de 1867. MEW, vol. 31, pág. 290.

En mayo de 1865 surgió una tajante diferencia de opiniones en el seno del Consejo General, en cuanto a las tareas y objetivos de los sindicatos. Uno de los representantes ingleses había tratado de mostrar que un aumento general del salario no sería de utilidad para los obreros, porque en el acto llevaría a un aumento en los precios. En ello basaba la conclusión de que el trabajo de los sindicatos era pernicioso. En respuesta, Marx pronunció su conferencia sobre *Salario, precio y ganancia*, a los miembros del Consejo General, el 20 y 27 de junio. En ella esbozaba los principios que más tarde aparecerían en *Das Kapital* en amplios análisis del salario, el valor, la plusvalía y otros fenómenos económicos.

Formuló sus conclusiones como decisiones que el Consejo General aprobó, y que se cuentan entre los más importantes documentos de la política sindical revolucionaria. La lucha de los sindicatos por salarios más elevados, declaraba Marx, era necesaria, ante todo para mantener el nivel mínimo de existencia de la clase obrera contra los capitalistas. Debía desarrollarse sin tregua, mientras exista el sistema de explotación capitalista. "Los sindicatos trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital." Al mismo tiempo, Marx advertía a los sindicatos contra la posibilidad de que se dedicasen a combatir sólo los síntomas del sistema capitalista. Más importante era que tratasen de modificar todo el sistema de explotación y usar "sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación definitiva de la clase obrera".[316]

El primer congreso de la Asociación Obrera Internacional estaba programado para septiembre de 1866, en Ginebra. Marx no pudo participar porque trabajaba con intensidad en el Libro Primero de *El capital*. Pero llevó a cabo muy minuciosos preparativos para el congreso. Elaboró detalladas instrucciones para los delegados del Consejo General, sobre todos los problemas que figuraban en la agenda. De tal maneta garantizó que el congreso, en todos los aspectos importantes de la lucha de clases, apoyase las concepciones científicas por las cuales luchaban él mismo y Engels. Así fue, en especial, respecto del problema sindical, acerca del cual los dele-

[316] Carlos Marx: Salario, precio y ganancia, SW, pág. 229.

gados aprobaron los principios que Marx había esbozado ante el Consejo General, varios meses antes. También fueron aprobados sus proyectos de proposiciones sobre las cooperativas y la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas. Lo mismo sus ideas acerca de que la salud de la mujer que trabaja debe ser protegida por ley, y que el trabajo infantil sólo se permitirá en la medida en que haga que el niño y el joven crezcan hasta llegar a una personalidad desarrollada armoniosamente.

"Por educación —escribía Marx— entendemos tres cosas:

"Primero: *desarrollo intelectual*.

"Segundo: *desarrollo físico*, tal como se practica en el gimnasio y en los ejercicios militares.

"Tercero: *educación politécnica*, que enseña los principios generales de los procesos de producción, y al mismo tiempo inicia al niño y al joven en el uso y funcionamiento práctico de herramientas sencillas en todas las ramas del trabajo...

"La fusión del trabajo productivo, la educación intelectual, los ejercicios físicos y la educación politécnica elevarán a la clase obrera por encima del nivel de la democracia y la burguesía.

"Es evidente por sí mismo que el empleo de todas las personas, de los 9 a los 17 años (más el trabajo nocturno para ellas y todas las labores perniciosas para la salud) tienen que ser estrictamente prohibidos por ley." [317]

Las resoluciones proyectadas por Marx sobre otros problemas, incluidos los Estatutos Provisionales, también fueron aceptadas, aunque a menudo resultó necesario defenderlas en acalorados debates con los seguidores de Proudhon. Mediante estas decisiones, que eran de importancia definitiva para el futuro de la Internacional, los delegados se identificaron con el programa revolucionario y los principios organizativos del centralismo democrático, que Marx ya había formulado en el momento de la fundación de la Internacio-

[317] Carlos Marx: Instrucciones a los delegados del Consejo Central Provisional sobre algunos problemas. MEW, vol. 16, págs. 194-195.

nal.

Lo oportuno y realista de las exigencias de Marx en el sentido de que el proletariado se organizase en un partido revolucionario independiente lo antes posible, resultaron evidentes en los sucesos de Alemania. En 1866 Bismarck había llevado adelante su política de unificación de Alemania por medio de una guerra dinástica, su política de "sangre y hierro". Prusia entró en guerra con Austria, Sajonia y varios otros Estados alemanes, con el objetivo de establecer su hegemonía militar y política en Alemania. Al mismo tiempo Bismarck quería decapitar el movimiento de unificación democrática.

Liebknecht, Bebel y los seguidores de la Internacional en Alemania pidieron una alianza de todas las fuerzas democráticas para que el movimiento popular revolucionario pudiese impedir la unificación alemana según los lineamentos reaccionarios seguidos por Bismarck, y conquistar un Estado-nación democrático. Pero las fuerzas que pudieron reunir eran insuficientes. Faltaba un partido revolucionario de la clase obrera, cuya formación había sido demorada por el lassallismo. El movimiento popular democrático de 1866 carecía de una dirección coherente y una organización unificada. No era posible utilizar la crisis revolucionaria; después de 1866 la burguesía se pasó en forma abierta al campo de Bismarck.

Marx previó las consecuencias catastróficas que la victoria de Prusia sobre Austria tendría para la nación alemana. Predijo que los Junkers prusianos harían todo lo posible en el intento de ampliar a toda Alemania su gobierno de la espada y el knut. Los hechos confirmaron esta predicción. Pero Marx y Engels pedían una política realista. Aunque los comunistas no deseaban en manera alguna la victoria de Prusia entre todas las otras alternativas, tuvieron que reconocer la nueva situación, analizarla de manera objetiva y tenerla en cuenta en la elaboración de su propia táctica.

Prusia expulsó por último a Austria de la federación nacional alemana gracias a su victoria de Königgrätz, el 3 de julio de 1866, y con la paz que siguió. También reunió bajo su dirección a 22 Estados y Ciudades Libres de la Federación Alemana del Norte. Con

esta victoria, Bismarck daba un paso decisivo hacia la unificación de toda Alemania bajo el dominio de Prusia. El proletariado alemán se veía ahora enfrentado a un único enemigo principal: el gobierno prusiano y el militarismo Junker de la gran burguesía, al cual aquél representaba. Al mismo tiempo, existían condiciones más favorables para la organización y unificación de la clase obrera en el marco de la nación. Marx y Engels aconsejaron a los obreros socialistas de Alemania, y en especial a Liebknecht, que tuviesen en cuenta los nuevos factores y luchasen por una república democrática en las nuevas condiciones del combate. Ello exigía la liberación de los obreros alemanes respecto de la influencia de la burguesía liberal y la pequeña burguesía democrática, así como de la influencia del lassallismo, y el establecimiento de un partido obrero independiente.

El propio Marx ayudó en ese sentido, de muchas maneras, y en especial con su principal obra científica, *El capital*.

Madura la obra fundamental

Marx se ocupaba de estudios económicos desde 1844, para estudiar las leyes específicas del desarrollo del capitalismo, "la anatomía de la sociedad burguesa".[318] Sólo interrumpió este trabajo cuando la lucha política, como en los días de la revolución de 1848-1849, exigieron todas sus energías y atención. Desde el primer día de su exilio en Londres, todos los momentos posibles que le quedaban, luego de sus esfuerzos para ganarse la vida y de su trabajo en la Internacional, los dedicaba a *El capital*. Marx veía en la ciencia "una fuerza históricamente dinámica, revolucionaria".[319] Todos sus amigos y colaboradores coincidían en afirmar que Marx sabía combinar, como muy pocos, el papel de hombre de ciencia y revolucionario, y unir la teoría revolucionaria y la práctica revolucionaria.

[318] Carlos Marx: Crítica de la economía política. MEW, vol. 13, pág. 8.

[319] Federico Engels: Discurso ante la tumba de Carlos Marx, SW, pág. 435.

Un millar de hilos unían la habitación de trabajo de Marx con la vida palpitante y la lucha de la clase obrera. Pero como es natural, su labor teórica también lo encadenaba a menudo a su escritorio, noche y día, y a veces durante semanas enteras. Su habitación de trabajo fue siempre sencilla, pero inclusive, en ocasiones, pobremente amueblada. Anaqueles y armarios cubrían todas las paredes. Estaban repletos de libros, pilas de periódicos y manuscritos. También dos mesas se hallaban casi siempre atestadas de periódicos, libros y publicaciones. Sobre el hogar había fotos de su esposa, sus hijas y sus mejores amigos, Engels y Wilhelm Wolff. En las mesas se veían, dispersos, bolsos de tabaco, fósforos, cigarros, pisapapeles y otros objetos. Contra el consejo de sus médicos, Marx era un fumador inveterado. Como durante décadas enteras sólo pudo comprar las calidades más baratas de tabaco, esto también produjo un efecto nocivo sobre su salud. *El capital*, bromeaba, "no me producirá ni siquiera el costo de los cigarros que fumé mientras lo escribía".[320]

Marx decía acerca de sus libros: "son mis esclavos y deben servir a mi voluntad".[321] Señalaba en ellos todo lo que tenía importancia, de modo que, con su educada memoria, podía en cualquier momento encontrar cualquier página que deseara. Anotaba comentarios, interrogantes, puntos de explicación en las columnas, según sus reacciones respecto de lo que decía el autor. Esbozaba sinopsis de todos los libros importantes que leía, casi siempre en cuadernos.

En el centro de su habitación de trabajo había una simple mesita con un sillón de madera. Un viejo sofá de cuero daba frente a la ventana. Durante su trabajo se ponía en ocasiones de pie y recorría la habitación, cosa que lo descansaba y estimulaba sus pensamientos. Había trazado un sendero sobre la alfombra, desde la puerta hasta la ventana.

Pero prefería descansar al aire libre. Durante horas enteras vagaba

[320] Paul Lafargue: Recuerdos personales sobre Karl Marx. En Mohr und General, pág. 322.

[321] Paul Lafargue: Recuerdos personales sobre Karl Marx. En Mohr und General, pág. 322.

con sus hijos y sus amigos, conversaba, recorría los campos de las afueras de la ciudad y trepaba a las colinas cercanas. Pero en la década del 60 comenzaron a escasear y espaciarse las horas durante las cuales podía descansar con libertad. Casi siempre, sus "vagabundeos" servían ahora para otros fines. A menudo era necesario correr de uno a otro acreedor, negociar más créditos, hacer pagos parciales, encontrar nuevos garantes. Luego hubo ocasiones, como en julio de 1865, en las cuales, como escribía a Engels, "vivía por entero del montepío".[322] Unos meses más tarde escribió: "Si tuviese suficiente dinero... para mi familia, y mi libro estuviese terminado, me importaría muy poco si hoy o mañana me arrojasen, como cadáver, al pozo de la carroña. Pero eso todavía no es posible".[323] Y una vez más, medio año más tarde, en agosto de 1866: "Por desgracia, a cada rato me interrumpen las preocupaciones sociales, y pierdo mucho tiempo, Hoy, por ejemplo, el carnicero nos cortó todas las entregas de carne, e inclusive mis reservas de papel se terminarán el sábado".[324] Pero apenas una semana más tarde escribía a un amigo francés: "Ya sabes cuánto sacrifiqué toda mi fortuna para la lucha revolucionaria. No lo lamento. Si tuviera que volver a iniciar mi vida, volvería a hacer lo mismo".[325]

La extraordinaria tenacidad y energía de Marx le dieron las fuerzas necesarias, inclusive en períodos tan deprimentes de necesidad, para imbuir confianza y militancia revolucionaria en los miembros del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional, y para dedicar todos los momentos posibles a su trabajo científico.

Comenzó muchas veces la redacción de la copia final de *El capital*. Durante todo el año 1862 llenó muchos y gruesos cuadernos, que planeaba con secuelas de su *Crítica de la economía política*, publicada en 1859. A comienzos de 1863, cuando estaba a punto de iniciar un esbozo final, maduró en él la idea de organizar el inmenso

[322] Marx a Engels, 31 de julio de 1865. MEW, vol. 31, pág. 131.

[323] Marx a Engels, 13 de febrero de 1866. MEW, vol. 31, pág.178.

[324] Marx a Engels, 7 de agosto de 1866. MEW, vol. 31, pág. 247.

[325] Marx a Paul Lafargue, 13 de agosto de 1866. MEW, vol. 31, págs. 518-519.

material sobre una nueva base, comenzar todo desde el principio y escribir una obra distinta desde todo punto de vista, según el nuevo plan, con el título de *El capital*, y el subtítulo de Crítica de la economía política. Una vez más, esto exigió un amplio estudio de todas las fuentes.

Cuando se dedicó a escribir las secciones sobre la producción de plusvalía, las máquinas y la división del trabajo, surgieron nuevos problemas. Para poder mostrar de manera más eficaz la vinculación entre las relaciones sociales y la producción material, Marx demoró la elaboración del capítulo y participó en un curso experimental de tecnología en el Instituto de Geología. Luego, enriquecido por nuevos conceptos, amplió esa sección del manuscrito. Muchos otros ejemplos muestran, como más tarde lo escribió Engels, con apreciación, "la conciencia impar, el severo espíritu de autocrítica con que se esforzaba por llevar a la extrema perfección sus grandes descubrimientos en materia de economía, antes de entregarlos al público; y muy pocas veces le permitió esa autocrítica adaptar la exposición —en el fondo tanto como en la forma— a su horizonte, que nuevos estudios ensanchaban a cada instante".[326] Para la preparación de *El capital*, Marx estudió más de 1.500 libros, los analizó y resumió.

Desde septiembre de 1864 en adelante tuvo que recurrir cada vez más a un agotador trabajo nocturno a fin de encontrar tiempo para terminar *El capital*, fuera de sus incesantes actividades para el Consejo General. A menudo se sentaba ante su escritorio después de reuniones nocturnas, para trabajar durante unas pocas horas, y las pocas horas se convertían en toda una noche. Si su energía lo abandonaba, dejaba a un lado sus manuscritos económicos y "se recuperaba" con matemáticas superiores o perfeccionaba su conocimiento de idiomas. Pero su organismo se rebelaba cada vez más con más frecuencia contra este constante esfuerzo. Su dolencia hepática empeoró, y otras enfermedades, en especial sus carbunclos, cada vez más dolorosos y que se repetían con suma frecuencia, le

[326] Federico Engels: Prefacio a *El capital*, vol. II, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 2.

impedían a menudo el trabajo durante semanas enteras.

Jenny escribió a Ludwig Kugelmann acerca de las condiciones en que se creó *El capital:* "Puede creerme... que muy pocas veces se ha escrito un libro en condiciones más difíciles. Yo podría escribir al respecto una historia secreta, que revelaría dificultades sin cuento, y ansiedades y tormentos".[327]

Durante las repetidas dolencias de su esposo, Jenny tuvo que soportar muchas cargas abrumadoras, pero los problemas de la existencia de la familia quedaban en segundo plano ante los ardorosos cuidados que dedicaba a Carlos. Jamás se rindió, ni siquiera en los momentos más críticos. Su valentía personal y la abnegada ayuda de Engels fueron las mejores medicinas para Marx. Siempre le devolvían las fuerzas, aunque de manera temporaria.

Los 25 años de estudios económicos de Marx dieron a la postre ricos frutos. En marzo de 1867 terminó su esbozo final del primer volumen de *El capital*. Planeaba otros dos volúmenes. Toda la familia celebró la terminación del libro junto con Engels. Engels escribió a Marx con entusiasmo, al recibir la noticia: «¡Hurra! Este grito fue irreprimible cuando leí por fin, en negro sobre blanco, que el primer volumen estaba terminado".[328]

Marx quería llevar él mismo el manuscrito a su editor de Hamburgo, Meissner, pero sus ropas y su reloj se encontraban en el montepío. Engels volvió a ayudarlo y envió dinero para que pudiese recuperar los artículos necesarios para el viaje, y pagar éste.

Marx salió de Londres el 10 de abril. Tormentas y un mar turbulento le trajeron un bien recibido cambio después de largos años de trabajo agotador, y se sintió "tan sano como un caníbal, y como 500 cerdos".[329]

Después de una breve estancia en Hamburgo, se tomó vacaciones

---

[327] Jenny Marx a Ludwig Kugelmann, 24 de diciembre de 1867, MEW, vol. 31, pág. 596.

[328] Engels a Marx, 4 de abril de 1867. MEW, vol. 31, pág. 283.

[329] Marx a Engels, 13 de abril de 1867. MEW, vol. 31, pág. 283.

como invitado de su amigo, el conocido médico Ludwig Kugelmann, en Hannover. Allí también corrigió las primeras pruebas de *El capital*. Volvió otra vez a Londres el 19 de mayo, y luego se hospedó en la casa de Engels, en Manchester, desde el 21 de abril hasta comienzos de junio. Durante ese lapso discutieron algunos agregados al apéndice del libro. Junto con Marx, Engels también leyó las pruebas del primer volumen. Apenas tres meses después de su regreso del continente, y en la noche del 15 al 16 de agosto, Marx pudo por fin enviar la dichosa nueva a Engels:

"Acabo de corregir la última prueba del libro... "De modo que... este volumen está terminado.

Sólo gracias a ti ha sido eso posible. Sin la abnegación que me mostraste, jamás habría podido llevar adelante la enorme obra de los tres volúmenes.

¡Te abrazo, henchido de agradecimiento!"[330]

El Capital

El 14 de septiembre de 1867 apareció el primer volumen de *El Capital* en Hamburgo, y en una edición de 1.000 ejemplares.

En 1844 el joven Marx había escrito que "el hombre es la más alta criatura para el hombre, y por lo tanto es necesario eliminar todas lascondiciones… en que el hombre es una criatura rebajada, esclavizada, abandonada, desdeñada".[331]

Pero la condición previa para este acto de emancipación era la búsqueda, con la aguzada arma del pensamiento científico, y hasta el último detalle, de las razones de la situación de degradación del trabajador, de la explotación del hombre por el hombre, y del camino para la abolición de esa inhumana situación.

Marx dedicó los mejores años de su vida a esta tarea. Era caracte-

[330] Marx a Engels, 16 de agosto de 1867: MEW, SC, págs. 191-192.

[331] Carlos Marx: Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho. Introducción. MEW, vol. 1, pág. 385.

rístico en él que en la primavera de 1868 escribiese, en respuesta a un joven camarada que le había expresado grandes impaciencias: "¿Por qué no le contesté? Porque me encontraba constantemente al borde de la tumba. Por lo tanto tenía que utilizar todos los momentos posibles para terminar mi libro, al cual sacrifiqué mi salud, la dicha de mi vida, mi familia. Confío en que esta explicación no exija una posdata. Me río de los así llamados hombres 'prácticos' y de su sabiduría. Si uno quiere ser un buey, puede volver la espalda, como es natural, a los tormentos de la humanidad y cuidar de su propio pellejo".[332] La aspiración de Marx —a cualquier costo que fuere— consistía en permitir que la clase obrera liberase a la humanidad de la explotación y la opresión, del hambre y la guerra. Su obra principal, *El capital*, también estaba dedicada a ese objetivo.

En *El capital*, Marx investigaba en especial la relación entre el capital y el trabajo, entre la burguesía y la clase trabajadora, y mostraba, sobre la base de las leyes económicas, que las luchas de clase en el capitalismo llevarían de manera inevitable a la victoria de la clase obrera sobre la burguesía.

Describía la forma en que habría surgido el capital, y en que se desarrolló a lo largo de los siglos, cómo nació a la existencia, "sudando sangre y fango por todos los poros".[333]

¿Pero cómo creció y se difundió el capital, en tanto que la explotación y la miseria de las clases trabajadoras se mantenían intactas, e inclusive se acrecentaban?

Este secreto, que los industriosos apologistas de la burguesía embellecieron con cuentos de hadas sobre la naturaleza eterna e inspirada por Dios, del capitalismo, y que inclusive los hombres de ciencia que lo intentaron con honradez no pudieron solucionar; ese secreto lo dejó al descubierto Marx con su teoría sobre la plusvalía. Ya había elaborado sus rasgos fundamentales en la década del 50; ahora lo presentaba al público en forma sistemática, en *El capital*.

---

[332] Marx a Sigfrid Meyer, 30 de abril de 1867. MEW, vol. 31, pág. 542.

[333] Carlos Marx: El capital, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 760.

Nadie ha podido explicar la esencia de este importante descubrimiento científico de Marx, en forma tan precisa y al mismo tiempo tan comprensible y general, como lo hizo Engels. Este escribía: "Desde que la economía política sentó la tesis de que el trabajo es la fuente de todas las riquezas y todos los valores, era inevitable esta pregunta: ¿cómo se concilia esto con el hecho de que el obrero no perciba la suma total de valor creada por su trabajo, sino que tenga que ceder una parte de ella al capitalista?

Tanto los economistas burgueses como los socialistas se esforzaban por dar a esta pregunta una contestación científica sólida, pero en vano, hasta que por fin apareció Marx con la solución. Esta solución es la siguiente: el actual modo de producción capitalista tiene como premisa la existencia de dos clases sociales: por una parte, los capitalistas, que poseen los medios de producción y de sustento, y por otra parte, los proletarios, quecomo no poseen medios de producción y de sustento, sólo tienen una mercancía que vender: su fuerza de trabajo, mercancía que, por lo tanto, no tienen más remedio que vender para poder adquirir los medios de sustento más indispensables. Pero el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario invertido en su producción, y también, por lo tanto, su reproducción; el valor de la fuerza de trabajo de un hombre medio durante un día, un mes, un año, se determina por la cantidad de trabajo plasmada en la cantidad de medios de vida necesarios para el sustento de esta fuerza de trabajo durante un día, un mes o un año.

Supongamos que los medios de vida para un día exigen seis horas de trabajo para su producción, o, lo que es lo mismo, que el trabajo contenido en ellos representa una cantidad de trabajo de seis horas; en este caso el valor de la fuerza de trabajo durante un día se expresará en una suma de dinero en la que se plasmen también seis horas de trabajo. Supongamos, además, que el capitalista para quien trabaja nuestro obrero le paga esta suma, es decir, el valor íntegro de su fuerza de trabajo. Ahora bien, si el obrero trabaja seis horas del día para el capitalista, habrá rembolsado a éste íntegramente su desembolso: seis horas de trabajo por seis horas de trabajo. Claro está que de este modo no quedaría nada para el capitalis-

ta; por eso éste concibe el problema de modo completamente distinto. Yo, dice él, no he comprado la fuerza de trabajo de este obrero por seis horas, sino por un día completo. Por consiguiente, hace que el obrero trabaje, según las circunstancias, 8, 10, 12, 14 y más horas, de tal modo que el producto de la séptima, de la octava y siguientes horas es el producto de un trabajo no retribuido, que por el momento se embolsa el capitalista. Por donde el obrero al servicio del capitalista no se limita a reponer el valor de su fuerza de trabajo, que se le paga, sino que, además crea una plusvalía que, por el momento, se apropia el capitalista, y que luego se reparte según determinadas leyes económicas, entre toda la clase capitalista. Esta plusvalía forma el fondo básico del que emanan la renta del suelo, la ganancia, la acumulación de capital; en una palabra, todas las riquezas consumidas o acumuladas por las clases que no trabajan.

De este modo se comprobó que el enriquecimiento de los actuales capitalistas consiste en la apropiación del trabajo ajeno no retribuido, ni más ni menos que el de los esclavistas o el de los señores feudales que explotaban el trabajo de los siervos, y que todas estas formas de explotación sólo se diferencian por el distinto modo de apropiarse el trabajo no pagado. Y con esto se quitaba la base de todas esas frases hipócritas de las clases poseedoras, en el sentido de que bajo el orden social vigente reinan el derecho y la justicia, la igualdad de derechos y deberes, y la armonía general de intereses; y la sociedad burguesa actual se desenmascaraba no menos que las anteriores como una grandiosa institución montada para la explotación de la inmensa mayoría del pueblo por una minoría insignificante, y cada vez más reducida".[334]

Como es natural, el valor de la fuerza de trabajo y los salarios proporcionales que por ella recibe el obrero no son cantidades inmutables, fijas. Mientras existe el capitalismo, los capitalistas intentan, por la violencia, la corrupción y mil distintas triquiñuelas, mantener lo más bajo posible los salarios, en tanto que los obreros, en interés de su nivel de vida, luchan por el salario más alto que resul-

[334] Federico Engels: Carlos Marx. SW, págs. 377-378.

te posible. Cuando Marx escribió El capital, los obreros tenían que trabajar más o menos la mitad de su jornada para llenar los bolsillos del capitalista, y desde entonces esa porción impaga de la jornada de trabajo se ha acrecentado.

El resultado de la lucha entre obreros y capitalistas por la tasa de salario depende ante todo de la fuerza combativa de la clase trabajadora. Por eso *El capital* enseña a la clase obrera a luchar sin cesar por el mejoramiento de sus condiciones de vida, y a unir sus fuerzas en organizaciones poderosas. Pero sobre la base de la ley de la plusvalía, Marx mostró, con irrefutable lógica, que el proletariado jamás podría cambiar la esencia de la explotación y abolir ésta con el solo recurso de la lucha económica, por grandes y útiles que fuesen los éxitos parciales. La explotación sólo podría abolirse cuando se eliminase su base, la propiedad capitalista de los medios de producción.

Marx no se detuvo en el descubrimiento de la ley de la plusvalía. Con su aplicación maestra del método dialéctico, dejó al desnudo la contradicción fundamental de la producción capitalista: la que existe entre el carácter social de la producción y la creciente socialización de los procesos de producción, por un lado, y por el otro la forma de apropiación privada, capitalista, del producto social. Mostró que esta contradicción básica determinaba todas las otras del capitalismo, y siguió la pista de las diversas manifestaciones de esa contradicción fundamental, sobre la base de su enorme y amplio material documental.

La más importante expresión de esta contradicción económica fundamental es la división de la sociedad en dos clases principales: la burguesía, como constructora de la sociedad capitalista, y el proletariado como su enterrador. Las relaciones entre la burguesía y el proletariado se caracterizan por la expropiación del producto social de la clase obrera por la clase no trabajadora de capitalistas privados. La inevitable consecuencia de esta contradicción es la enconada lucha de clases entre la burguesía explotadora y la clase obrera explotada, que ha determinado la historia de la sociedad burguesa. La explotación de la clase obrera es un hecho objetivo, que se basa

en las relaciones económicas, mientras exista la propiedad capitalista de los medios de producción. Este hecho no puede modificarse en manera alguna con las declamaciones y embellecimientos de los apologistas del capitalismo.

Al analizar estas contradicciones objetivas, que no pueden solucionarse en el marco del orden social capitalista, Marx se basó, lo mismo que la clase obrera, sobre lo que surgía de estas condiciones como algo nuevo y progresista. Lo nuevo, lo que apuntaba hacia el futuro, era la socialización de los procesos de producción y el enorme ascenso de las fuerzas productivas de la sociedad, que exigían la orientación y dirección sociales de los procesos de producción. Lo nuevo y progresista era ante todo la propia clase obrera, los portadores de la nueva fuerza de producción social, con la cual está vinculada la moderna producción en gran escala. Era la única clase cuyos intereses materiales resultaban idénticos a los de todas las otras capas explotadas y oprimidas, la única clase "cuya vocación en la historia consiste en revolucionar el modo de producción capitalista y en definitiva abolir las clases",[335] la concreción del sueño más audaz de la humanidad.

Marx escribió *El capital* especialmente para esta clase, para la lucha de los trabajadores. Con un acento especial puesto en la historia del capitalismo inglés, aclaró la manera en que no sólo se crean constantemente los medios de producción materiales, y se vuelven a reproducir a lo largo de la producción capitalista inglesa, sino, al mismo tiempo, las condiciones para la explotación. Con la acumulación del capital, su poder se extiende sobre una cantidad cada vez mayor de asalariados. "Por lo tanto, la acumulación del capital es el aumento del proletariado",[336] tanto más cuanto que la concentración de la producción y el capital en manos de una cantidad cada vez menor de grandes capitalistas arruina constantemente a más pequeños capitalistas y pequeños productores, y los convierte en

[335] Carlos Marx: Palabras finales a la segunda edición alemana de El capital, vol. 1, pág. 16, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, pág. 16.

[336] Carlos Marx: El capital, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 614.

proletarios.

De tal manera se desarrolla en el seno del capitalismo el proceso que intensifica la contradicción entre lo nuevo —la fuerza de trabajo productivo social y la clase obrera— y lo viejo, la concentración de una riqueza social en constante crecimiento, en manos de una capa cada vez más reducida de magnates capitalistas. Marx resumió su demostración de la victoria inevitable del nuevo orden social socialista sobre la antigua anarquía capitalista, con las siguientes palabras, que desde entonces han adquirido fama y se han visto confirmadas miles de veces en la práctica:

"En forma correlativa a esta centralización, a la expropiación del gran número de capitalistas, por los menos, se desarrolla en escala cada vez mayor la aplicación de la ciencia a la técnica, la explotación de la tierra con método y al unísono, la trasformación de la herramienta, métodos poderosos, sólo gracias al uso en común, y por lo tanto la economía de los medios de producción, el entrelazamiento de todos los pueblos en la red del mercado universal. De ahí el carácter internacional impreso al régimen capitalista. A medida que disminuyen los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de ese período de evolución social, se acrecientan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera en constante crecimiento y cada vez más disciplinada, unida y organizada por el propio mecanismo de la producción capitalista. El monopolio de capital se convierte en una traba para el modo de producción que creció y prosperó con él y bajo sus principios. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan a un punto en que ya no pueden seguir encerrados dentro de su envoltura capitalista. Esta envoltura estalla en fragmentos. Ha sonado la hora de la propiedad capitalista. Los expropiadores son expropiados a su vez".[337]

Sonó la hora: por primera vez en 1917, en Rusia, y desde entonces

[337] Carlos Marx: El capital, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 763.

en muchos otros países, incluida la patria de Marx. El proceso de abolición revolucionaria de la propiedad privada capitalista por medio de la propiedad socialista, social —la expropiación de los expropiadores—, ha sido, desde hace medio siglo, la característica decisiva de nuestra época. La previsión científica de Marx quedó reivindicada.

La expropiación de los expropiadores arrebata a los capitalistas sólo lo que crearon generaciones de trabajadores, pero que no recibieron. Con el traslado de los medios de producción a la propiedad social, los productores quedan unidos por fin a su producto y a los medios de producción. Se elimina la contradicción entre el carácter social del proceso de producción y la apropiación privada capitalista, contradicción fundamental del modo de producción capitalista. En contraste con las revoluciones del pasado, en que una forma de explotación se remplazaba por otra, la revolución del proletariado termina para siempre con la explotación del hombre por el hombre. Se concreta la reivindicación humanista: lo que el pueblo produce debe pertenecer al pueblo.

Con esta lógica abrumadora, Marx esbozó la inevitable abolición de la sociedad capitalista por la sociedad comunista, y la misión histórica mundial de la clase obrera. Al revelar las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista, convirtió al socialismo, de una vez para siempre, de utopía en ciencia.

En *El capital* desarrolló además los diversos componentes del comunismo científico: la economía política, el materialismo dialéctico e histórico, la teoría de la revolución socialista y la dictadura del proletario. Con *El capital* coronó su labor teórica.

Reveló la anatomía de la sociedad capitalista y sus leyes de desarrollo, en momentos en que sólo se había desarrollado a fondo en un único país, en Inglaterra. Cuando comenzó su trabajo con *El capital*, apenas el uno por ciento de la población mundial eran trabajadores industriales, y sin embargo reconoció en esta clase a la futura creadora de una comunidad de hombres libres de la guerra, la pobreza y la opresión.

En su obra principal desarrolló también pensamientos y lecciones que conservan gran valor para la construcción de la nueva sociedad socialista. Ello rige en especial para los métodos de edificación de la economía socialista. Investigó el papel decisivo de las fuerzas productivas y de su desarrollo para el progreso de la sociedad humana. Se ocupó del aumento necesario, ordenado, de la productividad del trabajo, y del problema del trabajo y la educación en el comunismo. Estudió en detalle la estrecha vinculación e interacción entre las ciencias naturales como fuerzas productivas y el ritmo del cambio social. Las ciencias naturales atrajeron su vivo interés en todo momento. Su amistad con Carl Schorlemmer contribuyó a ello, pues éste era un comunista y un importante químico alemán, quien trabajaba como profesor, muy respetado, en Manchester. Sus discusiones sobre problemas de las ciencias naturales con Schorlemmer, llamado humorísticamente "Jollymeyer" por sus amigos íntimos, eran un complemento bienvenido y necesario para Marx, en lo referente a sus estudios económicos y filosóficos.

En *El capital* describió la química, la física, las matemáticas, la tecnología y otras ramas de la ciencia como "una fuerza productiva distinta del trabajo",[338] en el proceso de producción por medio del cual las funciones de los trabajadores y la división del trabajo serían constantemente influidos y modificados. Vio la creación de escuelas politécnicas y agronómicas, y de comercio, como un factor en ese proceso de cambio. Ya eran necesarias en el capitalismo, en forma elemental, pero "no cabía duda de que cuando la clase obrera llegue al poder, como es inevitable que lo haga, la instrucción técnica, teórica y práctica, ocupará su verdadero lugar en las escuelas de la clase obrera".[339] Aunque la ciencia, decía Marx, no podía desarrollarse a fondo como fuerza productiva en el capitalismo, contribuiría en importante proporción a la agudización de los antagonismos entre las fuerzas productivas en constante desa-

[338] Carlos Marx: El capital, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 361.

[339] Carlos Marx: El capital, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 488.

rrollo y la forma de producción capitalista. Pero el desarrollo histórico de los antagonismos, inmanentes en determinada forma de producción, "es... la única manera en que dichas formas de producción puede disolverse y establecerse una nueva"'.[340]

Hoy es posible apreciar mucho mejor el gran valor de los estudios de Marx, en materia de ciencias naturales y matemáticas, que le ayudaron a descubrir las leyes del desarrollo del modo de producción capitalista en su totalidad, y de esa manera indicar, por anticipado, las tareas prácticas de la construcción socialista.

Marx se había fijado la meta de desarrollar todos los volúmenes de *El capital* como "un conjunto artístico",[341] y presentarlos al público en la forma más unificada posible. Antes de la impresión del primer libro, ya había escrito un esbozo de los dos siguientes. Después de septiembre de 1867 se dedicó a trabajar en esos manuscritos. Pero no tuvo la oportunidad de preparalros para el impresor. La muerte lo reclamó antes que pudiese completar la tarea.

Entonces Federico Engels se encargó de terminar la principal obra científica de su amigo y camarada, y de llevarla a la imprenta. Engels no sólo podía leer como ningún otro la difícil caligrafía de Marx, además, no había ningún otro que estuviese tan cerca de él, en términos intelectuales. Marx había analizado con él todos los problemas, todos los descubrimientos científicos, y no pocos de éstos eran de propiedad intelectual de ambos.

Con la terminación de *El capital*, Engels creó un inolvidable monumento, no sólo a su amigo, sino también a sí mismo y en especial a la amistad sin precedentes que los unía.

En el primer volumen, Marx había investigado el proceso de producción de capital; en el segundo estudio el proceso de circulación y reproducción; en el tercero, por último, analizaba el proceso total de la producción capitalista. Había planeado terminar el tercer volumen con un estudio del desarrollo de las clases y de la lucha de

[340] Carlos Marx: El capital, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 488.

[341] Marx a Engels, 31 de julio de 1865. MEW, vol. 31, pág. 132.

clases. Pero con el comienzo del capítulo sobre las clases se interrumpe el esbozo del manuscrito.

En *El capital*, el objetivo de Marx era "asestar a la burguesía un golpe del cual jamás pueda recuperarse".[342] El siglo que trascurrió desde la publicación de su libro muestra que logró aquel objetivo.

Antes que el primer volumen de *El capital* saliera de la imprenta, Marx ya consideraba las posibilidades de llevar con toda rapidez las ideas que contenía a los trabajadores revolucionarios de Alemania, Francia, Inglaterra y otros países. Buscó traductores, entabló contacto con diarios —cosa que a menudo sólo era posible por intermedio de terceros— y se ocupó de que el libro se publicase en los pocos diarios y periódicos obreros de que se disponía. Con la ayuda de Engels y Kugelmann, se pudieron publicar críticas en periódicos burgueses, para romper la conspiración de silencio con que la ciencia burguesa ya había envuelto a otros libros de Marx y Engels. Pero lo más importante es que los camaradas de Marx trasmitieron las principales ideas del libro a los obreros progresistas, por medio de conferencias y extractos en la prensa. Johann Philipp Becker hizo publicidad a *El capital* en el periódico Der Vorbote, y Wilhelm Liebknecht publicó extractos en Demokratisches Wochenblatt, periódico que editaba en Leipzig. Wilhelm Eichhoff, quien se había convertido en discípulo de Marx en el exilio inglés, ofreció conferencias sobre *El capital* en Berlín, desde 1868 en adelante. Wilhelm Bracke, fundador y dirigente del movimiento obrero de Braunschweig, se apartó del lassallismo bajo la influencia de *El capital* y se convirtió en marxista.

En octubre de 1868 Marx pudo informar a sus amigos que en Rusia, y entre los emigrantes rusos, se llevaban a cabo preparativos para la traducción del primer volumen de *El capital* al ruso. Cuando llegó la traducción rusa, publicada en San Petersburgo, en 1872, el suceso fue celebrado con júbilo en la familia Marx. En ese momento éste ya editaba la traducción francesa de su obra, cuyo manuscrito había revisado por completo. Al mismo tiempo tenía que

[342] Marx a Carl Klings, 4 de octubre de 1864. MEW, vol. 31, pág. 418.

preparar una nueva edición alemana. Con gran satisfacción, declaraba en las palabras finales de esa segunda edición: "La inteligente acogida que *Das Kapital* encontró con rapidez en vastos medios de la clase obrera alemana es la mejor recompensa para mi trabajo".[343]

En 1868 Engels escribía respecto de *El capital*: "Mientras hubo capitalistas y obreros en el mundo, jamás apareció un libro de tanta importancia para la clase obrera como el que tenemos ante nosotros".[344]

Esta afirmación sigue siendo cierta aun hoy. Aunque el capitalismo se ha convertido, en nuestros días, en capitalismo monopolista de Estado, no se ha modificado en su esencia. Las leyes de desarrollo del capitalismo, descubiertas por Marx, siguen siendo, entonces, válidas. Como antes, la clase obrera, despojada de los medios de producción en el mundo capitalista, continúa viéndose obligada a vender su fuerza de trabajo. Lo mismo que antes, los capitalistas —dueños monopolistas de los medios de producción— explotan a los obreros. Ninguna teoría burguesa, ya sea que hable del "accionariado social" o de la "armonía de clases", y lema alguno, se trate del de la "sociedad organizada" o de la "sociedad industrial", puede eliminar esta contradicción.

Delegado del movimiento obrero internacional

Cuando se publicó el primer volumen de *El capital*, el segundo congreso de la Asociación Obrera Internacional acababa de concluir sus trabajos en Lausana. Amigos y enemigos le prestaron más atención que al Congreso de Ginebra. El motivo de ello era la creciente actividad de la clase obrera, que había recibido un nuevo impulso debido a la crisis económica que se desarrolló en 1866.

En la primavera de 1867 el gobierno francés avanzó hacia la guerra con la confederación alemana del norte, recién fundada, a fin de

[343] Carlos Marx: Palabras finales a la segunda edición de *El capital*, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 13.

[344] Federico Engels: El Capital y Marx, MEW, vol. 31, pág. 543.

unir a Luxemburgo con Francia. Entonces quedó reivindicada la táctica que Marx había esbozado en el Manifiesto Inaugural para la lucha de la clase obrera por la paz. Mientras los periódicos gubernamentales de París se desgañitaban en su intento de sembrar el odio nacional entre Francia y Alemania, los miembros de la Internacional en Francia organizaban demostraciones de trabajadores contra el partido de la guerra, enviaban mensajes de simpatía a los obreros alemanes, e impedían que el proletariado francés sucumbiese al chovinismo burgués. Esos llamamientos encontraron vivo eco entre los trabajadores progresistas de Alemania, Suiza, y también Italia.

De tal manera, Marx vivió para ver de qué manera los obreros con conciencia de clase hacían propio, cada vez más, su llamamiento a "iniciarse en los misterios de la política internacional, vigilar la actividad diplomática de sus respectivos gobiernos, combatirla en caso necesario".[345] Muy pronto las clases gobernantes vieron la mano orientadora de la Internacional y de su "jefe", el doctor Carlos Marx, detrás de cada movimiento de la clase obrera. Pero en tanto que los plumíferos periodísticos de la burguesía imaginaban historias de "fondos secretos de millones", supuestamente al servicio de la Internacional, en realidad el Consejo General carecía a menudo del dinero para imprimir tarjetas de socios o minutas de sus congresos, para no hablar del propio Marx, en cuyo hogar la necesidad y la inseguridad continuaban reinando. A pesar de estas dificultades materiales, éste pudo escribir a un amigo en 1867: "En lo que se refiere a la Asociación Obrera Internacional, se ha convertido en una potencia en Inglaterra, Francia, Suiza y Bélgica".[346] Este impulso ascendente de la Internacional tenía una clara base: su programa y su táctica expresaban a fondo los intereses de clase de los obreros.

Entonces, en los años de consolidación de la Internacional, la preocupación de Marx seguía siendo la misma que en el Manifiesto

[345] Carlos Marx: Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 13.

[346] Marx a Sigfrid Meyer, 30 de abril de 1867. SC, pág. 186.

Inaugural y los Estatutos Provisionales, en especial respecto de la unidad de acción de la clase obrera. Siempre elegía reivindicaciones y lemas que pudiesen ser entendidos por todos los obreros con conciencia de clase, que mejor estimulasen la actividad inmediata del proletariado, y que dirigieran hacia la acción unida a los obreros de distintas ocupaciones y diferentes nacionalidades. A menudo ello era muy difícil, ya que las condiciones de la lucha en los países en que la Internacional gozaba de influencia variaban en considerable proporción. Pero Marx no se cansaba de explicar de que a pesar de esos rasgos nacionales, el elemento unificador era mucho más fuerte que lo que separaba a los obreros.

En la década del 60, la Internacional se concentró en especial en la solución de dos tareas. Por un lado, se esforzó por mostrar a los trabajadores la estrecha relación entre la lucha económica y la política; por otro, hizo lo posible por orientarlos en las tareas democráticas y nacionales de la clase obrera, y por hacerles adquirir conciencia de que la lucha por la democracia estaba unida a la batalla por el socialismo.

Marx rechazó y combatió todas las actitudes que despreciaban la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. Señaló que semejante enfoque sectario sólo podía empujar a los obreros a los brazos de sus enemigos. Por otra parte, no ahorró esfuerzos para mostrar al proletariado, sóbrela base de sus propias experiencias, que las mejoras que conseguía arrancar en sus condiciones de vida, por útiles y necesarias que pudieran ser, en modo alguno modificaban la esencia de la explotación capitalista.

Las organizaciones sindicales de Inglaterra, Francia, Alemania y otros países confirmaron en la lucha práctica las concepciones por las cuales luchaba Marx en el Consejo General de la Internacional. Los sindicatos se convirtieron cada vez más en puntos de reunión para los obreros. Los proletarios, hasta entonces desunidos, empezaron a avanzar juntos. La Internacional les aclaró que por su propio interés debían apoyar inclusive las luchas salariales de sus camaradas de clase extranjeros. Paso a paso, se desarrolló el apoyo en

favor de la concepción marxista de que los sindicatos no deben luchar sólo por el mejoramiento de la situación económica de los trabajadores, sino que son a su vez "mucho más importantes como fuerza organizada para la abolición del sistema de trabajo asalariado y el régimen del capital".[347] Los sindicatos demostraron su valor como escuelas de solidaridad, como escuelas de socialismo. Marx advirtió con satisfacción que los partidarios de Proudhon o Lassalle, abandonaban cada vez más sus prejuicios antisindicales, bajo la influencia de sus propias experiencias.

Sus experiencias en la lucha económica, tanto como en las batallas políticas, enseñaron muy pronto a los distintos sectores del movimiento obrero internacional a ocuparse también de conquistar y consolidar los derechos políticos y las libertades democráticas. Marx y Engels dedicaron mucho tiempo y esfuerzo a mostrar a los trabajadores de la Internacional la estrecha vinculación entre la lucha por las libertades democrático-burguesas y la batalla por la emancipación social del proletariado. Exigieron que la Internacional apoyase todos los movimientos democráticos que pudieran ayudar a reunir las masas en torno de la clase obrera, debilitar a la reacción feudal y a los grandes negocios, y lograr progresos políticos o sociales.

Marx consideraba que el movimiento inglés de 1865 a 1867, para el derecho al voto, era uno de emovimientos progresistas. Estaba en juego la conquista del derecho universal al voto para toda la población masculina de más de 21 años. Junto con los dirigentes sindicales representados en el Consejo General, Marx trabajó para hacer que los sindicatos se pusiesen a la cabeza de ese movimiento democrático. De tal modo, preveía, los sindicatos no sólo pasarían de la lucha económica a la política, sino que además ayudarían a atraer hacia el movimiento político a la masa de los obreros, inclusive a los que aún no se hallaban organizados.

Previno contra los intentos de los liberales burgueses, de influir so-

[347] Carlos Marx: Instrucciones a los delegados del Consejo Central Provisional sobre algunos problemas. MEW, vol. 16, pág. 197.

bre el movimiento y debilitar sus objetivos. Al mismo tiempo, se ocupó de que, por iniciativa del Consejo General, se estableciera un centro organizativo para el movimiento por el derecho al voto, la Liga Reformista. Esta organización, dirigida de modo indirecto por Marx y otros miembros del Consejo General, trabajó durante mucho tiempo para lograr el apoyo en favor de una línea política independiente respecto de los partidos burgueses. Marx se esforzó por influir sobre la Liga Reformista, ante todo por medio de su viejo amigo Ernest Jones, publicista y poeta proletario que ocupaba un puesto de autoridad en la Liga. Apoyó a los elementos proletarios de ésta. Les aconsejó que trabajasen junto con los representantes burgueses, en favor de una reforma del derecho al voto, pero al mismo tiempo los instó a no retroceder ni un centímetro respecto de la exigencia de los obreros, de un derecho al voto universal, ilimitado, y a mantener la vigilancia sobre los voceros de los partidos burgueses.

Bajo la dirección de la Liga Reformista, el movimiento abarcó muy pronto horizontes más amplios. En julio, agosto y los meses posteriores de 1866, decenas de millares de obreros efectuaron demostraciones en Londres, Birmingham, Leicester, Manchester, Glasgow, y en otros centros industriales. En algunos lugares, centenares de millares de personas desarrollaron demostraciones en favor de la deseada reforma del voto, y a menudo tuvieron que enfrentar enconados ataques policiales. Marx siguió con ardiente interés este gran movimiento político de masas, que llevaba adelante la tradición de los cartistas. Advirtió con rapidez, aun en las primeras etapas, la desastrosa disposición a la conciliación que existía entre muchos dirigentes de la Liga Reformista. Sus temores se confirmaron cuando el gobierno promulgó una reforma electoral que otorgaba derechos democráticos fundamentales básicos, de voto, nada más que a un quinto de los hombres despojados hasta entonces de ellos. Aunque la masa de los trabajadores siguió sin derechos políticos, los dirigentes de la Liga Reformista capitularon y abandonaron las armas contra la brutal opresión de la burguesía inglesa. Con la ayuda de Engels, profundizó su conocimiento de la historia irlandesa, y llegó a la conclusión de que una Irlanda libre era una condición

previa para la victoria del proletariado inglés sobre su propia burguesía, y sobre los aristócratas terratenientes. Tal como luchó sin cesar por una Polonia libre, desde 1847 en adelante, porque la consideraba la condición previa para la victoria del movimiento democrático en Alemania, y para la destrucción del zarismo en Rusia, así trabajó entonces, en el Consejo General, y con hojas volantes y discursos, por la liberación de Irlanda, en interés del progreso social de Inglaterra. En esa lucha contó con la apasionada colaboración de toda su familia, y en especial de su hija mayor, Jenny. En 1870, por ejemplo, ésta publicó muchos artículos en la prensa francesa, en los cuales denunciaba el infame trato que se infería en las cárceles a los luchadores irlandeses por la libertad. Sus artículos fueron reimpresos por muchos periódicos, y produjeron tal impacto, que al cabo el gobierno inglés se vio obligado a dejar en libertad a muchos patriotas irlandeses. El día en que quedaron libres, hubo grandes celebraciones en el hogar de los Marx.

En julio de 1867 Marx recibió una carta de un inmigrante alemán en Estados Unidos, en la cual informaba que deseaba establecer una sección de la Asociación Obrera Internacional en Hoboken, cerca de Nueva York. La carta era de Friedrich Adolph Sorge, un valiente luchador de la revolución de 1848 en Alemania, que en ese entonces vivía en Hoboken. Marx estimuló el proyecto, en la medida en que pudo hacerlo, y durante varios años continuó la correspondencia del Consejo General con los comunistas alemanes residentes en Estados Unidos. Enviaba con regularidad a Sorge, con quien muy pronto trabó una relación amistosa, los materiales del Consejo General, así como periódicos; le ofrecía concisas sugestiones para su actividad política, y analizaba con él los problemas del joven movimiento obrero de Estados Unidos.

Nunca, ni por un momento, dudó Marx que el desarrollo del movimiento obrero norteamericano dependería en forma decisiva de la posición de los obreros con conciencia de clase respecto del problema negro, porque, escribía, "el trabajador de piel blanca no puede emanciparse cuando el trabajador de piel negra ostenta una mar-

ca a fuego".[348] Señaló con paciencia a Sorge y otros comunistas norteamericanos que a pesar de las diversas concepciones ideológicas de los inmigrantes, y de las contradicciones naturales que existían entre ellos, la tarea principal, en Estados Unidos, consistía en unir a la mayor cantidad posible de obreros para la acción conjunta, y luego ganarlos, paso a paso, para un único programa político científico.

En la primavera de 1869, cuando la guerra entreInglaterra y Estados Unidos amenazaba estallar, Marx escribió un mensaje a la Unión Nacional de Trabajadores de Estados Unidos, en nombre del Consejo General, en el cual llamaba a los obreros norteamericanos a enfrentar a los plantadores belicistas y a los señores de las finanzas. Una guerra desatada por las clases gobernantes de Inglaterra y Estados Unidos sólo podría "forjar las cadenas de los trabajadores libres, en lugar de quebrar la de los esclavos". Y Marx continuaba: "Sobre ustedes, entonces, recae la honrosa tarea de mostrar al mundo que la clase obrera se adelanta por fin al primer plano de la historia, no ya como sumisa ejecutora, sino como una fuerza independiente, consciente de su propia responsabilidad y capaz de imponer la paz allí donde sus supuestos amos claman por la guerra".[349]

Los numerosos contactos personales de Marx con obreros revolucionarios franceses y comunistas culminaron en frecuentes pedidos de su ayuda, cuando el desarrollo de la Internacional en Francia se discutió en el Consejo General. En marzo de 1865 ya había descrito a Engels las exigencias que se imponían a su tiempo y energía:

"”Feb. 28. Tolain y Fribourg llegaron de París. Reunión del Consejo Central hasta la medianoche Luego una reunión nocturna en la taberna de Bolleter donde tuve que firmar unas 200 tarjetas (de afiliación).

[348] Marx a François Lafargue, 12 de noviembre de 1866. MEW, vol. 31, pág. 536.

[349] Carlos Marx: Mensaje a la Unión Obrera Nacional de Estados Unidos. MEW, vol. 16, páginas 356-357.

“Marzo 1. Reunión en Polonia.

“Marzo 4. Reunión de la Subcomisión sobre el problema francé hasta la 1 de la mañana.

"Marzo 6. Reunión de la subcomisión sobre ídem

hasta la 1 de la maana.

"Marzo 7. Reunión del Consejo Central hasta la medianoche. Adopción de decisiones." [350]

En febrero de 1867, cuando unos 1.500 trabajadores parisienses del bronce iniciaron una lucha por su derecho a organizarse, y pidieron ayuda al Consejo General, éste inició en el acto una colecta de dinero para los huelguistas. Marx y otros miembros del Consejo General declararon su voluntad de pedir apoyo a los sindicatos de Londres para sus hermanos de clase franceses en huelga.

Reunieron una considerable ayuda financiera y con ello fortalecieron la moral combativa de los obreros franceses. "En cuanto los amos se dieron cuenta de ello, cedieron —informó Marx a Engels con satisfacción—. Esto ha provocado un alboroto en los periódicos franceses, y ahora somos un poder establecido en Francia." [351]

Estos éxitos en París y otras ciudades francesas hicieron que en 1868 acudieran 2.000 miembros a las secciones parisienses de la Internacional, cosa que satisfizo en gran medida a Marx. Pero la carga del trabajo para él y su camarada, Eugène Dupont, el secretario general corresponsal para Francia, se hizo aun mayor a consecuencia de la creciente influencia de la Internacional, en especial cuando el gobierno de Napoleón III comenzó, en el mismo año, a intentar aterrorizar a la sección francesa con el arresto de sus miembros dirigentes y la formación de espectaculares juicios contra ellos.

Marx también desempeñó un papel en los éxitos logrados por la

[350] Marx a Engels, 13 de marzo de 1865. MEW, vol. 31, págs. 100-101.

[351] Marx a Engels, 2 de abril de 1867. MEW, vol. 31, pág. 282.

Internacional en Bélgica y Suiza. En Bélgica, en 1867, 1868 y 1869, hubo demostraciones y huelgas entre los mineros del carbón, contra los precios más altos, las rebajas de salario y el trabajo en horarios reducidos. En todos los casos el gobierno llamó a los militares, y muchos obreros fueron muertos. Desde el comienzo mismo de 1867, el Consejo General recurrió a los trabajadores de todos los países para que prestasen su solidaridad a las viudas y huérfanos de sus compañeros belgas asesinados. Después de la matanza en 1868, la sección belga de la Internacional desarrolló una campaña de protesta, convocó a mítines de masas, denunció en público a los dueños de las minas y sus patronos del gobierno, y organizó la actividad para la ayuda material, junto con el Consejo General. En 1869 las acciones solidarias de la Internacional con los mineros belgas llegaron a su punto culminante.

Después de las medidas represivas contra los mineros, en 1869, el Consejo General autorizó a Marx a esbozar una declaración de protesta, en nombre de aquél, contra los actos de brutalidad del gobierno belga. Marx escribió un Llamamiento a los obreros de Europa y de Estados Unidos, a finales de abril y comienzos de mayo, en ingles y francés, y lo sometió el 4 de mayo al Consejo General. El Consejo decidió publicar y hacer circular el llamamiento sin más demoras. Las acusaciones de Marx contra los dueños de minas belgas y el gobierno, que, "desempeña, en forma demostrativa, el papel de gendarme de éstos contra el trabajo", aparecieron entonces en periódicos obreros franceses y alemanes, y como hoja volante en Inglaterra.También tuvo amplia respuesta el llamamiento de Marx, "a organizar la colecta de dinero para aliviar los sufrimientos de las viudas, esposas e hijos de las víctimas belgas, para sufragar los gastos legales de los obreros enjuiciados en los tribunales, y para colaborar en la investigación planeada por la Comisión de Bruselas".[352] De muchos países llegaron mensajes de solidaridad y contribuciones financieras para los obreros belgas, inclusive 25 táleros enviados a Marx por Bebel. A pesar de la brutalidad con que el gobierno belga actuó contra los obreros arrestados y la sección

[352] Carlos Marx: Las matanzas en Bélgica. MEW, vol. 16, pág. 354.

local de la Internacional, no pudo impedir el notable ascenso de la influencia de la Internacional en Bélgica, a consecuencia de su demostración de solidaridad internacional con los obreros belgas.

Lo mismo ocurrió en Suiza. En Ginebra, en marzo y abril de 1868, unos 3.000 trabajadores de la construcción salieron a la huelga por la reducción de la jornada de trabajo a 10 horas, aumentos de salarios e introducción de tasas horarias, y no diarias. La huelga fue dirigida por los comités centrales de habla alemana e italiana de la Internacional en Ginebra. Marx escribió que estaba en juego "el problema de la existencia de la Internacional en Suiza, ya que los señores de la industria de la construcción presentaban, como condición preliminar para cualquier transacción, el retiro de los obreros de la Internacional. Los trabajadores rechazaron con vigor esta exigencia".[353]

Como la fuerza de los obreros de Ginebra era insuficiente, enviaron un representante a Londres para pedir ayuda a toda la Internacional. Una vez más, el Consejo General organizó a toda velocidad acciones de solidaridad en muchos países. Llegaron contribuciones de Francia e Inglaterra, de Bélgica y algunas regiones de Alemania, reunidas por hermanos de clase que padecían la misma pobreza, pero que actuaban movidos por un sentimiento de internacionalismo. Gracias a este generoso apoyo, los obreros huelguistas de la construcción de Ginebra obligaron a sus empleadores a ceder, y de esa manera conquistaron un enorme prestigio para la Internacional. En las semanas que siguieron, más de 1.000 obreros suizos, impresionados por el poderío de la organización y la solidaridad internacional, se afiliaron a la Internacional.

Marx participó con ardor en el desarrollo del movimiento democrático-revolucionario de Rusia (lo mismo que Engels y otros destacados representantes del movimiento obrero internacional). Veía en él una poderosa fuerza en el combate contra la oligarquía zarista, que no sólo oprimía a los pueblos de Rusia y Polonia, sino que

[353] Carlos Marx: Cuarto Informe Anual de la Dirección General de la Asociación Internacional de Trabajadores. MEW, vol. 16, pág. 321.

también desempeñaba el papel de gendarme internacional en relación con el movimiento revolucionario europeo. Marx declaró, pues, en repetidas ocasiones —en sus discursos ante el Consejo General y también en muchos documentos de la Internacional—, que el proletariado europeo y el movimiento democrático-revolucionario ruso compartían tareas comunes en la lucha contra la oligarquía zarista, y que en consecuencia debían luchar hombro a hombro.

En marzo de 1870 Marx recibió noticias de que los emigrantes rusos que vivían en Ginebra habían formado una sección de la Internacional. Los miembros de la sección, que todavía se encontraban bajo la influencia de las ideas de los escritores democrático-revolucionarios N. G. Chernishevski y N. A. Dobroliúbov, pidieron a Marx que fuese su representante en el Consejo General, y escribieron: "Nuestros países vecinos, Rusia y Alemania, tienen muchas cosas en común; los países eslavos y Alemania se encuentran, en muchos aspectos, en situación similar, y tienen enemigos comunes, y por lo tanto no cabe duda de que la Santa Alianza de la monarquía sólo puede ser derribada mediante la alianza de los verdaderos socialistas, que defienden los intereses del trabajo en la lucha contra el capital y el zarismo".[354]

Marx aceptó el pedido, y trabajó desde entonces como Secretario Corresponsal para Alemania y Rusia. En su respuesta a los miembros de la sección rusa destacaba que "los socialistas rusos, al trabajar para destrozar las cadenas de Polonia", han emprendido "una gran tarea que exige la abolición del régimen militar, de gran urgencia como condición previa para la liberación general del proletariado europeo".[355] Y en una carta en que informaba a Engels sobre su correspondencia, agrega, con humorismo: "Pero lo que no

[354] Comité de las secciones rusas de la Primera Internacional en Ginebra, a Marx, 12 de marzo de 1870. En B. P. Kosmin: The Russian Section of the First International, Moscú, 1957, (Rusia).

[355] Carlos Marx: La Dirección General de la Asociación Internacional de Trabajadores a los miembros del Comité de la sección rusa en Ginebra. MEW, vol. 16, pág. 407.

puedo perdonar a estos hombres es que me elevan a la categoría de Venerable. Es evidente que creen que tengo entre 80 y 100 años de edad".[356]

Desde entonces, Marx informó con regularidad a la sección rusa sobre los trabajos del Consejo General, y los atrajo a las tareas generales de la Internacional. Ayudó a los revolucionarios rusos a reconocer la misión histórica de la clase obrera, con más claridad aun, y a hacer de los principios del comunismo científico la línea orientadora de su actividad. En este aspecto recibió muy pronto el enérgico respaldo del revolucionario ruso G. A. Lopatin. Este trabó amistad con Marx en el verano de 1870, fue incluido muy pronto en el Consejo General por sugestión de Marx, y como traductor de *El capital* ayudó a difundir las ideas del marxismo.

Era característico de la labor de Marx en el Consejo General que sabía, tal como lo supo décadas antes, en la dirección de *Neue Rheinische Zeitung*, cómo rodearse de compañeros de lucha abnegados y dedicados a la clase obrera. Bajo su influencia, muchos de ellos, en ocasiones a lo largo de varios años de trabajar juntos, se apropiaron de las ideas del comunismo científico y se convirtieron en dirigentes obreros audaces, multifacéticos y de gran experiencia política. Algunos de ellos dieron el primer paso decisivo hacia el movimiento obrero revolucionario, sólo bajo la orientación de Marx. Entre ellos se contaban el estudiante ruso German Lopatin; el modelista francés Auguste Seraillier, desde 1869 en adelante miembro del Consejo General y durante un tiempo Secretario Corresponsal para Bélgica; el estudiante de medicina francés Paul Lafargue, desde 1866 en adelante Secretario Corresponsal para España y miembro del Consejo General. Otros se encontraban desde hacía décadas en la primera fila del movimiento de emancipación del proletariado, como el francés Eugene Dupont, miembro del Consejo General desde 1864 y Secretario para Francia durante muchos años. El inglés Robert Shaw también pertenecía al Consejo General desde sus primeros días, y trabajó como tesorero del Consejo y secretario para Estados Unidos. Hermann Jung, miembro del

[356] Marx a Engels, 24 de marzo de 1870. MEW, vol. 32, pág. 466.

Consejo desde 1864 a 1872, era Secretario Corresponsal para Suiza y fue presidente de la mayoría de los congresos de la Internacional. El polaco Antoni Zabicki representó desde 1866 a los emigrantes polacos revolucionarios en el Consejo General, como Secretario Corresponsal para Polonia. Friedrich Lessner, miembro del Consejo General de 1864 a 1872, era uno de los precursores del movimiento obrero internacional y ya había acumulado sus primeras experiencias en la Liga Comunista. Por muchas que fuesen las diferencias de edad y origen, de nacionalidad y experiencia, eran uno solo en su disposición a compartir todas las cargas y sacrificios en la tarea de unir al proletariado, que despertaba en todos los países, en una alianza fraternal, en una organización de clase revolucionaria, y de equipado con las teorías del comunismo científico. También eran como uno solo en su gran respeto hacia Marx, en su reconocimiento del papel dirigente de éste en el movimiento obrero internacional, acerca de lo cual derrochaban muy pocas palabras, aunque lo daban por sentado entre sí, lo mismo que su amistad con él, como fiel vocero del movimiento. Algunos de estos colaboradores de Marx en el Consejo General trabajaron, años y décadas más tarde, como precursores del movimiento obrero en sus países natales, como fundadores de los partidos obreros revolucionarios de Francia, España, Bélgica, Dinamarca y Hungría.

En la dirección de la Internacional, Marx asignaba una importancia especial a las experiencias acumuladas en la lucha revolucionaria de las distintas organizaciones afiliadas a la Internacional. Escribía:

«Las acciones conjuntas patrocinadas por la Asociación Obrera Internacional, el intercambio de ideas facilitado por los organismos de las distintas secciones internacionales y los debates directos en los congresos generales no dejarán de producir, cada vez más, un programa teórico común".[357]

El hecho de que un programa científico, es decir, de principios marxistas, comenzaba a predominar poco a poco en la Internacio-

[357] Carlos Marx: La Dirección General de la AOI acerca del Comité Central de la alianza de la democracia socialista. MEW, vol. 16, pág. 348.

nal, se reflejaban cada vez más en sus resoluciones y circulares, y en especial en las decisiones de sus congresos anuales.

En tanto que en el Congreso de Ginebra, de 1866, una mayoría ya respaldaba las concepciones de Marx —en especial respecto de la vinculación entre la lucha económica y la lucha política—, el Congreso de Bruselas avanzó aun más en la misma dirección. Los participantes en él declaraban, en una resolución, que era inevitable que la tierra de propiedad privada, los ferrocarriles, las minas y otros medios de producción se convirtiesen en propiedad de la sociedad. De ese modo, el congreso ofrecía una respuesta al importantísimo interrogante de las relaciones de propiedad en la trasformación de la sociedad, y lo hacía en el sentido de las ideas científicas de Marx y Engels. Los largos años de esfuerzo de Marx comenzaban a dar frutos en la mayor claridad y en la concepción unificada existentes en las secciones progresistas de la clase obrera internacional, en el sentido de que el objetivo de la lucha de la clase obrera consistía en fundar una sociedad socialista, y que ello exigía la socialización de los medios de producción. Desde entonces, el enfoque de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción ha sido la prueba del carácter socialista de todos los programas obreros y todas las organizaciones de trabajadores.

Un año más tarde, en septiembre de 1869, el congreso de Basilea de la Internacional declaraba que, en opinión del movimiento obrero revolucionario internacional, "la sociedad tiene el derecho a abolir la propiedad privada de la tierra y convertirla en propiedad común".[358]

Esto sellaba la derrota del proudhonismo y del reformismo pequeñoburgués en la Internacional, respecto del problema de la propiedad.

[358] Resolución del Congreso de Basilea sobre el derecho de suelo y sangre, 10 de setiembre de 1869. En La I Internacional en Alemania (1864 a 1872), pág. 427.

Abriendo la marcha en el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán

En 1867, en un informe a un amigo acerca de los éxitos de la Internacional, Marx pudo nombrar a Francia, Inglaterra, Bélgica y Suiza como países en los cuales se había "convertido en una potencia",[359] pero como secretario para Alemania no pudo incluir a su país de nacimiento. Sin embargo, después de la publicación de *El capital*, la Internacional comenzó a hacer rápidos progresos también en Alemania. Aunque los círculos científicos burgueses oficiales trataron con empecinamiento de enterrar el libro en una conspiración de silencio, la obra empezó a ejercer efectos inmediatos. Marx dedicó considerables esfuerzos a difundir entre los obreros alemanes las más importantes ideas de su obra fundamental.

Los años que siguieron trajeron una cantidad de clarísimos éxitos. En febrero de 1867 August Bebel fue elegido al Parlamento constituyente de Alemania del Norte. En agosto, en las elecciones del primer período legislativo formal del mismo Parlamento, también fue elegido Wilhelm Liebknecht. Eran los primeros representantes políticos de los obreros revolucionarios en un Parlamento burgués, y en seguida atacaron al militarismo prusiano desde su nueva tribuna. Marx valoró en alto grado estos éxitos. En cartas a Liebknecht le transmitió sugestiones en cuanto a la forma en que éste y Bebel podían utilizar el Parlamento en la lucha por los intereses de los obreros. Unas semanas después, en octubre, la Federación de Asociaciones Obreras Alemanas elegía a Bebel como su presidente. En el verano de 1868 se desarrollaron discusiones públicas en la federación, en cuanto a la necesidad de adoptar el programa de la Asociación Obrera Internacional.

Aunque en esa época Marx estaba acosado por sus dolencias y deprimentes dificultades financieras, hizo todo lo posible para apresurar ese vuelco de los obreros alemanes con conciencia de clase hacia la Internacional, y por lo tanto hacia el comunismo científico. Con tal fin, reunió materiales para un folleto sobre los objetivos y

[359] Marx a Sigfrid Meyer, 30 de abril de 1867. SC, pág. 186.

el papel de la Internacional, que preparó Wilhelm Eichhoff. El propio Marx redactó partes del manuscrito y corrigió el texto de Eichhoff desde la primera hasta la última línea. El folleto apareció en agosto de 1868 con el título de *La Asociación Obrera Internacional*, y se lo utilizó para hacer conocer el programa de la Internacional a los obreros alemanes que recién despertaban a la conciencia de clase. Proporcionó a muchos cientos de proletarios revolucionarios las municiones con que debían ajustar cuentas con los demócratas pequeñoburgueses, quienes querían frenar el crecimiento independiente del movimiento obrero.

En septiembre de 1868 la convención de Nuremberg de la Federación de Asociaciones Obreras Alemanas decidió asociarse a las aspiraciones de la Internacional, y aprobó un programa según esos lineamentos. Ya no eran, entonces, unas pocas docenas o unos pocos centenares de miembros quienes se erguían detrás de Marx; ahora se reunía en tomo de sus ideas la organización más progresista de la clase obrera alemana, con más de 6.000 afiliados. Al mismo tiempo, el comunismo científico adquiría también una creciente influencia en la Asociación General de Obreros Alemanes. En esta última organización, en especial, los elementos de la oposición, dirigidos por Wilhelm Bracke, trabajaban por una política revolucionaria de la clase obrera, y, sobre la base de sus propias experiencias y de un estudio de *El capital*, de Marx, reconocieron que la clase obrera sólo podía alcanzar el éxito, no con el reformismo de Lassalle, sino con las ideas científicamente desarrolladas por Marx y Engels.

En el tercer congreso de la Internacional en Bruselas, —a mediados de septiembre de 1868, los delegados alemanes presentaron una resolución por la que se aconsejaba que todos los obreros estudiaran *El capital*. "Es un mérito inestimable, de Marx —decía la resolución—, el de ser el primer economista político que analizó en forma científica el capital y definió sus partes constituyentes."[360]

[360] Resolución del Congreso de Basilea sobre la importancia de El capital de C. Marx, 11 de setiembre de 1868. En La I Internacional en Alemania (1864-1872), pág. 262.

La resolución fue aprobada por unanimidad. La clase obrera internacional, para la cual Marx había escrito *El capital*, comenzó a hacer suyas, cada vez más, las ideas que contenía el libro. Marx se enorgullecía, en especial, del hecho de que los trabajadores de su país natal fuesen los precursores en ese sentido.

A pesar del satisfactorio progreso de la Internacional en Alemania, la unificación del movimiento obrero alemán en un partido de clase revolucionario no se logró de manera alguna en la convención realizada en Nuremberg por las asociaciones de trabajadores. Pero la convención produjo un programa que señala el camino correcto para alcanzar la unidad históricamente necesaria.

Como secretario para Alemania, Marx trató de reunir, bajo la bandera de la Internacional a la Federación de Asociaciones Obreras Alemanas y a la Asociación Obrera General Alemana. Engels colaboró en los esfuerzos de aquél con artículos que publicó en los periódicos obreros alemanes, y con estudios que llevó a cabo para el Consejo General, a pedido de Marx. Entre ellos se contaba un amplio "Informe sobre las Asociaciones Mineras en las minas de carbón de Sajonia", preparado por Engels a comienzos de 1869 y basado en informaciones y materiales que enviaban a Marx los mineros de Lugau, Niederwfuschnitz y Oelsnitz. El informe, un feroz ataque contra los barones del carbón de Sajonia, fue presentado ante el Consejo General, aprobado por éste y publicado en los periódicos alemanes e ingleses.

Marx apoyaba con energía todas las tendencias de la Asociación Obrera General Alemana que liberasen a los obreros de los dogmas de Lassalle, tal como usó su influencia sobre Bebel y Liebknecht, para que rompiesen por entero sus vínculos con el partido popular de los demócratas pequeñoburgueses, y para fundar una organización proletaria partidaria independiente. En la primavera de 1869 pareció que esta táctica muy pronto llevaría al éxito. En esa situación, Schweitzer, quien temía la pérdida de su poder personal, torpedeó las esperanzas de Marx. Introdujo en la Asociación Obrera General Alemana una serie de reglas desde todo punta de vista sectarias, que le otorgaban poderes dictatoriales como presidente de la

asociación, y que, en consecuencia, agudizaron los antagonismos entre su organización y la Federación de Asociaciones Obreras Alemanas. El plan de Marx para la fundación de una organización partidaria independiente, sobre la base del programa de la Internacional, había provocado, sin embargo, tal reacción, también en la organización de Schweitzer, que muchos de sus funcionarios se apartaron de su presidente. En el verano de 1869 organizaron un congreso general de obreros en Eisenach, junto con Bebel y Liebknecht, numerosos representantes de organizaciones sindicales y secciones de la Internacional, con el fin de fundar un partido revolucionario unificado del proletariado alemán.

Marx siguió estos acontecimientos con gran expectativa. Instó a Liebknecht a adoptar en Eisenach una posición inequívoca en favor del partido obrero independiente, de un partido que estuviera tan libre de los dogmas de Lassalle como de cualquier vinculación organizativa e ideológica con los demócratas pequeñoburgueses.

En ese espíritu se fundó el Partido Socialdemócrata en Eisenach, en agosto de 1869, bajo la dirección de Bebel y Liebknecht. En su programa, el partido exigía la abolición del dominio de clases mediante la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Declaraba su inequívoco respaldo al internacionalismo proletario y afirmaba que era "una filial de la Asociación Obrera Internacional, en la medida en que lo permite el reglamento de la Asociación".[361] Aunque todavía persistían en el partido, en ciertos aspectos, algunos resabios de la época de Lassalle, y de democratismo vulgar, sin embargo, en los problemas teóricos, tácticos y organizativos decisivos, aquél se plantaba con firmeza en un terreno marxista.

Con el Partido Obrero Socialdemócrata, el así llamado partido de Eisenach, el proletariado alemán contaba ahora con una vanguardia revolucionaria que encaró la lucha contra el militarismo prusiano y la burguesía, y que llevó adelante las tradiciones de la Liga Comu-

[361] Programa y Estatutos del Partido Obrero Socialdemócrata, reunido en el Congreso de Eisenach, 9 de agosto de 1869. La I Internacional en Alemania (1864-1872), pág. 409.

nista. En el período que siguió, se convirtió en el primer partido marxista de masas del movimiento obrero alemán e internacional.

El 9 de agosto de 1869 Marx recibió un telegrama de Liebknecht; que le informaba sobre la exitosa fundación del Partido Obrero Socialdemócrata en Eisenach. Años antes, los dirigentes lassalleanos se habían burlado, nariz en alto, en el sentido de que el "partido de Marx" estaba compuesto, en total, por tres hombres: Marx como "jefe", Engels como "secretario" y Liebknecht como "su agente". Pero entonces el congreso de Eisenach demostró, a todos los que quisieran ver, que la marcha hacia adelante del comunismo científico no podía ser detenida, porque era la expresión teórica de los intereses del proletariado. Marx y Engels llamaron al partido de Eisenach "nuestro partido",[362] y en los años que siguieron respaldaron a sus dirigentes con ayuda y consejos, tal como habían abierto la marcha, hasta ese momento, para la fundación del partido.

Unas semanas después del Congreso de Eisenach, Marx viajó a Alemania con su hija Jenny, cuya salud exigía con urgencia un cambio de ambiente. Después de hospedarse en casa de parientes en Aachen, visitaron al obrero-filósofo Joseph Dietzgen, en Siegburg, y al antiguo camarada de Marx, Paul Stumpf, en Maguncia. Luego fueron huéspedes de la familia Kugelmann en Hannover, durante unas tres semanas. Marx también necesitaba con urgencia esas semanas de recuperación, pero no pertenecía al tipo de quienes pueden sencillamente retirarse de los problemas y necesidades de los trabajadores de su país natal. De tal manera, durante su estancia en Hannover se reunió con funcionarios sindicales y miembros destacados del Partido Obrero Socialdemócrata, recién organizado. En esa reunión conoció a Wilhelm Bracke, la figura más importante del joven partido, después de Bebel y Liebknecht.

Marx encontró en el vendedor de libros de Brunswick, de apenas 27 años, a un joven abnegado, entregado por entero a la clase obrera. Muy pronto se hicieron amigos.

A su regreso de Hannover reanudó sus ocupaciones en el Consejo

[362] Engels a August Bebel, 18-28 de marzo de 1875, SC, pág. 290.

General. El Secretario para Alemania ya no era un general sin ejército; detrás de él se encontraba el primer partido obrero nacional independiente, cuyas experiencias y éxitos Marx generalizó en seguida para toda la Internacional. Ello era necesario en especial porque a finales de la década del 60, cuando el proudhonismo quedó por fin vencido, surgió en la Internacional un nuevo y peligroso enemigo del movimiento obrero revolucionario: el bakuninismo. Esta variante del anarquismo, por la cual luchaba el emigrante ruso M. A. Bakunin, se oponía a la organización del proletariado en sindicatos y partidos. Respaldaba una política y táctica sectarias, aventureras, golpistas, que sólo podían beneficiar a la reacción. Mijaíl Bakunin, quien vivía casi siempre en Suiza, encontró oyentes ante todo entre los obreros de Suiza, Italia, Alemania y el sur de Francia; en una palabra, en países y regiones que todavía estaban poco avanzados en el plano industrial.

Marx conocía a Bakunin como un hombre valiente y brillante, quien a consecuencia de sus exageradas ambiciones personales, prestaba poca atención a los demás, y que era un revolucionario pequeñoburgués inescrupuloso en sus métodos. Advirtió que las teorías y actividad práctica de Bakunin ponían en peligro todo lo que el Consejo General había logrado con paciente trabajo, que el objetivo final de Bakunin era "convertir la Internacional en su instrumento personal".[363] Con gran energía, Marx se dedicó a movilizar a todos los elementos con conciencia de clase de la Internacional contra ese ataque al movimiento obrero revolucionario. En ese sentido, el partido alemán fue su más fuerte respaldo. Su existencia misma, así como sus éxitos, eran la prueba más convincente de la tontería y las incoherencias de las ideas de Bakunin. Como reconocimiento del papel del partido alemán, Marx respaldó la proposición formulada por Bebel y Liebknecht, de que el siguiente congreso de la Internacional, de septiembre de 1870, se llevase a cabo en Maguncia. Pero las cosas salieron distintas. En tanto que el movimiento obrero de distintos países se preparaba para el congreso de la Internacional, las clases gobernantes de Francia y

[363] Carlos Marx: Comunicación confidencial. MEW, vol. 16, pág. 411.

Alemania se aprestaban para la guerra.

La Internacional Enjuiciada

El 19 de julio de 1870 el emperador Napoleón III de Francia declaró la guerra contra Prusia, después que Bismarck lo provocó hasta ese punto por medio de oblicuas intrigas diplomáticas. Hacía tiempo que Marx preveía que el aventurero que se sentaba en el trono de Francia y los Junkers prusianos que buscaban la unificación de Alemania a "sangre y hierro" se orientaban hacia la guerra. Entonces, cuando ésta estalló, Marx y la Internacional se dedicaron a armar a los obreros de los distintos países para la nueva situación que había surgido de la noche a la mañana.

El primer día de la guerra Marx se reunió con miembros del Consejo General, para discutir las medidas que era preciso adoptar, y aceptó el pedido de elaborar una declaración pública sobre el carácter de la guerra y la táctica del movimiento obrero revolucionario en las condiciones que ella creaba. Durante los cuatro días que siguieron, Marx permaneció ante su escritorio, casi sin tregua, para esbozar el documento. Mientras trabajaba, también tuvo que evaluar con sumo cuidado todos los informes que llegaban de Francia y Alemania. El 23 de julio presentó su proyecto a los secretarios del Consejo General, responsables de cada uno de los países. Todos ellos aceptaron el documento. Unos días más tarde el Consejo General aprobaba por unanimidad el mensaje y decidía publicarlo y distribuirlo en inglés, francés y alemán.

Como humanista, Marx odiaba a la guerra. Había demostrado que las guerras tienen su origen en la situación social, que era necesario eliminar del poder a los militaristas y a los explotadores que obtenían ganancias con aquéllas, si se quería satisfacer el ansia de paz de la humanidad. Esta tarea, que las condiciones objetivas ponían frente al proletariado, también debía determinar la actitud de la clase obrera respecto de las guerras que aún era demasiado débil para impedir.

En su *Discurso*, Marx describía la guerra como sigue: por el lado

de Francia, se trataba de una guerra dinástica que servía al poder personal de Bonaparte. Por su parte, Alemania debía llevar adelante una guerra de defensa para salvaguardar la unificación nacional.

"¿Pero quién puso a Alemania ante la necesidad de defenderse? ¿Quién permitió a Luis Bonaparte hacerle la guerra? ¡Prusia! Bismarck fue quien conspiró con el mismo Luis Bonaparte con el fin de aplastar la oposición popular en su nación, y anexar Alemania a la dinastía Hohenzollern".[364]

De tal manera Marx recordaba a los obreros alemanes la política antidemocrática de Bismarck, y les mostraba que en la guerra contra Francia, Bismarck también perseguía sus propios objetivos piratescos. Por lo tanto, la clase obrera alemana tenía que poner en práctica lo que ya había propuesto el *Manifiesto Inaugural*: debía luchar por su propia política exterior, y hacer frente a la política antinacional de la guerra de las clases gobernantes con su propia política de paz. Tenía que respaldar la guerra mientras fuese una guerra justa, una guerra contra Napoleón III, el principal enemigo de la unificación alemana. Ello no obstante, "si la clase obrera alemana permite que esta guerra pierda su carácter estrictamente defensivo y degenere en una guerra contra el pueblo francés, la victoria o la derrota serán desastrosas por igual".[365]

Marx confiaba que los obreros alemanes y franceses cumplirían con sus obligaciones de internacionalistas. No debió sufrir desilusión alguna. En París y otras ciudades francesas, en Berlín, Brunswick, Chemnitz (ahora Karl Marx Stadt), Dresden, Leipzig y otras localidades, cientos y miles de obreros franceses y alemanes hablaron contra la guerra. En nombre de 50.000 obreros de Sajonia, un mitin de delegados declaró en Chemnitz:

"Nos sentimos dichosos de apretar la mano fraternal que nos tienden los obreros de Francia... Conscientes del lema de la Asociación

[364] Carlos Marx: Primer mensaje del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco- prusiana, SW, pág. 265.

[365] Carlos Marx: Primer mensaje del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco- prusiana, SW, pág. 265.

Obrera Internacional, '¡Proletarios de todos los países, uníos!', jamás olvidaremos que los obreros de *todos* los países son nuestros amigos y que los déspotas de *todos* los países son nuestros enemigos".[366]

Con gran orgullo, Marx citaba esta expresión del internacionalismo proletario, y terminaba el mensaje del Consejo General con las siguientes palabras:

"Este gran hecho, sin paralelo en la historia del pasado, abre un panorama de un futuro más brillante. Muestra que en contraste con la antigua sociedad, con sus miserias económicas y su delirio político, está naciendo una nueva sociedad, cuya regla internacional será la Paz, porque su gobernante nacional será en todas partes el mismo: *¡El Trabajo!*"[367]

Desde el primer día de la guerra, Marx ya había previsto sus consecuencias. Ni por un momento dudaron él y Engels de que la victoria sería para Prusia y sus Estados alemanes aliados. El imperifrancés había sido debilitado demasiado por la corrupción y el mal manejo de la economía, la superioridad de las fuerzas armadas prusianas era demasiado grande, y el pueblo alemán estaba decidido a frustrar la intromisión de Napoleón en sus asuntos. Pero Marx vio más lejos. Sabía que la unificación nacional de Alemania facilitaría las futuras luchas de los obreros alemanes; el movimiento obrero alemán —"en teoría y en organización más fuerte que el francés"— alcanzaría tal importancia, que "el centro de gravedad del movimiento obrero de Europa occidental pasaría de Francia a Alemania".[368] Esta destacada posición del movimiento obrero alemán, el primero en formar un partido nacional y adoptar como su teoría el comunismo científico, destacaría la importancia internacional y facilitaría la difusión del marxismo, y con ello ayudaría también en la lucha de la clase obrera francesa.

---

[366] Carlos Marx: Primer mensaje del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco- prusiana, SW, pág. 266.

[367] Carlos Marx: Primer mensaje del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco-prusiana, SW, pág. 266.

[368] Marx a Engels, 20 de julio de 1870. MEW, vol. 33, pág. 5.

Un torrente de trabajo cayó sobre Marx durante estos acontecimientos. Sus obligaciones en el Consejo General crecieron en enorme proporción, ya que algunos de los secretarios habían viajado a Francia a toda prisa. Marx dispuso que Engels escribiese artículos, con regularidad, para uno de los más importantes periódicos, *Pall Mall Gazette*, sobre los acontecimientos militares de la guerra. Estos comentarios, anónimos, fueron muy pronto, gracias a los brillantes análisis y pronósticos de Engels, los que con más frecuencia se reimprimían y la serie más ampliamente leída acerca del tema, en toda la prensa inglesa. Llevaron a la hija de Marx, Jenny, a apodar a Engels "el General", y el nombre le quedó, para el resto de su vida, en el círculo de sus amigos íntimos.

La división del trabajo entre Marx y Engels volvió a justificarse una vez más. Gracias a ella, el primero pudo continuar concentrándose en su tarea en el Consejo General, y en ayudar a cada una de las organizaciones obreras. Para colaborar con los miembros franceses y alemanes en la Internacional era necesario responder a muchas preguntas, escribir muchas cartas, frenar a quienes abrigaban desesperados planes de levantamientos, estimular a otros en su resistencia al militarismo prusiano y al chovinismo desencadenado. Marx dio una respetuosa bienvenida al "acto de valentía"[369] de Bebel y Liebknecht, quienes en el Parlamento de Alemania del Norte repudiaron en forma inequívoca los objetivos dinásticos de Prusia, y llamaron a los pueblos europeos "a conquistar los derechos de autodeterminación para sí y a derribar el régimen contemporáneo de la espada y de las clases superiores, como base de todos los males estatales y sociales".[370] Pero condenó con indignación la actitud de los dirigentes lassalleanos, quienes respaldaban sin reservas la política de Bismarck.

Marx combatió por el principio de que la clase obrera y su vanguardia, el partido, en circunstancia alguna debían aislarse, de manera sectaria, en la lucha contra la guerra y el peligro de ésta. Por el contrario, sin abandonar su punto de vista independiente, debían

[369] Marx a Engels, 17 de agosto de 1870. SC, pág. 244.

[370] Der Volksstaat, Leipzig, 23 de julio de 1870.

respaldar todas las acciones antibélicas, inclusive aunque no tuviesen su origen en la clase obrera. Puso en práctica, de modo coherente, este principio en su propia labor. Cuando los demócratas y pacifistas pequeñoburgueses franceses y alemanes que vivían en Londres se unieron en una protesta conjunta contra la guerra, Marx apoyó su humanista proyecto. Entabló contactos personales con el vocero de ese grupo, el publicista alemán Eugen Oswald, trató de liberarlo de sus ilusiones pacíficas, pero siempre hizo de la lucha común de los pacifistas y la Internacional contra la guerra, el punto fundamental.

Antes de la guerra los obreros y socialistas alemanes habían recurrido cada vez más a Marx en busca de consejo; ahora las preguntas y pedidos se hacían mucho más frecuentes. El comité dirigente del Partido Obrero Socialdemócrata elegido por el congreso de Eisenach, por ejemplo, preguntaba a Marx, en agosto, qué táctica debían seguir los socialistas alemanes en tan complicada situación. Marx consultó en seguida con Engels, y a finales de agosto escribió varias cartas a los dirigentes partidarios alemanes, con las siguientes sugerencias: respaldar el movimiento nacional en la medida en que —y siempre que— se limite a la defensa de Alemania; señalar siempre la diferencia que existe entre los intereses alemanes nacionales y los de la dinastía prusiana; oponerse con decisión a la anexión de Alsacia-Lorena; en cuanto un gobierno republicano llegue al poder en París, trabajar a favor de una paz honrosa; en toda ocasión y en todas las oportunidades, destacar y respetar los intereses comunes de los obreros alemanes y franceses como hermanos de clase.

Marx usó enérgicas palabras para poner en la picota a los militaristas prusiano-alemanes y a la burguesía, que, fanática del chovinismo, embriagada por la victoria de los ejércitos alemanes, exigía a voz en cuello la anexión de Alsacia-Lorena. Dejó establecido con claridad que la anexión de la provincia francesa de Alsacia-Lorena eliminaría una auténtica paz entre Francia y Alemania, y sería el camino más seguro para perpetuar el despotismo militarista en una futura Alemania unificada. "Quien no esté ensordecido por completo, por el clamor del momento, o quien no tenga interés en ensor-

decer al pueblo, debe advertir que la guerra de 1870 contendrá de manera inevitable las simientes de una guerra entre Alemania y Rusia, tal como la guerra de 1866 contenía las simientes de 1870... Si ellos [los alemanes] toman Alsacia y Lorena, Francia y Rusia harán la guerra contra Alemania. Es inútil indicar los resultados desastrosos que ello provocará."[371]

Apenas habían llegado a Alemania las sugestiones de Marx, cuando se concretaron en la práctica a raíz de los acontecimientos que siguieron en rápida sucesión. El 2 de septiembre, Napoleón III tuvo que entregar la fortaleza de Sedán, con casi 100.000 hombres. Cuarenta y ocho horas después nacía la república en París. La barrera para la unificación alemana, para la política expansionista y de gran potencia de Napoleón III, quedaba así eliminada.

Pero el rey prusiano, quien había declarado con vehemencia que la guerra era de defensa, que no estaba dirigida contra el pueblo francés, sino sólo contra Napoleón, hizo que el ejército alemán se introdujese aun más profundamente en Francia, a fin de arrancarle Alsacia y Lorena, e imponer el total sometimiento de Francia. De tal modo la guerra dio un vuelco drástico y modificó su carácter en lo fundamental.

En el acto Marx analizó la nueva situación en el Consejo General. Una vez más se lo autorizó a redactar una declaración pública que diese al movimiento obrero internacional una dirección y objetivos precisos. Tres días más tarde presentó al Consejo el segundo mensaje sobre la guerra franco- alemana. Engels había esbozado los pasajes relacionados con el aspecto militar. El mensaje fue aprobado por unanimidad y enviado a todos los periódicos londinenses. Casi todos ellos lo sepultaron en la conspiración de silencio. Por lo tanto el Consejo lo editó como folleto, en inglés. Traducido por Marx, apareció en la semana siguiente en periódicos obreros alemanes y suizos, y también en francés, en octubre, en Bélgica y Francia.

[371] Carlos Marx / Federico Engels. *Brief an den Ausschuss del Sozialdemokratischen Arbeiterpartei*, agosto de 1870. MEW, vol. 17, pág. 269.

En ese segundo mensaje, Marx dirigía el grueso de sus disparos contra los vergonzosos planes de conquista de los militaristas prusianos y los *nouveau* riches alemanes, la gran burguesía. Con abrumadora lógica, reiteraba que la anexión de Alsacia-Lorena contenía las simientes de una nueva guerra, una guerra de Rusia, aliada a Francia, contra Alemania. Décadas más tarde, esta profecía resultó confirmada por completo.

Marx llamaba a la clase obrera alemana a hacer todo lo que estuviese a su alcance para impedir la anexión y lograr una paz honrosa con la república burguesa francesa. Pero también preveía las dificultades: "Si los obreros franceses, en medio de la paz, no logran detener al agresor, ¿es más probable que los obreros alemanes detengan al vencedor en medio del repiqueteo de las armas?... Sea como fuere, la historia demostrará que los obreros alemanes no están hechos del mismo material maleable que la clase media alemana. Cumplirán con su deber".[372]

Y cumplieron con su deber. El Comité de Brunswick emitió un manifiesto, con largos pasajes de la carta de Marx, en el cual llamaba a los obreros alemanes a resistirse contra la guerra de conquista y la propaganda chovinista de odio contra los franceses. El manifiesto de Brunswick circuló en 10.000 ejemplares en el seno del partido, y también se publicó en el órgano central, *Der Volksstaat.*

Miembros del partido organizaron mítines en numerosos centros, contra la anexión de Alsacia- Lorena, y por una paz honrosa con la república francesa.

Las clases gobernantes respondieron a su manera. Arrestaron a Bracke y a sus camaradas, y los arrastraron, encadenados, como criminales, a una fortaleza del este de Prusia. Nuevos arrestos siguieron, a continuación, en Hamburgo, Halberstadt y otras regiones. A pesar de estas persecuciones, y del hecho de que ya tenían que trabajar en la semilegalidad, Bebel y Liebknecht hablaron sin

[372] Carlos Marx: *Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco- prusiana*, SW, pág. 271.

temores, en mítines públicos, y a finales de noviembre también en el Reichstag de Alemania del Norte, contra la política de rapiña de Bismarck, hostil al pueblo, y contra la dictadura militar que pesaba sobre Alemania.

En modo alguno intimidados por la vociferante jauría de diputados burgueses y Junkers, expresaron su solidaridad con el pueblo francés. Cuando volvieron a Leipzig, de la sesión del Reichstag, fueron arrestados por soldados armados hasta los dientes, como para el combate.

Frente al sufrimiento personal que estos hechos arbitrarios del Estado militar prusiano provocaban en muchas familias de obreros alemanes, Marx hizo todo lo posible para ayudarlas. Organizó colectas de dinero para atenuar las dificultades materiales de los parientes de los encarcelados. Escribió cálidas cartas de estímulo a las esposas de los arrestados. En colaboraciones a la prensa inglesa, denunció el terrorismo de Bismarck contra el movimiento obrero revolucionario, y contra las otras fuerzas democráticas de Alemania. Expresó un profundo disgusto ante la baja política de los Junkers prusianos y los grandes capitalistas alemanes, que ahora marchaban de la mano y arrastraban, en forma inescrupulosa, al pueblo por el camino de la reacción y la guerra. Pero mayor aun fue su orgullo ante el viril comportamiento de la clase obrera alemana y su partido revolucionario. Con su valiente posición frente a la política de conquista del militarismo prusiano-alemán, y su papel de gendarme, los obreros y su partido habían salvado el honor de la nación alemana. Sólo unos meses después de su fundación, el partido se mostraba ya como el leal defensor del pueblo de Alemania.

Marx concedió su más pleno apoyo a los obreros alemanes, que, escribía, con su actitud en verdad patriótica e internacionalista, se habían colocado, "de un salto, a la cabeza del movimiento obrero europeo".[373] Pero al mismo tiempo no olvidaba la dirección de toda la Internacional. Inmediatamente después del establecimiento de la

[373] Engels a Natalie Liebknecht, 19 de diciembre de 1870. MEW, vol. 33, pág. 167.

República Francesa, el 7 de septiembre, puso en movimiento una campaña internacional de organizaciones obreras para el reconocimiento diplomático de la República Francesa por las grandes potencias de Europa y Estados Unidos. Entendía que esa podía llegar a ser una importante medida de defensa contra los conquistadores prusiano-alemanes, que en el otoño de 1870 lanzaron, con la máxima brutalidad, su guerra contra el pueblo francés.

"Si olvidan su deber, si se mantienen pasivos, esta tremenda guerra será nada más que la precursora de choques internacionales más mortíferos aun, y llevará, en todas las naciones, a un renovado triunfo de los señores de la espada, del suelo y el capital sobre los trabajadores."[374] Con estas palabras terminaba Marx el segundo mensaje del Consejo General, y de ese modo recordaba a la clase obrera internacional que la lucha por la paz estaba entrelazada de manera inseparable con la batalla por el socialismo.

Luego, con sus camaradas del Consejo General, comenzó a organizar una campaña de solidaridad con la joven República Francesa, entre los obreros ingleses. El 10 de septiembre escribía a Engels: "He puesto todo en movimiento para que los obreros obliguen a su gobierno a reconocer a la República Francesa (la serie de mítines se iniciará el lunes)".[375]

Se dedicó a esta campaña hasta finales de octubre. Aconsejó a los obreros franceses que no se unieran a los planes aventureros de los bakuninistas y otros golpistas, y que no intentaran una insurrección en una situación en que "el enemigo golpea casi a las puertas de París".[376] La tarea de los obreros franceses era más bien la de utilizar, con serenidad y decisión, las libertades republicanas que se les había concedido, para organizar su clase, y en especial un partido revolucionario, como los preparativos más seguros para la futura liberación del proletariado.

---

[374] Carlos Marx: Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco- prusiana, SW, pág. 271.

[375] Marx a Engels, 10 de setiembre de 1870. MEW, vol. 33, pág. 60.

[376] Carlos Marx: Segundo. Manifiesto del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional sobre la guerra franco-prusiana, SW, pág. 272.

En los meses de la guerra de 1870-1871 recayó sobre los hombros de Marx una enorme responsabilidad política. Al mismo tiempo, lo acosaba, una vez más su penosa enfermedad y las ansiedades familiares. Su hija Laura, quien había casado con Paul Lafargue en 1868, vivía con su esposo y un hijo cerca de París. Marx y Jenny se preocupaban por ella desde hacia mucho tiempo.

Pero también había algo que celebrar: los casi 20 años de separación física entre Marx y su mejor amigo habían llegado a su fin. En 1869 Engels pudo abandonar su puesto en Manchester, y al cabo se trasladó a Londres, a mediados de septiembre de 1870. Durante semanas Carlos y Jenny buscaron para él una vivienda adecuada. Al cabo la encontraron: una cómoda y amistosa casita en el vecindario, a diez minutos apenas del departamento de Marx. Al dejar la firma de Ermen y Engels, Federico Engels pudo disponer de suficientes medios financieros para garantizar, desde entonces en adelante, la seguridad económica para él y la familia Marx. Por primera vez en décadas, Marx se vio por fin aliviado de toda preocupación financiera. A los 52 años, su salud había sido minada por incesantes necesidades, pero todavía sentía que poseía la necesaria energía, junto con Engels, su Intimus, para llevar a cabo grandes cosas.

Engels iba ahora casi todos los días a la casa de Marx. En tanto que antes tenían que solucionar casi todos los problemas por correspondencia, ahora entablaban discusiones que duraban horas enteras, en la habitación de trabajo de Marx, o en largas caminatas por el barrio.

Por sugestión de Marx, Engels fue incorporado al Consejo General de la Internacional inmediatamente después de trasladarse a Londres. Sus conocimientos, su sagacidad política, y en no escasa medida su extraordinario dominio de los idiomas, lo hicieron muy pronto indispensable. Al principio se lo nombró Secretario Corresponsal para Bélgica, y luego para España, Italia, Portugal y Dinamarca. Liberado de la "esclavitud egipcia"[377] de su escritorio de

[377] Marx a Engels, 3 de julio de 1869. MEW, vol. 32, pág. 331.

contabilidad, como escribía a su madre, sentía que era "un individuo totalmente distinto, y diez años más joven".[378] Lo mismo ocurría con Marx, ahora que volvía a tener a su amigo, todos los días, junto a sí.

[378] Engels a Elisabeth Engels, 1 de julio de 1869. MEW, vol. 32, pág. 617.

CAPÍTULO VI.

1871-1883

Del lado de quienes "toman el cielo por asalto" - Vencedor sobre los enemigos de la Internacional- Hogar y familia - El "viejo" en Londres - Los últimos años

Del lado de quienes "toman el cielo por asalto"

A finales de enero de 1871, luego de varios meses de asedio, París tuvo que capitular. El 18 de enero, en Versalles, en territorio francés, el rey prusiano Guillermo I fue proclamado Káiser de Alemania, y se fundó el Reich alemán. Con este acto quedaba completada la unificación de Alemania; pero se consumó bajo la hegemonía de Prusia, y de tal modo fortaleció, en forma catastrófica, la posición del militarismo prusiano.

Unas semanas más tarde Bismarck dictaba sus condiciones de "paz" a los negociadores del gobierno de la gran burguesía de Francia. Estas condiciones imponían enormes pagos de guerra a Francia, y la despojaban de Alsacia y Lorena. Para imponer el pago de los cinco mil millones de francos arrancados por Bismarck, las tropas alemanas continuaron ocupando grandes regiones del país.

Marx siguió estos acontecimientos con cuidado, henchido de dolor y disgusto por el hecho de que su patria había encontrado "su unificación, ante todo en un cuartel prusiano".[379] Pero abrigaba la con-

[379] Carlos Marx/Federico Engels: Brief an den Ausschuss der Sozialdemokratischen Arbeiterpartei, 22-30 de agosto de 1870. MEW, vol. 17, pág. 269.

fianza de que en la conducta valiente, patriota e internacionalista de los obreros alemanes podía discernirse la fuerza que algún día terminaría con todo el "esplendor monárquico" de la Edad Media y con todo el chovinismo criminal.

De pronto ocurrió un suceso que electrizó a amigos y enemigos por igual. El 18 de marzo de 1871 la bandera roja de los obreros flameó sobre el Municipio de París.

¿Qué había ocurrido?

Los obreros de la capital francesa, que ocupaban la primera línea contra los conquistadores prusiano-alemanes, obtuvieron el derecho de conservar sus armas, inclusive después de la capitulación. ¡Armas en manos de los obreros! Eso era intolerable para el gobierno burgués francés del Primer Ministro Thiers.

En la noche del 18 de marzo el gobierno ordenó a sus tropas que desarmasen a los obreros de París. El intento fracasó. Los obreros y sus esposas defendieron juntos sus armas. Muchos de los soldados enviados por el gobierno fraternizaron con los trabajadores y artesanos. Dos de los generales que ordenaron a sus tropas que abriesen fuego contra las mujeres y niños indefensos, fueron arrestados y fusilados por sus propios soldados.

Los sucesos se seguían ahora en rápida sucesión. Thiers, horrorizado, retiró sus tropas de la capital y huyo a Versalles con su gobierno. El pueblo de París, dirigido por los obreros revolucionarios, tomó en sus propias manos la administración. Se convocó a una elección general. El 26 de marzo se eligió el Consejo de la Comuna como el más alto órgano del poder. Dos días después, en una demostración festiva ante el Municipio, se proclamó oficialmente la Comuna. Los obreros habían tomado el poder por primera vez en la historia. El grito atronador de "¡Viva la Comuna!" no sólo hizo que la burguesía francesa se estremeciese y se acobardara. Entre las clases propietarias de muchos países se difundieron la confusión y luego el odio contra ese osado intento de los trabajadores, de tomar su destino en sus manos.

En septiembre de 1870, después de la proclamación de la Repúbli-

ca, Marx había advertido a los obreros franceses contra toda acción prematura.

Temía que en el caso de una insurrección, la clase obrera francesa no sólo tuviese contra sí a las tropas de su propia burguesía, sino, además, a las de los Junkers prusianos.

Pero en ese momento se puso, sin un momento de vacilación, del lado de los comuneros. Era un firme oponente de todo tipo de juego con la revolución, y siempre había combatido, de manera inequívoca, a los "dirigentes" que creían poder hacer "revoluciones" con un movimiento de la mano. Pero cuando las masas se levantaron en luchas no vaciló, sino que se puso en el acto de su parte. Contradijo con vigor a todos los que afirmaban que era preciso respaldar la lucha que acababa de comenzar, sólo si existían las condiciones previas para la victoria. A esas personas les decía: "En verdad sería muy fácil hacer la historia mundial si la batalla sólo se encarase en condiciones de posibilidades infaliblemente favorables".[380]

Marx prestó estrecha atención al desarrollo de la Comuna, la conducta de la población de París y la de sus dirigentes. Se enteró de que el Consejo de la Comuna, después de su elección, había remplazado al ejército reaccionario estable por el armamento general del pueblo, abolido la antigua burocracia de funcionarios y jueces, y comenzado a introducir derechos políticos y sociales iguales para las mujeres, y muchas otras medidas socioeconómicas que mejoraban las condiciones de vida de la población trabajadora. Se enteró de que el Consejo de la Comuna había emitido decretos para la protección del trabajo, la abolición de la renta, la reclasificación de los trabajos, y entregado a las cooperativas obreras todas las fábricas abandonadas o cerradas por sus dueños. Pero lo que más lo fascinó fue el hecho de que el Consejo de la Comuna diese funciones de responsabilidad a millares de obreros. Estos nuevos diputados y funcionarios del Estado eran elegidos, y a su vez podían ser eliminados de sus cargos. No sólo discutían y aprobaban las leyes, sino

[380] Marx a Ludwig Kugelmann, 17 de abril de 1871. SC, pág. 264.

que también las aplicaban por sí mismos. La trasformación de los representantes del pueblo en los auténticos y más elevados representantes del poder: ese era un nuevo fenómeno, sin precedentes, que el proletariado de París puso a prueba bajo la presión de tener que garantizar su seguridad. En París, la práctica revolucionaria produjo la respuesta al decisivo interrogante formulado, pero no contestado todavía, en el *Manifiesto Comunista* y *El 18 brumario de Luis Bonaparte*: ¿qué forma tiene el nuevo Estado, qué forma tiene la dictadura del proletariado, el Estado y la dictadura con que la clase obrera garantiza y fortalece su poder?

Los grandes acontecimientos de la capital francesa mantenían a Marx en un estado de afiebrada tensión, Henchido de entusiasmo y orgullo por las conquistas de la clase obrera, escribió a su amigo Ludwig Kugelmann: "¡Qué elasticidad, qué iniciativa histórica, qué capacidad para el sacrificio, los de estos parisienses! ¡Después de seis meses de hambre y ruina provocados por la traición interna, en mayor medida aun que por el enemigo exterior, se levanta, bajo las bayonetas prusianas, como si nunca hubiese habido una guerra entre Francia y Alemania, y el enemigo no estuviera todavía a las puertas de París!

¡La historia no conoce otro ejemplo de igual grandeza!"[381] y luego, unos días después: "Con la batalla de París, la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el resultado inmediato, se ha obtenido un nuevo punto de partida, de importancia mundial"[382]

Marx se veía en forma constante con Engels. Analizaba con él los sucesos de París, lo consultaba en cuanto a las sugerencias que enviaba a los miembros del Consejo de la Comuna por medios indirectos, y además se distribuía con él el trabajo del Consejo General.

Como en otros países, también en Francia la Internacional había estimulado la conciencia de la comunidad de intereses de todos los obreros, y difundido la doctrina de que la emancipación de los tra-

[381] Marx a Ludwig Kugelmann, 12 de abril de 1871. SC, pág. 263.

[382] Marx a Ludwig Kugelmann, 17 de abril de 1871. SC, pág. 264.

bajadores sólo podía ser obra de éstos mismos. Pero al mismo tiempo, Marx sabía, mejor que ningún otro, que no era la Internacional la que había "hecho" la Comuna. En el Consejo de ésta, los miembros de la Internacional, inclusive los partidarios convencidos de Marx, eran apenas una reducida minoría en comparación con los blanquistas y los proudhonistas. Pero muy pronto los partidarios de la Internacional mostraron contarse entre los más valientes y entusiastas, y lucharon con más energía que todos los otros, en favor de medidas democráticas y sociales profundas.

Marx preveía que la prensa de las clases explotadoras, fuesen cuales fueren las diferencias de nacionalidad, se uniría para difundir las más desvergonzadas calumnias, mentiras y relatos de horror para atacar a los obreros de París. Por lo tanto la Internacional tendría que hacer todo lo necesario para revelar la verdad sobre la heroica lucha del proletariado parisiense a los obreros de todo el mundo, y movilizar un poderoso apoyo para los hombres de París que se habían "lanzado al asalto del cielo".[383]

Como París estaba rodeado en parte por las tropas del Gobierno de Thiers, que huyeron a Versalles, y en parte por el ejército prusiano-alemán, las noticias dignas de confianza sólo llegaban a Marx en escasa medida. Por lo tanto estudiaba afiebradamente los periódicos y comparaba sus informes, para poder entresacar los hechos en medio del torrente de mentiras y componer una imagen correcta de los acontecimientos que se desarrollaban en la capital francesa. A la postre logró establecer un contacto directo con la sección de la Internacional de París, por intermedio de un hombre de negocios alemán, de quien se cree que se llamaba N. Eilau. De esta manera, pudo recibir una serie de informes auténticos de París, y sobre todo, enviar consejos a sus camaradas de armas de allí.

En esas semanas Marx escribió centenares de cartas a sus amigos y a los miembros de la Internacional en muchos países, para informarles sobre los sucesos de París y la importancia internacional de la Comuna. Llamó a los obreros ingleses, alemanes, austriacos,

[383] Marx a Ludwig Kugelmann, 12 de abril de 1871. SC, pág. 263.

norteamericanos, y a los trabajadores de otros países, a que organizasen mítines y acciones solidarias con sus hermanos de clase parisienses. Las secciones más avanzadas del proletariado internacional entendieron que en París se luchaba por su propia emancipación. Por los periódicos de los partidos socialdemócratas, así como por las cartas, Marx se enteró de que también en París -a pesar de las cacerías de brujas y del terror desatado por las clases gobernantes- se realizaban mítines en diversas localidades, en los cuales los obreros saludaban a la Comuna y declaraban su solidaridad con ella. Los Junkers y los militaristas prusiano-alemanes, que se mostrarían cómplices de la burguesía francesa en la matanza de los luchadores parisienses por la libertad, fueron denunciados por August Bebel en el Reichstag, en nombre de la clase obrera alemana: "Meine Herren... Entérense de que todo el proletariado de Europa, y todos los que aún llevan en el pecho un sentimiento de libertad e independencia, dirigen sus miradas hacia París... Si por el momento éste se encuentra sometido, les recuerdo que la lucha en París no es más que una escaramuza preliminar, que la batalla principal todavía está por delante, en Europa, y antes que trascurran muchas décadas el grito de combate del proletariado parisiense, '¡Guerra contra los palacios, paz para las chozas de los pobres, y eliminación de la pobreza y los parásitos!', se convertirá en el grito de batalla de toda la clase obrera europea".[384]

Marx y Engels se sintieron emocionados. "Los obrerosalemanes —declaraba Engels— se han comportado magníficamente en esta última gran crisis, mejor que todos los otros. Bebel los representó en gran forma. Su discurso sobre la Comuna lo publicó toda la prensa inglesa, y provocó una gran impresión."[385]

La demostración de solidaridad de la clase obrera internacional fue para Marx un testimonio del exitoso trabajo de la Internacional.

[384] Discurso de August Bebel en el Reichstag, en defensa de la Comuna de París y contra la anexión de Alsacia-Lorena, 25 de mayo de 1871. En La I. Internacional en Alemania (1864-1872), pág; 586.

[385] Engels a Wilhelm Lieblmecht, 22 de junio de 1871. MEW, vol. 33. pág. 240.

Pero desde mediados de abril en adelante llegaron de París informes que le provocaron grandes preocupaciones.

El hambre cundía en la ciudad. El gobierno de Versalles había dejado a un lado toda dignidad nacional, y pedía la liberación de decenas de miles de prisioneros de guerra franceses... para lanzarlos al campo de batalla contra los Communards. El Consejo de la Comuna había creado, con sorprendente energía, un ejército revolucionario de unas decenas de millares, en un período de pocas semanas. Pero en lugar de lanzar la ofensiva y sembrar la confusión en las filas del enemigo, se limitó a la defensa de la ciudad. Durante un período los Communards respondieron al terror de la contrarrevolución con llamamientos en favor de la humanidad, y dejaron prácticamente intacto el tesoro del Banco de Francia, que se encontraba en sus manos. Estas medidas a medias fueron el resultado de las concepciones blanquistas y proudhonistas que predominaban en el Consejo de la Comuna. Constituyeron, además, una expresión de la falta de experiencia de la lucha armada, revolucionaria.

A pesar de estos defectos, los Communards combatieron con bravura sin precedentes cuando Thiers envió sus tropas contra la ciudad revolucionaria. Los revolucionarios de otros países lucharon hombro a hombro con los obreros y artesanos parisienses, los pequeños comerciantes y numerosos intelectuales y estudiantes. Entre los revolucionarios extranjeros se contaban los polacos Jaroslaw Dombrowski y Walery Wroblewski; el húngaro Leo Frankel; e inclusive mujeres revolucionarias como J. L. Tomanóvskaia, quien usaba el seudónimo de Dmítrieva. Algunos de ellos, como Wroblewski y Frankel, recibieron puestos dirigentes de manos de los Communards, quienes con ello volvieron a mostrar su verdadero internacionalismo.

La lucha se prolongó durante semanas, en los arrabales de la ciudad, y por último en sus calles. Cada uno de los barrios, cada calle, cada casa, fueron defendidos con heroísmo por los Communards. Al lado de sus esposos, hermanos y padres, muchas mujeres lucharon también con valentía, incluida la valerosa maestra Louise Michel.

Marx se sintió profundamente afectado por los informes del avance de la contrarrevolución de las tropas de Versalles y por los inhumanos actos de venganza contra los Communards. Enfermó. Su hija mayor Jenny escribía a los amigos de Alemania:

"El actual estado de cosas provocó a nuestro querido Mohr muchos sufrimientos, y no cabe duda de que es una de las principales razones de su enfermedad. Muchos de nuestros amigos están en la Comuna. Algunos de ellos ya han caído víctimas de los carniceros de Versalles".[386]

Las ansiedades de la familia fueron acrecentadas por el hecho de que estaban inseguros en cuanto al destino de Paul Lafargue. Después de haberse trasladado a Francia en 1868, con su joven esposa Laura, Lafargue vivió y trabajó casi siempre en París, pero luego del avance de las tropas prusianas, en septiembre de 1870, viajó a Burdeos. En abril de 1871 volvió a toda prisa a París, para establecer contacto con los Communards, y se le confió allí la tarea de organizar acciones de solidaridad en el sur de Francia, en favor de la Comuna. Desde entonces no se tuvieron más noticias de él.

En la carta antes mencionada, Jenny revelaba, con las siguientes palabras, los pensamientos y sentimientos que dominaban a la familia de Marx: "No puedo soportar esto de estarme sentada, en tanto que los más valientes y los mejores son diezmados por orden del salvaje payaso de Thiers, quien a pesar de sus hordas de asesinos adiestrados jamás habría podido vencer a los inexpertos ciudadanos de París sin la ayuda de sus aliados prusianos, orgullosos, al parecer, de su papel policiaco".[387]

Los informes de París eran cada vez peores. A finales de mayo los últimos Communards fueron derrotados por la abrumadora superioridad numérica de las tropas de Versalles. París se enrojeció con la sangre de los obreros. Cuando se vio que los rifles eran inadecuados como instrumento de asesinatos, los Communards capturados fueron reunidos y ametrallados a centenares. Treinta mil Commu-

[386] Jenny Marx a Ludwig Kugelmann. 18 de abril de 1871. IML. ZPA.

[387] Jenny Marx a Ludwig Kugelmann. 18 de abril de 1871. IML. ZPA.

nards asesinados, sesenta mil encarcelados o enviados a trabajos forzados en las colonias penales, cosa que significaba una muerte segura: tal era el balance de las semanas de mayo en París, un terror contrarrevolucionario más sangriento que nada de lo que se hubiese conocido hasta entonces.

A pesar del torrente de viles calumnias y de brutales amenazas, a despecho de arrestos y sentencias de cárcel, los obreros con conciencia de clase se mantuvieron en todo el mundo leales a la Comuna, inclusive en la hora de su derrota. Pero nadie defendió a los Communards con tanta pasión, tanta audacia, como Marx. Ofreció un brillante ejemplo de la forma en que un revolucionario se comporta en los momentos en que su clase sufre la derrota, tal como se había comportado después del levantamiento de junio en París, en 1848, y luego de la revolución de 1848.1849. Después de la derrota de la Comuna, cuando la reacción mundial se unió contra los obreros de París, Marx se convirtió en el defensor de la Comuna. Con absoluta devoción, abrazó, como propia, la causa de quienes habían sufrido la derrota.

Se convirtió en la principal figura de la Comisión de Refugiados, establecida en Londres para ayudar a huir de Francia a los Communards que habían eludido a los asesinos. Se mostró incansable en la tarea. Rescató de los tribunales militares a una cantidad de los mejores representantes del proletariado, y consiguió para ellos pasaportes, dinero y trabajo. Muchos encontraron en su hogar su primer refugio, y durante semanas, refugiados franceses entraron y salieron, y gozaron de su hospitalidad. Los gastos de la casa, acrecentados en enorme proporción, provocaron a Jenny, como es natural, problemas imposibles ya que Marx, hundido por entero en el trabajo de la Internacional, no tenía otro ingreso que la ayuda financiera de Engels. A menudo Jenny tuvo que pedir ayuda a algunos amigos, pero nada le impedía ocuparse de los refugiados revolucionarios franceses, con todas las fuerzas y medios de que disponía. Durante esas semanas, también recordaron sus propias necesidades, en la época en que Marx y la familia se vieron obligados a emigrar después de la revolución de 1848, y llegaron a Londres sin un centavo.

Uno de los valientes Communards que pudo ser rescatado y llevado a Londres en el verano de 1871 fue Eugene Pottier. Llevaba consigo un poema nacido en la lucha ilegal, y escrito durante su huida. En sus versos llameaba el fuego de la revolución francesa, que, aunque derrotada, se había convertido en un faro de luz para el movimiento obrero internacional. Años después, los versos de Pottier, ya traducidos a muchos idiomas, serían un himno del proletariado internacional que luchaba en el espíritu de Marx y Engels, y un conmovedor llamado a los oprimidos y explotados de todos los países y razas:

Arriba, los pobres del mundo;
De pie los esclavos sin pan,
Y gritemos todos unidos:
¡Viva la Internacional!
Del pasado todo arrasemos;
Turba esclava, en pie, en pie;
El mundo cambiará de base:
Hoy nada soy, todo seré.

Agrupémonos todos
En la lucha final,
Y se alcen los pueblos con valor
Por la Internacional.[388]

Marx no sólo salvó la vida de muchos Communards; salvó el legado de éstos al poner las lecciones de su lucha al servicio del movimiento obrero internacional. A finales de abril el Consejo General lo autorizó a preparar el manifiesto sobre la Comuna. Trabajó en él, inclusive en su lecho de enfermo. Redactó dos esbozos, y luego se dedicó a darles su forma final. El 30 de mayo, dos días después de que las últimas barricadas cayeron en París, leyó a los miembros del Consejo General el manifiesto sobre *La guerra civil en Francia*. Se aprobó por unanimidad y en seguida fue publicado en inglés. *Der Volksstaat*, órgano central del Partido Obrero Socialde-

[388] Eugene Pottier: L'Internationale.

mócrata, lo publicó en alemán, en diversas entregas, a partir de comienzos de junio. Poco después apareció en alemán y francés como folleto, y luego en ruso, italiano, castellano y holandés.

Marx no se conformó con ofrecer una crónica veraz de los sucesos, y con refutar las calumnias acumuladas sobre los Communards. Para él, el problema fundamental era la naturaleza y esencia de la Comuna de París. Durante la revolución de 1848 ya había llegado a la conclusión de que el proletariado, después de la conquista del poder, no podía sencillamente hacerse cargo del antiguo aparato estatal burgués, sino que debía remplazado por su propio aparato estatal, creado por él mismo. La Comuna de París confirmó en la práctica, por primera vez, estas profecías teóricas.

Pero más que eso. Las experiencias de la Comuna y el profundo análisis de sus medidas políticas y sociales, permitieron a Marx reconocer, en el ejercicio directo del poder por el pueblo, el rasgo característico y decisivamente nuevo del futuro Estado proletario.

El poder de elegir y deponer a todos los representantes del pueblo, la trasformación del Parlamento en una verdadera tribuna de las masas populares, la fusión del poder de redactar las leyes con el de ponerlas en práctica: en todo esto Marx veía los aspectos decisivos del nuevo Estado proletario. Aunque los Communards —aislados, asediados y sin un partido de clase revolucionario— sólo pudieron dar los primeros pasos por el camino hacia ese tipo de Estado, Marx reconoció en esas primeras etapas los rasgos esenciales del Estado proletario: la dictadura del proletariado. Escribió acerca de la Comuna:

"*Fue en esencia un gobierno de la clase obrera*, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política, al fin descubierta, para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo".[389]

Estas experiencias y conclusiones eran de extraordinaria importancia para el esclarecimiento teórico del camino que la clase obrera

[389] Carlos Marx: La guerra civil en Francia, SW, pág. 294.

debía seguir hacia el poder político.

Marx mostró al proletariado internacional que todavía había más lecciones que extraer de la Comuna. La lucha en París había revelado, por ejemplo, que la clase obrera debe establecer estrechos vínculos con otros sectores de la población que trabajaban para vivir, y en especial con los campesinos trabajadores, si quiere lograr la victoria y asegurada contra la burguesía derrocada. Destacó en especial la experiencia de la Comuna, en el sentido de que la emancipación de los trabajadores respecto de la explotación y la opresión no era posible sin un partido revolucionario que actuara sobre la base de un programa científico. Ese partido no existía en la Francia de 1871.

Ante todo, ni las condiciones objetivas, ni las subjetivas, para una revolución proletaria victoriosa, existían en ese momento... o en todo el siglo XIX. El desarrollo de los medios de producción no había llegado aún a una etapa en que la expropiación de la propiedad social fuese posible o absolutamente imperativa en términos históricos. El proletariado francés no había "podido lograr aún un partido revolucionario de clase, equipado de una estrategia y táctica científicas para la lucha por el poder. Debido a la falta de estas dos condiciones previas, la Comuna de París quedó como ejemplo heroico para establecer el régimen de clase del proletariado.

En su manifiesto, *La guerra civil en Francia*, Marx volvió a mostrar su enorme capacidad para encontrar su camino a través de un laberinto de hechos dispersos, hasta llegar al corazón mismo de un acontecimiento histórico y desentrañar la esencia de los procesos históricos, sobre la base de distintas tendencias en desarrollo. Como casi todas las obras de Marx, *La guerra civil en Francia* era también una polémica, nacida en la lucha de clase del proletariado internacional contra los enemigos de la Comuna. Con esta obra, en la cual registraba la herencia teórica y política de los Communards, legó un monumento permanente a los hombres "de París que se habían lanzado al asalto del cielo".

"El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente recordado como el heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires

tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera. Y sus exterminadores han sido ya clavados por la historia en una picota eterna, de la que no lograrán redimirlos todas las oraciones de sus sacerdotes."[390]

Con este testimonio sin reservas dirigido a la Comuna, terminaba Marx su manifiesto al Consejo General.

Vencedor sobre los enemigos de la Internacional

La guerra civil en Francia provocó un enorme interés. Por un lado, daba a los obreros revolucionarios valor y confianza en sí mismos; por el otro, los reaccionarios de todos los países cayeron, como aves de presa, sobre esta declaración de solidaridad de la Internacional con los Communards de París. Pero dos miembros del Consejo General que durante hacía algún tiempo coqueteaban con la burguesía inglesa, los dirigentes sindicales Odger y Lucraft, se opusieron al manifiesto, y en forma cobarde abandonaron la Internacional debido a su abierto apoyo a la Comuna.

Marx había sido constante objeto de ataques de sus contrincantes políticos, a causa de su inflexible concepción revolucionaria. Pero nunca se vio tan vilmente expuesto a hostilidades y calumnias en la prensa inglesa, como después de la publicación de su manifiesto al Consejo General sobre la Comuna. Ese profundo odio estaba unido al temor al "gran jefe de la Internacional", como a menudo se lo llamaba en los informes policiales. Marx no había vacilado en hacer una declaración pública, en la prensa, en el sentido de que era el autor del manifiesto del Consejo General. Aceptó su plena responsabilidad personal por las acusaciones que había hecho contra los miembros del gobierno de Versalles, y lo desafió a actuar judicialmente contra él por calumnia. Pero los asesinos de los Communards no se atrevieron a permitir que su conducta criminal quedase al descubierto, ni siquiera ante los tribunales de la burguesía, tribunales con orientación de clase.

[390] Carlos Marx: La guerra civil en Francia, SW, pág. 362.

Su solidaridad con la Comuna convirtió a la Internacional, de golpe, en el centro del interés público. Tal como en la época de la persecución de los comunistas, después de la revolución de 1848-1849, así también ahora las potencias reaccionarias se unieron en una caza de brujas contra el movimiento obrero revolucionario. Casi no había un gobierno en Europa que no se ocupase con todas sus fuerzas del problema de cómo destruir a la Internacional y silenciar a sus partidarios. El gobierno francés promulgó un decreto según el cual inclusive la pertenencia a la Internacional debía tratarse como un delito criminal. Bismarck negoció con el zar y el gobierno de Viena un ataque conjunto contra la Internacional. Al mismo tiempo hizo que los dirigentes de la clase obrera alemana, Bebel y Liebknecht, fuesen sentenciados a dos años de cárcel por acusaciones de alta traición. En España la Internacional fue prohibida. En el Vaticano, el Papa declaró que quienes dieran refugio a sus miembros ayudaban de ese modo a los servidores del demonio.

En Londres, un ejército de espías policiales mantenía vigilado a cada uno de los integrantes del Consejo General. Cuando Marx se tomó vacaciones junto al mar, durante unos pocos días, en agosto de 1871, para recuperarse del desgaste provocado por los meses precedentes, fue seguido en sus paseos por un agente de policía. Informó a su esposa acerca de la manera en que dio el esquinazo a ese fisgón: "Ayer el asunto me resultó demasiado aburrido. Me detuve, me volví y miré al individuo a través de los evidentes binoculares. ¿Qué hizo? Se quitó el sombrero con humildad, y hoy ya no me favoreció con sus persecuciones".[391]

No siempre las cosas eran tan sencillas. En el mismo verano de 1871, cuando Jenny, la hija de Marx, y Eleanor, de 16 años, visitaban a su hermana Laura en el sur de Francia, fueron arrestadas como peligrosas criminales, obligadas a desnudarse, someterse a un registro en ese estado, y arrojadas a un cuartel de gendarmes. Funcionarios policiales y del departamento de justicia trataron de arrancar informaciones a las dos, en cuanto al paradero de su cuñado, Paul Lafargue, quien después de la derrota de los Communards

[391] Marx a Jenny Marx, 25 de agosto de 1871 MEW. vol. 33. pág. 272.

había conseguido ocultarse de la policía durante un tiempo, cerca de la frontera franco-española. Luego, cuando se vio amenazado por el peligro de arresto, huyó a España, con pasaporte español. Pero los guardianes del orden público se esforzaron por convencer a Jenny y Eleanor de que atrajesen a Lafargue y su esposa —quien para entonces lo había seguido— de vuelta a Francia, para que cayesen en manos de la policía. Como es natural, no tuvieron éxito. Hubo que poner en libertad a Jenny y Eleanor, y devolverlas a sus padres.

Marx no hacía más que referirse a hechos concretos cuando señalaba, en una carta, que tenía el honor de ser "en este momento el hombre más calumniado y amenazado de Londres". Y agregaba: "En realidad eso le hace a uno mucho bien, después de los 20 años de largo idilio cenagoso. La hoja del gobierno —*The Observer*— me amenaza con enjuiciamiento legal. ¡Qué se atrevan! Me río de esos canailles".[392]

Marx no era hombre para ser acallado con amenazas, aunque los ataques cayesen sobre él como granizo. El corazón del dirigente de la Internacional, que ahora se encontraba en su sexta década, seguía palpitando con tanta energía por la revolución, como cuando era el director general, de 30 años, de *Neue Rheinische Zeitung*. Entre tanto su cabello había encanecido, pero continuaba fiel a su concepción sobre la dicha humana: "seguir luchando",[393] como alguna vez lo dijo a sus hijas.

Y ahora era necesario seguir combatiendo, no sólo contra el terror de los gobiernos, las incitaciones de la prensa burguesa y de los capitulacionistas de la Asociación Obrera Internacional, que se habían separado, en forma abyecta, de los acontecimientos de la Comuna de París. También era preciso emprender el combate contra quienes querían destruir a la Internacional desde adentro. Bakunin y sus partidarios consideraron oportuno el momento para apoderarse de la Internacional, desterrar el comunismo científico del movi-

[392] Marx a Ludwig Kugelmann, 18 de jun. de 1871. MEW. vol. 33. pág. 238.

[393] Carlos Marx: Confesiones. En Mohr und General, pág. 607.

miento obrero e imponer sus ideas anarquistas sobre la clase trabajadora internacional. En esa situación peligrosa, Marx defendió con suma eficacia a la Internacional contra las actividades destructivas de los bakuninistas.

Estos intentaron interpretar la heroica lucha de los Communards en términos de sus objetivos anarquistas, aunque en la práctica las experiencias de la Comuna refutaban el anarquismo.

Los bakuninistas afirmaban que por principio la clase obrera debía repudiar todo Estado, y combatir inclusive contra la creación de un Estado proletario.

Esta fraseología seudorrevolucionaria resultaba contradicha por el hecho de que precisamente en la Comuna había encontrado su realización el Estado proletario, en forma de una dictadura del proletariado. El Estado proletario había resultado ser el instrumento más importante para la protección y desarrollo de las conquistas de la revolución proletaria.

Los partidarios de Bakunin también rechazaban la unificación organizativa del proletariado en partidos políticos, y se oponían a la participación de los obreros en la lucha política. También en ese caso las experiencias de la Comuna mostraban la tontería del punto de vista anarquista. Una de las razones más importantes de la derrota de los Communards fue el hecho de que los obreros de París no habían sido dirigidos por un partido de clase revolucionaria. Por esa razón no existió una dirección, unida en todo sentido, del movimiento revolucionario, se descuidó la alianza con los campesinos trabajadores, y la contrarrevolución no fue combatida con la necesaria decisión en las primeras semanas de la Comuna. En las reuniones del Consejo General, y en su correspondencia, Marx evaluó con exactitud estas debilidades, como expresión de la etapa de desarrollo de la lucha proletaria por la emancipación. Los Communards tuvieron que pagar por su contemporización, y sus errores, con su sangre. Por lo tanto resultaba mucho más necesario analizar esas amargas experiencias y reconocer que la clase obrera no puede llegar al socialismo por medio de acciones espontáneas, y que el progreso tiene una relación indisoluble con el desarrollo del

partido revolucionario, como dirigente del movimiento social.

En la Internacional estalló entonces una lucha vehemente, respecto de las lecciones de la Comuna para el posterior desarrollo del movimiento obrero internacional. Las reuniones semanales del Consejo General nunca fueron tan tormentosas como durante las discusiones acerca de la posición de la clase obrera respecto de la dictadura del proletariado. Muchos individuos fogosos y aventureros, por ejemplo, exigían que la Internacional emitiese un llamado a nuevos levantamientos revolucionarios. A éstos les respondió Marx, con serenidad, que primero era preciso preparar al proletariado para la revolución. Encaró con paciencia todos los argumentos, por confusos que pudiesen ser, y refutó las falsas conclusiones. Pero era inexorable cuando le parecía que la conducta de algunos "dirigentes" se basaba, no en una insuficiente comprensión o en una falta de claridad teórica, sino en un engreimiento personal, y en el ansia de poder, y que en verdad desarrollaban un juego frívolo con la clase obrera. Esa era precisamente la situación en el caso de muchos anarquistas.

Los bakuninistas anunciaron su rechazo "de toda actividad que no tenga como objetivo inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital".[394] A lo largo de semanas de discusión, Marx logró, con el apoyo de Engels, convencer a casi todos los miembros del Consejo General, y de las más importantes secciones de la Internacional, que detrás de las frases revolucionarias de los bakuninistas no había otra cosa que el rechazo de todas las luchas políticas organizadas, y de todos los partidos revolucionarios del proletariado.

Logró una importante victoria, en esta controversia, en septiembre de 1871. El Consejo General había organizado una conferencia en Londres, con delegados de diversas organizaciones afiliadas a la Internacional. Durante días enteros hubo vigorosos debates, en los cuales Marx y Engels se refirieron una y otra vez a las experiencias

[394] Programa de la alianza internacional de la democracia socialista. En Carlos Marx / Federico Engels: *Ein Komplott gegen die Internationale Arbeiter-Assoziation.* MEW, vol. 18, pág. 468.

de la Comuna de París. Todos los proyectos de resolución presentados por el Consejo General habían sido elaborados por aquél. Muchos de ellos contenían resoluciones sobre problemas organizativos y proponían nuevos métodos de lucha a las distintas secciones de la Internacional, en consonancia con la situación, que se había complicado en enorme proporción a consecuencia de la campaña contrarrevolucionaria de persecuciones. Por sugestión de Marx, la conferencia proponía que se establecieran organizaciones de trabajadoras en el seno de la Internacional, siempre que ello resultase útil.

La resolución de más amplias consecuencias, que aprobaron los delegados fue una, también formulada por Marx, que señalaba la irrefrenada actividad de la reacción contra la clase trabajadora, lo cual dejaba en claro que la clase trabajadora sólo puede actuar como clase contra el poder conjunto de las clases propietarias, cuando se constituye como partido político separada, en oposición a los antiguos partidos de las clases propietarias".

La resolución afirmaba, además, "que la constitución de la clase obrera como partido político es esencial para el triunfo de la revolución social y de su meta final: la abolición de todas las clases".[395]

Esta decisión de la conferencia de Londres constituyó una clara victoria del punto de vista representado por Marx. Pero éste no se engañó, ni pensó que los bakuninistas se hubiesen rendido. Éstos sentían que no podían oponerse á Marx en un enfrentamiento directo acerca de los principios de la lucha de clase, en especial ya que las experiencias de la Internacional, ante todo las de los movimientos obreros alemán y francés, contradecían de modo demasiado visible la táctica sectaria y aventurera de los anarquistas. Por tal motivo, éstos recurrieron, cada vez con más frecuencia, a la calumnia y la intriga. Protestaron a voz en cuello contra las decisiones de la conferencia de Londres, y acusaron al Consejo General de orientación arbitraria. No retrocedieron ante el recurso del llamamiento a

[395] Carlos Marx/Federico Engels: *Resolución de la conferencia de delegados de la AOI, realizada en Londres, del 17 al 23 de setiembre de 1871*. MEW. vol. 17. pág. 422.

los sentimientos nacionalistas, con insinuaciones dirigidas contra Marx y Engels, y hablaron de "una dictadura de los alemanes", mientras presentaban la controversia entre Marx y Bakunin como un antagonismo entre razas.

Pero Marx mostró que los bakuninistas no se oponían a la Internacional sólo en puntos aislados, sino que atacaban toda su línea política general, tal como se la había adoptado en forma colectiva, y como se expresaba en el Manifiesto Inaugural, en los estatutos y las resoluciones de sus congresos.

Querían remplazar el análisis científico de las condiciones concretas de la lucha de clase por sus deseos subjetivos, e imponer ideas golpistas en lugar del movimiento de masas organizado.

Los bakuninistas replicaron a estas declaraciones concretas lanzando los peores insultos contra Marx y Engels. Atacaron a la Internacional en hojas volantes y en carteles, tildándola de organización antirrevolucionaria, y llevaron la polémica ante el público en general. Al mismo tiempo, aceleraron sus esfuerzos para apoderarse de la dirección de la Internacional. Algunos de los partidarios de Bakunin no vacilaron en cometer crímenes, inclusive contra miembros de la Internacional... "en nombre de la revolución". En interés de ésta, afirmaban, todos los medios eran lícitos. El propio Bakunin dijo acerca del "revolucionario" anarquista: "Sólo conoce una ciencia: la destrucción".[396] Según este punto de vista, cuanto peor le fuese al pueblo, tanto mejor para la revolución.

Marx abrigaba la firme creencia de que la lucha contra los bakuninistas decidiría la vida o la muerte de la Internacional. Por lo tanto trabajó incansablemente para reunir a las mejores fuerzas de la organización con el fin de resistir a los anarquistas. En este aspecto conquistó el apoyo de nuevos camaradas, junto con los miembros ya probados del Consejo General. Una amistad cordial y un caluroso y mutuo afecto lo unía al revolucionario polaco Walery Wroblewski. El legendario general de la Comuna había llegado a Lon-

[396] *El catecismo de la revolución.* En Carlos Marx / Federico Engels: *Una conspiración contra la AOI*. MEW, vol. 18, pág. 422.

dres, herido y enfermo. Cuando se recuperó —gracias en gran medida a los cuidados de Marx—, comenzó a trabajar en la Internacional como demócrata revolucionario que se había convertido en revolucionario proletario. En el otoño de 1871 remplazó al tipógrafo Antoni Zabicki, a la muerte de éste, como secretario corresponsal para Polonia. Al mismo tiempo, se incorporó al Consejo General Josef Rozwadowski, el polaco que había sido jefe de estado mayor de la Comuna. Leo Frankel, quien también eludió a los agentes de policía de Thiers, trabajaba como secretario para Austria-Hungría, y Alfred Herman, un escultor, se ocupaba de la correspondencia con la sección belga. Otros refugiados de la Comuna, incluido el periodista Charles Longuet, el grabador Albert-Frédéric-Jules Theiz y el doctor Edouard Vaillant, fueron incorporados al Consejo General por proposición de Marx. Maduraron por sus experiencias en la lucha de clases revolucionaria, y combatieron junto con Marx y Engels contra los aventureros anarquistas.

En numerosas cartas a camaradas de todo el mundo, Marx instaba a que el movimiento obrero revolucionario internacional frustrase la maligna actividad de los bakuninistas y defendiera la unidad de los trabajadores. En el verano de 1872, junto con Engels, ayudó a su yerno Paul Lafargue a redactar una circular confidencial que debía enviarse a todas las organizaciones nacionales de la organización, en nombre del Consejo General. En ella se desenmascaraban las intrigas de los bakuninistas, y se criticaban con franqueza sus actividades desintegradoras. El documento denunciaba a Bakunin y a sus partidarios como traidores de la lucha revolucionaria del proletariado. Pero la influencia de éstos, en especial en Italia, España, Bélgica y Suiza, aún no estaba quebrada.

En ese período de controversias con el anarquismo y el sectarismo, Marx no hizo la menor concesión al reformismo, respaldado en especial por los dirigentes sindicales ingleses. Casi todos estos dirigentes sindicales, bajo la presión de la burguesía inglesa, y atemorizados por las luchas armadas de París, se acercaron a los liberales. Cultivaron y difundieron la ilusión de que el proletariado sólo podía avanzar hacia el socialismo por el camino de las reformas democráticas y sociales, y se opusieron cada vez más al punto de

vista del Consejo General.

Como es natural, Marx respaldaba las reformas. Pero él y Engels subrayaban de manera constante que la clase obrera debía vincular la lucha por los objetivos parciales con la batalla por el objetivo final, el socialismo. Veían en las reformas, no sólo un bienvenido mejoramiento de las condiciones de vida, sino también una mejora en las condiciones de la lucha del proletariado y una posibilidad de hacer que las masas apoyasen la revolución.

Marx jamás dejó duda alguna acerca de que el socialismo no podía lograrse con la lucha revolucionaria directa de las masas, para el establecimiento del régimen de los obreros y los campesinos. Pero por otro lado, él y Engels nunca excluyeron la posibilidad de llevar adelante la revolución socialista con medios pacíficos. Frente al clamor fanático y demente de los bakuninistas, de que sólo la destrucción implacable del viejo mundo podía crear la base para la futura sociedad, Marx declaraba:

"Nuestros objetivos deben ser tan amplios, que incluyan todas las formas eficaces de actividad de la clase obrera. Si les hubiésemos dado un carácter limitado, habríamos tenido que adaptadas sólo a un sector, a la clase obrera de una sola nación. ¿Pero cómo habríamos podido inducir a todos a unirse en interés de unos pocos? Si nuestra Asociación hubiese hecho eso, no habría tenido ya derecho a llamarse Internacional. La Asociación no dicta ninguna forma excluyente de movimiento político; sólo exige que el movimiento existente trabaje para el único y mismo objetivo final... Existen aspectos especiales del problema en todas partes del mundo. Los obreros sólo prestan atención a ellos, y encaran sus soluciones a su manera. La unificación de los obreros no puede ser absolutamente idéntica, hasta el mismo detalle, en Newcastle y Barcelona, en Londres y Berlín... Sería estúpido un levantamiento cuando la agitación pacífica puede llegar a la meta con más rapidez y en forma más eficiente. En Francia, la multitud de leyes opresivas y el mortal antagonismo existente entre las clases parecen hacer necesaria una solución violenta de las luchas sociales. Si se elige ese camino, ello es cosa de la clase obrera de ese país. La Internacional no se

ocupa de dictar o sugerir consejos al respecto. Pero expresa su simpatía hacia cada movimiento, y extiende su ayuda dentro del marco de sus propios reglamentos".[397]

Marx y Engels lucharon contra la concepción de que la revolución proletaria sólo podía realizarse por medio de la fuerza armada. Sin embargo, se opusieron con igual decisión a quienes querían orientar a la clase obrera, con exclusividad, por el camino pacífico al socialismo. Marx exigía a cada uno de los dirigentes obreros que entendiera ambas posibilidades en la batalla revolucionaria y preparase al proletariado para todas las formas de la lucha de clases. Como declaró en la conferencia de Londres, de 1871:

"Debemos decir a los gobiernos: sabemos que son potencias armadas dirigidas contra los proletarios. Actuaremos contra ustedes con los medios pacíficos, cuando ello sea posible, y con las armas, si resulta necesario".[398]

La versión final del programa político de la Internacional, y el decisivo ajuste de cuentas con los bakuninistas, se produjeron en el congreso de la Internacional en La Haya, en septiembre de 1872. Desde comienzos del año, Marx había estado ocupado con los preparativos del congreso. Trabajó con energía para que también estuviesen presentes en el congreso los representantes de todas las organizaciones más avanzadas del movimiento internacional, a pesar de todas las dificultades que ello involucraba. Entre dichos representantes se contaban, ante todo, el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, y camaradas dignos de confianza como Johann Philipp Becker, Ludwig Kugelmann y Friedrich Adolph Sorge, quien trabajaba con éxito en Nueva York. Marx creía que la esperada disputa con el bakuninismo sería tan importante y tan henchida de consecuencias, que decidió participar en persona en el Congreso. Las secciones de Leipzig y Maguncia, y una sección de Nueva York, compuesta casi toda de obreros alemanes, le cedieron

[397] Notas taquigráficas de una entrevista que Marx concedió a un corresponsal del periódico The World, 3 de julio de 1871. MEW, vol. 17, pág. 641.

[398] Notas taquigráficas de un discurso de Carlos Marx sobre la acción política de la clase obrera, 21 de septbre.de 1871, MEW, vol..17, pág. 652.

su mandato de delegado. El 1 de septiembre, con Engels, su esposa y su hija Eleanor, llegó a La Haya. Su aparición provocó gran interés entre los delegados del congreso. Era también la principal personalidad para la prensa burguesa, y en no menor medida, para los informes de los agentes policiales enviados a Holanda para liquidar el desarrollo del congreso.

Bakunin, que en una ocasión trató de excluir a Marx en un congreso de la Internacional, se mantuvo alejado. Pero sus partidarios intentaron defender sus concepciones con muchos mayores bríos. Sus esfuerzos estaban condenados al fracaso. Muy pronto resultó evidente que la abrumadora mayoría de los 65 delegados al Congreso apoyaban a Marx y al Consejo General. Ello ya resultó claro cuando se estudiaron las credenciales de los delegados, cuando Marx conquistó el apoyo para una proposición de que sólo se acreditase a los delegados que reconocían los principios de la Internacional. Fracasó el intento de los bakuninistas, de lograr una mayoría por medio de acciones y grupos escisionistas. La mayoría de los delegados estaban decididos a defender su unidad revolucionaria.

El 5 de septiembre, en una sesión pública, Marx presentó el informe del Consejo General, que había preparado. El salón, ubicado en el distrito obrero de La Haya, estaba lleno hasta desbordar. La reunión se llevó a cabo por la noche, para permitir que concurriese la mayor cantidad posible de trabajadores. Marx denunció los actos de violencia de los gobiernos de Francia, Alemania y otros países contra la Internacional, y azotó a la prensa burguesa por sus bajas calumnias contra la Asociación. En su informe, aplaudió la valiente actitud internacionalista de los obreros franceses y alemanes durante la guerra. Uno de los más grandes éxitos de la Asociación Obrera Internacional, dijo, era el hecho de que la Comuna de París fue "saludada inmediatamente con un grito de júbilo de los obreros de todos los países".[399] Con gran satisfacción informó a los delegados sobre los progresos de la Internacional en Holanda, Dinamarca,

[399] Carlos Marx: Informe Oficial del Consejo General de Londres, leído en una sesión pública del Congreso Internacional de La Haya. MEW. vol. 18. pág. 137.

Portugal e Irlanda, en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelandia y Argentina.

El 6 de septiembre figuraba en la agenda la decisión de la Conferencia de Londres sobre "la eficacia política de la clase obrera", y sobre cambios en los estatutos. Marx no era un hombre de brillante retórica, pero sus argumentos, de lógica penetrante, basados en las experiencias prácticas del movimiento obrero, hicieron que una amplia mayoría de los delegados del congreso reconociera la necesidad de la lucha política y de la fundación del partido proletario, como las condiciones previas más importantes para una revolución socialista exitosa. Los reglamentos y reglas administrativas de la Internacional también fueron revisados o ampliados según lineamentos sugeridos por el Consejo General.

Este recibió la responsabilidad de ocuparse de que todas las organizaciones vinculadas a la Internacional actuaran en consonancia estricta con sus principios y estatutos. Al Consejo también se le otorgó el derecho de expulsar a las organizaciones que violasen los principios de la Internacional.

Con estas resoluciones, los bakuninistas quedaban políticamente derrotados.También quedaron moralmente derrotados cuando Marx y otros participantes en sesiones posteriores revelaron sus actividades divisionistas y sus acciones secretas. Bakunin fue expulsado de la Internacional, y desde entonces no desempeñó un papel de importancia en el movimiento obrero.

La mayoría de los delegados se sorprendieron cuando Engels —quien también habló en nombre de Marx— presentó un proyecto de resolución para trasladar la sede del Consejo General a Nueva York. Basaba su proposición en el hecho de que la labor del Consejo General había resultado muy difícil, en el período reciente, en Londres, debido a las actividades divisionistas de los bakuninistas y a las diferencias personales provocadas por ellos, así como a consecuencia de las acciones desintegradoras de grupos emigrantes de tendencia pequeñoburguesa. Además, hacía ya ocho años que Londres era la sede del Consejo, y "ello debería modificarse algún día, para impedir la osificación". Si era preciso elegir otra ubicación,

Nueva York era el lugar conveniente. "Nuestros documentos están seguros allí. Allí contamos con una nueva y fuerte organización. Nuestro partido es allí en verdad internacional, como en ninguna otra parte del mundo." [400]

Pero había otras razones más imperiosas. No cabía duda de que una de ellas era el desenfrenado terror policial contra el movimiento obrero, que impedía casi por completo el trabajo de la Internacional en algunos países, en especial en Francia. Además, en Londres existía el peligro de que pudiesen llegar a predominar los dirigentes sindicales reformistas y los emigrés blanquistas franceses del Consejo General. Ello habría puesto en peligro todo lo ya obtenido. Resultaba claro que la dirección de la Internacional desde Nueva York acarrearía dificultades, aunque sólo fuese por motivos técnicos. Pero Marx y Engels ya habían comenzado a reconocer que con la creación y los primeros pasos del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, y con la Comuna de París, que anunciaban una nueva época en el desarrollo del movimiento obrero, los rasgos específicos del movimiento en los distintos países se hacían cada vez más importantes. Como lo destacaban las resoluciones de los congresos de Londres y La Haya, la construcción y consolidación de partidos proletarios nacionales era ahora de la máxima importancia. La Internacional había colocado la piedra fundamental para ese desarrollo, al difundir el marxismo en el movimiento obrero de los países más desarrollados, y desempeñado un papel decisivo en la superación de las tendencias socialistas utópicas y pequeñoburguesas.

Los partidos obreros nacionales debían elaborar una estrategia y tácticas revolucionarias que expresaran los rasgos específicos de cada uno de sus países, y que se basasen en las concepciones y principios políticos generales del proletariado. También eso exigía nuevas formas de colaboración internacional.

En la conferencia de La Haya hizo falta toda la autoridad y capacidad de persuasión de Marx para lograr una escasa mayoría en

[400] Notas taquigráficas de un discurso de Federico Engels sobre la futura sede del Consejo General, 6 de setiembre de 1872. MEW, vol. 18, pág. 689.

aprobación del traslado de la sede del Consejo General a Nueva York. La mayoría de los delegados que votaron por la proposición lo hicieron a desgana, ya que ello significaría que Marx y Engels y otros dirigentes, probados a lo largo de los años, no pertenecerían ya al Consejo. Pero para Marx esa separación respecto de éste no significaba en manera alguna abandonar el movimiento obrero internacional. A todos los que suponían que a partir de entonces haría la vida de un tranquilo erudito, declaró en público, en términos inconfundibles:

"Por mi parte, continuaré con mi tarea y me esforzaré a cada instante por fortalecer la solidaridad entre todos los trabajadores, tan fructífera. No, no me retiro de la Internacional, y el resto de mi vida, así como mis esfuerzos del pasado, lo dedicaré al triunfo de las ideas del socialismo, que algún día —pueden estar seguros— conducirá al dominio mundial del proletariado".[401]

Después del Congreso, Marx viajó con la mayoría de los otros delegados a Amsterdam, donde la sección local de la Internacional patrocinó un mitin obrero el 8 de septiembre. Marx, Sorge, Lafargue, Johann Philipp Becker y otros delegados hablaron ante los obreros reunidos. Marx elogió los resultados de la conferencia de La Haya, en especial su declaración de que "la clase obrera" tiene la tarea "de combatir a la vieja sociedad que se desintegra, tanto en el plano político como en el terreno social". "El obrero debe tomar algún día el poder, para construir la nueva organización del trabajo. Debe derrocar la antigua política que perpetúa las viejas instituciones, si no quiere perder el paraíso en la tierra, tal como los antiguos cristianos, que lo abandonaron y lo despreciaron."[402]

Al regresar a La Haya, Marx se permitió un descanso de unos pocos días. Junto con su esposa, su hija y Engels, viajó todos los días a Scheveningen, situada sobre el océano. Los agentes policiales también lo seguían allí, y uno de ellos hizo el siguiente y "sen-

[401] Carlos Marx: Discurso sobre el Congreso de La Haya. MEW. vol. 18, pág. 161.

[402] Carlos Marx: Discurso sobre el Congreso de La Haya. MEW. vol. 18, págs. 159-160.

sacional" informe: Marx "se bañaba aquí, y por las noches concurría a los conciertos que se ofrecían en la terraza del Grand Hotel. Allí cenó una vez con su esposa, Lafargue y la esposa de éste, la hija de Marx, que es muy encantadora".[403]

A mediados de septiembre, Marx regresó a Londres con su familia.

En los meses que siguieron al congreso de La Haya, Marx volvió a dedicar mucho tiempo y energía a la Internacional. En Nueva York, Friedrich Adolph Sorge fue elegido presidente del Consejo General, y desde entonces recurrió con frecuencia a Marx y Engels en procura de consejo e información. Les asignaba tareas e intercambiaba materiales con ellos. Marx colaboró con el nuevo Consejo General, hasta donde lo permitían sus capacidades. Trabajó en especial para aislar a los voceros de las ideas reformistas que existían entre los miembros ingleses de la Internacional, y para ganar apoyo para las resoluciones del congreso de La Haya. Continuó recibiendo y reuniendo información sobre las actividades de las secciones de distintos países, y las envió a Nueva York, casi siempre por intermedio de Engels. También actuó para impedir que los grupos y camarillas bakuninistas se hiciesen pasar por representantes de la Internacional

Al cabo de un año del congreso de La Haya, resultó cada vez más claro que las antiguas formas de dirección del movimiento obrero internacional por intermedio del Consejo General no reflejaban ya las necesidades del momento. Marx escribió a Sorge:

"...Tal como veo yo la situación europea, resulta muy útil dejar que la organización formal de la Internacional pase a un segundo plano por el momento, pero si es posible, no abandonar el control del punto central de Nueva York, de modo que ningún idiota pueda apoderarse de la dirección y desacreditar toda nuestra labor. Los acontecimientos y el inevitable desarrollo y complicación de las cosas se ocuparán por sí mismos de que la Internacional vuelva a

[403] Citado en H. Bichette: Karl Marx in Scheveningen. En Deutsches Volks-Echo, 22 de mayo de 1938, Paris-Zurich.

surgir mejorada en sus formas. Por el momento basta con no permitir que la vinculación con los más capaces en los distintos países se nos escurra por completo de las manos..." [404]

Sorge siguió este consejo. Tres años más tarde, a mediados de 1876, los delegados a una conferencia convocada en Filadelfia por el Consejo General disolvieron la Asociación Obrera Internacional. Dirigieron un llamamiento a los proletarios de todos los países, en el cual decían:

"Hemos disuelto la organización de la Internacional por razones que surgen de la actual situación política de Europa; pero al mismo tiempo advertimos que los principios de organización de los obreros progresistas de todo el mundo civilizado son reconocidos y defendidos... Condiciones más adecuadas volverán a reunir a los obreros de todos los países bajo una bandera común de lucha, y entonces resonará con más energía aun el grito de: ¡Trabajadores del mundo, uníos!'" [405]

En las filas de la Internacional, los mejores representantes de la clase obrera mundial habían aprendido los principios del comunismo científico, en especial la idea del internacionalismo proletario, y recogieron ricas experiencias en todos los problemas vitales de la lucha de clases. Esa es la contribución histórica de la Asociación Obrera Internacional y de sus dirigentes, Marx y Engels.

Hogar y familia

A finales de la década del 60 y comienzos de la del 70 se produjeron algunos cambios en la vida de la familia de Marx. Las hijas habían crecido, y como todo en la casa giraba en torno de la batalla por la emancipación del proletariado, también ellas participaban, en persona, en el movimiento obrero. Satisfizo mucho a Marx, que su hija mayor, Jenny, siguiese entonces el ejemplo de Laura y se casa-

[404] Marx a Friedrich Adolph Sorge, 27 de setiembre de 1873. Se, pág. 286.

[405] Citado en I. M. Krivogus / S. M. Stetskevitch: Esbozo de la historia de la Primera y Segunda internacionales, Berlín. 1960, págs. 137-138.

ra con un camarada activo.

Desde su primera juventud Jenny estaba unida a la lucha de la clase obrera. A partir de mediados de la década del 60 descargó a su madre, cada vez en mayor medida, de su labor de secretaria de su padre, y se encargó de parte de su correspondencia. Compartía las esperanzas, las desilusiones y los sufrimientos de los luchadores irlandeses por la libertad. Después de la derrota de la Comuna, trabajó con todas sus fuerzas para reunir dinero a fin de aliviar las necesidades de los Communards expulsados de su patria. Entonces conoció al periodista francés Charles Longuet, quien había combatido en las filas de los Communards como miembro de la Asociación Obrera Internacional. Se casaron en octubre de 1872.

Jenny y Charles tuvieron que soportar durante muchos años las amargas privaciones de la vida de los emigrantes. Fracasaron todos los intentos de Charles, de ganarse la vida en Oxford como profesor privado. Pronto volvieron a Londres sin un penique. Pero en diciembre de 1872 Jenny escribía con alegría, a Kugelmann: "Me siento mucho más dichosa en Londres que en la piadosa y remilgada Oxford. En Londres está Modena Villa, y en la habitación delantera de la planta baja de Modena Villa puedo encontrar en todo momento a mi querido Mohr. Ni siquiera puedo decirle cuán sola me siento cuando estoy separada de él, y él dice que también me echa mucho de menos, y que se encierra por completo en su habitación de trabajo mientras yo me hallo ausente".[406] Sólo en 1880 permitió la amnistía que la familia Longuet volviese a Francia.

El esposo de Laura, Paul Lafargue, adoraba a Marx como a un segundo padre. Éste, a su vez, se enorgullecía de su yerno, quien se había lanzado a la lucha de la Comuna de París y contribuido en tan importante medida al éxito del congreso de La Haya, mediante su actividad política entre los trabajadores españoles. Cuando Laura y Paul perdieron sus tres hijos, a una tierna edad, uno detrás del otro, a comienzos de la década del 70, Marx sufrió tanto como los acongojados padres. Después del congreso de La Haya, los Lafar-

[406] Jenny Marx a Ludwig Kugelmann, 23 de diciembre de 1872. IML, ZPA.

gue se trasladaron a Londres. Paul abandonó la práctica de la medicina y con grandes dificultades siguió adelante como periodista y fotógrafo, junto con Jenny. Tampoco ellos pudieron volver a París hasta la amnistía de 1880. Entonces Paul se convirtió en uno de los fundadores y más importantes dirigentes del partido marxista en Francia.

Constantemente se esforzaba Marx por facilitar la vida de sus hijos y ayudarlos en sus problemas. Entonces su mayor preocupación se concentró en torno de sus nietos, los hijos de su hija Jenny. El hijo mayor de ésta, Jean, o Johnny, era su favorito, y el niño sabía cómo explotar ese sentimiento. Como vivía casi siempre en la casa de su abuelo, Marx era su compañero de juegos. Encontraba un especial placer en convertir a Marx en un ómnibus tirado por caballos. Wilhelm Lieblmecht, quien entonces visitaba Londres, describe a Johnny trepado sobre los hombros de Marx, como cochero, y convertidos, Marx y Engels, en caballos de ómnibus. "Entonces empezaba el juego -¡Arre, eh!- con gritos internacionales, en alemán, francés, inglés, desde los costados: ¡Go on! ¡Plus vite! ¡Hurra!, y Marx tenía que trotar hasta que el sudor le corría por la cara. Y si Engels o yo tratábamos a veces de atenuar el ritmo, el látigo del implacable conductor silbaba sobre nosotros con gritos de: ¡Caballo malo! ¡En avant!, etc., hasta que Marx ya no podía más. Entonces había negociaciones con Johnny, y se llegaba a una tregua."[407]

Después del casamiento de Jenny, sólo Eleanor quedó con sus padres. Aunque apenas tenía 17 años, se ocupó del trabajo de secretaria para su padre. Llevaba adelante la correspondencia, como una experta, cuando aquél no tenía tiempo para contestar las cartas. La esbelta y vivaz joven de cabello notablemente espeso, negro, acompañaba a sus padres en sus vacaciones y curas, y se convirtió en su confidente a pesar de su juventud. Compartía el ilimitado amor de sus hermanas por sus padres, y consideraba su máxima dicha poder ayudarlos. Más tarde desempeñaría un papel de impor-

[407] Wilhelm Liebknecht: Karl Marx en la memoria. En Mohr und General. páginas 101-102.

tancia en el nuevo despertar del movimiento obrero en Inglaterra y en otras partes.

Su tarea en el Consejo General de la Internacional, y en especial durante los años que mediaron entre la guerra franco-alemana y el congreso de La Haya, impusieron una tensión casi inhumana sobre Marx. Su salud debilitada soportó el esfuerzo gracias a un decidido acto de fuerza de voluntad. Pero en la primavera de 1873, unos meses después del congreso de La Haya, cayó víctima de graves perturbaciones físicas. Comenzó a sufrir de intensos dolores de cabeza e insomnio. En ocasiones se temía que pudiese ser presa de un ataque. Al cabo de unas pocas horas de trabajo intelectual, se veía obligado a descansar, a consecuencia de accesos de vértigo. En ocasiones le era imposible trabajar. Tenía que consultar con frecuencia a su médico, un doctor Gumpert que vivía en Manchester, y de quien Marx y Engels eran amigos desde hacía años. El doctor Kugelmann también enviaba amplias cartas de consejo médico, desde Hannover. Por insistencia de los médicos, Marx tuvo que reducir su trabajo científico al mínimo. Le resultaba muy difícil aceptarlo, pero por mucho que deseara terminar su libro, *El capital*, su estado de salud era tan malo, que no le quedó otra alternativa que obedecer las órdenes del médico.

Muchos días de descanso en balnearios ingleses no consiguieron producir la mejoría deseada. Sólo se advirtió alguna mejora cuando tomó una cura en Karlsbad (ahora Karlovy Vary) a finales del verano de 1874, acompañado por Eleanor. Llegaron a Karlsbad el 19 de agosto. Tomaron habitaciones en el Haus Germanía, ahora llamado Kurhaus Marx. Varios días antes de su llegada, el doctor Kugelmann también había establecido su residencia en el hotel.

Marx fue a Karlsbad para curarse, en contraste con las diez mil personas de la capa superior que a menudo iban allí nada más que para pavonearse y exhibirse. El y Eleanor, quien también acababa de padecer una grave enfermedad, siguieron las órdenes médicas en forma estricta, y todos los días se presentaban en las fuentes de aguas curativas a las 6 de la mañana. Con tanta frecuencia como era posible hacían caminatas, vagaban por la campiña circundante

y gozaban con los bosques y colinas. Por la noche concurrían a conciertos o al teatro. Marx también pasaba muchas horas en conversación con el doctor Kugelmann y los otros huéspedes.

En una carta a Engels informaba acerca de las estrictas reglamentaciones, y agregaba, disconforme:

"Ahora me veo limitado a beber como un profano de la bomba. Tussy (Eleanor), por otro lado, recibe todos los días un vaso de cerveza de Pilsen, al cual dirijo miradas celosas y henchidas de ansiedad. El médico que me consiguió Kugelmann —Oestreicher— se mostró al comienzo un poco preocupado por mi estadía. Por consejo de él, me inscribí como Charles Marx, privatier, Londres, y lo de 'privatier' hizo que tuviera que pagar el doble de honorarios por mí y Eleanor, al digno Tesoro del Estado, pero eludí de esa manera la sospecha de que pueda ser el tristementecélebre C(arlos) M(arx)". [408] Pero no podía mantener su incógnito para siempre. El 30 de agosto, el periódico vienés Sprudel apareció con una denuncia apenas encubierta: "Marx, dirigente, durante tanto tiempo, de la Internacional, y el jefe de los nihilistas rusos, conde Plater, han llegado a Karlsbad para una cura".[409] El resultado fue que Marx también comenzó a ser "vigilado" en Karlsbad por soplones policiales.

Cuando él y Eleanor abandonaron Karlsbad, el 21 de septiembre, se sentía mucho mejor. Visitaron a Dresden y Leipzig, y viajaron a Berlín. Allí fueron a casa del amigo de la juventud de Marx, su cuñado Edgar von Westphalen, quien se había mantenido fiel a los ideales de su juventud y ahora vivía con suma modestia, como empleado público. Marx y Eleanor, como invitados muy "peligrosos" vivían en un hotel, tal vez bajo un apellido supuesto. De tal manera, la policía sólo se enteró de su llegada cuando se iban. "Para gran placer de Mohr —relataba Eleanor con deleite—, más tarde nos enteramos de que la policía llegó a nuestro hotel... al tercer día,

[408] Marx a Engels. 1 de setiembre de 1874. MEW, vol. 33, pág. 112.

[409] Citado en Egon Erwin Kisch: Karl Marx in Karlsbad, Berlín,1953, pág. 35.

exactamente una hora después de habernos ido." [410] Desde Berlín viajaron a Hamburgo, donde Marx visitó a su editor, Otto Karl Meissner, y conoció a Ignaz Auer y August Geib, quienes eran dirigentes del partido de Eisenach. A comienzos de octubre, los viajeros se hallaban una vez más en Londres.

Después de su cura en Karlsbad, Marx sintió una mejoría gradual de su salud. Engels le posibilitó una nueva cura en Karlsbad en 1875 y 1876, y con su esposa e hija, en 1877, en Bad Neuenahr y en la Selva Negra.

Marx también utilizaba estos viajes para breves visitas a los amigos. "Herr Karl Marx —informaba *Frankfurter Zeitung*, el 17 de agosto de 1875— llegó aquí a finales de la última semana, desde Londres. Sus amigos se sorprendieron agradablemente por su aspecto vigoroso y su espíritu vivaz. Está de paso para Karlsbad, donde tiene la intención de permanecer cuatro semanas."

En Francfort visitó a Leopold Sonnemann, director de *Frankfurter Zeitung*, destacado demócrata burgués y opositor de la prusianización de Alemania. Desde Karlsbad, Marx hacía frecuentes viajes a Praga. Le otorgó un placer especial, durante un breve viaje a Kreuznach, en septiembre de 1876, mostrar a su hija los distintos lugares en que él y su madre habían pasado los primeros meses de su dichoso matrimonio.

Resultaban muy evidentes los efectos curativos de las aguas de Karlsbad sobre Marx. Pero éste no pudo continuar la cura. Desde 1878 en adelante, el camino a Karlsbad le quedó prohibido por las leyes de emergencia de Bismarck contra el movimiento obrero socialista.

En la primavera de 1875 la familia Marx volvió a trasladarse a otro hogar, esta vez al 41 de Maitland Park Road, Haverstock Hill. Allí ocuparon una de las casas entonces típicas, estrechas, altas y en hileras. En el sótano había pequeñas habitaciones para guardar cosas y la cocina, en la cual por lo general se comía. La planta baja tenía

[410] Wilhelm Liebknecht: Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, pág. 152.

un vestíbulo y una o dos salitas. En el primer piso estaba la habitación de trabajo de Marx. Los dormitorios se encontraban en el piso de arriba.

La hospitalidad de Marx ya era bien conocida, cuando todavía reinaban las raciones escasas en el hogar. Ahora que la familia podía vivir con menos cuidados, experimentaban un gran placer en ayudar a otros. Trabajadores y dirigentes obreros se reunían en el hogar de los Marx. Con frecuencia aparecían viejos miembros de la Liga Comunista y veteranos compañeros de lucha de la Internacional. En la casa de los Marx también encontraban que la verdadera dicha humana no puede separarse de la lucha por la felicidad de toda la humanidad.

Jenny, lo mismo que su esposo, sabía cómo hacer que las visitas de sus invitados fuesen una experiencia inolvidable. Friedrich Lessner, quien había luchado con lealtad al lado de Marx desde la época revolucionaria de Colonia, y que a menudo visitaba a la familia, informaba;

«La casa de Marx estaba abierta para todos los camaradas dignos de confianza. Las horas agradables que yo y muchos otros pasamos en su círculo familiar son inolvidables. La maravillosa Frau Marx brillaba allí, era una gran mujer, extraordinariamente bella, de aspecto distinguido, pero tan bondadosa, y tan encantadoramente inteligente, tan libre de todo orgullo y formalidad, que en su presencia uno se sentía tan cómodo como en su propio hogar, como con su madre o hermana... Estaba henchida de entusiasmo por la causa de la clase obrera. Todos los éxitos en la lucha contra la burguesía, hasta el más pequeño, le producían satisfacción y alegría".[411]

Una importante persona en la casa de los Marx era Helene Demuth. "Cuando escriba sobre Mohr, no olvide a Lenchen",[412] le escribía

[411] Friedrich Lessner: Recuerdos de un trabajador sobre Carlos Marx. En Mohr und General, págs. 186-187.

[412] Wilhelm Liebknecht: Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, pág. 156.

Eleanor a Wilhelm Liebknecht, cuando éste comenzó a esbozar sus recuerdos acerca del padre de aquélla. Helene Demuth, según las palabras de Eleanor, éra, "en ciertos sentidos, el eje en torno del cual giraba la casa".[413] Todos los que tenían relaciones estrechas con Marx conocían la gratitud que esta mujer abnegada se había granjeado de parte de la familia.

Inclusive Marx tenía que someterse a su estricto dominio en la casa. Lo hacía con naturalidad, ya que Lenchen era insuperable en su lealtad y devoción a la familia, lo mismo que en sus amantes cuidados.

No sólo los representantes del movimiento de la clase obrera frecuentaban el hogar de los Marx; famosos hombres de ciencia y muy conocidos demócratas también hallaban una cordial bienvenida. Su hogar estaba abierto al mundo, y en modo alguno era necesario aceptar sus ideas para ser recibido por él. Marx podía exponer y documentar sus puntos de vista como un maestro, en una discusión personal. Ya sea que sus invitados coincidieran o no con él, casi no había uno entre ellos que no se sintiera profundamente impresionado por su enorme personalidad, después de una conversación con él.

En el círculo de su familia y amigos, y en una conversación informal en general, Marx era un compañero alegre e ingenioso. Algunos visitantes, que habían creído que encontrarían a un lúgubre fanático o a un raro relator de fantasías, se hallaban de pronto frente a un hombre que no sólo podía hablar de política o de problemas teóricos del comunismo científico, sino que también tenía siempre algo sabio y vital que decir respecto de una obra de la literatura mundial, de un acontecimiento reciente en la vida teatral de Londres o de un interesante descubrimiento en las ciencias naturales.

Pero nunca se encontraba Marx de mejor talante o más descansado como en compañía de Federico Engels. Era notable que, si bien se conocían desde hacía décadas, a cada rato descubriesen, el uno en

[413] Wilhelm Liebknecht: Karl Marx en la memoria. En Mohr und General, pág. 156.

el otro, cosas nuevas y valiosas. Constantemente redescubrían el satisfactorio sentimiento de madurar juntos, de complementarse, y del toma y daca intelectual que es signo de una verdadera amistad.

Ahora estaban juntos casi todos los días, aparte de los viajes. Jenny, la hija de Marx, escribía con humorismo a sus amigos: "Engels... actúa sobre Mohr mejor que cualquier cantidad de medicina, cuando lo lleva a hacer una caminata. Vemos a 'El general' todos los días, y pasamos muchas alegres veladas juntos".[414]

Engels pudo encargarse de una apreciable proporción de la labor que hasta entonces había sido una pesada carga para Marx. También se ocupó cada vez más de la correspondencia internacional, a fin de que Marx contase con más tiempo para sus estudios económicos. Pero un método de trabajo siguió vigente. No importa a quién de los dos pidiesen consejo los camaradas de otros países, siempre discutían entre sí las sugestiones y críticas de aquéllos. Las constantes consultas con Engels se habían vuelto indispensables para Marx, y jamás habría podido hacer frente a las exigencias que le imponía el movimiento obrero internacional si su "Fred" no hubiese estado a su lado.

El "viejo" en Londres

La lucha conjunta trajo visibles éxitos. Marx no sólo vivía para ver la iniciación del nuevo período señalado por la Comuna de París, en el cual el movimiento obrero gozó de un tempestuoso crecimiento en profundidad; sino que ya podía advertir que las simientes sembradas por él y Engels, y por la Internacional, habían caído en terreno fértil. Sus ideas se arraigaban cada vez en más países. Comenzaban a apoderarse de las masas, y de tal manera se convirtieron en una fuerza material de la cual potencia alguna de la tierra podía ya hacer caso omiso. "A pesar de su disgusto por la popularidad, se está convirtiendo, sin embargo, cada vez más, en el 'héroe

[414] Jenny Marx a Ludwig Kugelmann, 19 dé noviembre de 1870. IML, ZPA.

del momento"',[415] escribía Wilhelm Liebknecht a Marx en 1871, cuando la foto de éste fue exhibida en la Feria de Primavera de Leipzig, junto con retratos de Giuseppe Garibaldi, Victor Hugo, Bebel y el propio Liebknecht.

La lucha por la popularidad le resultaba desagradable a Marx. Los adulones que trataban de hacerse populares entre los trabajadores eran para él una abominación. Miraba con desconfianza a aquellos a quienes calificaba de "fraseólogos". Fuese cual fuere el punto de vista que adoptaba en problemas vinculados con el movimiento obrero, nunca lo hacía sobre la base de la ambición personal, sino, siempre, por un profundo sentimiento de responsabilidad hacia el proletariado. Sus ideas revolucionarias no eran simples y accidentales accesos de genio, sino el producto de un duro trabajo científico a lo largo de un período de años y décadas. Marx mostró que el genio es ante todo industriosidad; industriosidad incansable y estrictamente disciplinada. Ello lo exhibió con elocuencia su trabajo en *El capital*. Pero no importa hasta qué punto esta obra se hubiese convertido en una necesidad fundamental en su vida, también era axiomático para él que su lugar no se encontraba en el Museo Británico, durante las batallas decisivas de la Asociación Obrera Internacional. Dejó el Consejo General de la Internacional y volvió a dedicarse otra vez a su trabajo con *El capital*, sólo cuando los bakuninistas fueron expulsados de la Internacional, y cuando las decisiones del congreso de La Haya crearon las más importantes condiciones previas para el desarrollo de partidos revolucionarios de masas.

Antes que pudiese comenzar a revisar el primer borrador de los volúmenes siguientes de la obra, tuvo que dedicar la mayor parte de sus energías a corregir y preparar las nuevas ediciones del primer volumen. La edición francesa le exigió gran parte de su tiempo entre 1872 y 1875. Esa edición apareció en entregas, cosa que satisfizo mucho a Marx, ya que de esa manera resultaba más accesible para los obreros. La traducción que se le entregó a Marx era minuciosamente exacta, pero esa misma literalidad hacía más difícil en-

[415] Wilhelm Liebknecht a Marx, 25 de abril de 1871. IML, ZPA.

tender el libro. Marx se vio obligado a revisar cada una de las palabras de la traducción, cosa que al cabo lo llevó, además de revisar el texto, "a simplificar algunos desarrollos, completar otros, presentar materiales históricos o estadísticos adicionales, agregar resúmenes críticos, etcétera". En un epílogo a la última entrega, escribía:

"Sean cuales fueren las imperfecciones literarias de esta edición francesa, posee un valor científico independiente de la original, y debe ser consultada inclusive por los lectores familiarizados con el idioma alemán".[416]

Para Alemania, Marx preparó una edición revisada en 1872, que se publicó en 3.000 ejemplares. El interés por *El capital* crecía poco a poco. Wilhelm Liebknecht había escrito a Marx, en abril de 1871:

"En toda Alemania se pronuncian disertaciones acerca de la plusvalía y la jornada de trabajo normal, basadas en *El capital*; en torno de éste se desarrolla una campaña de masas".[417] Estos y otros informes parecidos mostraron a Marx y a sus leales camaradas que no había trabajado en vano, y que ellos no aceptaron sin resultados las penurias de muchos años. Los obreros aprendían a usar *El capital* como un arma en la lucha para liberar a la sociedad de la explotación y la opresión. Para Carlos y Jenny, ese era el más alto reconocimiento.

Sus amigos instaban a Marx, a cada instante, a que completase con rapidez los siguientes volúmenes de *El capital*. Él tampoco deseaba otra cosa, pero los nuevos obstáculos se acumulaban. O bien era preciso introducir correcciones para las nuevas ediciones, o sus trabajos para la Internacional le quitaban tiempo, a lo cual se agregaba el rápido deterioro de su salud, que se hizo cada vez más crítica. Pero aun en los años posteriores a 1872, cuando su salud era mala, volvía a cada instante al esbozó del segundo y tercer volumen de *El capital*. Utilizó para sus estudios hasta la menor mejoría de su salud.

---

[416] Carlos Marx: Palabras finales a la edición francesa de El capital. Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 22.

[417] Wilhelm Liebknecht a Marx, 25 de abril de 1871. IML, ZPA.

La cantidad de ramas del conocimiento en que realizaba investigaciones era tan asombrosa como los materiales que estudió. Engels escribe acerca de que más de dos metros cúbicos de libros, sólo referidos a estadísticas rusas, fueron evaluados por Marx para *El capital*. Estudió todas las nuevas publicaciones importantes en el campo de las finanzas, la historia de la agricultura y la agronomía. Además leyó numerosas publicaciones sobre geología, fisiología y problemas matemáticos. Siguió preparando amplios extractos de casi todos los libros que leía, casi siempre con notas y comentarios críticos marginales. Al mismo tiempo continuó su estudio del ruso, y leía literatura científica y de creación, rusa, en el idioma original. Por sugestión de Engels, inclusive se sumergió en el antiguo idioma frisio (alemán del norte).

A cada rato volvía a su deseo de llevar a los sectores más amplios posibles de la clase obrera las conclusiones presentadas en el primer volumen de *El capital.* Cuando el dirigente obrero alemán Johann Most, a mediados de la década del 70, publicó extractos de *El capital* para las masas populares, con el título de *Capital y trabajo,* Marx lo ayudó en la revisión de la segunda edición. La "ayuda" llegó a tales proporciones, que Marx en rigor redactó nuevas formulaciones para secciones enteras de la obra. Una situación parecida surgió unos años después, cuando el socialista holandés Ferdinand Domela Nieuwenhuis editó una porción de *El capital* con el título de *Kapitaal en Arbeid*.

Así como Marx —a pesar de su enfermedad y de sus noches insomnes— no podía abandonar la labor científica, así tampoco podía dejar a un lado la participación en la vida y lucha políticas. Leía todos los días la prensa británica y extranjera. La política del momento era para él también una parte del trabajo científico. En todos los instantes de que disponía estudiaba con cuidado los hechos y acontecimientos de la vida política, antes de generalizarlos y adoptar decisiones.

Este método de trabajo científico explicaba el hecho de que después de haber dejado el Consejo General fuese buscado a cada instante como asesor y decano del movimiento obrero internacional.

Esa posición en el movimiento internacional, en modo alguno basada en vinculaciones orgánicas, sino en la autoridad científica y política de Marx, fue descrita por Engels como sigue:

"Gracias a sus consecuciones teóricas y prácticas, Marx se ha conquistado una ubicación, tal, que las mejores personas de todos los movimientos de la clase obrera del mundo tienen plena confianza en él. En los momentos críticos, recurren a él en procura de consejo, y entonces, por lo general, advierten que sus asesoramientos son los mejores. Esta es la posición que ocupa en Alemania, en Francia, en Rusia, para no mencionar a los países menores. Por lo tanto, no se trata de que Marx imponga sus opiniones, y menos aun su voluntad, sobre las personas, sino de que éstas acuden a él por sí mismas. Y en ello se basa su singular influencia, de tan extrema importancia para el movimiento... Marx, y en segundo lugar yo mismo, adoptamos hacia los franceses la misma actitud que hacia los otros movimientos nacionales. Mantenemos constante contacto con ellos, cuando vale la pena hacerlo y hay oportunidad para ello. Sólo resultaría perjudicial para nosotros tratar de influir sobre las personas contra su voluntad; destruiría la antigua confianza, que data de la época de la Internacional. En verdad hemos tenido demasiada experiencia, en asuntos revolucionarios, como para hacer lo contrario..."[418]

¿No hablaba en favor de la gran autoridad de Marx en el movimiento obrero internacional el hecho de que, por ejemplo, el dirigente de los socialistas franceses, Jules Guesde, viajase a Londres, en 1880, para consultar al fundador del comunismo científico sobre el futuro programa del creciente partido obrero revolucionario francés? Marx también gozaba de prestigio entre los pueblos que luchaban por su independencia. Se lo invitaba con regularidad a mítines organizados en Londres, en favor de la causa política, y siempre elevaba la voz en favor de una Polonia libre e independiente. Seguía el movimiento revolucionario de Rusia con igual simpatía, y mantenía estrechos contactos con los revolucionarios rusos, como antes. En el décimo aniversario de la Comuna de París,

[418] Engels a Eduard Bernstein, 25 de octubre de 1881. SC, pág. 345.

declaró que el desarrollo revolucionario en Rusia, "aunque sólo después de una larga y dura lucha, conducirá a la postre, sin duda alguna, al establecimiento de una Comuna rusa".[419] Estas fueron palabras proféticas.

Pero con ningún movimiento obrero tenía Marx vínculos tan estrechos como con el alemán. Ello no se debía sólo al hecho de que después de 1871 el centro del movimiento obrero se desplazara de Francia a Alemania. Marx estaba íntimamente unido al destino de su nación y de la clase obrera alemana. Durante toda su vida puso el bienestar de su pueblo por encima de su destino personal. Aunque expulsado de su patria, dedicó todo su talento, durante la última década de su vida, lo mismo que antes, a apoyar la lucha de su pueblo contra la política antinacional de los Junkers y los militaristas.

Siguió con gran interés el gran salto que dio el capitalismo en Alemania después de 1871. Las fábricas y talleres surgían como hongos. Nuevas líneas ferroviarias unían entre sí los centros industriales, y abrían al comercio y el trasporte modernos las zonas industrialmente atrasadas del país. La población de las ciudades aumentaba con rapidez. Con el crecimiento del número de los integrantes del proletariado, también se desarrollaron condiciones favorables para la ampliación del movimiento obrero. Quedó confirmado lo que Marx y Engels ya habían dicho a los comunistas y obreros alemanes en vísperas de la revolución de 1848: que la unificación nacional beneficiaría, no sólo a la burguesía, sino también a la clase obrera y a su movimiento revolucionario.

Pero la clase trabajadora de la Alemania unificada tenía un poderosísimo enemigo: la casta Junker militarista, aliada al gran capital, que abrigaba los mismos sueños de conquista. Estas dos clases tenían el poder en sus manos, y lo usaban de manera implacable contra las masas populares. Marx había advertido desde el comienzo que la existencia de un Estado militar prusiano-alemán era incom-

[419] Carlos Marx / Federico Engels: De la presidencia del mitin eslavo, convocado el 21 de marzo de 1881, en el aniversario de la Comuna de París. MEW, vol. 19, pág. 244.

patible con los intereses vitales del pueblo de Alemania. Si las clases gobernantes querían convertir al país en un refugio de la reacción y el militarismo, la clase obrera alemana debía luchar con mucha más decisión por los derechos populares democráticos y por una república alemana democrática. Este pensamiento recorría como un hilo rojo todas las obras, cartas y discusiones en que Marx hablaba del futuro de Alemania en las décadas del 70 y el 80.

Mantuvo una permanente correspondencia con los dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata. Uno de los más leales de éstos, como siempre, era Wilhelm Liebknecht. Cuando su esposa le dio un hijo en 1871, bautizó al niño Karl, en honor de Marx, y éste se convirtió en su padrino. Ni el orgulloso padre ni el padrino podían adivinar entonces que el niño se convertiría algún día en uno de los más audaces y talentosas hombres que continuarían la obra que ellos habían iniciado.

Marx también desarrolló estrechas y amistosas relaciones con los jóvenes dirigentes de la socialdemocracia alemana. En la lucha conjunta contra el militarismo prusiano-alemán, aprendió a valorar su valentía y lealtad hacia los principios. Entre ellos, respetaba en especial a August Bebel y Wilhelm Bracke, quienes trabajaron con éxito para aplicar la teoría revolucionaria a las complicadas condiciones de la lucha de clases en Alemania. Para Liebknecht, Bebel, Bracke y muchos precursores de la clase obrera alemana, Marx fue muy pronto el hombre a quien todos buscaban en problemas de teoría y práctica. El "Viejo" o "Los Dos Viejos": así les gustaba referirse a Marx y Engels, como expresión de su amor y respeto.

Marx prestó gran atención a la lucha por la unidad de la clase obrera. En Alemania, donde los eisenachianos y los lassalleanos todavía marchaban por separado, resultaba necesario, en especial, superar la división existente en las filas de la clase obrera. Sin la unidad de la clase trabajadora, todas las fuerzas democráticas y amantes de la paz no podrían unirse en torno del proletariado, y no sería posible defender con éxito los intereses de clase de los obreros. Sólo una clase obrera unida podía ofrecer resistencia a los Junkers y militaristas, y derrotarlos a la postre.

Advirtió con satisfacción que la influencia del Partido Obrero Socialdemócrata crecía con rapidez entre los trabajadores alemanes. Ello se debía ante todo a la valiente posición que había adoptado el partido contra el militarismo. Un sector de los dirigentes lassalleanos trató en vano de perpetuar la división entre los obreros. En la Asociación Obrera General Alemana predominaba cada vez más el punto de vista de que los trabajadores debían actuar en filas unidas y apretadas, para lograr la victoria.

Los dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata habían extendido a menudo una mano fraterna a los partidarios de Lassalle. Marx respaldó con energía sus esfuerzos y acciones conjuntas, pero al mismo tiempo los previno contra toda concesión ideológica. En tres décadas de lucha política había aprendido, por experiencia, que la unidad de la clase obrera sólo puede llevarse a la práctica sobre una base revolucionaria.

En repetidas ocasiones los dirigentes del Partido Socialdemócrata lo instaron a ayudarlas en su complicada situación. "¿No podrían, usted o Marx, venir a Alemania durante el otoño?",[420] preguntaba Liebknecht el 28 de julio de 1874, en una carta a Engels. Y Marx, aunque todavía tenía que conservar sus energías, se detuvo en Alemania, en su viaje de regreso después de una cura en Karlovy Vary.

El 23 de septiembre de 1874 llegó a Leipzig, y fue recibido calurosamente por Liebknecht y la familia de éste. Por desgracia, no pudo encontrarse con Bebel, ya que este último todavía estaba encarcelado por sus "insultos" al Káiser, y por otros "delitos". Marx se informó acerca de la situación de la clase obrera en Alemania, y trasmitió las malas experiencias que había tenido con Lassalle y con quienes heredaron el manto de este último. Con gran énfasis, instó a Liebknecht a no hacer concesiones a los lassalleanos, bajo ninguna circunstancia. Porque todo retroceso ante el oportunismo traería, tarde o temprano, amargos frutos para la clase obrera.

También utilizó su estancia en Leipzig para conocer las regiones

[420] Wilhelm Liebknecht a Engels, 28 de julio de 1874. IML, ZPA.

vecinas a la ciudad. El siguiente episodio indica su actitud de apreciación hacia camaradas que habían mostrado valentía en todas las pruebas al servicio del partido. Un día, mientras se encontraba en Leipzig, un joven publicista del partido, Wilhelm Blos, fue liberado de la cárcel. Marx insistió en esperarlo ante las puertas de la prisión. "Afuera —según narraba Blos— esperaba Liebknecht con uno de sus hijos menores. Y cerca de él había una bonita joven del brazo de un hombre alto y delgado, cincuentón, de larga barba blanca pero con bigote muy negro. Tenía un rostro rosado, y cualquiera lo habría confundido con un jovial anciano inglés. Pero yo lo reconocí en el acto por su foto: era Carlos Marx. La joven era su hija Eleanor, también llamada Tussy.[421]

Blos era entonces un ardiente discípulo de Marx; pero más tarde se mostró indigno de su maestro y se apartó de él.

Marx permaneció en Dresden desde el 24 hasta el 27 de septiembre, y luego volvió a Londres por Berlín y Hamburgo, convencido de que los preparativos para la unificación del movimiento obrero alemán sobre la base del comunismo científico se encontraban en buenas manos. Pero recibiría una desilusión. Los periódicos obreros alemanes informaban, en verdad, que representantes de los movimientos de Eisenach y de los lassalleanos se habían reunido en febrero de 1875 para preparar un proyecto de programa y reglamento, pero el contenido del programa no le era conocido. Luego llegó una carta de Bebel, a finales de febrero. Con dos años y medio de cárcel detrás de él, Bebel pedía a Marx y Engels su opinión acerca de la inminente unificación del Partido Obrero Socialdemócrata y de la Asociación Obrera General Alemana. Sólo después del 7 de marzo tuvieron la oportunidad de leer el proyecto de programa: ¡en un periódico!

Marx se escandalizó. El proyecto de programa no avanzaba un paso respecto del programa de Eisenach de 1869; por el contrario, era un gran paso atrás. No sólo se trataba de que su eficacia resultaba

[421] Wilhelm Blos: Karl Marx in Leipzig. En Mohr und General, págs. 348-349.

perjudicada por diversas frases de espíritu democrático vulgar, pequeñoburguesas; lo que es más importante, Liebknecht y otros dirigentes del grupo de Eisenach habían hecho imperdonables concesiones a ideas lassalleanas hacía tiempo refutadas en la práctica.

Engels se encargó de la tarea de enviar a Bebel una detallada carta en la que exponía su punto devista y el de Marx sobre la unificación y su base programática, y explicaba que no podían aceptar el programa de conciliación. La carta no había sido enviada aún cuando llegó un mensaje de Bracke, en el que hacía resonar la alarma y pedía ayuda. Escribía a Engels: "La aceptación de este programa es imposible para mí, y Bebel opina lo mismo. "Pero ante todo me gustaría mucho saber qué piensan usted y Marx al respecto. La experiencia de ustedes es más madura, y su penetración mejor que la mía".[422] En respuesta a este pedido, Marx repasó el proyecto de programa punto por punto, en las semanas siguientes, y escribió una detallada crítica, *Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán*. Estas Notas, que más tarde se conocieron como *Crítica del programa de Gotha*, las envió en forma de carta circular a Bracke, Liebknecht y otros dirigentes partidarios alemanes, a comienzos de mayo, como advertencia de último momento contra las consecuencias catastróficas de semejante conciliación.

Las notas de Marx al programa eran tan ricas en nuevas ideas teóricas, que su crítica adquiría el carácter de un programa de destacada importancia.

Las *Notas marginales* se convirtieron en uno de los documentos más importantes del marxismo, junto con el *Manifiesto del Partido Comunista* y *El capital*.

El objetivo inmediato de Marx consistía en mostrar a los dirigentes del partido de Eisenach qué conclusiones teóricas debían extraerse de la *Comuna de París*, para la lucha de clases en el Reich prusiano-alemán. El Partido Obrero Socialdemócrata había defendido

[422] Wilhelm Bracke a Engels, 25 de marzo de 1875. En Carlos Marx /Federico Engels: *Briefwechsel mil Wilhelm Bracke* (1869-1880). Instituto de Marxismo-Leninismo, Berlín, 1963, págs. 41-43.

sin reservas la dictadura del proletariado establecida por la Comuna de París, y proclamado su solidaridad con ella. Pero todavía no tenía plena conciencia de todas las importantes lecciones, para su propia estrategia y táctica, que surgían de las experiencias de los Communards.

Como ejemplo de ello, los dirigentes del partido de Eisenach todavía hablaban como si el socialismo pudiese introducirse en una república democrática inmediatamente después del derrocamiento del régimen de Bismarck. Esta falsa perspectiva también aparecía en el proyecto de programa. Marx contradecía esta "creencia democrática en los milagros",[423] y explicaba a sus amigos y seguidores del movimiento obrero alemán la diferencia fundamental entre la república democrática —que era lo único que se exigía en el proyecto del programa— y la dictadura del proletariado. Es claro que respaldaba por entero la batalla de los partidarios de Eisenach en favor de una república alemana democrática. Pero era preciso reconocer que el socialismo no se podía introducir en el marco de una república en esencia burguesa. "Entre la sociedad capitalista y la comunista —escribía Marx en su carta programática— media el período de la trasformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también uno de transición política, y el Estado no puede ser en él otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado."[424]

Con éste y muchos otros ejemplos, Marx deseaba ayudar a los dirigentes alemanes a superar sus concepciones, poco claras, sobre la esencia del Estado. Les decía, en términos inconfundibles, que el movimiento obrero revolucionario alemán debía trabajar por la república democrático-burguesa, porque sin ella el proletariado no podría armarse para la lucha final para la conquista del poder. Pero el pueblo alemán sólo lograría la república democrática si destruía el militarismo prusiano-alemán. Mas el Estado democrático segui-

[423] Carlos Marx: *Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán*, SW, pág. 333.

[424] Carlos Marx: Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán, SW, pág. 28.

ría también siendo un Estado burgués, un sistema explotador. Por lo tanto el proletariado debía continuar la lucha de clases hasta la creación de su dictadura. Sólo con su ayuda se podría construir el socialismo. La lucha del movimiento obrero por la democracia era parte de su combate por el socialismo. Ambos estaban entrelazados, pero no eran idénticos. Era peligroso y catastrófico para la clase obrera abrigar ilusiones de que el socialismo podía lograrse sin la revolución proletaria, sin la dictadura del proletariado, o inclusive, como creía Lassalle, con la ayuda del Estado junker prusiano. Marx atacaba en masa esta "abyecta creencia de la secta lassalleana en el Estado",[425] porque esas confusiones —como lo veía Marx llevarían a la clase obrera a someterse al Estado explotador.

También atacaba otros dogmas lassalleanos que figuraban en el esbozo de su proyecto de programa. Desechaba el enfoque estrecho y sectario de los campesinos y las capas pequeñoburguesas, y prevenía contra toda subestimación del internacionalismo proletario. Llamaba al partido a seguir una política sabia, elástica, de alianza, y a adoptar una firme posición internacionalista. Ambas eran indispensables para reunir a todas las fuerzas disponibles en la lucha contra el militarismo prusiano.

Criticaba con energía los intentos de los dirigentes del partido de Eisenach, de "comprar" la unidad del movimiento obrero con concesiones a la ideología burguesa, es decir, lassalleana. Opositor en todo momento del tráfico de la conciliación de principios en todas sus formas, Marx estaba seguro, sobre la base de sus muchos años de experiencia, de que sólo por medio de la unidad de acción en la lucha superaría la clase obrera la división existente en sus filas. Los obreros se convencieron en la lucha conjunta, de que la división en sus filas favorecía, en todo momento, sólo a los explotadores y opresores, pero que su unidad multiplicaba en muchas veces la fuerza de la clase obrera y de otros demócratas. Aprendían en la lucha común, paso a paso, que para vencer el proletariado necesitaba una política obrera revolucionaria, cuya base teórica era el co-

[425] Carlos Marx: Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán, SW, pág. 31.

munismo científico.

La importancia de la crítica de Marx al proyecto de programa iba mucho más allá de una simple ayuda al movimiento obrero alemán durante el período de su unificación. Su descripción del camino de la humanidad al socialismo, en la *Glosas marginales*, demostró de manera impresionante su profundo conocimiento del desarrollo de la sociedad.

Libre de deseos utópicos, Marx mostró por qué el avance al comunismo se desarrollaría en dos fases. Después del derrocamiento del régimen burgués, el proletariado aboliría la explotación del hombre por el hombre, pero todavía no sería posible satisfacer todas las necesidades de todos los ciudadanos. La satisfacción de dichas necesidades, en esa fase de desarrollo, tendría que basarse, entonces, en el principio del propio trabajo. Sólo por medio de un crecimiento cada vez más rápido de las fuerzas productivas y del desarrollo del nuevo hombre socialista, para quien el trabajo era la más alta necesidad de la vida, se crearían las condiciones previas para la segunda fase de la sociedad comunista. En esa segunda fase el principio gobernante sería: "De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades".[426]

Marx no formulaba vagos conceptos sobre el comunismo, ni inútiles sueños de un futuro paraíso de tontos. Describía en forma directa los principios que determinarían la economía y la vida del pueblo en el comunismo. Sus afirmaciones se basaban en un exacto análisis científico de las tendencias en desarrollo, que ya habían comenzado a aparecer en el orden social capitalista. Pero junto con su objetividad científica, no desdeñaba los audaces sueños revolucionarios, siempre que tuviesen su justificación en la realidad. Cuán conmovedoras y confiadas en el futuro son las palabras que el anciano Marx escribía en abril de 1881 a su hija Jenny, en ocasión del nacimiento de un nieto:

"Mis 'mujeres' esperaban que el 'nuevo ciudadano en la tierra' acre-

[426] Carlos Marx: Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán, SW, pág. 21.

centaría 'la mitad mejor' de la población. Por mi parte, yo prefiero a los hombres entre los niños que nacen en este punto de viraje de la historia. Tienen por delante el período más revolucionario que la humanidad jamás haya co- nocido. Es deplorable ser ahora tan 'viejo' que ya no se pueda ver, sino sólo prever".[427]

De la discusión pública sobre el programa, Marx extraía la conclusión de que el movimiento obrero en Alemania estaba, en la práctica y en la teoría, más avanzado de lo que indicaba el programa. Los miembros del movimiento instaban al partido unido a adherir al internacionalismo proletario y a prestar su pleno apoyo a la lucha sindical. Pero Marx también tuvo que presenciar el hecho de que los dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata no prestasen atención a sus críticas en una cantidad de problemas de suma importancia, y en especial el del Estado, y hacían concesiones al lassalleanismo por temor a poner en peligro la unidad. De tal manera se creó el Partido Obrero Socialista de Alemania, en el congreso de unificación de Gotha, sobre la base de un programa de conciliación.

Marx y Engels saludaron el final de los largos años de lucha interna en el seno del movimiento obrero alemán. Pero temían que una unidad conseguida gracias a tantas transacciones contuviese ya en su seno la simiente de otra división en el futuro cercano. Para su sorpresa, pronto advirtieron que el programa oportunista era interpretado como revolucionario, tanto por los obreros como por las clases gobernantes. El partido no se desmoronó. Los temores de Marx no se concretaron.

Pero estaba más que en lo cierto en su profecía de que el programa de conciliación abriría de par en par las puertas a los oportunistas. Un año después se realizó la profecía cuando un catedrático privado de Berlín, Eugen Dühring, encontró un público en el partido para sus ideas pequeñoburguesas sobre el socialismo, e inclusive fue elogiado por destacados socialdemócratas. Marx instó a Engels a refutar a Dühring en público. De la polémica que siguió surgió la

[427] Marx a Jenny Longuet, 29 de abril de 1881. MEW. vol. 35, pág. 186.

famosa obra, *Herr Eugen Dühring*: la subversión de la ciencia, denominada *Anti-Dühring* para abreviar, uno de los manuales del comunismo científico.

En Anti-Dühring, Engels no se limitó a refutar las ideas anticientíficas de Dühring. Por el contrario, junto con sus críticas ofreció una amplia exposición de las tres corrientes principales del marxismo: el materialismo dialéctico e histórico, la economía política y las enseñanzas sobre el socialismo y el comunismo. Esta presentación general no había existido hasta entonces. Publicado en el órgano central del partido, y luego en forma de libro, *Anti-Dühring* ayudó a difundir las enseñanzas de Marx y Engels en el seno del movimiento obrero alemán.

Al mismo tiempo, *Anti-Dühring* era un modelo —el último— de la colaboración científica de Marx y Engels. Más tarde este último escribía con modestia, acerca del libro:

"Como la mayor parte, con mucho, de las concepciones aquí desarrolladas, fueron originadas y elaborados por Marx, y sólo la menor parte por mí, se dio por sentado entre nosotros que esta exposición mía no se publicase sin su conocimiento. Le leí todo el manuscrito antes que fuese a la imprenta, y el décimo capítulo de la sección sobre economía (de Historia crítica) fue escrito por Marx, aunque por desgracia, no pude insertarlo íntegro por razones técnicas. Siempre acostumbrábamos a ayudamos el uno al otro en terrenos especiales".[428]

Esta división del trabajo continuó hasta el final de la vida de Marx. Sólo esa colaboración permitió que los dos amigos llevasen adelante investigaciones en tan amplios campos del conocimiento, junto con su labor multilateral en el movimiento obrero internacional. A Marx siempre le fascinaron las matemáticas, así como la economía. Trató de dar al cálculo diferencial una fundamentación dialéctica en amplios tratados matemáticos. Marx abrigaba la firme convicción de que con el desarrollo de la ciencia, las matemáticas desem-

[428] Federico Engels: La revolución en la ciencia de "Anti- Dühring", Nueva York, International Publishers, 1939, pág. 13.

peñarían un papel cada vez mayor. Inclusive formuló la idea de que la ciencia sólo está desarrollada de verdad cuando puede emplear las matemáticas para la solución de tareas específicas.

Las ciencias naturales no le interesaban menos. Pero le era físicamente imposible desarrollar su estudio de manera sistemática. Como Engels admitía que un conocimiento de las matemáticas y de las ciencias naturales era esencial para una concepción dialéctica y materialista de la naturaleza, ayudó a Marx, en la década del 70, en el intensivo estudio de las ciencias naturales por este último. En tanto que Engels se ocupaba más del aspecto teórico, Marx se dedicó más a las diversas ramas de su aplicación. Era, en especial, un experto en la historia de la tecnología. Así como durante décadas siguió con cuidado todos los progresos en la aplicación de la energía eléctrica, así, más tarde, seguía con regularidad los nuevos descubrimientos obtenidos en el campo de la química.

Desde la década del 50 en adelante volvió también a los descubrimientos e ideas de Carlos Darwin. Liebknecht informa que Marx ya había reconocido en 1859, es decir, en el año de su publicación, la importancia fundamental de la principal obra de Darwin, *El origen de las especies por la selección natural*. Pero por mucho que estimase la teoría del desarrollo de Darwin, criticaba los métodos de demostración de éste, como por ejemplo la "lucha por la existencia" y la "selección natural". Respondió con sarcasmos a los numerosos y absurdos intentos de llevar la idea de "la lucha por la existencia" a la historia del desarrollo de la sociedad humana.

Inclusive cuando la capacidad de Marx para trabajar disminuía cada vez más a consecuencia de su enfermedad, siguió siendo un insaciable lector. Continuaba copiando, sin descanso, resúmenes de los libros que leía, y ampliaba su colección de materiales para las secciones todavía inconclusas de *El capital*.

También estudió y analizó en forma crítica las obras de los filósofos Leibniz y Descartes, de los naturalistas Schleiden y Du Boi Reymond, los historiadores Graetz, Maurer y Hüllmann, el economista Kaufman, y las nuevas publicaciones científicas en ruso, francés, inglés y castellano.

Junto con este trabajo, recibía preguntas y visitas de todas partes del mundo. Para finales de la década del 70, los partidos obreros revolucionarios ya se habían desarrollado en varios países: en Austria en 1874, dos años más tarde en Dinamarca, después en Bohemia en 1878, y un año más adelante en Bélgica y España. Francia y Hungría siguieron en 1880, Inglaterra en 1881, Italia y Polonia en 1882. Todos estos jóvenes partidos, basados en el comunismo científico, esperaban y solicitaban ayuda de Marx y Engels.

De Dinamarca viajó el dirigente socialista Louis Pio para pedir consejo a Marx. Leo Frankel, activo en la edificación del partido obrero de Hungría, lo visitó con el mismo fin. También llegaban pedidos de ayuda de Francia, donde el movimiento obrero volvía a despertar con lentitud. El emigrante alemán Franckenberg informó desde Brasil acerca de los primeros pasos de una Asociación obrera. Y de periódicos alemanes, rusos, norteamericanos, holandeses y otros llegaban repetidos pedidos de colaboración de Marx.

Los acontecimientos políticos cotidianos no exigían menos tiempo. A comienzos de 1877 estalló la guerra entre Rusia y Turquía. Marx trabajó para impedir que el zarismo fortaleciera su influencia reaccionaria en Europa. Con tal fin, publicó artículos anónimos en la prensa burguesa inglesa, para advertir al gobierno que no debía respaldar al zar, y apoyó al partido obrero alemán en sus protestas de masas contra la ampliación de la guerra. Aunque luchó con decisión contra el zarismo reaccionario, saludó a los valientes revolucionarios rusos, e inclusive a aquellos que, todavía no conscientes del poder de la clase obrera y las masas populares, se dedicaban al terrorismo individual. También hizo enormes esfuerzos para permitir la huida de revolucionarios encarcelados, y recibió a quienes pudieron eludir el arresto, cual Leo Hartmann, como invitados en su hogar.

El 12 de mayo de 1878 Marx recibió la noticia de que se había hecho un intento de asesinato del Káiser alemán. Un visitante que se encontraba presente en el hogar de Marx en ese momento, informaba más tarde: «Marx reaccionó ante la noticia con maldiciones, dirigidas hacia los terroristas, y en seguida declaró que... sólo podía

esperarse ahora una cosa: nuevas persecuciones a los socialistas".[429] Esta profecía se cumplió muy pronto. Bismarck utilizó este acto de un individuo con mentalidad débil, así como un segundo intento contra la vida del Káiser, que siguió muy pronto, para lanzar una campaña de terror contra el movimiento obrero revolucionario, ya muy fortalecido. El partido y todas las organizaciones y publicaciones socialistas fueron prohibidos, lo mismo que las reuniones; centenares de socialistas resultaron expulsados de sus lugares de residencia, y muchos miembros del partido quedaron sin trabajo. La socialdemocracia alemana se encontraba ante su prueba más difícil.

Marx ayudó, respaldó las colectas de solidaridad en varios países. Dispuso la preparación de un órgano central ilegal, envió valiosas sugestiones a los dirigentes del partido y escribió artículos para la prensa, denunciando la charlatanería de Bismarck respecto del movimiento obrero. Por sobre todo, utilizó toda su autoridad para ayudar a Bebel, Bracke, Liebknecht y otros dirigentes marxistas del partido alemán a llevar adelante una táctica revolucionaria contra las leyes de emergencia de Bismarck, las así llamadas leyes antisocialistas.

Junto con Engels, se opuso con decisión a los grupos sectarios que surgían en el partido y emitían frases seudorrevolucionarias acerca de una táctica de terrorismo individual. En Londres los representaba el emigrante Johann Most. Pero mayor aun era el peligro que amenazaba al partido, obligado a la ilegalidad, por parte de los reformistas de mentalidad pequeñoburguesa y los oportunistas de derecha. Estos habían encontrado voceros para sus opiniones entre algunos miembros del partido emigrados a Zurich, y en Max Kayser, diputado al Reichstag. Marx se indignó ante la volubilidad de estos "representantes obreros" y su intención de someterse a Bismarck y convertir a la socialdemocracia revolucionaria en un partido reformista pequeñoburgués. En el otoño de 1879 la situación se volvió crítica, cuando los oportunistas trataron de apoderarse del

[429] Maxim Kowalewski: Erinnerungen an Karl Marx. En Mohr und General. pág. 398.

órgano central.

Marx y Engels empuñaron las armas en favor de los heroicos obreros socialistas combatientes, y ayudaron a los dirigentes del partido, agrupados en torno de Bebel, que se mostraban decididos a resistir a los oportunistas, a llevar adelante una estrategia y una táctica revolucionarias. En una detallada carta que esbozó Engels, la denominada carta circular de septiembre de 1879 a los dirigentes de la socialdemocracia alemana, Marx y Engels exigían que el futuro órgano central presentase sin equívocos los objetivos proletarios de clase del partido. Denunciaban a los oportunistas, cuyo objetivo no consistía tanto en repudiar la idea de la ocupación proletaria del poder, en forma abierta, sino más bien en postergarlo hasta un futuro inalcanzable, a fin de quedar en libertad de "hacer de intermediarios, conciliar, dedicarse a la filantropía".[430] El origen de estas concepciones capitulacionistas era el temor de la pequeña burguesía a la lucha revolucionaria del proletariado y a los inevitables sacrificios que dicha lucha exigía. En ello descubrieron Marx y Engels un rasgo esencial del oportunismo en general.

La carta terminaba con un elocuente llamamiento a los dirigentes del partido obrero alemán, a separarse de los defensores de la ideología burguesa que existían en sus filas. En un partido obrero, esos "representantes de los pequeñoburgueses"[431] eran "un elemento corruptor". La carta agregaba: "Si existen razones para tolerarlos por el momento, es nuestro deber tolerarlos, y nada más, no permitirles influir sobre la dirección del partido, y tener conciencia de que la ruptura con ellos es apenas un asunto de tiempo... Pero inclusive si la dirección del partido cayese en mayor o menor medida en manos de estas personas, el partido quedaría sencillamente castrado, y de ese modo terminaría la energía proletaria.

"En cuanto a nosotros, en vista de todo nuestro pasado, sólo nos queda un camino por delante. Durante casi 40 años destacamos la

[430] Marx / Engels a August Bebel, Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Bracke y otros, 17-18 de setiembre de 1879. SC, pág. 325.

[431] Marx / Engels a August Bebel, Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Bracke y otros, 17-18 de setiembre de 1879. SC, pág. 325.

lucha de clase como el poder impulsor inmediato de la historia, y en especial la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado con la gran palanca de la moderna revolución social; por lo tanto, nos es imposible colaborar con personas que desean eliminar del movimiento esta lucha de clases. Cuando se formó la Internacional, formulamos de manera expresa el grito de batalla: la emancipación de las clases trabajadoras debe ser conquistada por éstas mismas. Por lo tanto no podemos colaborar con personas que afirman abiertamente que los obreros son demasiado poco educados para emanciparse, y deben ser liberados desde arriba por la gran burguesía y la pequeña burguesía filantrópica. Si el nuevo órgano partidario adopta una línea que coincide con las concepciones de estos caballeros, es decir, burguesa y no proletaria, entonces nada nos queda, por más que lo lamentemos, aparte de declarar en forma pública nuestra oposición a él, y disolver los vínculos de solidaridad con que hasta ahora hemos representado al partido alemán en el extranjero. Pero es de esperar que las cosas no lleguen a esa situación".[432]

En efecto, la situación no llegó hasta ese punto. Los resultados justificaban la intervención. Fortalecidos por la autoridad de Marx y Engels, y basados en la masa de los miembros, Bebel, Liebknecht, Bracke y los camaradas que pensaban como ellos derrotaron el ataque de los oportunistas contra la probada política revolucionaria del partido. Adoptaron medidas para hacer que el órgano partidario ilegal, que se publicó en Zurich con el título de *Der Sozialdemokrat*, fuese una base del marxismo en el partido. Marx se alegró al ver que los obreros socialistas de Alemania recogían el guante que el "Canciller de Hierro" les había arrojado a los pies, y mostraban que sabían cómo defenderse con audacia y abnegación, con inteligencia e iniciativa. En empecinadas batallas, dentro y fuera del Parlamento, en las luchas legales e ilegales, hicieron cierto el proverbio: *Al verdadero socialismo, en su marcha, no lo detienen bueyes ni caballos.*

[432] Marx / Engels a August Bebel, Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Bracke y otros, 17-18 de setiembre de 1879. SC, pág. 327.

Los últimos años

Debido a las Leyes de Emergencia de Bismarck contra el movimiento obrero socialista alemán, le quedaba prohibido a Marx el acceso a la cura de aguas de Karlsbad, que tanto bien le había hecho. Desde 1878 en adelante sus padecimientos físicos volvieron a empeorar, y le impidieron cada vez más su trabajo. Pero no era un hombre que se entregase a la enfermedad y al dolor. También en ese sentido luchó hasta el final.

Con la menor mejoría en la salud, volvía al trabajo. Reunió todas sus fuerzas y trató de preparar el segundo libro de *El capital* para la imprenta. Pero sus esfuerzos fueron frustrados en repetidas ocasiones por dolores de cabeza casi insoportables, toses torturantes, inflamación de los nervios y ataques de debilidad. Fueron, esos, años de lucha silenciosa pero heroica, y el manuscrito de ese período, como más tarde decía Engels, "revela muy a menudo con qué energía debió luchar contra el mal estado físico que lo deprimía".[433] A pesar de su voluntad de hierro, Marx no pudo completar la redacción final del segundo y tercer volúmenes de *El capital* para su publicación.

Los sufrimientos de su esposa torturaban a Marx más que los suyos propios. Después de una prolongada incertidumbre, se estableció que la enfermedad de ella, tal vez cáncer del hígado, era incurable.

Jenny soportó los terribles dolores con asombrosa paciencia, y conservó, inclusive, su alegría. Henchida de dolor, pero no desalentada, escribía a un médico:

"Me aferro de cualquier paja. Quiero tanto vivir un poco más, querido, mi buen doctor. Es notable: cuanto más toca a su fin la historia de una, más ansía seguir en este 'valle terrenal de lágrimas'".[434]

---

[433] Federico Engels: Prefacio a El capital, volumen II, Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 4.

[434] Jenny Marx a Dr. Ferdinand Fleckles, 29 de setiembre de 1880. En *Beiträgtl zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín, 1966;

En el último año de vida, no agobiada, seguía con gran interés todos los progresos del movimiento obrero en los distintos países. Fue una gran alegría para ella, lo mismo que para Carlos, poder recibir a August Bebel en su hogar, a finales de 1880. Bebel había viajado a encontrarse con los dos "viejos" en Londres para informarles acerca de la situación pública e interna del partido alemán. Consultó con ellos respecto de las tácticas del partido, y obtuvo su acuerdo para escribir para *Der Sozialdemokrat*. Marx y su esposa, lo mismo que Engels, se mostraron muy impresionados con ese sabio y enérgico dirigente de la clase obrera alemana, que tan estrechos vínculos tenía con las masas, y a quien durante tantos años sólo conocieron por intermedio de la correspondencia que mantenían. En el acto Marx lo trató con el fraternal "tú", y treinta años después Bebel todavía se sentía conmovido cuando informaba acerca de sus visitas al hogar de los Marx:

"El único domingo que pasamos en Londres fuimos todos invitados a la mesa de Marx. Yo ya había conocido a Frau Jenny Marx. Era una mujer distinguida, que en seguida conquistó mis simpatías, y que sabía cómo agasajar a sus invitados de la manera más encantadora y amable. Ese domingo también conocí a la hija mayor, Jenny, casada con Longuet, quien había llegado de visita con sus hijos. Me llevé una agradable sorpresa al ver con qué calor y ternura Marx, quien en ese momento era denunciado en todas partes como el peor enemigo de la humanidad, jugaba con sus dos nietos, y el cariño que éstos tenían por su abuelo. Aparte de Jenny, la hija mayor, también se encontraban presentes las dos hijas menores, Tussy, más tarde esposa de Aveling, y Laura, esposa de Lafargue. Tussy, de cabello negro y ojos negros, se parecía a su padre, y Laura, de cabellos color rubio claro, ojos oscuros, era más la imagen de su madre: ambas bonitas y vivaces".[435]

Cuando Bebel fue a despedirse, al día siguiente, la esposa de Marx guardaba cama, derribada otra vez por el dolor. Esos fueron meses terribles. Marx no se apartó del lado de su esposa. Para darle pla-

---

núm. 1, pág. 75.

[435] August Bebel: Aus meinem Leben. pág. 747.

cer, dispuso un viaje con ella a Francia, en julio y agosto de 1881, para visitar a la hija mayor y a los nietos. Cuando volvieron al hogar, Jenny estaba agotada por entero.

Agobiado por la ansiedad y el insomnio, Marx contrajo una grave pulmonía en el otoño de 1881. Sólo los abnegados cuidados de Eleanor y Lenchen Demuth lo ayudaron a recuperarse. "Nunca —escribía Eleanor sobre los últimos días que Carlos y Jenny pasaron juntos— olvidaré la mañana en que él se sintió lo bastante fuerte como para ir a la habitación de mamá. Eran jóvenes otra vez, juntos. Ella una muchacha encantadora y él un joven enamorado, que comenzaban la vida, y no un anciano destrozado por la enfermedad y una anciana moribunda que se despedían el uno del otro para siempre."[436]

Todavía le quedaban a Jenny unas pocas alegrías. De Alemania llegó la noticia de que resultaba necesaria una tercera edición de *El capital*. Y en Inglaterra, por primera vez, apareció un artículo de una publicación destacada, que elogiaba a Marx como importante hombre de ciencia y pensador socialista. Y el movimiento obrero alemán mostró, en un imponente éxito electoral, a finales de octubre, que seguía luchando intacto, a pesar de las leyes de Emergencia, y que se impregnaba cada vez más de las enseñanzas de Marx.

Jenny murió el 2 de diciembre de 1881. Fue el golpe más duro que jamás tuvo que soportar Marx. Ni siquiera pudo acompañar a su amada esposa a su lugar de reposo. Los médicos, preocupados por su debilitamiento, no le permitieron participar de los servicios fúnebres que se llevaron a cabo en el cementerio de Highgate. Ante la tumba, Engels habló del amor de Jenny por su esposo y su familia, de su ayuda a amigos y camaradas, su lealtad para con la lucha del proletariado internacional. Terminó con las siguientes palabras:

"Lo que esta mujer, de comprensión tan aguda y crítica, de tacto político tan certero, de energía tan apasionada, de tan grande capacidad para la devoción; lo que esta mujer contribuyó al movimiento

[436] Wilhelm Liebknecht: Recuerdos de Carlos Marx. En Mohr und General, pág. 153.

revolucionario, jamás surgió al conocimiento del público, nunca se mencionó en las columnas de la prensa. Lo que hizo, sólo lo saben quienes vivieron con ella...

"No necesito hablar de sus rasgos personales. Sus amigos los conocen, y jamás los olvidarán. Si alguna vez existió una mujer que encontró su propia felicidad en la posibilidad de hacer felices a los demás fue entonces, esta mujer." [437]

Carlos Marx no pudo superar la muerte de su esposa. "El Mohr también ha muerto",[438] dijo Engels, con veracidad, el día en que murió Jenny. Pero su gran voluntad de vivir volvió a resurgir. Estaba decidido a dominar la molesta enfermedad que lo condenaba a la inactividad. "Por desgracia tendré que perder algún tiempo con maniobras para volver a ponerme de pie",[439] escribía, disconforme, a su viejo amigo Sorge, en Estados Unidos.

Por consejo de sus médicos, en los meses que siguieron Marx trató de revivir en zonas de climas más templados. Primero fue a Ventnor, en la isla de Wight. En la primavera de 1882, viajó a Argelia. Pero el dolor de estar sin Jenny lo seguía a todas partes. Escribía, conmovido, a Engels:

"De paso, ya sabes que pocas personas [son] más contrarias al patetismo demostrativo; aun así, sería una mentira [no] confesar que mis pensamientos [son] absorbidos en gran parte por los recuerdos de mi esposa… la mejor parte de mi vida".[440]

Pero aun en esas semanas, aunque gravemente enfermo, utilizó todas las oportunidades para aprender algo nuevo. En Argelia encontró a un amigo de su yerno Longuet, alguien capaz de ofrecerle importantes y detalladas informaciones sobre las formas refinadas y grotescas de opresión colonial a que se veían sometidos los árabes.

---

[437] Federico Engels:Rede am Grabe von Jenny Marx. MEW,vo1.19, pág. 294.

[438] Wilhelm Liebknecht: Recuerdos de Carlos Marx. En Mohr und General. pág. 153.

[439] Marx a Friedrich Adolph Sorge, 15 de diciembre de 1881. MEW, vol. 35, pág. 247.

[440] Marx a Engels, 1 de marzo de 1882. MEW, vol. 35, pág. 46.

Con igual atención, aunque desde lejos, siguió las noticias del movimiento obrero europeo, y continuó su intercambio de opiniones con Engels, una vez más, como antes, en forma de cartas.

El viaje a Argelia no trajo mejoría alguna a su salud; tampoco lo consiguió la estancia en el sur de Francia, a continuación. Sólo después, cuando visitaba a su hija Jenny en las vecindades de París, y luego, a finales del verano, en Suiza, sé sintió poco a poco un tanto mejor. Entre tanto, las noticias de la muerte de Bebel le provocaron una profunda agitación. Escribió a Engels: "Es conmovedor, la mayor desdicha para nuestro partido. Era una personalidad singular en la clase obrera alemana (y aun se puede decir en la 'europea')".[441] Por fortuna, muy pronto se supo que la noticia era falsa.

En octubre, Marx volvió a Inglaterra, físicamente más fuerte. Ya pensaba en reanudar su trabajo en *El capital*, y ayudar al órgano del partido, *Der Sozialdemokrat*, con artículos. Pero la mejoría de su salud fue breve. Para eludir la bruma de noviembre en Londres, volvió a Ventnor, pero la humedad y el tiempo frío del invierno acentuaron, también allí, sus dolencias. Peor todavía, recibió otro terrible golpe. La noticia de la muerte de su hija Jenny. Eleanor, quien le llevó la trágica información, escribía: "He pasado muchas horas tristes en mi vida, pero ninguna tan triste como estas". Sabía lo que significaría para él la muerte de Jenny. "Sentí que había llevado a mi padre la sentencia de muerte. En el largo, temible viaje, me devané el cerebro en busca de la forma de hacerle conocer la noticia. No tuve que informárselo; mi rostro lo revelaba todo. Mohr dijo en el acto: ¡Nuestra Jennychen ha muerto! Y en seguida me pidió que fuese a París, a prestar ayuda a los niños."[442]

Al día siguiente, Marx volvió a Londres. Un estado bronquial, al cual se agregó muy pronto una inflamación de la laringe, lo obligó a guardar cama. Durante semanas, sólo pudo ingerir alimentos líquidos. En febrero se le formó un absceso pulmonar.

---

[441] Marx a Engels. 16 de setiembre de 1882. MEW, vol. 35, pág. 95.

[442] Wilhelm Liebknecht: Erinnerungen an Karl Marx. En Mohr und General. pág. 155.

En marzo crecieron las esperanzas de su recuperación. Con los tiernos cuidados de Lenchen, las principales dolencias estaban casi curadas, Pero el aspecto de Marx era engañoso. En la tarde del 14 de marzo, Engels quien visitó a su amigo todos los días durante este período, llegó a la casa. Lenchen le salió al encuentro y le dijo que Marx estaba semidormido. "Cuando entramos en la habitación —escribió Engels más tarde, a Sorge—, yacía allí, dormido, pero jamás volvería a despertar. Su pulso y respiración se habían detenido. En esos dos minutos se extinguió, pacíficamente y sin dolores."[443]

Engels agregaba: "La humanidad ha perdido una cabeza, y se trata de la cabeza más grande de nuestra época. El movimiento del proletariado continua, pero ha desaparecido el punto central hacia el cual franceses, rusos, norteamericanos y alemanes se volvían en forma espontánea, en los momentos decisivos, para recibir siempre el claro e indiscutible consejo que sólo el genio y un conocimiento consumado de la situación podían ofrecer".[444]

Los obreros de todo el mundo guardaron luto con Engels. El 17 de marzo de 1883, Carlos Marx fue llevado a su reposo al lado de su mujer, en el cementerio de Highgate.

El movimiento obrero internacional se despidió de su gran dirigente, y ante su tumba Wilhelm Liebknecht juró, en nombre de la clase obrera alemana:

"En lugar de llorar, actuaremos en el espíritu del gran desaparecido. Lucharemos, con todas nuestras fuerzas, para convertir en realidad, lo antes posible, lo que él nos enseñó y aquello a lo cual aspiraba. Esta será la mejor manera de celebrar su recuerdo. "¡Querido, queridísimo amigo! Seguiremos por el camino que nos mostraste, hasta el final. ¡Lo juramos sobre tu tumba![445]

Federico Engels ofreció su tributo, en sencillas palabras, a la vida y

[443] Engels a Friedrich Adolph Sorge, 15 de marzo de 1883. SC, pág. 360.

[444] Engels a Friedrich Adolph Sorge, 15 de marzo de 1883. SC, pág. 361.

[445] Wilhelm Liebknecht, Ante la tumba de Carlos Marx. MEW, vol. 19, pág. 339.

la obra de su amigo:

"En la muerte de este hombre, el proletariado militante de Europa y América, y la ciencia histórica, han sufrido una pérdida inmensa. Muy pronto se dejará sentir el vacío que ha abierto la muerte de esta figura gigantesca.

"Tal como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, así Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: este sencillo hecho, hasta ahora oculto bajo las malezas de la ideología, de que la humanidad necesita ante todo comer, beber, tener un techo y vestirse antes de llevar adelante la política, la ciencia, el arte, la religión, etc.; que por lo tanto la producción de los medios de subsistencia material, inmediatos, y por consiguiente la correspondiente base económica de desarrollo de un pueblo o de una época, es la base sobre la cual han evolucionado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, el arte e inclusive las ideas sobre la religión, del pueblo de que se trata, y a la luz de lo cual, en consecuencia, deben ser explicados, y no a la inversa, tal como fue hasta hoy el caso.

"Pero eso no es todo. Marx también descubrió la ley específica del movimiento que gobierna el actual modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía arrojó luz de pronto sobre el problema, en cuyo intento de solución todas las investigaciones anteriores, tanto de los economistas burgueses como de los críticos socialistas, eran simples tanteos en la oscuridad.

"Estos dos descubrimientos serían bastantes para toda una vida. Dichoso el hombre a quien se le concede hacer siquiera uno de ellos. Pero en cada uno de los terrenos que Marx investigó, e investigó muchos, ninguno de ellos en forma superficial, en cada terreno, aun en el de las matemáticas, hizo descubrimientos singulares.

"Así era el hombre de ciencia. Pero, no era ni siquiera la mitad del hombre total. La ciencia era para Marx una fuerza históricamente dinámica, revolucionaria. Por grande que fuese el gozo con que recibía un nuevo descubrimiento en cualquier ciencia teórica, cuya

aplicación práctica tal vez fuese por el momento imposible de encarar, experimentaba otro tipo de alegría cuando el descubrimiento implicaba cambios revolucionarios en la industria, y en el desarrollo histórico en general...

"Pues Marx fue ante todo un revolucionario. Su verdadera misión en la vida fue contribuir, de una u otra manera, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas que ésta había creado, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él fue el primero en hacer consciente de su situación y sus necesidades, consciente de las condiciones de su emancipación. La lucha fue su elemento. Y como batió con una pasión, una tenacidad, y un éxito tales, que muy pocos podrían igualar. Su labor en el primer *Rheinische Zeitung* (1842), en *Vorwärts* de París (1844), el *Deutsche Brüsseler Zeitung* (1847), el *Neue Rheinische Zeitung* (1848-1849), el *NewYork Tribune* (1852-1861), y además una multitud de folletos militantes, el trabajo en las organizaciones de París, Bruselas y Londres, y por último, para coronarlo todo, la formación de la gran Asociación Obrera Internacional: esta fue, en verdad, una proeza de la cual su fundador habría podido muy bien enorgullecerse, aunque no hubiese hecho otra cosa.

"Y en consecuencia, Marx fue el hombre más odiado y más calumniado de su época. Los gobiernos, tanto los absolutistas como los republicanos, lo deportaron de su territorio. Los burgueses, conservadores o ultrademocráticos, compitieron entre sí en la tarea de cargar calumnias sobre él. Todo esto lo apartó como si fuesen otras tantas telas de araña, hizo caso omiso de ello, y sólo respondió cuando una necesidad extrema lo obligaba. Y murió amado, reverenciado y llorado por millones de obreros revolucionarios, desde las minas de Siberia hasta California, en todas las partes de Europa y de América, y me atrevo a decir que aunque haya tenido muchos adversarios, casi no tuvo un solo enemigo personal.

"¡Su nombre perdurará a través de los siglos, lo mismo que su obra!" [446] ■

[446] F. Engels: *Discurso ante la tumba de Carlos Marx*, SW, págs. 435-436.

POSFACIO

Las fuentes más importantes de este libro están compuestas por las obras de Marx y Engels publicadas por Dietz Verlag, Berlín, para el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del Partido Socialista Unificado, así como por el primer volumen de Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung (Historia de la clase obrera alemana). Además los autores se esforzaron —en la medida en que era posible hacerla en una biografía científica popular— por evaluar y utilizar toda la literatura biográfica e histórica sobre la vida y obra de Carlos Marx y Federico Engels. Más en especial emplearon los recuerdos sobre éstos publicados en Berlín, en 1964, con el título de *Mohr und General*; el volumen Carlos Marx, crónica de su vida en fechas, Moscú, 1934; y la biografía de Marx porFranz Mebring, publicaciones, todas, que tratan de la vida entera de Marx. Los autores además reconocen estar en deuda con las obras dedicadas a Marx y Engels por Horst Bartel, Gerhard Becker, Hans Bochinski, Auguste Cornu, Rolf Dlublek, Luise Dornemann, Ernst Engelberg, Herwig Foeder, Georg Mende, Walter Schmidt y muchos otros; con los materiales publicados por Bert Andréas; el estudio de Heinz Monaz, Carlos Marx y Tréveris; y en especial medida, las consecuciones de la investigación soviética sobre Marx y Engels, en particular la labor de I. A. Baj, E. P. Kandel, T. I. Óiserman y E. A. Stepánova, para nombrar apenas a unos pocos.

Edith Nagl y Rudi Stahl colaboraron en las ilustraciones y la crónica.

OBRAS CITADAS

MEW significa Carlos Marx/Federico Engels, Werke, Berlín, 1956.

MEGA significa Carlos Marx/Federico Engels, Historisch-kritische Gesamtausgabe, Francfort (Berlín), 1927.

IML, ZPA significa Institut für Marxismus- Leninismus beim ZK der SED,Zentrales Parteiarchiv (Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central, Partido Socialista Unificado de Alemania, Archivos Centrales del Partido).

SW significa Carlos Marx/Federico Engels, Selected Works, Progress Publishers, Moscú, 1968.

SC significa Carlos Marx/Federico Engels, Selected Correspondence, Progress Publishers, Moscú, 1965.

---o0o---